AVERY KEELAN

# Jugada maestra



wonderbooks

Avery Keelan

# Jugada maestra

Traducción de
Gemma Benavent

wonderbooks

*Para cualquiera que alguna vez haya sentido demasiado.*



# Capítulo 1

## Bajo presión

*Tyler*

—¡Tyler, céntrate! —El grito del entrenador de porteros resuena en el estadio vacío.

Las vacaciones de invierno en Los Ángeles con mi familia no han sido exactamente unas vacaciones. Me han pateado el culo casi todos los días y estoy a punto de subirme a un avión con destino a casa, donde mañana me espera más de lo mismo.

Sacudo la cabeza y me recoloco mientras espero a que dispare. Mark me ha hecho seguir el disco durante lo que me parece una puñetera eternidad. Tiro, rebote, tiro, una y otra vez. Mi equipo está empapado en sudor y mi cerebro se desconectó hace diez minutos.

Bloqueo su siguiente revés, pero gracias al rebote consigue que el disco pase junto a mí. Mierda. Rechino los dientes y miro directamente a las gradas, donde mi padre y mi hermano me observan. No es que papá vaya a enfadarse si no rindo bien en el hielo, sino que estará decepcionado y, de algún modo, eso es incluso peor.

Mark se acerca patinando para recuperar el disco.

—Sigue el tiro todo el tiempo —me recuerda con dureza—. Cuando rebote, no apartes la mirada de él y síguelo hasta el fin de la jugada. No dejes de mirarlo aunque creas que es una parada rutinaria.

Tenía los ojos fijos en él, y esa es la parte más frustrante. Pero en lugar de discutir, me limito a asentir.

Desde la portería, observo cómo patina de vuelta a la parte de arriba del círculo, controlando el disco blanco de entrenamiento, mientras mis ojos siguen cada uno de sus movimientos. Se camufla en el hielo y requiere de toda mi concentración para conseguir separarlo de la superficie de juego. Los discos negros normativos prácticamente brillan en la oscuridad en comparación con este.

Las siguientes paradas van mejor y damos por concluida la sesión en la pista antes de irnos a la zona de fitness para hacer un entrenamiento funcional. Mi entrenamiento consiste en un suplicio borroso de sentadillas búlgaras, peso muerto rumano unilateral, ejercicios en poleas y saltos laterales. Soy consciente de que más tarde tendré agujetas y, para cuando llegamos a los lanzamientos con balón medicinal, me planteo lanzar la bola de dieciocho kilos contra la cabeza de Mark.

—Buen trabajo. —Me da una palmada en el hombro antes de impulsarse para levantarse—. Tómate cinco minutos de descanso antes del masaje miofascial y los estiramientos.

Respiro con dificultad mientras me limpio el sudor de la frente con la toalla de gimnasio blanca. Mi mirada aterriza sobre el otro extremo de la sala, donde mi padre está de pie con el teléfono en la oreja. Como agente deportivo, representa a algunos de los mayores profesionales del mundo del deporte. Así es cómo me enamoré del hockey de niño; con cuatro años me llevó al partido de un cliente y enseguida me obsesioné con el deporte.

Cuando comprendo lo que está sucediendo se me pone la piel de gallina. Si mi padre hubiese recibido una llamada normal de trabajo, habría salido al pasillo. El hecho de que no sea así me hace pensar que está hablando de mí.

Confirma mis sospechas cuando le hace un gesto con la mano a Mark y se reúnen. Están demasiado lejos para que los oiga, pero la conversación es breve.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunto a mi entrenador cuando vuelve a la zona de estiramientos.

Saca un rodillo de espuma negro del estante.

—El director general de Nueva York quería confirmar que estabas trabajando en el seguimiento del disco porque están un poco preocupados por si se alarga hasta Navidad.

El cansancio que ya me empezaba a pesar se desvanece de golpe con una oleada de adrenalina y preocupación. Nueva York me escogió cuando cumplí los dieciocho y el equipo sigue toda la información sobre mi rendimiento y desarrollo.

—Mi seguimiento del disco está bien. —Echo la cabeza hacia atrás y tomo un trago de agua—. Solo ha sido una mala racha. Mala suerte con el disco.

El mes pasado me obsesioné y mi rendimiento decayó durante varios partidos consecutivos. Todavía soy el mejor portero de la liga, pero eso supone mucha presión de cara a la segunda mitad de la temporada. Si un delantero o un defensa de primera línea pasa por una mala racha, lo peor que puede ocurrir es que lo trasladen temporalmente a la segunda o tercera línea. Pero, si yo meto la pata, me toca chupar banquillo.

Mark hace un gesto, impaciente por que me mueva.

—Aductores, Ty.

Obedezco, me coloco bocabajo en la esterilla y me apoyo en los antebrazos. Entonces redistribuyo mi peso a un lado y me coloco el rodillo de espuma bajo el muslo interno.

—No puedes depender de la suerte para salir de un bache —añade.

Toco una contractura dolorosa cerca de la ingle e inhalo con brusquedad.

—Lo sé. Ese es el motivo por el que me he estado matando a entrenar.

Hay un delicado equilibrio entre esforzarse al máximo y agotarse, y camino sobre esa cuerda floja constantemente. Soy humano, pero al equipo no le importa. A la competencia no le importa. Siempre hay alguien que lo desea tanto como tú, o incluso más, y si pisas el freno por un segundo, te adelantarán sin pensarlo.



Una vez que me he duchado y vestido, encuentro a Jonah y a mi padre esperándome en el pasillo para llevarme al aeropuerto. Mi madre y Elise, mi hermana, están en casa, en Beverly Hills, y ya me he despedido de ellas. Quedan menos de noventa minutos para que mi vuelo despegue, así que tengo el tiempo justo. Me muero de hambre, pero tendré que esperar a cruzar el control de seguridad para comprarme la cena.

Papá se guarda el móvil en el bolsillo de la americana y me dedica un asentimiento de aprobación mientras me adelanto.

—He vuelto a ver grabaciones de tus entrenamientos de esta semana. Se te ve muy en forma ahí fuera.

—Nada mal, tío. —Jonah me da un golpe en el bíceps—. A lo mejor algún día aprendes a hacer la mariposa.

—¿Ah, sí? —Le rodeo el cuello con el brazo, tiro de él para hacerle una llave y le froto la cabeza con los nudillos. A sus dieciséis años ya mide casi un metro noventa y, aunque es seis años más joven y casi tan alto como yo, aún le faltan unos años más para ganar el músculo suficiente como para conseguir defenderse—. A lo mejor algún día aprendes a patinar.

Dejo que se remueva contra mí un segundo más antes de soltarlo con un empujón. Jonah se estira con una sonrisa socarrona y se alisa el pelo rubio rebelde. Es un extremo derecho de élite que juega en las ligas menores, una fuerza a tener en cuenta sobre el hielo y, además, un capullo engreído. Si fuera sincero, admitiría que este último rasgo es cosa de familia.

—Mantienes mejor la postura —señala mi padre.

Me tranquiliza que se haya dado cuenta.

—Sí, he estado entrenando con Mark.

Mark McNabb es uno de los mejores entrenadores de porteros de Norteamérica, con una larguísima lista de espera y una tarifa de seis cifras por un año de entrenamiento privado. Entreno con él aparte porque en Boyd no hay ningún entrenador de porteros bueno. Sumado a todo el dinero que mis padres han invertido en mi carrera, la cifra es abrumadora: más que suficiente para comprarme una casita. Uno de los muchos privilegios que se me han concedido gracias a la profesión de mi padre.

Sin embargo, su trabajo también tiene inconvenientes. Aunque se esfuerza por no presionarme, a veces se salta el modo padre para meterse en el modo agente. La línea entre lo que es mejor para mí y lo que es mejor para mi carrera siempre ha estado difusa; ya no sé si yo mismo soy capaz de ver la diferencia.

Cuando salimos al calor de la tarde, el Lamborghini Urus negro de mi padre está esperando al lado de la entrada, en una zona en la que no se puede aparcar. Llenamos el maletero con mi equipo antes de apretujarnos dentro y dejo que Jonah ocupe el asiento de copiloto, por lo que yo me coloco en el asiento trasero. Me reclino en el cuero suave y observo a través de la ventana cómo las palmeras desfilan en una mancha borrosa. De vez en cuando echo de menos California, pero siempre es un alivio volver a la universidad.

No me malinterpretéis. Quiero a mi familia, pero son tan perfectos que parecen sacados de una comedia. Un padre que es un conocido agente deportivo y una madre que es la dermatóloga de las estrellas. Ambos hijos jóvenes en el cuadro de honor. A veces es casi asfixiante, como si no hubiese margen para el error. Si cometo un solo fallo dejaré de ser un verdadero Donahue.

Mientras mi padre toma la rampa de salida que conduce al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles, me mira por el espejo retrovisor.

—Recuerda lo que hemos hablado, Ty.

—Lo haré.

«No pierdas de vista el objetivo».

El hockey. Los entrenamientos. Las clases. Nada de distracciones.

Este año he sido más estricto que nunca conmigo mismo. He dormido mucho. He llevado una alimentación impecable. He cumplido a la perfección con mi plan de entrenamiento. Esto no me deja demasiado tiempo libre, lo que significa que apenas salgo y me limito a tener exclusivamente rollos casuales. Sin ataduras, sentimientos ni promesas. Con todo lo demás, no puedo ofrecer mucho más que eso.

—Hay un mundo de diferencia entre jugar a nivel universitario y en la liga. —Papá gira hacia la zona de salidas y pone el coche en punto muerto antes de darse la vuelta hacia mí—. A algunos de estos chicos los machacan en su primer año como profesionales. Les mina la confianza y les cuesta reponerse. Quiero asegurarme de que estás lo más preparado posible.

A su favor diré que ahora mismo no está siendo el agente. Está en modo padre. Habla con tono protector y tengo la sensación de que está intentando ayudarme de la mejor manera posible.

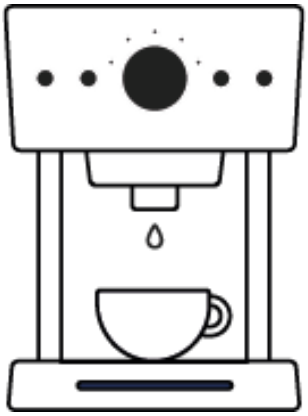
—Lo sé y lo agradezco.

—Ya casi lo tienes —añade—. En otro año y medio todo esto habrá dado sus frutos.

Se me forma un nudo en el estómago y trago en un intento de deshacerlo. Otros atletas matarían por estar en mi situación, así que ¿cuál es mi problema?

En el fondo, conozco la respuesta.

Cuando tienes el mundo en tus manos, todos esperan que lo domines.



# Capítulo 2

Hades

*Seraphina*

No estoy segura de si debería estar preocupada o irritada. Se suponía que había quedado con mi hermano a la una para que me ayudase a vaciar el coche, pero acabo de llegar a su casa y estoy delante de un aparcamiento vacío. Su furgoneta negra no está en ninguna parte.
Confusa, pongo el coche en punto muerto y dejo el motor en marcha mientras compruebo el número de la casa. Como creía, concuerda con la que Chase me ha enviado. Reviso el Maps y me confirma que estoy en el sitio correcto, así que ¿dónde narices está?
Cuando me dispongo a coger el móvil para llamarlo, se ilumina con un mensaje.

**Chase:** Perdona, Sera. He pasado por encima de un clavo y se me ha reventado el neumático. Llegaré lo antes posible.

**Chase:** Si llegas a casa, entra. El código es 4938.

Aunque el retraso no es culpa suya, sigo molesta. No con él en concreto, sino con la vida en general, o tal vez con el universo. Desde que le diagnosticaron cáncer a nuestra madre, he comido muy poco, y dormido menos todavía, así que mi cordura pende de un hilo. Últimamente, hasta los problemas más pequeños me parecen el fin del mundo. ¿No puede algo salir bien?

Con un suspiro entrecortado, le escribo de vuelta y dejo el móvil a un lado. Entonces, estiro el cuello para echarle un buen vistazo a mi hogar temporal. Unos árboles altísimos cubiertos de nieve enmarcan el apartamento de estuco gris de dos plantas con elegantes molduras negras y unas ventanas modernas y extragrandes. Está bastante bien desde fuera. Esperemos que el interior no huela a calcetines sucios ni a chándal sudado como sospecho. Los jugadores de hockey son asquerosos, lo que me hace tener serias dudas sobre vivir con tres de ellos. El tema del baño va a ser una pesadilla.

Dejo el motor en marcha mientras le doy un sorbo a mi latte de vainilla descafeinado y me planteo si debería entrar. Aunque Chase dice que no supondrá un problema, me preocupa que sus compañeros de piso se enfaden porque me plante aquí sin previo aviso. Que mi hermano no esté hace que la mudanza me resulte mucho más intimidante, pero si va a tardar mucho, pasaré un buen rato dentro del coche.

Me suena el móvil antes de que decida qué hacer. Esperaba que fuese Chase, pero en su lugar veo que me llama Abby. Me trago un bostezo y acepto la llamada con el manos libres.

—¿Sales con nosotras esta noche, verdad? —Su tono agudo estalla por el altavoz. La conozco desde primaria y, aunque mide un metro cincuenta, su personalidad es más fuerte que un chupito de Everclear a palo seco—. Kendra y Rachel vendrán a las cinco para hacer la previa.

—Me encantaría, Abbs, pero tengo que guardar mis cosas.

Abby resopla.

—Eres una aguafiestas.

—Deja que me sitúe primero y ya veremos. —Todos estos cambios me han dejado inquietantemente descolocada. En Arizona tenía un grupo de amigos sólido, conocía a la mayoría de mis profesores y podía atravesar el campus con los ojos cerrados. Era fácil. Cómodo. Familiar.

Ahora tengo que volver a empezar.

Es como si unas tenazas me apretasen el cuello y me trago otro sorbo de café que no alivia para nada la tensión que me oprime la garganta. Pensándolo bien, tal vez salir no sea tan mala idea. Me ayudará a dejar de pensar en todo, al menos de manera temporal.

—Venga, Sera. —La voz de Abby suena más aguda—. Es tu primera noche de vuelta y tenemos que celebrarlo. Ya desharás las maletas mañana. Además, hay un evento en XS al que solo se puede asistir con invitación y puedo meternos en la lista. A lo mejor vuelves a ver a tu demonio sexy de Halloween.

—Hades —la corrijo mientras se me calienta el rostro. El chico enmascarado con el que me enrollé en una mascarada que celebraba una discoteca ha alcanzado el nivel de legendario en nuestro grupo de amigas, seguramente porque me provocó la impresionante cifra de tres orgasmos durante un polvo rapidito que echamos en el borde de un lavabo mugriento del baño de un bar.

—Vale —dice ella—. Tu Hades sexy.

—Pff, dudo que lo vuelva a ver. ¿Qué probabilidades habría? —Nuestro encuentro fue lamentablemente breve en lo que respecta al intercambio de datos personales. Lo único que me llevé de nuestro encuentro amoroso fue que está bueno (como es evidente), que tiene un montón de tatuajes (lo que añade un plus a su atractivo) y que sabe dónde está el punto G. De algún modo, no hablamos ni de dónde vivía, ni de a qué universidad iba ni de nada más, ni siquiera de su nombre.

En mis veinte años en este mundo, nunca he hecho nada parecido antes. Ni desde entonces, en realidad.

De todos modos, me quedé con la impresión de que, a diferencia de mí, nuestro lío anónimo no era algo poco común para él. Seguramente ni se acuerde de mí. Desearía poder decir lo mismo, pero esa noche ha vivido en mi cabeza sin pagar alquiler desde entonces. Los recuerdos de los dedos arqueados, los mordiscos en los labios y las braguitas húmedas que rememoro a altas horas de la noche cuando estoy sola en la cama con un juguete a batería en una mano.

—¿Te lo piensas? —me ruega Abby, que me saca de mis sucias fantasías—. Ir a XS será más divertido que abrir cajas.

Es difícil discutirle eso. Aunque parece poco práctico, una noche fuera suena más atractivo que ahogarme en un mar de cajas de cartón.

—Claro —cedo, consciente de que no debería—. Iré en un rato.

Mi hermano aparca a mi lado y sale del coche. Da grandes zancadas por la parte delantera y toca a mi ventana con impaciencia y los ojos marrones fijos en mí.

—Vamos, Sera. Tengo que irme a entrenar pronto. —Su voz suena amortiguada por el cristal.

—Tengo que colgar —le digo a Abby desabrochándome el cinturón —. Te escribo más tarde para que podamos hacer planes.

Cuelgo la llamada, salgo del coche y me envuelvo el torso con los brazos para combatir el aire frío que aúlla a mi espalda. Nota para una misma: cómprate un enorme abrigo de invierno. Punto. Cuanto más grande, mejor.

Chase levanta las cejas oscuras.

—Deja que lo adivine. ¿Era Abby?

No es una suposición cuando ella habla tan alto que no necesita un megáfono.

—Sí. —Aprieto el botón para abrir el maletero y le miro de reojo. Abre la boca para hablar antes de cerrarla de nuevo sin decir nada más. Ambos sabemos cuál es su posición con respecto a Abby. Dice que es una mala influencia, pero es irónico teniendo en cuenta la fuente.

—¿Por qué no has entrado? —pregunta, y su tono se suaviza—. Ahora también es tu casa.

—No lo sé. Quería esperarte.

Damos la vuelta hasta la parte trasera de mi todoterreno para dar con el maletero extragrande y el asiento trasero abarrotados hasta el techo, lo que significa que tenemos mucho trabajo por delante. En retrospectiva, no necesitaré un vestido de cóctel brillante de fiestas de hermandad ni pantalones de lino pasados de moda. Debería haber dejado algo guardado, pero ya es tarde.

—Brr. —Me estremezco mientras reboto en el sitio en busca de calor. Es el tipo de frío que te cala hasta los huesos. En cuanto terminemos, voy a cocerme en un largo baño de una hora mientras escucho un audiolibro.

—Acabemos con esto. Si somos rápidos, es posible que no nos congelemos hasta morir.

Mi hermano me pellizca la manga de la chaqueta ultraligera blanca y me fulmina con la mirada.

—Un abrigo de verdad sería de ayuda.

—Llevo una sudadera debajo.

—Aun así, un anorak no te servirá en pleno invierno en Massachusetts.

—¿Has olvidado que me acabo de mudar de Arizona? Perdona si no vengo preparada.

—No te preocupes. —Carga con una caja grande con un gruñido —. Te presentaré a Shiv, la novia de Dallas, y podéis ir al centro comercial hasta que os fundáis las tarjetas de crédito. Bailey estará eufórica de que la liberen de tener que ir de compras.

—Trato hecho. —Sería una buena idea ampliar mi círculo social. Adoro a Abby, pero es un poco intensa, a veces casi autoritaria, y eso afecta a la dinámica con el resto de nuestro grupo de amigos. También sale de fiesta siete noches a la semana, lo que significa que salir con ella implica hacer lo mismo.

Cuando entramos, Chase me hace una rápida visita guiada por la planta inferior y superior, ambas bastante limpias. Hay un par de

mandos de consola tirados por el salón, y alguien se ha dejado un cartón de zumo de naranja sobre la encimera de la cocina, pero, por suerte, no hay rastro del olor a calcetines sucios al que tanto temía.

Entonces, pasamos a mi dormitorio temporal. Situado junto a la sala de estar, antes servía como despacho, aunque no creo que nadie lo usase jamás, y las puertas de cristal dejan mucho que desear en cuanto a privacidad. También le falta un armario, lo que es un gran fallo considerando mis hábitos de compra. Pero el precio está bien (casi gratuito) y ambos problemas se pueden solucionar con facilidad con un viaje a IKEA.

Cuando pasamos al baño de la planta principal, asomo la cabeza al interior para encontrar un lavabo y un retrete.

—Em… ¿Dónde está la ducha? ¿Me la he saltado?

—Los dos baños de arriba están dentro de las habitaciones, así que la ducha más cercana está en la planta baja. Tendrás que compartirla con Ty —dice Chase en tono de disculpa—. Pero no te preocupes, no es desordenado.

Lo sabía. Se confirma la pesadilla en el baño.

Después de dos viajes más para vaciar el coche, el piso inferior está repleto de cajas de cartón, de bolsas de la compra reutilizables y de cosas sueltas que dejé en el asiento delantero. De forma misteriosa, el maletero sigue tan lleno como cuando empezamos.

Me estoy agobiando y se me revuelve el estómago. Ahora que estoy aquí, la realidad me abruma más rápido de lo que puedo procesarla. Tengo mucho que hacer en muy poco tiempo. Guardar las cosas, acabar de matricularme en la universidad, rellenar papeleo, hacer el cambio de dirección, aprender a manejarme por un campus que desconozco, hacer nuevos amigos, ir a la mayor cantidad de citas con el médico con mamá que pueda…

—Sera. —Chase me toca el brazo con suavidad y solo entonces me doy cuenta de que estoy llorando.

Sorbo por la nariz y me limpio una lágrima solitaria con el dedo.

—¿Eh?

Da un paso adelante, me da un abrazo y me aprieta con fuerza contra su cuerpo extragrande.

—Sé que es mucho con lo que lidiar. Estoy aquí y haremos todo lo que podamos como una familia. Pero si llego tarde al entrenamiento, el entrenador Miller me dará una tunda, así que sigamos.

Esta es su forma bonita de decirme que me aguante. A diferencia de él, yo no nací con habilidades de compartimentación a nivel experto. Cualquier preocupación que tenga se derrama de forma inevitable sobre todas las partes de mi vida y se cierne sobre mi cabeza hasta que lo resuelvo o me explota en la cara.

Me río entre llantos sobre su hombro.

—Vale.

—¿Has comido? ¿Te has tomado la medicación? —Chase me suelta y me sujeta a un brazo de distancia mientras me mira preocupado.

—Sí y sí. —Es medio verdad. En teoría no he comido, a no ser que un desayuno líquido cuente, pero sí que me había acordado de tomarme la medicación para el TDAH.

Le da un ligero puntapié con la punta de la zapatilla blanca a una bolsa de lona a rebosar.

—Bien. Pediremos la cena más tarde. Aunque te llevará un rato guardarlo todo. Tienes suficientes secadores y tenacillas para montar tu propia peluquería.

—Se llama autocuidado, Chase. —Mi amplia colección de herramientas profesionales para el pelo vale cada centavo. Además, no le puedes poner precio a sentirte bien. Al menos, no uno pequeño.

—Por supuesto. —Sonríe y se fija en un montón de zapatos masculinos que hay en la entrada. El reconocimiento se le refleja en el rostro—. Espera un momento, creía que no había nadie en casa.

Pasa junto a mí y da unas zancadas hasta la puerta cerrada que hay junto a las escaleras y la abre. Se rodea la boca con las manos y se asoma al umbral.

—¡Eh, Ty! ¿Estás aquí? Ayúdame a meter todo esto en casa.

Me siento inquieta. Aunque conozco a Dallas desde hace años, el otro compañero de piso de Chase es un misterio para mí.

Chase se gira para mirarme y hace un gesto con las llaves.

—Acabaremos de descargar el coche mientras organizas las cosas en tu habitación. De ese modo, podrás quedarte dentro, donde se está calentito, copito de nieve.

Un momento. ¿A quién llama copito de nieve?

La puerta principal se cierra de un portazo detrás de él antes de que pueda soltar una contestación descarada. Es imposible igualar su agilidad verbal. Lo he intentado desde que aprendí a hablar.

Cuelgo la chaqueta, analizo la habitación e intento priorizar mi siguiente secuencia de tareas. ¿Debería empezar a guardar la ropa o los zapatos? O quizá debería empezar con mi alijo de maquillaje. Tengo un montón de productos nuevos que todavía no he estrenado.

¿Me estoy obsesionando con detalles insignificantes para distraerme de todas las cosas en mi vida que no puedo controlar? Sí. ¿Seguiré haciéndolo? También.

Unos pasos pesados resuenan escaleras abajo. Con los nervios de punta, alzo la mirada cuando un chico atraviesa la puerta abierta. Es alto y los tatuajes que le cubren ambos brazos son visibles de lejos.

Nuestros ojos se encuentran y me quedo helada, aferrada con una mano a mi bolsa de lona rosa eléctrico.

Madre mía. Mi nuevo compañero de piso está tan bueno que derretiría el hielo de la pista. Tiene unos penetrantes ojos gris pizarra, una marcada mandíbula cuadrada y unos labios gruesos ligeramente fruncidos en una mueca. Lleva el pelo de color arena corto a los lados y enmarañado en la parte de arriba, de una forma que invita a pasar los dedos por él.

Olvidad todo lo que he dicho alguna vez de que los jugadores de hockey no son atractivos. Él es la definición exacta de ser atractivo.

Tiene algo que me resulta increíblemente familiar, pero no sabría decir el qué.

Me centro en su rostro antes de bajar la mirada y buscar de forma metódica alguna característica que me ayude a identificarlo.

Una camiseta entallada negra le cubre los hombros anchos y se ciñe a su torso fibroso y con forma de V, y las mangas exhiben unos bíceps y antebrazos musculosos. Los pantalones de chándal grises resaltan sus gruesos muslos de jugador de hockey, aunque eso no me sorprende tanto, ya que Chase me ha dicho que es portero.

Cuando me descubro observándolo con tanto descaro, me fuerzo a levantar la mirada para encontrarme con la suya. Se acerca más y cuando se pasa la mano por el pelo me fijo en los diseños floridos que le recorren ambos brazos musculosos. En cuanto veo la brújula tatuada en el dorso de su mano, el corazón se me para en seco.

El tatuaje. Lo recuerdo.

Puede que llevase una máscara la noche en que nos conocimos, pero reconocería sus manos en cualquier parte.

Hades.



# Capítulo 3

## Campanilla

*Tyler*

Mierda.

Con el corazón acelerado, me detengo en medio del salón intentando identificar a la chica que está frente a mí. Su característico pelo de color oro rosa le cae alrededor de los hombros en ondas suaves y le enmarca el rostro en forma de corazón. Tiene unos labios carnosos y sensuales y unos ojos de color marrón whisky que reconocería a un kilómetro de distancia.

Cuando me acerco un poco más, veo el arito de oro que lleva en el orificio nasal derecho que confirma lo que ya sé. Se supone que es Seraphina, la hermana pequeña de Chase, pero yo la recuerdo como la chica superatractiva con la que follé en el baño de una discoteca en Halloween. Es cierto que estaba un poco borracho, que la iluminación era tenue y que ella llevaba un deslumbrante disfraz de hada verde, pero es ella sin duda.

—¿Hades? —Seraphina pone los ojos como platos y la bolsa color rosa chillón que sostiene se le resbala de entre los dedos y aterriza en el suelo con un golpe seco.

—Hola, Campanilla. —Le dedico una sonrisa y hago todo lo posible para que no parezca que estoy afectado. Entrar en pánico no ayudará a nadie y, a juzgar por su mirada, ella ya lo está haciendo por los dos.

—Oh, Dios mío —susurra—. No puede… Esto no… —Las palabras se le mueren en los labios cuando la puerta principal se abre.

Chase entra en el salón cargado con un montón de cajas llenas y nos mira poco impresionado.

—¿Qué es esto, la hora de socializar? —Le hace un gesto con la cabeza al montón del suelo—. Tenemos que irnos pronto. Moveos.

—Sí. —Cojo la caja más cercana y me vuelvo hacia el antiguo despacho que ahora es el improvisado dormitorio de Seraphina. Me mira fijamente y siento cómo la adrenalina me recorre las venas. Es evidente que no le vamos a contar a su hermano lo que pasó entre nosotros, ¿verdad? Si ella lo hace, llegar tarde al entrenamiento será el menor de mis problemas. Que descubriese que me acosté con su hermana sin querer sería el equivalente al inicio de la tercera guerra mundial.

Apenas salgo de fiesta. ¿Qué probabilidades había de que esto sucediese?

Las oscuras pestañas de Seraphina aletean cuando parpadea a toda velocidad.

—Perdona. Solo estábamos, eh, haciendo las presentaciones.

Recoge la bolsa que se le había caído, pero se queda paralizada en el sitio como si no supiera qué hacer. Por suerte, o Chase no se da cuenta de lo raro que está actuando su hermana o lo atribuye a algo que no tiene nada que ver con mi presencia.

—Ya hablaréis cuando volvamos del entrenamiento. —Chase le da un pequeño codazo cuando pasa para seguirme por el pasillo—. Aunque debería advertirte, Ty no es muy hablador. No le gusta la gente.

—Te he oído —digo por encima del hombro.

Chase se ríe.

—¿Qué es tan gracioso?

Durante los siguientes minutos, ayudo a sacar bolsas y cajas del Lexus todoterreno blanco de Seraphina mientras ella y yo nos ignoramos el uno al otro con educación. O lo intentamos, al menos. No dejo de lanzarle miradas furtivas y la pillo haciendo lo mismo varias veces. La tensión entre nosotros es tan densa que podría cortarse con la cuchilla de un patín.

Para cuando el coche de Seraphina está casi vacío, su habitación está tan llena de bolsas y cajas que apenas hay sitio para caminar alrededor del sofá cama blanco que he ayudado a Chase a montar esta mañana. También hay más rosa del que jamás he visto en mi vida. Una silla de escritorio rosa, perchas rosas, e incluso zapatos rosas. Supongo que eso explica el pelo rosa… y las braguitas rosas que llevaba en Halloween.

Ese recuerdo me provoca un flashback de esa noche. Mis labios en sus labios, sus manos en mi cuerpo, mi polla enterrada en su interior. Por no mencionar esos soniditos que hizo cuando se corrió, las tres veces.

Inhalo rápidamente, me muerdo el interior de la mejilla y me fuerzo a pensar en hockey. Solo funciona en parte. Esa noche se ha reproducido en mi mente miles de veces desde entonces. Sobrevivir a este semestre va a requerir unos límites inquebrantables y una barbaridad de fuerza de voluntad.

Chase coloca una pila alta de libros en la entrada.

—¿Te importa ayudar a Sera con un par de cosas más? Estoy sin gasolina y necesito sustituir la rueda pinchada antes del entrenamiento. Volveré a recogerte después. —Me mira pesaroso y baja la voz—. Siento molestarte. Está muy abrumada con todo y estoy intentando evitar que sufra una crisis nerviosa.

Quizá esto es una bendición enmascarada para que podamos volver a empezar.

—No pasa nada.

Una vez que el rugido del motor me confirma que se ha ido, voy al dormitorio de Seraphina. Está sentada en el borde de la cama

mirando el móvil con la boca fruncida en señal de concentración y el labio inferior ligeramente hacia fuera.

Me detengo en el umbral y me concedo un momento para observarla, todavía atónito por lo guapa que es. Nunca he descrito así a una chica. Sexy, claro. Mona, a veces. Pero ella es más que eso. Es guapa de esa forma que te llama la atención y se niega a dejarte marchar.

Mi conciencia se despierta cuando una emoción desconocida me sobrecoge. No estoy seguro de si es culpa por sentirme atraído por alguien a quien no puedo tener o por el hecho de haberlo hecho ya.

«Tranquilízate, Donohue».

Llamo a la puerta abierta y ella alza la cabeza con una mirada ansiosa que refleja cómo me siento. Ninguno de los dos quiere tener esta conversación. Aunque puede que sea mejor arrancar ahora la tirita. Vamos a vernos mucho las caras.

Mantener una distancia segura mientras estemos solos parece la mejor opción, así que me apoyo en el marco de la puerta y me cruzo de brazos.

—Chase me ha pedido que te ayude a terminar con esto mientras él iba a hacer unas cosas, pero creo que deberíamos hablar primero.

—Sí, deberíamos. —Pone una mueca y deja el móvil en la mesita —. Esto es raro.

—No me había dado cuenta —suelto inexpresivamente.

Las conversaciones serias no son mi fuerte. Culparé a mi actitud sarcástica de fábrica.

La irritación se refleja en su rostro y su mirada recorre la habitación como si buscase espectadores para luego volver a posarse en mí.

—¿No se te ocurrió mencionar que jugabas en los Falcons?

¿Me aprovecho de mi carrera en el hockey para ligar? A veces. Es una de las mejores formas de encontrar chicas afines que no buscan nada más que una noche de diversión sin compromiso. Pero, por alguna razón, no sentí la necesidad de revelarle esa información a Seraphina la noche en que nos conocimos. A lo mejor me dejé llevar

por la emoción de un encuentro anónimo. O, quizá, aunque me cuesta admitirlo, quería que por una vez me deseasen por quien soy en lugar de por lo que hago.

La vulnerabilidad me ronda por la cabeza y me deshago de ese último pensamiento.

—No hablamos demasiado. —Una cosa llevó a la otra y, antes de que me diese cuenta, le estaba provocando tres orgasmos sobre el borde de un lavamanos. No intercambiamos demasiadas palabras en el proceso.

Un adorable rubor se le extiende por los pómulos y le llega hasta las puntas de las orejas.

—Estoy bastante segura de que ninguno de los dos lo habría hecho de haber sabido quiénes éramos. No salgo con jugadores de hockey. —Se aclara la garganta y levanta la barbilla mientras cuadra los hombros—. Ni tonteo con ellos. Los atletas no son mi tipo. Además, Chase se volvería loco.

Eso me pica un poco, pero tiene razón. Estaría bajo tierra en menos de lo que canta un gallo.

—Volvamos a empezar —le ofrezco—. Finjamos que nunca pasó. Y creo que ambos estamos de acuerdo en que no hace falta contárselo a tu hermano.

—Estoy de acuerdo con ambos puntos. —Seraphina se relaja y me ofrece una sonrisa, aunque es débil. Vacila y se muerde el labio inferior—. Todavía podemos ser amigos, ¿no? No conozco a nadie en Boyd aparte de a Chase y a mi amiga Abby, y estaría bien tener a alguien más con quien salir de vez en cuando. A no ser que creas que es raro…

Si fuera otra persona, rechazaría su sugerencia de inmediato. No es solo que no suelo hacerme amigo de mis rollos de una noche, también es que la cantidad de personas a las que soy cercano podría contarse con una mano, y apenas tengo tiempo para ello.

Sus cálidos ojos marrones refulgen con incertidumbre cuando me mira a la espera de una respuesta. Parece tan esperanzada, tan

vulnerable. Soy incapaz de negarme, incluso aunque decir que sí sea como patinar sobre una fina y peligrosa capa de hielo.

En contra de mi mejor juicio, cedo.

—Claro, Campanilla.



# Capítulo 4

## Sequía

*Tyler*

—¿Por qué estás tan callado, tío? —Chase me lanza una mirada interrogativa cuando atravesamos las puertas dobles de cristal de la entrada del Northview Arena.

Es una pregunta justa. No he sido la mejor compañía en el camino al entrenamiento. Me he limitado a mirar por la ventana mientras un coro de «estás jodido» se reproducía en bucle al ritmo del himno nacional.

—Estaba pensando en el entrenamiento —digo en su lugar—. Mark me está presionando con respecto a mi seguimiento del disco y los rebotes. —No es más que una de las muchas razones por las que no me puedo permitir ninguna distracción, especialmente si se trata de una chica con el pelo rosa en la que he pensado más de lo que sería capaz de admitir.

Mi reticencia no sería tan obvia si Dallas no estuviera ausente. Como segundo capitán, siempre nos da un sermón sobre nuestro plan de entrenamientos y la estrategia de juego de camino al estadio. Si uno busca «personalidad alfa» en el diccionario, daría con

un primer plano de Dallas Ward vestido con la equipación de hockey. Hoy ha estado especialmente absorto, inmerso en una especie de maratón de sexting con su novia, Siobhan.

—¿Estás seguro de que solo es eso? —insiste Chase.

—Sí.

Ni siquiera un poco. Todavía estoy impactado por la revelación de la identidad de Seraphina, tampoco sé cómo manejar nuestra «amistad» y estoy estresado por la posibilidad de que la verdad salga a la luz.

Además, estoy estresado por estar estresado. Ser el portero significa que mi juego mental debe ser de primera. A lo largo de los años, he perfeccionado la capacidad de ignorar los errores sin desmoronarme. Ni siquiera las derrotas aplastantes me afectan tanto como cuando era más joven. No me importan la mayoría de las cosas que suceden tanto dentro como fuera del hielo. Me he entrenado específicamente para ello. Así que ¿por qué esta situación me pone tan nervioso?

Chase me observa fijamente, evidentemente insatisfecho con mi respuesta.

—¿Estás enfadado porque mi hermana se haya mudado con nosotros? Como dije, será temporal. Puede que un par de semanas como mucho.

—Todo está bien. Seraphina puede quedarse el tiempo que necesite —respondo demasiado rápido y animado. Se me forma una ligera capa de sudor en la nuca bajo la camiseta negra y siento cómo el cuello se me tensa alrededor de la garganta. ¿Qué cojones está pasando? Nunca me comporto así.

—Creo que te caerá bien cuando la conozcas mejor —añade.

Si él supiese.

Como no confío en que pueda actuar con normalidad, evito cualquier respuesta verbal y me limito a gruñir a modo de asentimiento. Avanzamos por la sala mientras saludamos al resto del equipo. Dallas nos sigue en silencio, todavía sumido en su móvil.

Chase se ríe entre dientes y se quita la sudadera con cremallera.

—¿Estás de mal humor porque estás pasando por una época de sequía?

—No es una época de sequía. —Al contrario de lo que sus comentarios sarcásticos podrían sugerir, mi reciente pausa con respecto al sexo ha sido autoimpuesta. Mi encuentro con Seraphina en el XS fue una puta maravilla y destruyó mi interés en cualquier otra persona después de eso. Me lo tomé como una señal de que estaba intentando abarcar demasiado y decidí centrarme en otras cosas durante un tiempo. O en una cosa, en realidad: el hockey.

En cualquier caso, he ignorado varias llamadas de ligues desde que volví a la ciudad, incluida una que venía acompañada de una foto sin sujetador. Podría haber follado de haber querido, pero no he querido y no estoy seguro de qué dice eso de mí.

—Lo que tú digas, Ty. —La mirada de Chase pasa de mí a Dallas, que está de pie junto a nosotros aturdido y aún no se ha quitado una sola prenda de la ropa de calle. A este ritmo el entrenamiento empezará y acabará sin que se dé cuenta—. Deja de babear por tu novia y vístete, Ward. Miller nos va a hacer dar vueltas por la pista si retrasas el entrenamiento.

Como era de esperar, Dallas no contesta. Chase se inclina hacia él y le da un golpe en el hombro. Suelto una risa burlona cuando Dallas pierde el equilibrio, casi choca con su taquilla y se tambalea medio paso antes de recuperar la compostura. Levanta la cabeza de golpe con una sonrisa tonta en el rostro.

—Shiv lleva toda la semana en Florida —se queja antes de guardar el móvil—. Eso es mucho tiempo.

Chase entrecierra los ojos y niega con la cabeza.

—Calzonazos.

—Mira quién fue a hablar. —Dallas se zafa de él.

Para mi alivio, empiezan a hablar del viaje de parejas que están planeando para San Valentín el mes que viene, porque en realidad, ambos son un par de calzonazos. Este cambio de tema me ahorra preguntas adicionales sobre mi vida sexual, o la falta de ella, así que tampoco me quejo.

Los dejo hablando de flores, vino y otras mierdas que han planeado, me doy la vuelta y finjo que estoy centrado en ponerme el equipo para evitar que cualquiera trate de entablar conversación conmigo. Por suerte, mi cara de «que te den» es lo bastante fuerte como para que nadie lo intente.

Mientras me ato los cordones de los patines, mis pensamientos vuelven a girar en torno a Seraphina. El sótano es exclusivamente mi territorio y no estoy acostumbrado a que nadie más ocupe mi espacio. Esto significa que tendré que hacer algunos ajustes, como no más viajes desnudo al baño. O supongo que dormir desnudo en general.

Aunque en realidad, Chase la había descrito como una mariposa social y había dicho que apenas pasaba tiempo en casa. Tal vez eso signifique que este desastre será más fácil de soportar.

Con mi suerte, seguro que no.

—Ah, mierda. ¿Habéis visto el correo del entrenador? —La urgencia en la voz de Dallas me saca de mi ensimismamiento. Cuando levanto la mirada, tiene el móvil en la mano de nuevo y lo mira incrédulo.

—¿Eh? —pregunto distraído, abrochándome el protector del pecho—. ¿Qué correo?

Chase pone una mueca.

—Joder, no. Envía treinta a la semana. Una actualización por aquí, un entrenamiento obligatorio por allá. ¿Quién cojones lee todo eso?

—No, esto es importante. Dice…

Un fuerte silbido atraviesa el aire detrás de nosotros. Sorprendidos, nos giramos para ver al entrenador Miller de pie en la entrada de la sala con un tipo alto ataviado con una sudadera carmesí de los Falcons. Un chico que, hasta donde sé, no estudia en Boyd, porque juega en la formación inicial de uno de nuestros equipos rivales.

—¿Qué cojones? —dice Chase por lo bajini, tan bajo que solo nosotros lo oímos.

—Eso es lo que estaba tratando de deciros —susurra Dallas.

Miro alrededor, confuso. Como delantero estrella de Woodbine, Reid Holloway es uno de los máximos goleadores de la división esta temporada. Yo puedo defender mi portería, pero no hay nada más inquietante que verlo lanzarse por el hielo en un uno contra uno con el portero después de que haya esquivado a nuestra línea defensiva. Así de bueno es.

También es un capullo integral, como la mayoría de los jugadores rivales. Lanza alto, destroza la red y, siempre que jugamos en su estadio, anima al público para que coree mi nombre para mofarse de mí. En este punto de mi carrera, puedo parar la mayoría de sus jugadas, pero sigue siendo irritante a más no poder.

—Buenas tardes, caballeros. Como decía mi correo de esta mañana, un nuevo atleta se unirá a nosotros este semestre. —El entrenador Miller hace un gesto con el portapapeles rojo hacia la alta figura de Reid—. Este es Reid Holloway, nuestro nuevo delantero júnior. La mayoría de vosotros ya lo conocéis por su etapa en los Panthers, donde era uno de los mejores jugadores. El resto ya lo conoceréis durante los entrenamientos de los próximos días. Espero que todos lo recibáis con los brazos abiertos y lo hagáis sentir como un miembro valioso de este equipo. —Recorre la sala con una mirada de acero y se detiene a propósito en Chase; teniendo en cuenta el tiempo que pasa en la caja de castigo cuando jugamos contra Woodbine, Miller tiene sus motivos.

Los chicos le ofrecen saludos vacilantes y bienvenidas poco entusiastas. Bajo la simpatía forzada hay un claro trasfondo de reticencia. Cambiar la plantilla a mitad de temporada es casi inaudito, y por una buena razón. Acaba con la dinámica de todo el equipo.

Reid se dirige a su nueva taquilla, tan contento como nosotros estamos de verlo, lo que significa que está abatido. Algo terrible debe de haber ocurrido con él para que lo hayan transferido tan de repente. Tengo algo de curiosidad por saber qué será, pero no tanta como para molestarme en averiguarlo.

Acabamos de vestirnos mientras el entrenador Miller nos informa sobre el plan de entrenamiento de hoy. Ya ha reorganizado la plantilla inicial de delanteros, con Reid junto a Dallas y Chase en la primera línea. Chase no está nada de acuerdo con esta decisión y se coloca el jersey carmesí por encima de la cabeza mientras masculla una diatriba de palabrotas. Al menos, a mí no me afecta directamente en la pista; de ser así también estaría enfadado.

Todos los demás salen del vestuario y nosotros nos quedamos atrás, procrastinando a propósito para ganar tiempo. Chase observa cómo Reid atraviesa las puertas batientes antes de volverse hacia nosotros en la sala vacía. La tensión se extiende por su rostro y refleja cómo me siento yo.

—Esto es una mierda. —Coge la botella de agua del banco y la aprieta como si quisiese estrangularla.

—Tranquilo, tío. —Dallas hace un gesto con las manos para indicarle que se relaje—. Todo irá bien una vez que las nuevas líneas se consoliden. Lo admitas o no, Holloway es uno de esos jugadores a los que odias cuando está en el otro equipo, pero que agradeces tener en el tuyo.

Suele ser una situación habitual en el hockey. Aunque yo sigo apostando a que Reid es un capullo.

Cuando ninguno de los dos responde, Dallas continúa:

—Ayúdame, Ty. Sabes que odiarías a Carter si tuvieses que jugar contra él.

—Tienes razón —admito—. Sería lo peor.

Chase vuelve la cabeza para mirarme y me fulmina con la mirada, pero le tiembla la comisura del labio cuando intenta aguantarse la risa. Gracias a su estilo de juego físico y a que es un listillo, consigue meterse bajo la piel de los adversarios como nadie. Es su don. Desde el punto de vista de un portero, los jugadores como él son una pesadilla.

—De todos modos —añade Dallas—, tendrás que superarlo. Piensa en ello como la preparación para la liga.

Por desgracia, es cierto. En el hockey profesional, a los jugadores se les transfiere a mitad de temporada todo el tiempo y, cuando ocurre, todos deben dejar atrás cualquier resentimiento por el bien del equipo. Yo soy bastante práctico como para entenderlo, pero también lo bastante rencoroso como para que ahora no me importe.

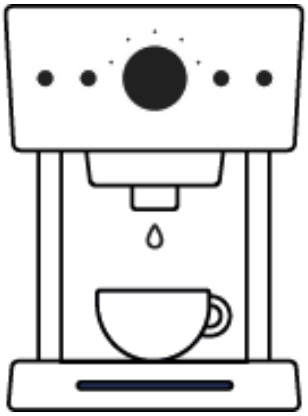
También es posible que no esté pensando con claridad después de los eventos del día de ayer. A lo mejor estaré más centrado tras pasar un rato en el hielo. Los entrenamientos siempre me ayudan a aclararme las ideas.

—Va a ser un semestre largo —murmura Chase.

Cojo mi casco y me impulso para levantarme.

—Desde luego.

Pero no por los motivos que él cree.



# Capítulo 5

## Iguales

*Seraphina*

**Oficina de admisiones de la Universidad de Boyd**
Matriculación: al final de segundo año, todos los alumnos deben matricularse en una carrera.

Dejo la taza de café en la encimera de la cocina y pongo una mueca mientras releo la página. Aunque entiendo el motivo detrás de esta política, me parece injusta. A diferencia de Chase, yo no salí del útero de mi madre sabiendo qué quería ser cuando fuese mayor. Él ha comido, dormido y respirado el hockey desde que tengo memoria. Mi primer recuerdo suyo es de él sobre unos patines de hielo.

Entretanto, yo soy incapaz de comprometerme a un programa de estudio; mucho menos a una carrera. Como estudiante de segundo a punto de comenzar el segundo semestre, voy a contrarreloj. Casi he terminado con los requisitos de las asignaturas generales y, si no

me decanto por una carrera pronto, podría perder el tiempo y el dinero en cursos que no contarán. La otra alternativa sería tomarme un respiro de la universidad hasta que me decida. Eso supone un riesgo real de que no vuelva, y no tengo un plan de contingencia que no incluya la universidad.

De nuevo, tampoco tengo un plan actual que incluya la universidad. No tengo un plan. Punto.

Mientras hojeo la sección de «Cursos y opciones académicas», me armo de valor y trato de imaginarme en varios programas educativos. ¿Inglés? No a menos que las novelas románticas cubran la mayor parte del plan de estudios. ¿Algún tipo de ciencia? Ni de broma. ¿Matemáticas? Menos todavía. ¿Psicología? Quizá…

La página termina en Escritura creativa. Esto despierta mi curiosidad y leo la descripción del curso. Desde que era una niña, escribir ha sido una de mis vías de escape de la realidad favoritas. Empecé a devorar libros muy joven y mi gusto por la lectura evolucionó hasta que empecé a imaginar mis propias historias. Al final, comencé a escribir para mantenerme ocupada siempre que me arrastraban a un partido de Chase. Quizá eso no me convirtiera en muy buena hermana, pero en mi defensa diré que había muchos partidos. Una chica tiene un límite con el hockey.

A lo largo de los años, creé incontables historias acurrucada en los bancos de varios fríos estadios. Aunque en mi familia todos creían que escribir solo era una fase, uno de mis secretos mejor guardados es que aún lo hago. Sobre todo escribo poesía, pero también hay varios fragmentos de ficción que he enterrado en lo más profundo de mi disco duro con la esperanza de que nadie los encuentre si muero de forma prematura.

La semilla de la curiosidad empieza a florecer en mi cerebro. Nunca he estudiado escritura de manera oficial. La idea me resulta intrigante, aunque también me intimida un poco.

Alguien se aclara la garganta detrás de mí. Me giro para ver a Tyler de pie a unos metros, recién duchado y con el torso totalmente desnudo. Para ser más concreta, lleva una camiseta blanca echada

por encima de un hombro musculoso, pero por razones que no me quedan muy claras, no la lleva puesta. Tampoco es que me queje.

Entre los centímetros de tinta, los músculos firmes y el rastro de pelo fino bajo el ombligo, me resulta imposible apartar la mirada. Estoy observándolo fijamente. Puede que también esté babeando. No lo puedo asegurar del todo porque he perdido la capacidad de pensar.

Cuando no digo nada, levanta una comisura del labio.

—Ey, Campanilla.

Incapaz de hablar, el manual de cursos para estudiantes universitarios de la Universidad de Boyd se me resbala entre los dedos y cae ondeando al suelo.

—No quería asustarte. —Se inclina para recoger el folleto y me lo devuelve con una sonrisa—. Solo necesito un café.

Sin soltar el manual de registro, echo un vistazo a mi alrededor para darme cuenta de que he desconectado justo delante de la cafetera. A mi lado, mi café recién hecho está tibio. ¿Cuánto llevo aquí de pie? Cuando mi medicamento para el TDA hace efecto, el hiperfoco no es ninguna broma. Puede pillarme haciendo las tareas más tontas si no voy con cuidado. Una vez perdí una tarde entera jugando a Two Dots en el móvil.

Tyler se pone la camiseta, lo cual, a pesar de resultar ligeramente decepcionante, es sin duda lo más sensato, y saca una taza del armario mientras me aparto de su camino. Cuando enciende la cafetera, mi cerebro termina de reiniciarse y vuelve a conectarse.

—Es descafeinado —le advierto.

Se detiene con la taza medio llena y frunce el ceño.

—¿Descafeinado? No quiero parecer un imbécil, pero ¿qué sentido tiene?

—Tomo una medicación que no puedo mezclar con cafeína. Lo probé una vez y estoy bastante segura de que casi sufrí un infarto. Pero era una adicta al café y aún me gusta el ritual de tomarlo por las mañanas, así que me pasé al descafeinado. Puedes tirar lo que queda y volver a hacerlo con el bueno. No me importa. —Es

evidente que estoy más nerviosa de lo que creía porque acabo de contarle a Tyler más sobre mí de lo que jamás ha querido saber sobre mi relación con el café. Bien hecho, Sera. Un comportamiento muy normal.

—Nah, no pasa nada. De todas formas, no creo que me mate reducir la ingesta de cafeína. —Se encoge de hombros y termina de llenarse la taza. Después apoya una cadera en el armario y me mira. La taza es enorme, calculo que de más de medio litro, y aun así parece pequeña entre sus manos.

Joder, no. No pienses en sus manos.

Decido centrarme más arriba, en los enrevesados diseños de la tinta que le decora los brazos y el cuello antes de llegar a su cara y contemplar cada rasgo. De algún modo, es al mismo tiempo sumamente guapo y profundamente masculino. También es más intimidante de lo que recordaba.

Esta situación es como sufrir un latigazo psicológico. Mi pobre cerebro corre en círculos, esforzándose por comprender lo que mi cuerpo ya sabe por instinto. Todavía estoy tratando de asumir que esas manos son las mismas que se colaron bajo mi vestido en aquel baño hace solo unos meses. Los mismos labios que me besaron en la pista de baile hasta que me dejó sin aliento y aturdida. Y el mismo chico que me susurró al oído cosas guarras y atroces mientras me hacía correrme tan fuerte que vi las estrellas.

Cuando se lleva el café a los labios, una parte de mí siente celos de ese pedazo de cerámica blanca.

Alcanzo mi taza y aparto la mirada de él.

—No creía que nadie más se hubiese despertado aún.

—Tengo clase de bioquímica temprano —responde—. No es lo mejor, pero era el único horario disponible ¿Y tú? ¿Qué haces despierta?

—Soy crónicamente incapaz de dormir. —Mi incapacidad para dormir pasadas las siete de la mañana es un auténtico fastidio. No importa lo tarde que me acueste o lo mucho que haya bebido esa

noche, en cuanto el reloj llega a esa hora maldita, me despierto lo quiera o no.

El lado positivo de eso es que, al madrugar, ya estoy vestida y preparada para el resto del día. Tengo que mantener el mejor aspecto posible durante mi estancia aquí. Ni sudaderas zarrapastrosas con manchas sueltas de pintaúñas, ni pijamas anchos de la regla ni, por supuesto, mascarillas de carbón en cualquier parte de la casa que no sea el baño. A lo mejor tengo que quemar mi vieja bata por si acaso. No porque me importe lo que piense Tyler, sino porque… vale, sí que me importa.

—Ay. Eso es duro. —Finge una mueca. Alza una mano y se toca la nuca. Algo que no entiendo del todo le atraviesa el rostro—. ¿Te quedarás para la fiesta de cumpleaños de Chase?

Como si tuviese elección. Por mucho que a mi hermano le guste fingir lo contrario, es un poco diva. Nunca me perdonaría que no asistiese a su fiesta de cumpleaños. Y eso que ni siquiera le gustan.

Aunque quiero ir. Chase y yo éramos mejores amigos de niños. Incluso en el instituto salíamos con el mismo grupo de amigos y me dolió que nos distanciáramos cuando se mudó para ir a la universidad.

Si hay algo positivo en toda esta situación, quizá sea que podamos volver a estar unidos.

—Me quedaré un rato. Será una buena oportunidad para conocer a más alumnos de Boyd. —Que Tyler sea uno de ellos es una mera coincidencia.

Abre la boca para decir algo, pero un toquecito en la puerta principal lo interrumpe. Son las siete y cuarto, lo que significa que Abby ha venido a recogerme más de veinte minutos antes de nuestra clase de spinning de las ocho. Se suponía que debía escribirme, no bajar del coche para ir a por mí.

—Es para mí —le digo, y desearía saber lo que está a punto de decir.

Tyler vuelve abajo con su café y yo voy a la entrada para dejar entrar a mi increíblemente cotilla y sigilosa amiga. Cuando pasé de

deshacer las maletas la noche anterior, porque, seamos sinceros, sabíamos que iba a ocurrir, acabé en su casa, donde me interrogó mientras tomábamos unas copas antes de ir a XS. Quería saberlo todo sobre la vida de Tyler. Por desgracia, no tenía mucho que ofrecerle. Hasta ahora, sigue siendo tan misterioso como cuando era Hades.

—Esto no es una cita, Abbs. No tienes que recogerme en la puerta de mi casa. —Sujeto la puerta y le hago un gesto para que pase. Porque se ha adelantado y yo no estoy lista para irme todavía. Supongo que ha sido a propósito.

Estira el cuello en busca de alguna señal de Tyler en la casa, sin siquiera molestarse en disimular. Articulo en silencio «está abajo» mientras señalo el sótano y ella me responde con una mueca.

Unos minutos más tarde, salimos por la puerta sin que su curiosidad se vea satisfecha. Cierro con un portazo y me encojo ante el ruido, porque sé que Chase y Dallas siguen durmiendo en el piso de arriba. Todavía no me he acostumbrado a vivir en su casa. A diferencia de mi viejo apartamento, en el que tenía que tirar de la puerta con todas mis fuerzas para cerrarla, esta se cierra sola con la fuerza de un huracán.

—No me creo que estés viviendo con Hades —chilla Abby, que me tira del brazo por encima del abrigo. Aunque estamos fuera, es muy posible que lo haya dicho tan fuerte como para que Tyler lo haya escuchado. O para que se haya enterado la manzana entera.

—Se llama Tyler. —Se levanta una ráfaga de aire gélido mientras subo a su Range Rover blanco, que me recuerda que tengo que ir al centro comercial a comprarme un buen abrigo de invierno—. Y es temporal.

—Es como vivir con un follamigo, Sera. Piensa en lo práctico que sería.

Cruzo las piernas en el asiento del copiloto intentando ignorar el entusiasmo con el que mi cuerpo responde a su sugerencia.

—Eso sería una idea terrible.

—Por favor. Me contaste todo lo que pasó en aquel baño. Con una química así, es evidente que acabaréis acostándoos otra vez. —Mete la marcha atrás y los neumáticos traseros derrapan cuando sale a la calle.

—Lo dudo. Lo único que le preocupa a Tyler es que Chase no se entere. —Yo estaba totalmente de acuerdo porque no quería que se volviera más sobreprotector de lo que ya es. Ni siquiera sé qué haría si lo descubriese. ¿Me mandaría a un hotel? ¿Montaría guardia frente a mi cuarto? ¿Colocaría una campanita en la parte de arriba de la puerta?

Aparte del problema con mi hermano, Tyler no se inmutó cuando descubrió mi identidad. Como si nuestro rollo en el baño no fuera nada memorable o ni siquiera digno de recordar. Aunque me hiere un poco el ego, quizá sea algo bueno. Significa que será más fácil seguir adelante sin sentirnos incómodos.

Aunque si sigo babeando por él en la cocina, seguiría siendo incómodo pase lo que pase.

—Si acaso —añado—, debería encontrar a alguien que me distrajese de él. —Un entretenimiento en forma de otro hombre cálido y dispuesto me mantendría fuera de casa, ocupada y, lo más importante, haría que dejase de pensar en Tyler. Es un plan bastante sólido. Por desgracia, no tengo ninguna gana de seguir adelante con él, sobre todo después de haberlo visto sin camiseta en la cocina.

Abby se ríe.

—Ven a nuestra próxima fiesta y haremos que pase.

Por algún motivo, la oferta no me parece tan atractiva como debería.

Se quita el gorro de lana morado para liberar sus rebeldes rizos color cobre y se adentra en una actualización de su vida amorosa. Está atrapada en el triángulo amoroso más complicado que jamás haya oído. O, ¿quizá es un cuarteto amoroso? ¿Cuadrado amoroso? Hay mucha historia entre todas las partes involucradas y me vendría bien un diagrama de flujo para lograr entenderlo.

Cuando acaba de contarme la historia, señala:

—Pareces distraída.

Siento su mirada sobre mí mientras observo a través de la ventana cómo los árboles nevados pasan a nuestro lado en un borrón.

—Estoy bien.

En realidad, estoy pensando en mi madre. Le diagnosticaron el cáncer pronto y se espera que se recupere del todo, pero me cuesta no preocuparme. Dado que viven a una hora de aquí, mi padrastro Rick la ha estado llevando a quimioterapia y he recibido actualizaciones constantes. Iré a su próxima cita más adelante este mes y la acompañaré a todas las que pueda a partir de ahí. Tal vez, de ese modo, sentiré que estoy haciendo algo útil.

Abby acelera antes de que el semáforo se ponga en rojo y me agarro al asiento nerviosa; siento cómo las uñas de gel se clavan en el cuero lujoso. Su todoterreno derrapa unos metros antes de detenerse en medio del paso de cebra. Anoche volvió a nevar y los quitanieves no han llegado todavía. Considerando que conduce como un demonio de la velocidad incluso en las peores condiciones, me estoy replanteando la idea de ir con ella en el coche al gimnasio.

El resto del camino va igual. Suelto un suspiro de alivio cuando gira bruscamente hacia el aparcamiento, lo que marca el final de un viaje aterrador.

Para el motor y me mira.

—Volverás a afiliarte a las Kappa, ¿no?

—Pronto. —Como estudiante recién trasladada, me han permitido escoger entre pasar a ser antigua alumna de mi hermandad o unirme a la de la Universidad de Boyd. Volver a afiliarme parece la elección más evidente, pero hay algo que me está impidiendo comprometerme por completo.

—Puedo hacer que aceleren el proceso —canturrea.

—Está en mi lista de pendientes.

Lo que no le cuento es que cada vez que voy a escribir el correo, me quedo helada. Quizá son demasiados cambios a la vez.



# Capítulo 6

## 99 problemas

*Tyler*

Esta es la ronda más larga de «Acuéstate con tu vecina» a la que nunca he jugado. O quizá solo me da esa sensación porque estoy intentando comportarme lo mejor posible y no lo estoy consiguiendo. Estoy haciendo un gran esfuerzo por permanecer concentrado en la partida.

Una risa sale del salón de al lado donde Seraphina está con Bailey y Siobhan. Algo se remueve en mi interior y agarro el botellín de cerveza con más fuerza, tratando de canalizar cada pedazo de autocontrol que tengo para evitar mirarla de nuevo.

¿Quieres una prueba de cómo al universo le gusta fastidiarme? Lleva uno de los vestidos más pequeños que he visto en mi vida. Es morado y parece que hayan pintado sobre él. Nada me gustaría más que ser el que se lo arrancase al final de la noche, pero como valoro que mis extremidades funcionen, es evidente que no es una opción. Aunque te aseguro que pensaré en ello más tarde cuando esté solo.

Mi estrategia de fingir que no nos hemos acostado está fallando estrepitosamente.

—¿Te está gustando Boyd de momento, Reid? —Siobhan le pasa el brazo por el cuello a Dallas y se sienta sobre él. Hay bastantes sillas para todos, es solo que ellos están enganchados por la cadera. Su avión ha aterrizado mientras entrenábamos esta tarde y, cuando hemos llegado a casa, ya estaba aquí. Me alegro de que mi habitación esté en el sótano, así no tendré que escuchar cómo «se ponen al día».

Reid toma su cerveza de la mesa como si la pregunta le hubiese dado ganas de beber.

—Ha sido un gran cambio, pero el equipo parece bueno de momento.

Eso sí que es una respuesta ensayada. Suena como si lo estuviese entrevistando un reportero de la tele. Es evidente que hay una historia detrás del motivo por el que lo han transferido. He oído rumores que van desde «motivos familiares» hasta un desacuerdo con la dirección del equipo o, mi favorita personalmente, haberle dado, presuntamente, una paliza a uno de sus compañeros de equipo.

—Claro que lo es —dice Dallas con alegría. Si ha captado la respuesta evasiva de Reid, no dice nada. Recoge el montón desordenado de cartas y las baraja para su turno como crupier—. Vamos a destrozar a Maine este fin de semana.

Como era de esperar, Dallas fue el que nos convenció para que invitásemos a Reid esta noche. Lo llamó «Operación Enterrar el hacha» y señaló con toda la razón del mundo que sería una capullada no incluirlo cuando todo el equipo iba a asistir. Como no supimos rebatirle el argumento, Chase y yo cedimos. Supuse que no vendría de todos modos, pero, para mi sorpresa, aquí está. Al menos ha llegado con un lote de cervezas de primera, así que ha ganado algunos puntos.

Desde que se ha presentado en nuestra puerta, Dallas ha estado interfiriendo como un hombre con una misión, dispuesto a calmar cualquier resentimiento del pasado por el bien del equipo. Supongo que ha ido bien. Al menos, su presencia me ha quitado un poco de

presión, así que nadie ha notado lo tenso que estoy. Hoy es la única noche del mes en la que me voy a permitir desinhibirme, y estoy más nervioso que nunca.

Dallas se inclina hacia delante y coloca las cartas en la mesa. Me falla la fuerza de voluntad y le echo otra mirada furtiva a Seraphina. Le da un sorbo a su bebida y eso hace que me centre en sus labios, perfectos y voluminosos. Me remuevo, fascinado. Me resulta imposible no pensar en todas las otras formas en las que querría que usase la boca.

Casi como si notase que la estoy mirando, se gira hacia nosotros y nuestros ojos se encuentran desde cada extremo de la habitación. Me lanza una sonrisa seductora y cómplice y siento el instinto de devolvérsela.

Mierda. Somos demasiado obvios, tío.

Respiro hondo, me fuerzo a apartar la mirada y vuelvo a centrarme en la conversación de la mesa. Más o menos. Todos hablan de una película nueva, pero no les sigo tanto como para saber cuál es.

Uno a uno, todos van cayendo en la partida hasta que solo quedamos Chase y yo. Es un milagro que haya llegado tan lejos con Seraphina distrayéndome desde el otro lado de la habitación. Lo que todavía no entiendo es por qué me afecta tanto. Solo fue un polvo. No significó nada. Nunca lo hace. Nunca he vuelto a pensar en ello con nadie más.

—Que te den, perdedor. —Chase lanza la carta ganadora y se reclina en la silla con una sonrisa de satisfacción.

—Sí, sí. —Le quito importancia con un gesto de la mano. Es el peor ganador de la historia de la humanidad. Y Dallas es el peor de los perdedores, lo que significa que nuestra casa está plagada de enfrentamientos competitivos todo el tiempo. Ninguno de los dos se relaja—. Vuelvo enseguida. Voy a por el móvil.

Dejo la cerveza y empujo la silla hacia atrás antes de ir a la cocina a por mi teléfono, que se está cargando sobre la encimera. Si soy

realista, el móvil no me importa una mierda. Seguramente, ni siquiera miraré los mensajes. Es más una excusa para calmarme.

Cuando atravieso el umbral, me encuentro a Seraphina de puntillas, intentando en vano alcanzar algo de una de las estanterías superiores de un armario. Mi mirada va directa a su trasero, redondo y voluminoso, mientras observo cómo el dobladillo del vestido, ya corto de por sí, se le sube unos centímetros más cuando se esfuerza para sacar lo que sea que está buscando.

Deja escapar un tierno quejido de frustración, se inclina hacia delante y vuelve a probar; con ello solo consigue que la tela se le suba un poco más. Toda la sangre del cuerpo se me baja al pene y me esfuerzo por contener el gemido que me sube por el pecho.

Como no garantizo que no cometa una tontería, mi primer instinto es marcharme. Ella se gira al momento y me ve, lo que significa que no puedo irme sin quedar como un imbécil.

Se le forma una sonrisa en los labios.

—Hola.

—Hola. —Mi voz está más ronca de lo normal. Mierda, hasta sueno excitado.

—¿Podrías ayudarme un momento? Estoy buscando las pajitas. —Señala una caja de cartón amarilla antes de hacer un gesto hacia sí misma, y aprovecho la invitación para volver a mirarla—. No puedo subirme a la encimera con esto.

—Claro.

Seraphina se aparta unos centímetros y apenas me deja espacio para sacar la caja que me ha pedido sin chocar con ella. Me acerco más y me llega una ráfaga de su perfume; su dulce aroma me hace pensar en todo tipo de cosas equivocadas, pero también muy acertadas.

Le rozo el hombro con el brazo mientras alargo la mano, tomo la caja del estante y la dejo sobre la encimera.

—Gracias —dice ella. Si no me equivoco, jadea un poco más de lo normal.

—No hace falta darlas.

La tensión se acumula entre nosotros y el aire crepita con electricidad. Estamos muy cerca; demasiado si se tratara de otra persona. Aun así, ninguno de los dos retrocede. No podría apartarme aunque quisiera.

Una sonrisa sensual se dibuja en sus brillantes labios rosados y ella baja las pestañas oscuras y gruesas para mirarme de reojo. Cuando su mirada se encuentra con la mía, los ojos ámbar le brillan con picardía. Sé que se queda para ver lo que hago.

Y, mierda, ¡me muero de ganas de hacer algo que no debería!

—¡Hola! —Un saludo estridente atraviesa el aire y me devuelve a la realidad.

Nos interrumpe una pelirroja exuberante con el pelo casi hasta la cintura, que se acerca corriendo y abraza a Seraphina. Es bajita, al menos quince centímetros más baja que ella, y lleva un vestido rosa igual de llamativo. Solo por su voz, estoy bastante seguro de que es la misma chica que recogió a Seraphina en casa hace unos días. Es una de sus mejores amigas, por eso no puedo explicar la incomodidad que siento en el estómago en cuanto la veo. Admito que me molesta la interrupción, pero hay algo más profundo.

Un tipo mayor y arreglado se acerca y rodea con los brazos a Seraphina antes de atraerla hacia sí. Ahora estoy aún más molesto. Su mano se detiene en su espalda baja mientras acerca la boca a su oído para decirle algo que solo ella pueda oír. Sera se ríe, niega con la cabeza y le da un manotazo juguetón en el brazo. La toca de una manera familiar, que roza la intimidad, y es muy irritante. Además, el hecho de que vista un traje de diseño en una fiesta me enfada aún más.

Tras una ronda rápida de presentaciones, descubro que son Abby y Rob, y decido que ninguno de los dos me cae bien. Esto se consolida aún más cuando Abby se lleva a Seraphina con Rob pisándoles los talones.

Varias personas intentan llamar mi atención mientras me abro paso entre la multitud y me siento a la mesa donde Dallas y Chase están acaparando la comida que Siobhan ha preparado. Dice que es

para absorber el alcohol, pero creo que le gusta tener una excusa para hacer de anfitriona. Sea como sea, esta noche lo agradezco. Nunca he sido de los que se tragan los sentimientos, pero parece una apuesta más segura que la alternativa.

—¿Ese Rob no es un capullo? —pregunta Chase. Se le tensa la mandíbula y veo cómo se le marcan los músculos en el cuello.

—¿Quién es? —Alcanzo mi cerveza medio vacía e intento sonar natural—. ¿Es el ex de tu hermana o algo así?

—Es el hermano mayor de Abby. Llevo años buscando una excusa para darle una paliza. Siempre está ligando con Sera, aunque es demasiado mayor para ella. Tendrá unos veintinueve años más o menos. O sea, es un puñetero abogado empresarial y sale con un montón de chicas que todavía usan carnés falsos para entrar en los bares.

Me cuesta contenerme para mantener el rostro serio. Sabía que no me gustaba.

Chase toma un puñado de nachos antes de seguir.

—Además, esta semana Sera ha salido todas las noches. ¿Qué hay de malo en quedarse en casa de vez en cuando?

Nunca pensé que vería el día en que Chase sonara como un padre gruñón de mediana edad, pero aquí está.

Dallas sonríe con suficiencia.

—Vaya, eso me suena.

—Yo ya no soy así.

—Ya, pero también eres mayor que ella. Recuerda lo que tú hacías en segundo.

Respiro hondo para prepararme. Hace un año, Chase estaba soltero, se emborrachaba a diario y se acostaba con chicas aleatorias como si fuera a pasar de moda. No es una comparación muy halagadora.

Chase se incorpora de golpe en su asiento y toma su cerveza de la mesa de madera.

—¿Qué cojones, Ward? —Se toma el tercio restante de un trago antes de volver a dejarla de golpe—. ¿Intentas hacerme sentir peor?

—Eso, eh, no es lo que quería decir. —Dallas coge un puñado de patatas fritas del bol en la mesa y le da un bocado a una antes de hacer un gesto con la otra mitad—. Lo que quería decir es que estoy seguro de que esto de salir de fiesta es una fase. Mucha gente pasa por ahí y termina bien. Como tú.

Buen intento, pero ha omitido que el motivo por el que Chase cambió fue Bailey. Si no la hubiera conocido, no sé si aún seguiría en el equipo. Ni en la universidad, para ser honesto.

Chase mira la botella vacía que tiene delante y su expresión se vuelve distante.

—Me preocupa, ¿sabes? Me siento responsable de Sera. Ha sido así desde que nuestro padre murió.

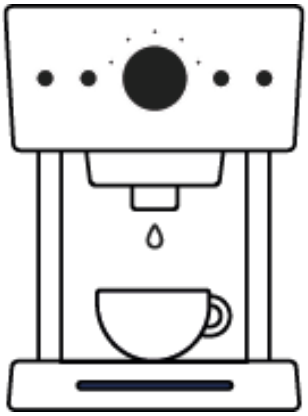
Una sensación desconocida se instala en mi estómago: compasión. Casi nunca habla de su padre. Debe de ser muy duro no tenerlo cerca. Yo no sé si estaría donde estoy ahora sin el mío. Siempre ha estado a mi lado, desde que tuve mis primeros patines hasta que me seleccionaron.

—Seraphina estaba bien en la Universidad de Arizona sin ti —le recuerdo en un intento de tranquilizarlo—. Estoy seguro de que estará igual de bien en Boyd. Por lo que sé, aquí está mucho más calmada que allí.

Suspira y niega con la cabeza.

—Puede ser, pero a este ritmo, para el final del semestre me habrán salido canas. Suele dar mucha guerra.

Chase tiene razón. Hasta hace poco, todos mis problemas tenían relación con el hockey. Ahora, mientras Seraphina se ríe al otro lado de la habitación con ese retazo de tela que debería ser ilegal, tengo noventa y nueve más, y en todos ellos está escrito el nombre de «Seraphina Carter».



# Capítulo 7

## Históricamente preciso

*Seraphina*

No volveré a hacerle caso a Abby.

Gracias a ella, llevo un vestido lavanda que parece más una camisa. Por FaceTime, me ha asegurado que era perfecto, pero he descubierto demasiado tarde que no puedo sentarme sin la posibilidad de que los curiosos vean mi ropa interior de Victoria's Secret. En una discoteca no me importaría tanto, pero es un inconveniente cuando la fiesta es en una casa. ¿Qué se supone que debo hacer, pasar toda la noche de pie, incómoda?

Sin embargo, ha valido la pena ver cómo Tyler se ha quedado boquiabierto en cuanto me ha visto con este vestido.

—Me casaré con ella. —Chase apoya un hombro contra la nevera de acero inoxidable mientras observa a su novia, Bailey, que está al otro lado de la habitación.

Nunca esperé que esas cuatro palabras salieran de su boca. Pero las cosas han cambiado, porque el cumpleañero está un poco

borracho y muy enamorado, y el resultado es bastante tierno, hasta para él.

Una sonrisa me tira de las mejillas.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo lo harás, Romeo? —Ver cómo el corpulento, charlatán y pesado de mi hermano pierde la cabeza por una chica es tan divertido que casi me hace olvidar mi error de vestuario.

—En cuanto ella me deje. —Chase se gira para mirarme e inclina la cabeza—. ¿Qué hay de ti? ¿Salías con alguien en Arizona?

Esto confirma que está borracho. Normalmente, mi hermano prefiere fingir que tengo la vida amorosa de una monja. En el fondo sabe que no es así, pero negarlo le ayuda a dormir por las noches.

—Estoy soltera y entera. Igual que siempre. —No he tenido novio desde que empecé la universidad, y tampoco quiero. Por la experiencia de mis amigas, los universitarios se vuelven complacientes y se esfuerzan cada vez menos hasta que llega un punto en el que ambos se resienten, e incluso el sexo se convierte en una obligación. Me parece una pérdida de tiempo y energía, al menos en esta etapa de mi vida.

Sin embargo, he tenido un buen puñado de rollos y un par de relaciones casuales. Dudo que mi hermano quiera saber nada de eso.

—Mantente alejada del equipo —masculla, y se lleva la botella ámbar de cerveza a los labios—. La mayoría son unos capullos con las chicas.

Ahí está. Ha salido a la luz el motivo de la pregunta. Modo hermano mayor sobreprotector: activado.

—Eso no será un problema. No me gustan los deportistas, sobre todo los jugadores de hockey. —Me arden las mejillas y le doy un sorbo al vodka con Sprite para taparme la cara. Aunque esta afirmación es históricamente precisa, ahora mismo me parece casi mentira. Deben de echar algo en el agua de Boyd, porque la mitad de los chicos del equipo de mi hermano, como mínimo, están buenísimos. Además de Tyler, hay un recién llegado que podría tener un segundo empleo como modelo. Es altísimo, tiene el pelo

alborotado lleno de mechas por el sol y un hoyuelo en la mejilla para morirse.

No estoy diciendo que me interese el chico nuevo. Hades, su homólogo tatuado, ya se ha adueñado de mi mente. Aun así, una chica sabe valorar las cosas bonitas.

—Cierto —dice Chase—. Se me olvidaba que te gustaban los niños bonitos.

—No es verdad. —El dobladillo del vestido se me sube por enésima vez y tiro de él hacia abajo, deseando tener cinta adhesiva de doble cara.

Él levanta una ceja pero no dice nada. Solo me lanza esa mirada de «sabes que es mentira» que ha perfeccionado en las dos últimas décadas de ser mi hermano mayor.

—Puede que sea un poco cierto —me corrijo.

Definitivamente hay un elemento común entre todos mis rollos pasados: tiene un aspecto cuidado y pijo, con toda probabilidad pertenece a una fraternidad; conduce un vehículo ostentoso y, después de la universidad, está destinado a acabar en un puesto con un sueldo desorbitado gracias al nepotismo familiar. No sé por qué sigo gravitando hacia ese tipo de hombre cuando es como tener treinta y un sabores* de decepción en la cama. Hay una razón por la que el cajón de mi mesita de noche está lleno. O tengo que dar instrucciones explícitas, paso a paso, como si fuera una especie de GPS sexual, o me rindo y recurro a tomar las riendas a posteriori.

Eso sí, hay una notable excepción a esta regla, y está sentado a tres metros de distancia.

Ahora que lo pienso, creo que tengo un nuevo prototipo de hombre.

—¿Seguro que estarás bien cuando estemos fuera el mes que viene? —Chase frunce el ceño y escruta mi rostro como si creyera que no le fuera a responder con sinceridad—. Podrías quedarte en casa de Bailey y Shiv si quieres. O ir a ver a mamá. Le encantaría.

—¿No puedo quedarme aquí? —No entiendo por qué me pregunta esto. Estará fuera de la ciudad para varios partidos como visitante

antes de este viaje, y también me quedaré sola. ¿Acaso no confía en mí si no me está supervisando? ¿Cree que voy a organizar una fiesta en su ausencia?

Levanta un hombro.

—No estaba seguro de que quisieras quedarte sola con Tyler. No me malinterpretes, no hará nada fuera de lugar, pero entendería que prefirieses pasar el fin de semana fuera. Estoy seguro de que no se lo tomará a mal.

Oh… mierda.

Como es natural, no había pensado en la próxima escapada romántica de mi hermano, lo que significa que tampoco había considerado lo que implica que él y Dallas se vayan: pasaré dos noches a solas con Tyler. Solo estaremos el dios del sexo tatuado con el que me enrollé en Halloween y yo. No es para tanto. Una situación perfectamente normal, cotidiana.

—¿Por qué no va con vosotros? —Me hago la tonta. Chase es más despreocupado cuando está borracho, y espero que me dé algo que me ayude a aclarar las cosas. ¿De qué sirve tener un hermano mayor si no puedes explotarlo un poco para investigar?

—¿Ty? ¿En un viaje de parejas? —Suelta una carcajada—. Tyler no sale con nadie, Sera. Casi siempre se la pasa fo… —Se detiene antes de acabar la frase. No sé por qué. No soy inocente y tampoco una mojigata—. Es de los que prefieren los líos casuales, pero últimamente no lo hace demasiado.

—Oh. Me pregunto por qué. —Ahora sí que estoy forzando la situación, pero es una oportunidad que pienso aprovechar. Me muero por saber la respuesta.

Chase resopla y pone los ojos en blanco.

—¿Quién sabe? A veces puede ser un cabrón muy cascarrabias.

Pfff. Gracias por nada, hermano mayor. Quería enterarme del chisme, no un jarro de agua fría. El término «cascarrabias» podría usarse para describir a la mayoría de los tíos que conozco.

Que los hombres se las hayan ingeniado, de algún modo, para convencer al mundo de que las mujeres son el sexo emocional es la

mayor estafa de todos los tiempos.

—Hablando de cascarrabias. —Le toco suavemente el brazo para desviar su atención de Bailey—. ¿Cómo estás?

Se le ensombrece el rostro.

—Bien.

—¿Estás seguro? —Su vida prácticamente estalló al final del semestre pasado y ha estado lidiando con las consecuencias desde entonces.

—Mientras tenga a Bailey, todo me da igual. Pasará.

Me parece bien. Si alguien es lo bastante fuerte como para salir de esa situación de una pieza, ese es Chase. Me alegra que tenga a alguien en quien apoyarse.

—¿Habláis de mí? —Bailey entra a la cocina con un vestidito negro que Chase ha descrito como «un auténtico regalo de cumpleaños» cuando creía que no lo oía. Tiene las mejillas sonrosadas, los ojos color avellana vidriosos y es evidente que va un poco tocada.

El cambio repentino que sufre ante su presencia no me sorprende. Centra su atención en ella y su actitud se suaviza como una barra de mantequilla sobre un fogón encendido.

Inclina la cabeza y presiona sus labios contra los de ella.

—Siempre estoy hablando de ti, nena.

Bueno, nos estamos adentrando en territorio nauseabundo. Al fin y al cabo, sigue siendo mi hermano.

—Carter —susurra, entre risitas—. Tenemos público.

—Ya… —La besa de nuevo antes de apartarse a regañadientes y le rodea la cintura con el brazo para apretarla contra él de manera protectora.

Bailey señala la mesa de la cocina con su vaso rojo de plástico.

—La partida ha terminado. ¿Queréis jugar la siguiente ronda?

Sería tentador, si pudiera sentarme sin que me acusen de exhibicionista. A lo mejor, si aprieto los muslos lo bastante fuerte, no hay problema.

Su expresión se vuelve seria cuando ve que ella tiene el vaso vacío, y la observa con ternura en los ojos oscuros.

—¿Necesitas algo, James? ¿Quieres que te traiga un vaso de agua?

Por cómo se conocieron, es una pregunta bastante razonable. Ella bebió demasiado y le vomitó en los zapatos fuera de una discoteca. La misma donde conocí a Tyler, por cierto.

Es una historia más tierna de lo que parece. En cualquier caso, me resulta entrañable lo inocente que Bailey parece en comparación con Chase, que a los dieciséis años tomaba cerveza con un embudo en nuestro sótano.

—Ya me he pasado al agua —confirma ella, algo avergonzada.

Abby se acerca y me golpea con la cadera.

—¿Estás lista para irnos, Sera?

—¿Iros? —repite Chase, que mira a Abby como si fuera una aguafiestas.

—¡Sí! Rob nos ha metido en la lista VIP para entrar en XS. ¿Quieres venir?

Mi hermano levanta el labio en una mueca de desprecio nada sutil. Parece que preferiría que le realizasen una endodoncia. Bailey le da un codazo discreto, como un recordatorio tácito de que debe ser educado, un recordatorio que estoy segura de que ignorará.

—Estamos bien. —Me mira y levanta las cejas con picardía—. ¿No tienes una cita con tu asesor académico mañana? Ya sabes, para terminar de elegir las asignaturas.

Mierda. Hasta a mí se me había olvidado. ¿Cómo se ha acordado? Chase apenas es capaz de manejar su propia vida.

—No hasta bien entrada la mañana.

Mueve la mandíbula.

—Ajá.

—Vamos, Sera. —La mano fría de Abby envuelve la mía y tira de mí—. Rob espera en el coche.

Me invade la culpa y dudo, con los pies pegados al suelo de la cocina.

—Puedo quedarme —le digo a Chase—. No tengo por qué irme.

—Haz lo que debas, Sera. —Me hace un gesto de despedida, pero se nota que está enfadado.

Estoy entre la espada y la pared, porque haga lo que haga ahora mismo, alguien se disgustará conmigo. Cuando hice estos planes, no pensé que a Chase le importaría. Es evidente que me equivoqué, pero le prometí a Abby que saldría con ella, y odio no cumplir con mi palabra.

Un problema totalmente evitable, y es todo culpa mía.

He venido a pasar, al menos, un par de horas en su fiesta de cumpleaños. Eso debería contar, ¿no? Bajo circunstancias normales, ni siquiera estaría aquí, sino que seguiría en Arizona.

Abby baja la mirada a su móvil y luego me mira, expectante.

—¿Vienes o no?

Cuando vuelvo a dudar, me arrastra y dejo que me guíe hasta la puerta. Se monta en el asiento del copiloto del Mercedes rojo de Rob, y yo me siento detrás. Huele a coche nuevo mezclado con su colonia. Huele bien, aunque tiene un aroma bastante normal, y es probable que sea caro, pero no me afecta tanto como el de Tyler antes en la cocina.

Los ojos azul oscuro de Rob se encuentran con los míos por el retrovisor.

—Me alegro de que hayas decidido venir.

—Abby no iba a aceptar un no como respuesta. —Literalmente.

Media hora después, estoy en XS con un vodka con 7 Up en la mano. Me siento extrañamente desanimada al saber que no hay forma de que me encuentre con Hades.

—¿No es increíble? —me grita Abby al oído para que la oiga por encima de la música, mientras baila al ritmo de la música.

—¡Es genial! —Si no fuera educada, comentaría que hay tanta gente que al jefe de bomberos le daría un infarto, la música está tan alta que me duelen los oídos y hay una humedad agobiante. En otro momento, no me habría dado cuenta de nada y estaría bailando a su lado. Esto debería ser divertido. ¿Por qué no lo es?

Abby me lleva hacia un grupo de chicos. Enseguida se cuelga del más guapo y me deja a mí como sujetavelas. Tengo la mala suerte de acabar atrapada hablando con el tipo más insoportable. No deja de llamarme Sierra y menciona su Tesla cinco veces en diez minutos. La guinda del pastel es cuando me pregunta si quiero verlo, como si eso no fuera un código evidente para intentar follarme en el aparcamiento.

Me siento más que aliviada cuando Rob aparece de la nada y me rescata de Todd. O de Tadd. O quizá sea Brad. No solo no lo oigo, sino que además no me importa.

—Gracias —le digo a Rob, que se apoya contra la mesa alta que hemos conseguido cerca de la pista de baile.

—No hay de qué. —Se remueve y se acerca un poco más a mí. Las luces estroboscópicas azules y verdes destellan al fondo e iluminan sus rasgos. Es todo elegancia, desde el corte de pelo hasta el traje a medida. Parece salido de las páginas de GQ. Las chicas no han dejado de mirarlo durante toda la noche, y entiendo por qué.

—Circunstancias aparte, me alegro mucho de que hayas vuelto, Sera.

—Yo también. —No estoy segura de que sea cierto; simplemente me parece lo correcto. No puedo evaluar la situación con objetividad cuando depende tanto del cáncer de mi madre.

—Deberías dejar que te invite a cenar algún día —añade Rob.

La Seraphina de dieciséis años mataría por estar en mi lugar ahora mismo. De joven, estaba loca por él. Ya sabes, lo típico de «desear al hermano mayor y atractivo de tu amiga». Debido a la diferencia de edad, esto no fue correspondido durante mucho tiempo, como era de esperar.

Las cosas cambiaron a medida que crecía. Había tocamientos casuales, miradas, ese tipo de cosas. Todo fue a más hasta que la noche del baile de graduación nos enrollamos en la fiesta que Abby dio en casa de sus padres. Al día siguiente me puse histérica porque no quería estropear mi amistad con ella.

Ahora Rob y yo solo somos amigos, y ya no le veo como nada más.

—¿No tienes novia? —pregunto, confusa—. Abby me habló de ella. ¿Isabel?

Niega con la cabeza.

—No vamos en serio. Además, contigo es diferente.

Siento cierta incomodidad en el estómago. Esto suena a tontería masculina básica. ¿Isabel sabe que no van en serio? ¿Y «diferente» conmigo, en qué sentido, exactamente?

Antes de que pueda preguntarle a qué se refiere, Abby se interpone entre nosotros y me sirve una copa que no he pedido. Viene acompañada de Lana y Destiny, dos de sus amigas de la hermandad de Kappa. Ambas son majas, y han sido muy amables conmigo, pero no puedo evitar sentir que hay cierto resentimiento que no se molestan en disimular.

Destiny me dedica una sonrisa falsa desde el otro lado de la mesa.

—¡Hola, Serena!

¿Ves a qué me refiero? Nos hemos visto por lo menos diez veces.

Abby se termina el ron con Coca-Cola light y nos hace un gesto con su vaso vacío.

—¿Por qué estamos perdiendo el tiempo aquí abajo si tenemos acceso VIP? Subamos.

De alguna manera, eso me parece incluso peor que quedarme en la planta principal.

—Creo que me voy, Abbs.

—¿Qué? ¡No! —Señala el vaso de balón—. Acabo de rellenártelo. Vamos, Sera. Solo una copa más. ¿Por favor?

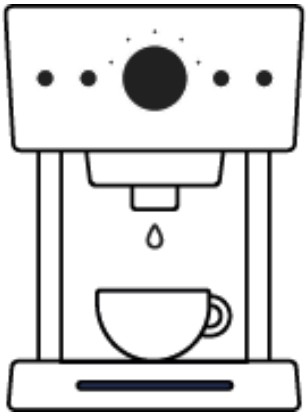
—Espera. —Bajo la mirada y leo el mensaje que me acaba de llegar.

**Chase:** Por si te interesa, la fiesta se ha terminado. No hagas ruido cuando vuelvas esta noche.

Parece que todavía está un poco molesto por lo que ocurrió a principios de semana. Abby rompió un vaso en la cocina cuando llegamos a casa a las dos de la madrugada y lo despertó. Fue un accidente, pero entiendo que esté molesto.

Bloqueo el móvil y luego vuelvo a mirar la mesa, donde todos me miran expectantes. Si me marcho, estaré sola. Eso incluye quedarme a solas con mis pensamientos, y últimamente suenan demasiado fuertes, sobre todo por la noche.

* Hace referencia al eslogan de la marca de helados Baskin-Robbins. (N. de la T.)



# Capítulo 8

## Luz de taxi

*Seraphina*

Tal vez Chase tiene razón; a lo mejor Abby es una mala influencia.

De nuevo, no es que anoche me obligara a beber, pero hoy lo estoy pagando. Me duele la cabeza, tengo la boca seca y estoy agotada.

Dado el lamentable estado en el que me encuentro, mi cita de esta mañana con el asesor académico para finalizar la matrícula es más que dolorosa. ¿Qué me llevó a programarla el día después del cumpleaños de Chase?

Voy al Starbucks para recompensarme por haber sobrevivido y vuelvo directa a casa para darme un baño de emergencia para la resaca. Sentada en el borde de la bañera, ajusto la temperatura del grifo mientras el agua corre. Aunque debería terminar de deshacer las cajas, el espacio de almacenamiento es un problema y parece que una tienda de ropa ha explotado en mi habitación. Preferiría no

tener que lidiar con eso hoy. Ni nunca. Tal vez si ignoro el desorden el tiempo suficiente, todo se organice por arte de magia.

Al menos no hay nadie en casa que me juzgue por hacer el vago en pleno día. La ventaja imprevista de tener tres compañeros de piso universitarios y atletas es que, hasta el momento, apenas pasan tiempo aquí. Tyler está incluso menos presente que Chase y Dallas, dado que él, por si fuera poco, también se prepara con un entrenador privado de porteros. También lo oí decir algo sobre que tenía una nutricionista y un plan de comidas. No sé cómo lo hacen. Parece agotador.

El móvil suena sobre la encimera junto a mí con un mensaje de Abby. Hablamos un rato hasta que la batería se agota de repente e interrumpe la conversación. He olvidado cargarlo, otra vez.

Con la bañera a medio llenar, añado un puñado de sales de baño, unas gotas de aceite de eucalipto y espuma de baño desintoxicante de menta, mientras observo cómo las burbujas iridiscentes se multiplican en la superficie del agua.

Satisfecha, enciendo unas velas sobre el mueble del baño y dejo caer la bata blanca de felpa antes de meterme en el agua. Normalmente escucho un libro, pero me da pereza subir a por el cargador. Cierro los ojos y me dejo llevar por la calidez del agua. Todas mis preocupaciones se desvanecen poco a poco. Quizá se me empieza a dar mejor compartimentar, o tal vez estoy demasiado cansada para que me importe.

Una vez que la temperatura del agua baja de casi hirviendo a tibia, me enjabono una pierna y busco la cuchilla de afeitar. Tengo la hoja a medio camino de la pantorrilla cuando se abre la puerta del baño. Para mi horror, Tyler aparece en el umbral.

Está completamente vestido… y yo totalmente desnuda.

Nuestras miradas se encuentran y grito cuando la cuchilla se me resbala de la mano y desaparece en el mar de espuma. Un vistazo rápido a la habitación revela que mi toalla está en el mueble del baño, mi bata en el suelo, y ambas fuera de mi alcance. Mi única opción es acurrucarme con torpeza detrás del borde de la bañera.

—¿Qué haces? —exijo saber, agarrada al borde de porcelana blanca.

Tyler se queda paralizado en el umbral y se quita un auricular de una oreja, con la mandíbula prácticamente desencajada.

—Yo… ¿qué haces? —Sacude la cabeza, aparta la mirada y me da la espalda.

—¿Qué te parece que hago? Darme un baño. —Al menos la enorme montaña de burbujas me da algo de privacidad. Me llegan casi hasta el cuello, y no estoy segura de que pueda ver nada desde donde está. Aunque tampoco aseguro que no lo haya hecho ya.

—¿En pleno día?

—¿Es un crimen? ¿No me has oído?

—¿Oír el qué? —Lanza los brazos al aire—. No estabas haciendo ruido.

—Lo siento, la próxima vez narraré todo el proceso de depilación de principio a fin.

Tyler se atraganta con una risa.

—¿Por qué no has cerrado la puerta?

—¡Creía que lo había hecho! —Yo también me río un poco; en parte por los nervios, y también por la propia situación. Olvidarme de cerrar la puerta es mi marca de la casa.

Tyler apoya una mano en el marco de la puerta y baja la cabeza. Verbaliza una maldición mientras se frota la mandíbula con la palma de la mano y mira al suelo.

—Lo siento, Campanilla. Mi entrenador privado me ha llamado para decirme que está enfermo y he vuelto a casa temprano para hacer las maletas antes de irnos. No estoy acostumbrado a compartir mi espacio con nadie y no estaba prestando atención. Establezcamos la norma de llamar a la puerta, ¿de acuerdo?

—Trato hecho.

Cierra la puerta al salir y, una vez que se ha ido, salgo de la bañera para echar el pestillo. No porque crea que vaya a volver, sino para quedarme tranquila.

Con un suspiro me hundo de nuevo en el agua tibia y cojo la cuchilla de depilar. El corazón me sigue dando vuelcos, el cuerpo me vibra. Intento consolarme pensando que ya me ha visto el pecho, pero si tenemos en cuenta mi cara desnuda y sudorosa y mi moño despeinado y descentrado, no es una situación muy favorecedora. Que me viera desnuda en mis propios términos es otra historia completamente distinta.

Supongo que podría haber sido peor. Si hubiera entrado tan solo unos minutos más tarde, me habría encontrado contorsionada de mala manera mientras me depilaba la línea del bikini. Ahí sí que no habría marcha atrás.

A lo mejor debería pasarme a la cera.



—Dallas me ha escrito para decirme: «Recuerda usar tu perfil para no fastidiarme las recomendaciones de Netflix». —Siobhan baja la mirada a la pantalla y se ríe por la nariz.

—¿Debo suponer que es un patrón?

Abro una bolsita de salsa agridulce y la echo por encima de mi segundo rollo de primavera de la noche. Bendito sea el creador de los pantalones con banda elástica, porque estoy a punto de sacarle el máximo partido.

—Se dice que ocurre de vez en cuando. —Apunta la cámara a la pantalla para tomar una foto de Heartless Engagement, que está en la cola, a punto de reproducirse—. En tus sueños, Dal. Hoy es noche de comedias románticas y corre a cargo de tu cuenta.

Los chicos se han ido hace unas horas a su primer viaje por carretera del año. Ahora estoy acurrucada en el salón con Bailey y Siobhan. Solo son las siete y ya vamos en pijama y nos estamos hinchando a comida china para llevar mientras debatimos sobre qué película ver primero.

No recuerdo la última vez que me quedé en casa todo un fin de semana. Está bien. Aunque no es cómo suelo pasar los viernes por

la noche, me lo estoy pasando bien y, al contrario de lo que esperaba, no tengo la más mínima sensación de FOMO. Quiero mucho a Abby, pero necesitaba un descanso de ella y del ambiente de las fiestas.

Un momento después, el móvil de Siobhan vibra en su mano y se ríe.

—Dice: «Te voy a azotar en cuanto vuelva».

—Parece un incentivo para seguir portándote mal.

—¿Verdad que sí? —Siobhan deja el teléfono a un lado y coge el chow mein de pollo de la mesita de café. Se sienta sobre las piernas y hace un gesto con los palillos chinos—. Si acaso, tengo que ir un paso más allá. Hará que el reencuentro sea bastante interesante.

A pesar de mi cínica opinión con respecto a tener pareja en la universidad, debo admitir que tienen una relación bonita. Llevan juntos de manera oficial nueve meses y todavía parece que se divierten juntos. Mi hermano y Bailey también parecen hechos el uno para el otro.

Es una pena que esas dos relaciones sean como un unicornio. La excepción y no la norma.

—Hablando de eso, deberíais ver el mensaje que me ha mandado Chase… —Bailey se interrumpe y hunde el rostro entre las manos, de forma que amortigua su voz—. Ay, madre mía, que es tu hermano. Lo siento. Preferiría morirme antes que oír a alguien hablar de Derek en ese contexto. Olvida lo que he dicho, por favor. —Se le enrojecen las puntas de las orejas hasta tal punto que casi combinan con su sudadera carmesí de los Falcons.

Siobhan le da unas palmaditas en la espalda para calmarla.

—Oooh, no pasa nada. Chase te ha corrompido un poco, eso es todo.

O, por lo que se escucha, la ha corrompido mucho. A pesar de que mi dormitorio está en la planta baja, se oye todo, y en el último par de días me han llegado algunas cosas que desearía no haber escuchado nunca. Pero me alegro por Bailey, porque por lo que sé su ex era un pedazo de cabrón.

—No pasa nada —le digo, y cojo una gamba con sésamo—. Fingiré que no es mi hermano cada vez que hables de él. Será la primera regla del Club de las Fiestas de Pijamas.

Bailey deja caer las manos a regañadientes, pero aún parece muy avergonzada.

—Gracias, Sera. —Se desliza por el sofá y evita hacer contacto visual—. Tengo que mear. Vuelvo enseguida.

Siobhan y yo la vemos irse e intercambiamos una mirada divertida. El desliz de Bailey le ha afectado mil veces más a ella que a mí. Dejando el tema de mi hermano a un lado, yo no soy quién para juzgar lo que hacen dos adultos en su tiempo libre. Es decir, yo me acosté con un desconocido en el baño de una discoteca.

A mi izquierda, un mensaje aparece en la pantalla de mi móvil.

**Abby:** ¡Las chicas Kappa están esperando tu solicitud! No pueden esperar a tenerte como miembro.

**Sera:** Perdona, Abbs. He estado ocupada con la universidad y vaciando cajas, pero me pondré manos a la obra en cuanto pueda.

**Abby:** ¿Estás segura de que no quieres salir? Te estás perdiendo una fiesta increíble. Hay muchos chicos guapos…

**Sera:** Quizá mañana. Esta noche es noche de chicas. Ya sabes, para conectar con la novia de mi hermano y tal.

**Abby:** ¡Qué aburrida!

Creo que después de haber salido con ella casi todas las noches de esta semana, llamarme «aburrida» no es lo más acertado. He ido

tanto a uno de los bares de la zona que el personal ya empieza a saberse mi nombre. Molesta, bloqueo la pantalla y tiro el móvil a un lado sin responder.

—Dime, ¿es raro vivir con Tyler? —pregunta Siobhan, dándome un codazo.

—¿Raro? —La palabra sale como un chillido, varias octavas más agudo. Desde luego, ha sonado raro. Respiro hondo e intento regular mi tono de voz—. No, ¿por qué lo dices?

Se ríe y se coloca un reluciente mechón de pelo azabache detrás de la oreja.

—Viví aquí una temporada cuando mi antigua casa se incendió, y no creo que me dirigiera más que un puñado de frases en todo el tiempo que estuve aquí.

—Ty no es borde —interviene Bailey, que se deja caer en el sofá a mi lado—. Solo es callado. No asustes a Sera.

—No me refería a eso. Tyler es un poco hermético, eso es todo. Es difícil conocerlo.

—Hasta ahora ha sido amable. —Me meto una gamba entera en la boca para tener una excusa para no hablar.

—Seguro que el hecho de que seas guapísima ayuda. —Sonríe y le brillan los ojos azul verdoso—. Sabes, apuesto a que haríais muy buena pareja…

La noche de Halloween, nos vimos en el espejo y puedo confirmar que la imagen de los dos es una pasada, sobre todo con él entre mis piernas.

Por un breve e insólito instante, desearía contarles la verdad sobre lo que pasó con Tyler, pero sé que no puedo. No sería justo para ninguna de las dos que les pidiera que me guardaran el secreto.

Bailey le da un codazo juguetón a Siobhan en las costillas.

—¡Shiv! Para, eres una provocadora. —Contiene una sonrisa, se inclina y saca el último rollo de primavera de la caja.

—Está bueno —admito—. Pero aunque no fuéramos compañeros de piso, creo que a Chase le explotaría la cabeza si pasara algo entre

uno de sus amigos y yo.

Sin dejar de masticar el bocado de rollo de primavera, Bailey aprieta los labios y asiente con énfasis, para confirmar lo que ya sé. Mi hermano se pondría furioso.

—Es posible, ¿no? —reflexiona Siobhan—. Como hija única, ni siquiera he pensado en el hecho de que sea tu hermano. Además, Chase es sobreprotector con la gente que le importa. Como vosotras dos.

Soy muy consciente de ello, por eso le oculto ciertos detalles de mi vida. Aunque sea con buenas intenciones, a veces actúa de manera desproporcionada.

—De todas formas, Tyler no está hecho para estar en una relación —señala Bailey.

Menos mal que no es para lo que lo quiero.

Como sé que no debo decirlo en voz alta, me inclino y cojo una manta de una cesta de mimbre junto al sofá. Estoy convencida de que o Siobhan o Bailey han comprado parte de la decoración de la casa. Hay toques femeninos por todas partes, como la vela con aroma a vainilla sobre la chimenea y los juegos de toallas en los baños.

Siobhan se encoge de hombros.

—Supongo que depende de si te crees la teoría de los taxis.

—¿La teoría de los taxis? —repite Bailey con el ceño fruncido.

—¿La teoría de qué? —pregunto.

—Es de Sexo en Nueva York. He visto capítulos repetidos durante las vacaciones de invierno. En fin, según esa teoría, los hombres son como los taxis: cuando están disponibles, se les enciende la luz. Se despiertan un día y deciden que están listos para sentar la cabeza, así que se comprometen con la siguiente chica que aparece que pueda ser la pareja adecuada. De acuerdo con esa lógica, a todas se nos podría haber escapado esa persona porque no era el momento adecuado. —Siobhan hace una pausa para tomar un sorbo de agua helada.

—Pero no me lo creo —continúa—. Creo que se trata más de encontrar a la persona adecuada. Por eso ves a tipos que salen con una mujer durante ocho años sin proponerle matrimonio. Ella le da un ultimátum, él se niega a dar el paso y lo dejan. Luego, él se compromete de inmediato con su siguiente novia dos meses después. El momento oportuno tiene poco o nada que ver. Cuando conoces a tu media naranja, no la dejas escapar por nada del mundo.

Un recuerdo hace que me duela el corazón con una nostalgia agridulce. Trago con dificultad mientras jugueteo con el puño de mi sudadera rosa, luchando contra la oleada de tristeza que me invade. No hay duda de que mis padres estaban hechos el uno para el otro. Incluso después de diez años de matrimonio, recuerdo cómo bailaban lento en la cocina y se daban besos furtivos mientras mi hermano y yo poníamos los ojos en blanco. Mi padre traía flores cada vez que volvía de un viaje: una docena de rosas rojas para ella y una de color rosa para mí. Siempre la miraba como si fuera la única mujer en la habitación, incluso en el universo.

Aunque no estoy segura de que todos encuentren ese tipo de amor. A veces pienso que soy demasiado para ser el alma gemela de alguien. Demasiado ruidosa, demasiado desorganizada, demasiado extravagante, demasiado desastrosa.

Bailey hace una mueca y se enrolla un mechón de pelo color miel en el dedo.

—No sé… Eso es un poco duro para la primera mujer, ¿no crees?

—Tu relación es la prueba viviente de lo que digo —replica Siobhan, que saca un pedazo de brócoli de su caja—. La luz del taxi de Chase no estaba encendida cuando os conocisteis.

—Shiv tiene razón. —Hasta hace poco, ni siquiera estaba convencida de que mi hermano tuviera una luz de taxi.

—Podría ser, pero creo que a veces es más complicado. Las circunstancias son muy importantes y no siempre son fáciles de superar. Cuando empezaste con Dallas, te daba un poco de miedo, ¿recuerdas?

—Cuando recuperé la cordura fui consciente de que no podía perderlo. Solo digo que la luz se enciende para la persona adecuada.

Como alguien que cree que su luz está apagadísima, me pregunto si es cierto.

Nos acomodamos con el resto de la comida y ponemos la primera película mientras hablamos de manera distraída durante los momentos más lentos. Es irónico que la comedia romántica trate sobre un chico y una chica que se reencuentran después de una serie de oportunidades perdidas. Esto desata un debate sobre si es un ejemplo de la teoría de la luz de los taxis o se trata de todo lo contrario.

Estoy indecisa. En parte porque he visto a varias amigas aceptar un comportamiento de mierda porque él «no estaba listo» o «se estaba centrando en los estudios». ¿Y por qué? ¿Por un tipo que duerme en un colchón sin sábanas y utiliza una vieja toalla raída como cortina? Mi padre trataba a mi madre como a una reina. No voy a bajar mis expectativas por un tipo llamado Tripp que no se molesta ni en cambiar el rollo vacío de papel higiénico.

Por eso pienso que Siobhan tiene razón; si esos chicos se hubieran involucrado lo suficiente, habrían mejorado mucho. Pero depositar toda tu fe en la idea de «el Único» también tiene sus desventajas. ¿Y si lo encuentras y lo estropeas todo? En el fondo, creo que esto me da más miedo que la posibilidad de no encontrarlo nunca.

Mi móvil, que estaba en silencio, se ilumina con otro mensaje en la pantalla. Lo desbloqueo esperando que sea de Abby otra vez, y se me acelera el corazón cuando lo leo.

**555-257-9909:** Soy Tyler. Chase me ha dado tu número y me ha dicho que deberíamos intercambiarlos en caso de emergencia. Así que ahora ya tienes el mío.

**Sera:** ¿Solo en caso de emergencia?

**555-257-9909:** O porque sí.

Mi respiración se torna superficial mientras miro la pantalla e intento encontrar el significado oculto de esas palabras. O estoy leyendo demasiado entre líneas o me estoy quedando muy corta. No hay término medio.



# Capítulo 9

21 preguntas

*Tyler*

> **Campanilla:** Para dejar las cosas claras… ¿qué tipo de mensajes entran en la categoría de «porque sí»?

> **Campanilla:** ¿Chistes de toc toc? ¿Adivinanzas? ¿O tienes algo más en mente?

Dallas baja la mirada a la pantalla.

—¿Quién cojones es Campanilla?

Se me resbala el móvil de la mano por la sorpresa y me golpea en la rodilla antes de caer al suelo. ¡Madre mía, qué dolor! Pongo una mueca y me agarro la rodilla dolorida mientras busco a Chase con la mirada, intentando averiguar si me ha oído. Me siento aliviado cuando lo veo al otro lado de la habitación, inmerso en una conversación con Reid y otro del equipo.

—Solo es una chica. —Recojo enseguida el móvil de la alfombra con patrones geométricos. Es hora de quitar la vista previa en caso

de que esta conversación tome un giro más incriminatorio. Más vale prevenir que curar.

Cuando me enderezo en mi asiento, Dallas me mira como si estuviera trastornado.

—¿Estás bien, tío?

—Sí, estoy bien. —Un escalofrío me recorre el cuerpo cuando vuelvo a leer el mensaje de Sera. Las únicas respuestas que me vienen a la mente son todas obscenas y, aunque su tono parece coqueto, es difícil saberlo con seguridad a través de un mensaje. No quiero pasarme y quedar como un pervertido.

**Hades:** ¿Qué te parece si jugamos a 21 preguntas? Tú empiezas.

**Campanilla:** Vale. Déjame pensar…

**Campanilla:** Pregunta 1: ¿Cómo de útil serías en un apocalipsis zombi?

Me trago una risa. No es lo que esperaba, pero no estoy enfadado.

**Hades:** Se me da bien manejar el palo, lo que significa que sería excelente a la hora de decapitar a los no muertos.

**Campanilla:** Además, el uniforme de portero te ayudaría a protegerte de sus bocados.

**Hades:** Eso también.

—¿Solo una chica, eh? —me interrumpe Dallas. Alzo la mirada para ver cómo me observa con una sonrisa engreída en el rostro—. ¿Es ese el motivo por el que sonríes como un idiota?

—Ve a llamar a tu novia, Ward. Escríbele un poema o una mierda de esas. —Le hago una peineta y le doy la espalda para volver a prestarle atención a nuestra conversación.

**Hades:** Pregunta 2: ¿Ciudad grande, ciudad pequeña o el campo?

**Campanilla:** ¿Con quién te crees que estás hablando, Hades? Soy una chica de ciudad.

**Hades:** Me cuadra. Yo también me quedo con la ciudad.

**Campanilla:** Pregunta 3: ¿Prefieres hacer un regalo o recibirlo?

**Hades:** Hacerlo, sin duda.

**Campanilla:** Es evidente que yo prefiero recibirlo. *emoticono de princesa*

Recibir, ¿eh? Hay muchas cosas que me gustaría darle, empezando por… Se me estremece el pene y cojo el móvil con más fuerza. Entonces miro a mi alrededor y recuerdo dónde estoy y con quién. No debería estar escribiéndole a Sera, y por descontado no debería estar imaginando las cosas sucias que quiero hacerle.

Sacudo la cabeza y me obligo a sacarme esas ideas de la cabeza.

**Hades:** Pregunta 4: ¿Cuánto rosa es demasiado rosa?

**Campanilla:** El límite no existe.

Se me dibuja una sonrisa tonta en la cara ante su respuesta. No soy de escribir mucho, sobre todo tan seguido. Normalmente, le habría escrito una respuesta mediocre y habría guardado el móvil. Aunque, de hecho, no habría dejado la conversación abierta con un «porque sí».

**Hades:** No estoy tan seguro de eso. Creo que voy a poner el límite en un coche rosa.

**Campanilla:** De ningún modo. Busca el Porsche Taycan rosa metalizado y dime que no es increíble.

**Hades:** Es justo. Es bastante chulo.

**Campanilla:** #metas

**Campanilla:** Pregunta 5: ¿Cuál es la foto más reciente en tu álbum?

**Hades:** imagen.jpg.

Es una foto de mi manga izquierda después de que me la retocaran la semana pasada. No es muy reciente, pero es la última foto que he hecho. Además de no escribir mucho, tampoco hago

muchas fotos. Con mi horario, ¿de qué serían? ¿Del interior del vestuario?

Una llamada me interrumpe antes de que me responda, y el nombre de mi padre aparece en la pantalla. Aunque aquí son casi las diez, aún no son las siete donde él está, en Los Ángeles. Observo cómo la pantalla parpadea un segundo antes de levantarme. Dallas me lanza una mirada inquisitiva y señalo la puerta con el móvil. Es difícil tener privacidad cuando viajamos, y más cuando estamos a punto de entrar en el toque de queda.

Me apoyo en la pared de fuera de nuestra habitación y acepto la llamada en voz baja.

—Hola, papá.

—Buen trabajo esta noche —me felicita con cariño.

—Gracias. —Acabar con el marcador a cero siempre sienta bien, pero es aún mejor saber que lo ha visto con sus propios ojos.

—Tengo buenas noticias —dice muy emocionado—. Acabo de hablar por teléfono con Gary; Nueva York ha dicho que les ha impresionado tu rendimiento en los últimos dos partidos. Si eres constante, están pensando en seleccionarte para que entrenes con el equipo este verano. Creo que está hecho.

Me invade la sorpresa y me quedo sin palabras. Debería estar emocionado por esto —es por lo que me he esforzado día tras día—, pero tengo sentimientos encontrados.

—Genial. —Mi voz suena más seria de lo que pretendía. Debería sonar ilusionado. Debería estar emocionado.

—Ya he hablado con Mark sobre esto, y tu seguimiento del disco ha mejorado mucho últimamente. Creemos que es hora de cambiar tu plan de entrenamiento. Que te centres más en los rebotes y los movimientos laterales… —continúa mientras intento fingir entusiasmo, aún procesando este cambio tan abrupto de mis planes para el verano. Es uno de los muchos aspectos sobre los que no tengo control alguno en mi vida.

Charlamos unos minutos más antes de decirme que debo dormir un poco, aunque ambos sabemos que estaré despierto con los

chicos al menos una hora más. Prometo llamarlo mañana cuando llegue a casa para hablarlo en profundidad.

De pie en el pasillo, reflexiono sobre la noticia que me ha dado mientras intento aclarar mis pensamientos. Que me hayan invitado a entrenar con el equipo es una gran oportunidad, y una que a la mayoría de los novatos nunca les llega. Apostar de esta forma por un atleta demuestra que la organización está decidida a construir una relación exitosa a largo plazo, y eso es una gran señal para mi futuro.

Debería estar agradecido, y así es. Pero el hockey consume toda mi vida durante el año académico, y extenderlo al verano acabará con el único descanso que tengo. Sin tiempo para descansar, me preocupa que mi rendimiento disminuya.

Aunque no se diferencia demasiado de lo que será mi vida cuando me convierta en profesional.

Necesito aceptarlo. Acostumbrarme. Lidiar mejor con ello.

Me invade una familiar sensación de ansiedad. Me miro las manos y luego los brazos. Casi no me queda piel desnuda en ellos. Tatuarme me resulta inexplicablemente relajante; es casi como mi propia versión de ir a terapia. Cuando todo lo demás parece estar fuera de mi control, desde mi dieta hasta mis entrenamientos y mi futuro, es algo sobre lo que tengo total autonomía.

En cualquier caso, los tatuajes son muchísimo más saludables que algunas de las otras cosas que hacía antes para sobrellevarlo.

Paso la llave del hotel por el escáner, espero a que la luz verde parpadee y abro la puerta de la habitación. En cuanto entro, me vibra el móvil.

**Campanilla:** ¡Qué sexy! ¿Podré ver el resto de los tatuajes algún día?

**Hades:** Cuando quieras.

**Campanilla:** Aquí está mi foto más reciente…

**Campanilla:** imagen.jpg

Cuando carga, casi se me vuelve a caer el teléfono.

Es una selfi de ella tumbada de lado en la cama, con medio rostro parcialmente oculto tras una cortina de pelo rosáceo y sedoso. Unos ojos color café con reflejos miel y dorados me devuelven la mirada, con los labios carnosos ligeramente entreabiertos. Al final de la pantalla, hay un ligero atisbo de su escote, pero no es el objetivo de la foto.

Es la foto menos explícita que he recibido, pero la más sexy con diferencia. Es la provocación ideal.

—¿Te diviertes hablando con tu novia? —Dallas sonríe con suficiencia mientras se quita la camiseta por encima de la cabeza, y se me ocurre estrangularlo con ella mientras duerme.

Chase sale del baño y se para en seco, con el cepillo de dientes verde colgando a medias de la boca.

—¿Qué has dicho?

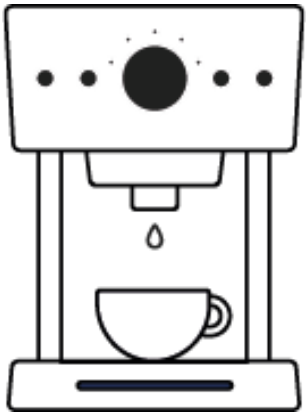
—No tengo novia.

Dallas me señala con la barbilla.

—Miente. Lleva toda la noche escribiéndose con una chica.

—No es lo que piensas, Ward.

Pero ni siquiera yo estoy seguro de que ese sea el caso.



# Capítulo 10

## Pruebas circunstanciales

### *Seraphina*

Apenas he logrado sobrevivir a mi primer día de clase.

Esto incluye desenvolverme con éxito en un nuevo campus, aunque mis clases no estén ubicadas en las afueras de Boyd. Puede que ser puntual sin perderse no le parezca una hazaña impresionante a la mayoría de la gente, pero gracias a la lotería de síntomas del TDAH, tengo dificultades para orientarme y soy propensa a la ceguera temporal, así que lo considero un triunfo.

Impulsada por un subidón de adrenalina, casi atravieso el campus a saltitos para asistir a la última clase del día, mi primera sesión de introducción a la escritura creativa. Tyler y yo hemos llegado a la pregunta catorce y nuestra conversación no parece ir a acabar pronto. A pesar del nombre del juego, estoy bastante segura de que pasaremos de las veintiuna.

De camino, hago una parada de última hora en el Starbucks del campus y, aunque no llego tarde, tampoco lo hago tan temprano

como me gustaría. Los asientos están parcialmente ocupados con estudiantes repartidos por toda la sala. No conozco a nadie, así que busco con la mirada a alguien que parezca amable. Elijo a una morena de la fila del medio que lleva una chaqueta a cuadros extragrande y monísima. No sé por qué, pero me da buena espina.

Me dedica una pequeña sonrisa mientras me siento a su izquierda.

Dejo el moca descafeinado a un lado y saco mis cosas del agujero negro que es mi mochila. A juzgar por su colección de bolígrafos, lápices de colores y notas adhesivas, mi compañera de asiento es bastante más organizada que yo.

Nuestra profesora se presenta como la profesora Durand, pero insiste en que la llamemos Maxine. La escucho, absorta, mientras nos habla de su carrera editorial, tanto en géneros de ficción como de no ficción, y de las diversas publicaciones para las que ha escrito, desde Vogue hasta The New Yorker. Además de en revistas, su nombre aparece en numerosas antologías y también ha escrito varios libros de poesía que se han publicado en papel. Tomo nota para leerlos más tarde.

Es realmente fascinante y, por primera vez en mi vida, no me distraigo ni un solo momento. Esta es la sensación que siempre esperé que me produjera ir a la universidad. Esa sed de conocimiento, la emoción por aprender más. Casi había renunciado a encontrar algo que me interesara de verdad.

Maxine nos despide unos minutos antes y nos pide que aprovechemos el tiempo extra para presentarnos a nuestros compañeros, ya que pronto haremos un trabajo de edición en parejas. La idea de mostrarle a alguien más lo que escribo, y que además lo critique, me parece aterradora, pero supongo que eso fue por lo que me matriculé.

La chica del pelo oscuro se vuelve hacia mí y me ofrece una sonrisa tímida.

—Soy Chloe.

—Seraphina. Aunque puedes llamarme Sera. —«O Campanilla, si eres Tyler». Cállate, cerebro. Ahora no es el momento.

—¿Qué te parece la asignatura hasta ahora? ¿No es increíble? —Chloe hace un gesto hacia la parte delantera del aula, donde Maxine está guardando sus apuntes de la lección en un bolso Louis Vuitton —. Una amiga mía hizo esta asignatura el año pasado y solo habla maravillas de ella.

—Estoy muy de acuerdo —coincido—. Me recuerda a Sylvie de Emily en París, solo que mucho menos pasivo-agresiva y más simpática.

Se ríe mientras guarda los rotuladores pastel en un estuche con cremallera.

—Dios mío, tienes razón. ¿Estudias escritura creativa?

Hasta hace poco, no lo había considerado una opción. Ahora me parece una posibilidad más seria, pero es demasiado pronto para confirmarlo. Ni siquiera estoy segura de si me gustará esta asignatura.

—Aún no me he decidido, pero intentaré hacerlo pronto. ¿Y tú?

—Estoy preparándome para estudiar odontología.

—Guau. Suena intenso. Bien por ti. —De pronto, me siento completamente superada. Apuesto a que eso depende mucho de la ciencia. Seguro que también incluye muchas matemáticas. No duraría ni un día.

—Es bastante exigente —admite Chloe mientras cierra la cremallera de su mochila negra—. Esta es la única clase divertida a la que asisto. El resto se centran en biología, cálculo y ese tipo de cosas.

Se levanta y yo hago lo mismo antes de dirigirme tranquilamente junto a ella hacia la puerta. Ya que esta es mi última clase del día, no necesito atravesar el campus corriendo como haría de no ser así. Es como si el destino hubiera conspirado para asegurarse de que cumplo con los diez mil pasos antes del mediodía.

Nos quedamos en el vestíbulo unos cuantos minutos más antes de intercambiarnos los números de teléfono. Entonces, Chloe se

dirige a su próxima clase y yo me encamino hacia el aparcamiento exterior. Es agradable tener una amiga potencial; alguien que no tenga ningún vínculo con Abby ni con mi hermano. En realidad, no se diferencia en nada de lo que creo que sería tener una cita: estoy un poco nerviosa y me pregunto si de verdad querrá salir conmigo alguna vez o si solo estaba siendo amable.

De un modo u otro, el día está yendo mejor de lo que esperaba para ser lunes. Hasta me parece que no hace tan mal tiempo cuando empujo las puertas y me adentro en el frío de enero. Es posible que mi parka gigantesca también ayude. Cuando me monto en el asiento del conductor, Tyler vuelve a escribirme.

**Hades:** Pregunta 14: ¿Qué libro estás leyendo ahora?

**Campanilla:** Me acojo a la Quinta Enmienda.

**Hades:** archivo adjunto: mensaje de voz

«Buen intento, pero eso no es una respuesta. Suelta el título».

Con el motor en marcha, aún aparcada, le doy al botón de reproducir para escuchar el mensaje por tercera vez. Siento que las mejillas me tiran ante la deliciosa forma en que su voz se vuelve un poco más ronca con cada palabra. Otras partes del tronco inferior de mi cuerpo también reaccionan.

Que Dios me ayude, me estoy poniendo cachonda en medio del aparcamiento de un centro comercial.

Me regalo escucharlo por cuarta vez antes de bloquear el móvil a regañadientes y guardarlo en la guantera. Tengo el estómago lleno de mariposas y no tengo ni idea de cómo seré capaz de mirarlo a la cara sin sonrojarme cuando nos veamos más tarde.

Decido hacerle esperar un rato antes de responder. Ya sabes, para dejarlo en ascuas. También tardo en contestar porque ahora mismo estoy leyendo un libro especialmente obsceno y tengo que hacer acopio de todo mi valor para admitirlo. No estoy segura de por qué esta pregunta en especial me perturba. No tiene sentido, considerando todo lo demás.



Mi plan de dejar a Tyler esperando fracasa, porque, para mi sorpresa, está en casa cuando entro. No he visto su coche aparcado fuera, pero lo veo de pie en la entrada con el abrigo de invierno puesto, como si estuviera a punto de irse. Está ocupado con el móvil, totalmente ajeno a mi llegada.

Como siempre, va vestido de negro de pies a cabeza. Me parece muy injusto que un hombre pueda vestir tan monocromático y aun así, seguir siendo atractivo.

Cuando cierro la puerta de golpe, levanta la cabeza y me sonríe de una forma que me provoca mariposas en el estómago.

—Hola, Campanilla.

—Hola. —Me quito las botas de invierno y me quedo en el recibidor.

Me mira fijamente y su sonrisa se suaviza.

—¿Qué tal el día?

—Bien. —Ahora mismo solo puedo formular monosílabos.

—Bien. —Algo en su tono me provoca una sensación de calidez, como un abrazo. Es nuevo y me gusta.

Me veo asaltada por la curiosidad.

—¿Vas a salir?

Tyler parece confuso por un momento hasta que baja la mirada al móvil como si hubiera olvidado que lo tiene en la mano. Empiezo a darme cuenta de que tengo más efecto sobre él del que creía. Es solo que se le da mejor ocultarlo.

—Tengo el coche en el concesionario. Llevo un rato intentando que manden un coche para que venga a recogerme, pero la aplicación es una mierda. Estaba a punto de llamarles.

—Puedo llevarte si quieres.

—¿Estás segura? —Levanta las cejas—. Si tienes otras cosas que hacer, no quiero que cambies tus planes por mí.

Aunque así fuera, ya no tengo ni idea de cuáles son.

—No me importa. Para eso están los amigos, ¿no?

Me sigue hacia el garaje, que Dallas ha sido tan amable como para permitirme usar durante mi estancia, y presiona el botón de la puerta automática de camino. Subimos a mi coche y cerramos las puertas para dejar el frío fuera. El aroma de su colonia llena el interior y me tienta a acercarme a él. Con mucha discreción, inhalo profundamente y saboreo las notas a madera mojada y cítricos. No es solo que huela bien, es que es muy adictivo, como una costumbre cara que no me puedo permitir.

Me deshago del último pensamiento, presiono el pedal del freno y le doy al botón rojo de arranque. El motor ruge y los altavoces se encienden.

«Su coño mojado se aprieta a mi alrededor, y la penetro más profundamente en perfecta sintonía con sus gemidos…».

Ay no. No, no, no.

El equipo de sonido está conectado al móvil, en el que el audiolibro sigue abierto en el capítulo veintiuno, titulado «Ciudad Erótica».

Chillo y le doy al botón de pausa con unos reflejos de ninja. El movimiento es tan rápido que podría haber batido algún récord. La voz grave se desvanece y un silencio incómodo se apodera del interior del coche. Con el corazón acelerado, cojo el volante con fuerza mientras intento tranquilizarme.

Expuesta por el Bluetooth. Maldita tecnología.

Tyler se ríe.

—Eh, no lo pares por mí. Parece que se estaba poniendo interesante.

Presiona el botón iluminado de reproducir y el sistema de sonido se activa de nuevo. Trato de alcanzar el panel de control, pero su mano enorme atrapa la mía antes de que pueda apagarlo. Me agarra por la muñeca con el pulgar y el índice, como si me esposara. Mi cuerpo entero revive ante el contacto.

Lo pongo a prueba y hago un intento poco entusiasta de liberarme de su agarre. Se le ensombrece el rostro y aprieta un poco más. Me recorre una oleada de deseo y el calor líquido se extiende por mi sexo.

«No has acabado hasta que yo lo diga».

—Sera, eres una chica mala. —Al decirlo con ese tono ronco, las palabras me resultan terriblemente seductoras, en especial cuando aún me tiene agarrada la muñeca.

Lujuria, deseo, incertidumbre; un millón de emociones me invaden a la vez. Considerando la vergüenza que he pasado hace un momento, es una combinación bastante confusa.

Sus ojos grises como el acero contemplan mi boca durante un segundo antes de subir la vista. Nos miramos fijamente mientras el narrador masculino alaba a la protagonista, intercalando en su discurso ligeros matices de degradación. Es la guinda del pastel del lenguaje subido de tono, tan atractivo e imposible de ignorar.

Una sonrisa pícara se dibuja en los labios de Tyler.

—¿Este es el motivo por el que no querías contármelo, eh?

Abro la boca, en busca de una respuesta. Nada. No tengo nada que decir. Tengo el cerebro en blanco. Otras partes de mi cuerpo han tomado el control y no son las responsables de formular frases ni de tomar decisiones racionales.

Solo soy capaz de asentir.

El audiolibro continúa de fondo. Poco a poco, mi respiración se vuelve más superficial hasta ser casi un jadeo. Una sensación de necesidad se asienta entre mis piernas y se vuelve más intensa con cada latido de mi corazón. La sonrisa de Tyler desaparece y me observa con atención mientras estudia mi reacción.

De pronto, recuerdo que hay botones para controlar el sonido en el volante. Utilizo la mano que tengo libre para bajar el volumen de la narración erótica antes de que el protagonista llegue a un clímax inminente. Justo a tiempo. He estado peligrosamente cerca de tener mi primer orgasmo sin manos con él.

—Eso ha sido casualidad. —Sueno tan sin aliento como me siento —. Solo hay un puñado de escenas de sexo en todo el libro. Se podría decir que soy una víctima de los momentos inoportunos.

—Solo te estaba provocando, Campanilla. —Me acaricia ligeramente con el pulgar calloso el borde de la palma de la mano. La inesperada intimidad del gesto hace que el estómago me dé un vuelco.

—Aunque debo admitir que tengo curiosidad.

—¿Curiosidad por qué? ¿Por las novelas románticas?

—Por saber qué te pone.

—¿Quién ha dicho que esto me pone?

Alza una ceja.

—¿Por qué otro motivo lo escucharías?

—Por la trama —digo, intentando mantener un rostro serio—. Evidentemente.

—Que resulta que incluye cómo destrozan a la protagonista en el dormitorio. Varias veces, me atrevería a decir.

En teoría, el chico se la está follando en el noveno agujero de un campo de golf, después de muchas horas, pero no seré yo quien le corrija ese pequeño detalle. Porque tiene razón, esto es lo que me pone, y es el motivo por el que confesárselo hace que me sienta tan vulnerable.

—Eeeh. —Me doy una palmada en la frente con la mano que tengo libre y me tapo la cara para ocultar el calor delator que se extiende por mis mejillas. Cuando me asomo entre los dedos, me está mirando con tanta ternura que la vergüenza que siento se suaviza un poco.

—Está todo bien, Ser. No te juzgo. Lo prometo. Saber que escuchas estas cosas es rematadamente sexy. —Me da un apretón

en la mano para reconfortarme y me suelta. Siento frío en la piel donde me estaba tocando y lucho contra la necesidad de estirar las manos hacia él—. Si te hace sentir incómoda, no volveré a encenderlo. Tienes mi palabra.

No estoy segura de si lo hace a propósito, pero que me deje salirme con la mía con tanta facilidad casi parece un reto. Uno que no puedo rechazar.

Además, escucho historias subidas de tono todo el tiempo mientras conduzco. Soy una experta en romances picantes. No hay razón para que esta escena me afecte más de lo normal solo porque Tyler esté sentado a mi lado.

Un bombón de más de 1,80 de altura y lleno de tatuajes.

Al alcance de la mano.

Está lo bastante cerca como para que no deje de percibir su aroma embriagador.

¿A quién quiero engañar? Tanto su presencia como el libro me han afectado, pero no lo admitiré.

—No. —Me incorporo y cuadro los hombros—. No pasa nada. Podemos escucharlo si quieres.

Duda un segundo, como si fuera a decir algo, pero vuelve a poner el audiolibro y ajusta el volumen.

«Tómalo —gruñe el narrador—. Así, así».

—Mmm —murmura Tyler, acariciándose la mandíbula.

Lo miro de reojo mientras pongo la marcha atrás.

—¿Mmm?

Le quita importancia con un gesto de la mano.

—Solo tomo notas, no te preocupes.

«Buena chica».

Una corriente de deseo me recorre entre las piernas. Chillo y freno de golpe en mitad de la carretera. El coche chirría al detenerse de golpe, y la sacudida nos empuja hacia delante hasta que los cinturones de seguridad se tensan y nos mantienen en nuestros asientos.

Con naturalidad, apoya el antebrazo en la puerta y se gira para mirarme con una leve sonrisa burlona en los labios.

—¿Campanilla, estás bien? —Hace un gesto con la cabeza—. Puedo conducir yo si lo necesitas.

Es muy amable que me lo proponga, pero no tener las manos ocupadas haría esto aún más peligroso. Entonces podría tocarlo, o tocarme yo.

—No, estoy bien. —Me aclaro la garganta. «Tranquila, Sera»—. Me ha parecido ver a alguien en la acera detrás de nosotros.

No intenta ocultar la sonrisa.

—Ajá.

Suelto el freno y retrocedo poco a poco hasta que bajo de la acera. Miro por encima del hombro, doy un giro de noventa grados y me dirijo calle abajo mientras la historia picante continúa de fondo.

Al llegar al primer semáforo en rojo, la escena cambia a la perspectiva de la protagonista.

«Me rodea el cuello con los dedos y me agarra con más fuerza…».

Tyler se remueve en el asiento a mi lado. Flexiona las grandes manos, con lo que consigue que se le marquen las venas azules de los antebrazos, y yo reprimo otro gemido. Ojalá pudiera cruzar las piernas mientras conduzco.

Por suerte para ambos, logro recomponerme antes de que el semáforo se ponga en verde. Más o menos. Solo que en algún punto del camino ha empezado a hacer un calor sofocante dentro del coche. El climatizador sigue en la misma temperatura moderadamente cálida, y aun así…

—¿Hace calor? —Toco el panel de control con dedos temblorosos y bajo la temperatura hasta que el aire acondicionado está al máximo, aunque fuera estamos por debajo de cero grados.

Se le tensa un músculo de la mejilla.

—Creo que eres tú, Ser.

—Podría ser —digo con voz áspera.

Fiel a la ficción, el héroe tiene una resistencia sobrehumana y nos deleitan con un maratón de sexo a toda máquina durante los diez

minutos de viaje. Misionero, vaquera, sexo oral… de todo. Para cuando llego al aparcamiento del concesionario que Tyler me ha indicado, tengo las bragas empapadas y estoy tan cerca del orgasmo que una suave brisa podría hacer que me corriera.

Pongo el coche en punto muerto y espero a que se desabroche el cinturón de seguridad, pero no lo hace. Se reclina en su asiento, mirando al techo. El pecho le sube y baja con un profundo suspiro. Un bulto revelador en sus pantalones me indica que no soy la única que está excitada.

—¿Es aquí? —Pestañeo y finjo inocencia.

—Sí —murmura—. Solo dame un segundo.



# Capítulo 11

## Falsa alarma

*Tyler*

Casi me corro con un audiolibro. Esto es nuevo.

Tras controlar la tremenda erección, lo cual no ha sido nada fácil después de ver a Seraphina tan excitada que no dejaba de retorcerse en el asiento, he hecho una parada rápida para recoger mi Audi, porque ya lo había pagado por internet. Para entonces, eran más de las cinco y los dos estábamos hambrientos, así que me he ofrecido a pedir comida para llevar cuando llegáramos a casa.

Media hora después, todavía no hemos decidido qué comer. Hemos estado demasiado ocupados hablando y coqueteando. Es peligroso estar a solas con ella así, pero al menos Chase duerme hoy en casa de Bailey, así que no entrará sin avisar. No sé dónde demonios estará Dallas. Tendrá muchas preguntas si vuelve a casa de repente.

Desde el sofá que hay a mi lado, Seraphina me da un toquecito en el pie. Desde que hemos llegado a casa, nos hemos ido acercando cada vez más. Entre el fin de semana que nos hemos pasado jugando a las veintiún preguntas y el hecho de que hace un

rato nos hemos puesto cachondos escuchando su libro erótico, no tengo ni idea de qué demonios estamos haciendo. Ni siquiera me importa. No hay nadie más con quien quisiera estar ahora mismo.

—No hace falta que me invites a cenar. —Coge su té helado y sonríe detrás de la pajita de cristal mientras da un sorbo.

—No hay comida —le recuerdo. No es de extrañar que la comida no dure demasiado en la casa de tres atletas. Las despensas están o a rebosar o totalmente vacías.

—Cierto. —Suspira y los cubitos de hielo tintinean cuando los remueve—. Os habéis comido hasta las migas de todo lo que teníamos. La nevera está prácticamente vacía y el congelador está peor aún. Alguien debía de estar muy desesperado, porque han desaparecido hasta las verduras congeladas. Iba a hacer un pedido por internet para que trajeran la compra más tarde. ¿Cómo sobrevivís?

—Comemos mucho en la universidad.

Una de las ventajas de practicar un deporte en Boyd es que el equipo de hockey cuenta con una serie de chefs que preparan desayunos, almuerzos y cenas saludables de lunes a viernes, además de cenas antes de los partidos de los sábados. Cosas como tortitas de proteínas y salchichas de pavo, burritos de pollo a la parrilla y verduras, boniatos asados y filetes. Poder comer o picar algo cuando lo necesito es un salvavidas, sobre todo cuando comes tanto como yo.

—Además, hacemos la compra cada dos por tres —añado. A excepción de uno de nosotros que no cumple con su parte, y por uno de nosotros me refiero a su hermano—. Nos turnamos para cocinar cuando hay comida.

—A mí me gusta cocinar, pero se me da fatal limpiar sobre la marcha y siempre acaba todo hecho un desastre. Me podéis incluir siempre que haya otra persona que lave los platos. —Se quita el abrigo negro y revela una blusa azul pálido con un escote en pico pronunciado. Lleva una fina cadena dorada alrededor del cuello con un colgante de cristal en forma de lágrima. Va más arreglada de lo

habitual. Creo que se debe a que estaba nerviosa por su primer día de clases en Boyd, pero no creo que lo admita jamás.

—Vendido. Tú cocinas y yo limpio.

—A lo mejor alguno de nosotros debería pensar en ir a Costco —añade, y deja a un lado su té helado medio vacío—. Coméis a granel, así que será mejor que compremos así. No entiendo cómo pueden haber desaparecido tres bolsas de patatas fritas en una tarde.

—Pregúntales a Carter y Ward. Comen comida basura como si fuera a acabarse. —Estiro la mano por encima de la mesa de centro y le paso otro montón de menús. Nuestros dedos se rozan un poco, e intento ignorar el efecto que me produce, porque soy un hombre adulto que no debería emocionarse por algo tan insignificante como hacer manitas.

—¿Y el paquete entero de tortellini de queso?

—Eso ha sido culpa mía —admito—. En mi defensa diré que la equipación del portero pesa más. Quemo muchas calorías en el hielo.

Seraphina pone los ojos en blanco, pero en realidad está reprimiendo una sonrisa.

—Por no hablar de qué ha pasado con el queso rallado, la docena de manzanas, las dos barras de pan, el paquete de yogures griegos variados y, lo peor de todo, mi bote de helado de tarta de queso con fresa de emergencia. —Levanta una mano con la que va enumerando los elementos de la lista con sus dedos largos y delgados.

Mierda.

—Eh… Era mi día libre de la dieta y no sabía que el helado era tuyo. Lo siento, Campanilla.

Abre los ojos de par en par ante mi confesión y me golpea la mano.

—Era de Häagen-Dazs, Hades. De los buenos. Como se te ocurra meter la mano en mi alijo de caramelos rosas, nuestra amistad se habrá terminado.

—Tomo nota. Compraré otro bote de helado y no me acercaré a los caramelos. Lo prometo.

—Voy a empezar a guardar comida en mi habitación —refunfuña, pero su pie sigue apoyado en el mío—. A lo mejor me compro una neverita con cerradura.

—Siempre que sea rosa.

—Obvio. —Se le dibuja una sonrisa en los labios—. Espero que entiendas que ahora me debes una.

—Pide lo que quieras y será tuyo —suelto antes de que pueda contenerme, y de una manera más sugerente de lo que pretendía.

Estira el brazo por encima del sofá y me da un golpecito juguetón en la nariz.

—Lo tendré en cuenta.



Ser portero te da paciencia y, ahora mismo, lo agradezco. Seraphina lleva veinte minutos hojeando los menús de varios restaurantes locales, pasando páginas como si fuera una decisión de vida o muerte. Estoy intentando no meterle prisa, pero mi estómago está rugiendo con fuerza, como si hubiera un rottweiler enfadado en la habitación, y voy a empezar a comerme mi propio brazo si no consigo algo de comida ya. Llegados a este punto, me parece bien pedir a cualquiera de esos restaurantes. Joder, podemos pedir a tres o cuatro si eso facilita las cosas.

Frunce la boca e inclina la cabeza mientras observa un folleto amarillo del Thai Boat.

—¿Qué quieres pedir, Campanilla? —pregunto.

Levanta la cabeza de golpe con los ojos oscuros muy abiertos.

—No lo sé. Nunca había visto tantas opciones juntas. —Hace un gesto con la mano hacia la lista y se pone nerviosa—. Siempre que voy a un restaurante, miro la carta antes en internet; si no, me quedo paralizada en el momento: soy muy indecisa. Y ahora puedo elegir de entre cincuenta restaurantes distintos.

—Puedo hacerte alguna sugerencia para ayudarte a reducir la lista, si quieres.

—¿Puedes simplemente escoger un sitio y pedir algunas cosas para compartir? No soy exquisita.

—¿Algo no negociable? —pregunto mientras le quito con cuidado el montón de menús de las manos. Empiezo a ver que no es tan fácil de tratar como quiere hacer ver a todo el mundo. Y no me importa para nada. Es solo que no entiendo por qué finge.

—Champiñones y aceitunas. —Hace una pausa y se estremece—. Ni vísceras.

No es de mucha ayuda, así que verifico el pedido con ella antes de hacerlo para asegurarme de que haya algo que pueda comer. Una hora después, estamos rodeados por un mar de envases de comida para llevar casi vacíos.

—Adivina cómo sé que fuiste la última en vaciar el lavavajillas. —Le ofrezco la última samosa y me la como cuando la rechaza.

—¿Cómo? —Deja el tenedor y ladea la cabeza.

—Porque has dejado la mitad de los armarios abiertos. —No exagero. Podría haber sido más de la mitad.

Seraphina se echa a reír.

—No es culpa mía —protesta, y hace un gesto con un trozo de naan de coco—. Es cosa del TDAH. No puedo evitarlo. Es como si no los viera.

—La verdad es que me parece muy mono. Es tu tarjeta de presentación, como un recordatorio de que Campanilla estuvo aquí. —Me ha hecho sonreír cuando lo he visto esta mañana. Deja un pequeño rastro de destrucción por donde pasa, y me resulta curiosamente entrañable.

Por no hablar del baño que compartimos. Entre los botes, frasquitos y tubos, no hay espacio en el mueble. Toda la habitación huele de maravilla a todas horas del día, así que no puedo quejarme. No superaría la vergüenza si alguien descubriera que huelo su champú de coco a escondidas cada vez que me ducho.

—Cállate, Ty. —Niega con la cabeza sin dejar de reírse.

—Pregunta quince —digo, y apoyo los antebrazos en los muslos —. ¿Qué estás estudiando?

He desperdiciado una pregunta. Frunce el ceño y aparta la mirada antes de responder.

—Yo… aún no lo sé. Tengo que decidirme pronto, pero no he encontrado la opción adecuada.

—No pasa nada. No hay prisa.

—Bueno, un poco sí. —Juguetea con la servilleta y se niega a mirarme a los ojos—. Tengo que informar de mi especialidad antes de que acabe el semestre. Pero como he dicho antes, sufro de parálisis por análisis y me cuesta tomar decisiones. ¿Y tú?

—Bioquímica.

Arquea las cejas, con los ojos brillantes de curiosidad.

—Eres inteligente, ¿eh?

—No estoy seguro. Simplemente me gusta la ciencia. Explica cómo funcionan las cosas.

—Hablando de esto, ¿a qué te dedicarías si no jugaras al hockey? —pregunta y, cuando se da cuenta, añade—: Uy. Pregunta dieciséis. He olvidado añadirlo.

—En otra vida, habría estudiado el curso introductorio de medicina con la intención de dedicarme a la investigación médica o a algo relacionado con la cirugía. Supongo que ese es mi plan B por si alguna vez me lesiono.

—¿Te preocupa? —Su voz se suaviza.

Hago una pausa y aparto los últimos granos de arroz con azafrán de mi plato mientras pienso en cómo responder.

—A veces. —Es algo que rara vez admito, incluso a mí mismo. La negación es una droga poderosa—. No hay garantías de que llegue a pisar la pista de hielo en un solo partido profesional.

Es una verdad difícil de digerir, considerando que toda mi existencia gira en torno al hockey. Es más que indignante pensar que he dedicado la mayor parte de mi vida a perseguir algo que quizá nunca llegue a buen puerto. Apuesto a lo grande por mí mismo y rezo para que dé sus frutos.

Seraphina se gira para mirarme.

—Veo lo mucho que te esfuerzas, Ty. Y, para empezar, tienes un talento increíble. Te lo dice una chica que sabe de hockey. No tengo ninguna duda de que algún día estarás ahí fuera.

—Gracias, Campanilla.

La cuestión es que solo la mitad de los jugadores reclutados llegan a ser profesionales.

El mayor de mis miedos es ser uno de los que no lo consiguen.



Alrededor de las diez, por fin dejamos de hablar el tiempo suficiente como para recoger las cajas de comida vacías y llevar los platos sucios a la cocina. Dejo los platos y cubiertos en la encimera, me doy la vuelta y abro el lavavajillas. Aunque está vacío, un lado del fregadero está lleno de platos que nadie se ha molestado en meter dentro. Maldito Chase.

—Puedo ayudar con eso —ofrece Seraphina.

La miro.

—¿Alguna vez has oído hablar del meme que dice «En toda relación hay una persona que llena el lavavajillas como un arquitecto escandinavo y otra que lo llena como un mapache puesto de metanfetamina»?

Entrecierra los ojos.

—No.

—Lo digo con todo el cariño del mundo, Ser, pero tú eres el mapache puesto de metanfetamina en esta situación.

En lugar de ofenderse con mi broma, sonríe y me golpea con un trapo amarillo.

—Me lo tomaré como una oferta para hacerte cargo de mis tareas de llenar el lavavajillas para siempre.

—No te voy a mentir. —Me río—. Puede que sea lo mejor.

Coloco nuestros platos mientras Seraphina se da la vuelta para volver a llenarse el vaso. Cuando abre el grifo, un chorro de agua

sale disparado de golpe y le salpica toda la parte delantera de la blusa azul. Deja salir el chillido más mono que he oído y se echa hacia atrás mientras toquetea la manilla cromada para cerrarla.

Yo intento disimular una risa detrás de ella. Sé lo que ha pasado. Alguien ha dejado activado el modo pulverización, también conocido en casa como «manguera de incendios». Lleva así un par de semanas.

Como los dueños de nuestra casa son los padres de Dallas, se suponía que él iba a encargarse de llamar a alguien que viniera a echarle un vistazo. Pero ha ignorado sus labores de casero.

Seraphina se seca el pecho con un trapo amarillo limpio, con el rostro tensado en una mueca de enfado. Se me escapa otra risita. No puedo evitarlo; está muy mona cuando se cabrea. También es sexy, pero estoy intentando no ir por esos derroteros.

—Crees que es gracioso, ¿eh? —Saca el cabezal del grifo y lo sujeta de manera amenazadora.

Levanto una ceja.

—Adelante, Ser. Veamos dónde te lleva.

Por desgracia para los dos, los Carter nunca rechazan un buen desafío, incluso cuando deberían.

Me mira directamente a los ojos y acciona el grifo. Un torrente de agua helada me golpea en el pecho y me empapa la camiseta negra. A ella se le escapa una risa nerviosa y lo suelta enseguida. Bajo la cabeza un momento y evalúo la magnitud del daño. Estoy calado.

Cuando vuelvo a levantar la mirada, Seraphina se ríe como una colegiala.

—¡Uy!

Con mis reflejos de portero, cubro el terreno entre nosotros en dos largas zancadas y me pongo detrás de ella. La rodeo por la cintura con un brazo y la atraigo hacia mí antes de que pueda reaccionar. La cubro con mi corpulenta figura, con mis músculos duros contra sus curvas suaves.

—Error de novata, Campanilla. —Mi voz es baja y más ronca de lo normal—. No te metas en peleas que no puedes ganar. —Le arranco

el pulverizador de la mano y apunto directamente a su escote. Tiene varias manchas de agua en la blusa, pero no está tan empapada como la mía—. ¿Qué te parece? ¿Debería ajustar cuentas?

—¡No! —suelta entre carcajadas—. ¡No, por favor!

Sin soltarla, devuelvo el grifo a su lugar. Soy quince centímetros más alto que ella, y desde mi posición privilegiada veo cómo sus pezones endurecidos se vislumbran a través de la fina tela. Solo puedo pensar en pasar la lengua por cada uno y en los ruiditos que haría en respuesta.

Seraphina se retuerce entre mis brazos, a modo de resistencia fingida, pero es en vano y ambos lo sabemos. De repente, soy muy consciente de que su trasero redondo está rozando mi polla, que se endurece al momento. Mi miembro protesta, necesitado, mucho más excitado de lo que debería estar en medio de la cocina. Quiero colocarla sobre la encimera, abrirle las piernas y comérmela de postre.

Se queda quieta, y sé que no soy el único que está intentando reprimir la película picante que me da vueltas en la cabeza. Ni siquiera puedo culpar al audiolibro de antes. Esto no se debe a que antes me haya puesto cachondo escuchando una escena subida de tono. Es porque la deseo. La he deseado desde la primera vez que la vi en XS, desde el día en que se mudó.

Con un pie en el presente y el otro firmemente plantado en el recuerdo de nuestra noche juntos, me resulta imposible pensar con claridad.

—Estás haciendo que me moje —susurra.

Mi risa resuena entre nosotros.

—Me alegra saberlo.

—Me refiero a la camiseta. —Un leve rubor le sube por el pecho.

—Claro —digo—. Mi camiseta.

Poso las manos en sus caderas y le doy la vuelta para que me mire. Me deleito con cómo encaja a la perfección bajo mis manos. Aunque mi intención es soltarla, mi cuerpo tiene otras intenciones y, antes de darme cuenta, la he empujado contra el armario.

Nos miramos; nuestras respiraciones superficiales son el único sonido en la habitación. Cada nervio de mi cuerpo se enciende cuando rozo la suave piel expuesta sobre la cintura de sus vaqueros. Joder. Sé que estoy jugando con fuego, pero no consigo guardar las cerillas.

—Pregunta diecisiete —murmura Seraphina—. ¿Alguna vez piensas en esa noche?

—Todo el puto rato. —No soy muy de edulcorar la verdad. Además, creo que es bastante evidente.

—Yo también. —Le tiembla la garganta y sus cálidos ojos marrones buscan los míos—. ¿Te arrepientes? O sea, ahora las cosas se han complicado un poco.

Complicado es quedarse corto. Desde que se mudó, ha sido como caminar por un campo minado. Cuanto más tiempo pasamos juntos, más cerca estoy de hacer algo que no debería.

—No, Campanilla. Jamás me arrepentiría de tener nada contigo.

Se le dilatan las pupilas mientras me mira expectante, con la respiración entrecortada. Mis ojos se detienen en su boca, mientras la fuerza con la que la agarro se me escapa entre los dedos. Todavía recuerdo cómo me sentí al recorrer cada centímetro de su piel. El sabor de esos labios perfectos y carnosos. Y el gemido que emitió cuando mi mano se hundió entre sus piernas por primera vez.

Daría lo que fuera por oírla gemir así de nuevo.

Mierda.

Mi autocontrol pende de un hilo, y aprieto la mandíbula mientras trato de estabilizar mi respiración. No puedo. No debería. No lo haré…

Ante mis ojos veo todas las razones por las que necesito mantenerme a raya. Su hermano. El hecho de que vive con nosotros. El hockey. Esta temporada es crucial; una de las que depende toda mi carrera. Tras haber trabajado muy duro durante tanto tiempo, no puedo perder el foco por una chica. Los encuentros casuales son una cosa: ahí no hay emociones involucradas. Pero

algo me dice que con Sera nada es casual. Cuando no estoy pensando con la polla, sé que ella merece más que eso.

Eso no implica que hacer lo correcto sea más fácil.

Aunque sé que debería, no me atrevo a apartarme. En cambio, vuelvo a rodear su cuerpecito con los brazos para atraerla hacia mí. Se queda inmóvil durante una fracción de segundo antes de derretirse contra mí y abrazarme para acabar acurrucándose contra mi cuerpo. Todo el parloteo en mi cerebro se acalla cuando presiono mi mejilla contra su cabeza y respiro su aroma.

—Estás empapado —comenta Sera, pero no me suelta.

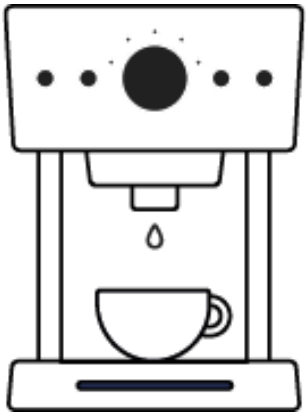
—Lo siento.

Pasa un tiempo indeterminado durante el que ninguno de los dos nos movemos. Siento cómo su pecho presiona contra el mío con cada inhalación; su respiración es lenta y regular. No soy muy cariñoso, por eso no comprendo lo cómodo que me siento al abrazarla. ¿Por qué es tan diferente?

La puerta de un coche se cierra de golpe a lo lejos y salgo del trance en el que Campanilla me induce. No sé si será Dallas o los vecinos, pero es un buen recordatorio de que debemos terminar con esto antes de que pase algo más.

—Es tarde, Ser. Deberíamos irnos a la cama. —Dejo caer las manos a los costados y la suelto a regañadientes. El dolor se refleja en su rostro, y me odio por ello.

—Sí. —Aparta la mirada y se abraza el torso con fuerza—. Deberíamos.



# Capítulo 12

50-50

*Seraphina*

—Lo odio.

Abby me mira con una ceja levantada desde el puesto de manicura a mi lado.

—¿Lo odias porque querías que te besara o porque no querías que te besara?

—Lo odio porque quería besarlo y me abrazó, Abby. Como si fuera su abuela.

Han pasado tres días desde el incidente de la cocina, y mi frágil ego femenino sigue herido. Sé que Tyler quería besarme. Joder, hasta empezó a inclinarse. Luego se detuvo en seco como si se le hubiera encendido un interruptor en la cabeza, y me dejó colgada como una tonta.

Sospecho que todo se reduce a mi sobreprotector hermano mayor, a pesar de que no sea asunto suyo con quién me acuesto. Chase me está estropeando el ligue sin darse cuenta.

Eso, o he malinterpretado la situación hasta un punto catastrófico. No puede ser, ¿verdad? Tyler admitió que todavía piensa en aquella noche en XS. A menos que, Dios no lo quiera, no quisiera herir mis sentimientos. Por lo general, se me da bastante bien interpretar a los chicos, pero estoy empezando a dudar de mí misma.

A lo mejor me metí en la friendzone cuando lo sugerí el día que me mudé. Sería irónico.

Abby se encoge de hombros.

—Nadie ha dicho nunca que los chicos sean inteligentes.

—Desde luego que no lo son. —Es una de las razones por las que jamás les he dedicado mucho tiempo o esfuerzo, y también el motivo por el que me molesta tanto haber permitido que eso cambie.

A pesar de mis quejas, no puedo negar que el estómago me da un vuelco de felicidad cada vez que me aparece un mensaje de Tyler en el móvil. Son como pequeños chutes de dopamina a lo largo del día. Ahora vivo por y para cada uno de esos mensajes.

¿Las chicas pueden ser pagafantas? Porque ahora mismo me siento como una.

Abby le tiende la mano derecha a la manicurista y coloca la izquierda bajo la luz led para secarse las uñas borgoña.

—¿Vas a unirte en algún momento? Les he hablado muy bien de ti a Allie y a Gina y no dejan de preguntarme cuándo vas a presentar tu solicitud. Allie es la presidenta, y es una Kappa de tercera generación, lo que significa…

Trato de seguirla a medida que habla, pero me cuesta hacer que me importe. Ahora mismo tengo problemas más importantes que volver a unirme a una hermandad, como escoger una carrera y descubrir qué quiero hacer con mi vida. Preocuparme por el estado de salud de mi madre. Cosas que tienen implicaciones a largo plazo.

—¿Me estás escuchando siquiera? —La voz de Abby interrumpe mi hilo de pensamiento.

—Sí. Eh, intentaré rellenar los papeles para las Kappa lo antes posible. —Me aclaro la garganta—. Es solo que ahora mismo estoy

pasando por un mal momento.

—No te preocupes, la fiesta de Rob de esta noche te ayudará a dejar de pensar en ello.

—Eso espero. —No soy muy optimista al respecto. Ni siquiera una manicura nueva ha podido darle la vuelta a este día. Mis uñas están adquiriendo el tono rosa pálido más maravilloso del mundo y sigo enfurruñada.

Tengo que dar con la forma de superarlo. Después de comer, voy a llevar a mi madre a una revisión con su oncólogo, y lo último que necesita es a una hija enfadada. Tampoco ayuda que esté funcionando con solo unas tres horas de sueño, después de haberme pasado la noche dando vueltas en la cama, soñando con un montón de horribles casos hipotéticos. Soy un manojo de nervios. ¿Y si nos dan malas noticias? ¿Y si no está respondiendo al tratamiento como debería? Esta primavera hará diez años de la muerte de mi padre. No puedo perderla a ella también.

Si soy sincera conmigo misma, podría admitir que mi humor tiene más que ver con todo esto. Pero es más fácil echarle la culpa a Tyler.



Dos cafés más tarde (un mocha de chocolate blanco descafeinado y un latte de avellana para mi madre) salgo del drive-thru del Starbucks hacia la carretera principal en dirección a su casa. Son unos veinte minutos más desde la ciudad, así que aprovecho este rato para seguir con mi audiolibro. El protagonista acaba de besar con rabia a la chica en la cocina después de haberla visto tonteando con otro. Por muy tóxico que sea, me encanta una buena escena de celos.

Por desgracia, la historia solo ayuda hasta cierto punto. Cuanto más me acerco a mi destino, más difícil me resulta concentrarme en algo que no sea lo que me espera. En cierto modo, solo quiero acabar con esto de una vez, y me siento mal por ello.

Mamá se sube al asiento del copiloto y mi mirada se detiene en ella, mientras la preocupación empieza a abrirse paso. Hace poco, en Acción de Gracias, tenía el pelo castaño espeso y ondulado hasta la clavícula. Ahora lo lleva ralo, corto y recogido bajo un pañuelo azul estampado. Su ya delgada figura lo es aún más. Está tan guapa como siempre, pero parece frágil.

En la consola, la pantalla se ilumina con un mensaje de Tyler (o Hades, como aparece en mi teléfono) y un pequeño escalofrío me recorre el cuerpo seguido de inmediato por una enorme dosis de culpa. Debería centrarme en otras cosas más serias ahora mismo.

—Pareces enamorada, Sera. ¿Quién es él? —me pregunta mi madre en tono juguetón. Los tratamientos contra el cáncer han hecho mella en su energía, pero sigue con la misma actitud optimista.

La miro y veo una sonrisa cómplice en sus labios y unas pequeñas arrugas que se forman en las comisuras de sus brillantes ojos esmeralda mientras me observa. O estoy siendo dolorosamente obvia o su intuición de madre es mejor de lo que creía. Espero que sea lo segundo.

—Ah, eh… no es nadie. —Aunque quisiera contárselo, me resulta raro hacerlo cuando estamos de camino a su cita con el oncólogo. Tampoco sé cómo se tomará la noticia de que vivo con el chico que me gusta.

—Pues parece alguien.

—Solo es un chico con el que estoy hablando. No es nada.

Y a este paso, nunca lo será.



—¿Señora Carter? —Una enfermera menuda con una bata rosa observa la sala de espera desde la puerta hasta que mi madre se levanta—. El doctor la atenderá ahora.

El corazón se me acelera mientras sigo a mi madre y a la enfermera por el pasillo revestido de madera hasta la consulta del doctor

Wilson. Con un amplio escritorio de cristal y dos sillas de cuero para pacientes, se parece más a lo que esperaría encontrar en un bufete de abogados que en una consulta médica. Pero es uno de los mejores oncólogos de la Costa Este, así que eso explicaría la decoración.

La primera mitad de la cita implica mucha jerga médica, parte de la cual no he entendido del todo, pero hago preguntas y tomo bastantes notas porque la quimioterapia le produce cierta confusión mental a mi madre y le gusta poder releerlas más tarde. Me relajo un poco mientras el doctor Wilson explica que esperan que responda bien al protocolo que han diseñado, y que su pronóstico general es excelente. Para su tipo de cáncer y el estadio en el que está, la tasa de supervivencia es de casi el noventa por ciento con un tratamiento temprano agresivo como el que está recibiendo. Probablemente incluso mejor en su caso, porque antes gozaba de muy buena salud. Con todo, está de maravilla.

Aunque ha sido alentador hasta ahora, el ambiente en la sala cambia notablemente cuando menciona algo sobre unas pruebas genéticas y toma una carpeta de la bandeja junto a su escritorio. Me pongo nerviosa de nuevo y contengo la respiración mientras espero a que continúe. ¿Han encontrado algo más?

Se aclara la garganta.

—Como ya comentamos, realizamos un panel genético completo durante el proceso de diagnóstico. Los resultados han llegado y ha dado positivo para la mutación BRCA1. Está bien que su hija la haya acompañado hoy. Cuando un paciente da positivo, recomendamos realizar pruebas a todos los familiares directos, ya que hay un cincuenta por ciento de probabilidades de que también lo hayan heredado.

Se me nubla la vista y la sala me da vueltas.

BRCA.

Cincuenta por ciento de probabilidades.

Intento comprender lo que acaba de decir, pero me falta información crucial. No sé qué significa, solo que es algo malo, y que

puede que yo también lo tenga.

Mamá se acerca, me cubre la mano con la suya y me la aprieta.

—Sé que da miedo, cariño, pero es mejor hacerse la prueba y descubrirlo. Si das negativo, te quitarás un peso de encima. —A pesar de que su intención es tranquilizarme, su expresión es tensa y hay miedo bajo la máscara de valentía que se ha puesto. Parece más disgustada que cuando me contó lo de su diagnóstico.

—¿Por qué? ¿Qué significa si doy positivo? —pregunto, e intento disimular cómo me tiembla la voz.

—Sera, no nos adelantemos… —empieza.

—No, dímelo. Por favor. Si no lo haces, lo primero que haré al llegar a casa será buscarlo en Google, y será peor.

El doctor Wilson entrelaza los dedos y me mira con compasión.

—Debo subrayar que, estadísticamente hablando, existe la misma probabilidad de no ser portador. Dicho esto, quienes portan el gen BRCA tienen una probabilidad mayor que el promedio de desarrollar cáncer de mama y de hacerlo a una edad temprana. También existe un mayor riesgo de cáncer de cuello de útero.

Esto es más o menos lo que esperaba, pero, de alguna manera, escucharlo en voz alta lo empeora aún más.

—Las pruebas rutinarias de detección de cáncer comienzan antes y se realizan con mayor frecuencia —añade—. Algunas pacientes también optan por una mastectomía profiláctica o una salpingooforectomía para reducir el riesgo de cáncer en el futuro. Aunque el resultado sea positivo, tienes tiempo para sopesar tus opciones al respecto.

—¿Sal-qué? —repito, sin siquiera haber procesado la parte de la mastectomía que la ha precedido. Cuando he llegado, no esperaba que fuéramos a hablar de algo relacionado conmigo. Una parte de mí desearía que mi madre me hubiera avisado con antelación, pero también entiendo por qué no lo ha hecho. Su expresión afligida lo dice todo: esperaba que los resultados fueran negativos y no tener que hacerlo.

—Extirpación de los ovarios y las trompas de Falopio —aclara.

En otras palabras, eliminar quirúrgicamente mi capacidad de quedarme embarazada.

El pánico me atenaza la garganta.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? —No tengo prisa por sentar cabeza, pero quiero tener hijos algún día y supuse que tenía tiempo de sobra para hacerlo.

Vacila.

—Depende de lo agresiva que quiera ser la paciente. La mayoría de las estrategias para reducir los riesgos recomiendan que los procedimientos se lleven a cabo entre los treinta y cinco y los cuarenta años o cuando ya no vayan a tener más hijos, lo que ocurra primero. Los riesgos son progresivos y aumentan con la edad. Estadísticamente hablando, la mayoría de las mujeres con BRCA1 acaban desarrollando cáncer.

La buena noticia es que el plazo de la intervención no es tan inmediato como temía. Tengo casi veintiún años, así que estamos hablando de un plazo de unos quince años.

La mala noticia es que, si lo pienso al revés, no tengo tanto tiempo como creía para formar una familia.

La peor noticia es que ser portadora significaría que soy una bomba de relojería.

Siento una presión tan grande en el pecho que me duele.

—Ya veo.

—No nos adelantemos —dice, reordenando los papeles en su escritorio—. El primer paso sería programar una cita para hacerte las pruebas. Podemos hacerlo ahora si lo deseas. Después, te derivaremos a asesoramiento genético adicional si es necesario.

—¿Y los hombres? ¿Chase podría ser portador? —Me hizo prometer que le escribiría en cuanto termináramos, pero esto no es una conversación para tenerla por mensaje.

Asiente.

—Los hombres también pueden ser portadores del gen.

—Seraphina. —Mi madre me toca el antebrazo para atraer mi atención hacia ella. Aprieta los labios hasta formar una línea sombría

—. Si no te importa, cariño, me gustaría esperar a contarle esto por ahora. Solo un par de semanas. Tiene mucho que hacer y no quiero estresarlo más.

Me trago el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Bien. No diré ni una palabra.

Recogemos nuestras cosas y sigo a mi madre, aturdida, mientras la cabeza me da vueltas y los oídos me zumban. Cuando llegamos al vestíbulo, veo a una mujer en la recepción. No es mucho mayor que yo, seguro que no tiene más de treinta años, y, como mi madre, es evidente que está enferma. Lleva lo que le queda de pelo envuelto en un pañuelo rosa y morado y su tez aceitunada está pálida.

Vuelvo a mirarla. Es preciosa, con grandes ojos oscuros y labios carnosos. No me creo lo joven que parece. Si tuviera que adivinarlo, diría que tiene veinticuatro o veinticinco años. ¿Qué edad tendría cuando le diagnosticaron? ¿Sospechaba siquiera que podría enfermar? ¿Se hizo la misma prueba genética que el médico le ha mencionado a mi madre?

¿Esa podría ser yo algún día?

La realidad a la que me enfrento me golpea de repente. La gente siempre dice que los veinte son para resolverlo todo. Siempre he dado por sentado que era cierto, pero todo parece diferente cuando te enfrentas a un diagnóstico.

Aunque tengo una idea vaga e imprecisa de lo que quiero en la vida, no podría expresarlo ni aunque lo intentara. Mi plan para el futuro es vago y amorfo y está lleno de términos como «algún día» y «al final». Como una aparición que ves por el rabillo del ojo y que se desvanece cuando intentas atraparla.

Quiero casarme algún día, de eso estoy segura. Y si soy portadora, eso tendrá consecuencias para ambos, no solo para mí. Incluso podría afectar a la cantidad de hijos que quiera tener. ¿Y si no puedo tener hijos a tiempo? ¿Y si los tengo y luego me pongo enferma?

En el fondo, sé que es irracional adelantarme antes de hacerme la prueba y recibir los resultados. Hay muchas posibilidades de que

también dé negativo en BRCA. ¿Pero y si no?

He entrado en bucle y no puedo evitarlo. Hay demasiadas incógnitas, y muchas de ellas son aterradoras.

Impulsada por una curiosidad morbosa, miro a la joven de reojo. Un millón de dudas me rondan la cabeza. Me pregunto cuánto logró vivir antes de su diagnóstico. ¿Tuvo la oportunidad de enamorarse? ¿Tendrá una pareja que la ayude? A favor de mi padrastro diré que ha estado junto a mi madre más de lo que esperaba, incluso se ha hecho cargo de cocinar y de limpiar la casa. No estoy segura de que estuviera tan bien sin él a su lado.

Al pasar, escucho parte de su conversación.

—¿Sigue con Cigna? —pregunta la recepcionista.

—No, no; tengo un seguro nuevo. Nos acabamos de divorciar. Ya no estoy en el suyo —dice con voz temblorosa mientras baja la mirada y rebusca en el bolso—. Lo encontraré; sé que está por aquí.

Siento una punzada de compasión en el estómago, seguida de unas náuseas abrumadoras. No me imagino pasar por un divorcio mientras se lucha contra el cáncer. Que tu matrimonio se acabe, sumado a todo lo demás, debe ser desgarrador. He oído que ocurre con bastante frecuencia. Algo sobre que el estrés de la enfermedad afecta a los matrimonios que ya hacen aguas. ¿Qué ha pasado con lo de «en la salud y en la enfermedad»?

Por supuesto, salir con alguien no está entre mis prioridades; no necesito otra decepción más que sumar a la lista. Pero ella es mayor que yo. Ha tenido más tiempo para conocer a alguien, y muchas cosas podrían cambiar después de la graduación. Si tengo la suerte de encontrar a la persona adecuada más adelante, ¿me apoyaría en algo así?

¿Me querría siquiera? Apuesto a que es un factor decisivo para muchos hombres.

Tal vez vivir el momento sea la única manera de mantener la cordura y el corazón intactos hasta que lo sepa.

—¿Sera?

—¿Sí? —Desvío la mirada hacia mi madre, que me mira expectante. Estamos de pie junto a mi coche en el aparcamiento debajo de la consulta de su médico. No recuerdo haber tomado el ascensor.

—Te he preguntado si quieres ir a cenar algo.

—Claro —digo distante—. Tú eliges.



# Capítulo 13

## Batería muerta

*Tyler*

Seraphina ha debido de ser la última en entrar en la cocina.

Dejo la compra en la encimera y vacío la primera bolsa mientras cierro todos los armarios abiertos. Con una cuarta persona en casa, me he propuesto comprar más de lo habitual. Ya veremos cuánto dura esta vez. Sera consume cantidades normales de comida, pero Chase y Dallas son impredecibles.

Paso a la siguiente bolsa y meto los congelados en el congelador antes de que se derritan. Esto incluye dos botes del Häagen-Dazs favorito de Seraphina para compensar haberle robado el suyo sin querer, y un tercero para mí. Mi próximo día de saltarme la dieta llega pronto y ese helado de tarta de queso es increíble.

La puerta principal se abre con un crujido detrás de mí y se cierra de golpe. Una oleada de anticipación recorre mi cuerpo al entrever a Seraphina a través de la puerta de la cocina. Últimamente, verla es el mejor momento de mi día, seguido de cerca por nuestros mensajes constantes.

Se quita los zapatos con los pies y extiende la mano para colgar el abrigo en el perchero. Este se desliza del gancho y cae al suelo, pero ella no se para a recogerlo.

—Hola, Campanilla —la saludo, dejando una caja de cereales en el estante.

—Hola. —Pasa como una exhalación, vestida de rosa y unos vaqueros, y evita mi mirada.

—¿Quieres…? —empiezo a decir, pero se va antes de que pueda terminar.

Supongo que eso es un no a la cena.

Confuso, apoyo la cadera en la encimera y repaso mentalmente nuestra interacción. ¿Qué acaba de pasar? Fue un poco incómodo a principios de semana después de nuestro encuentro en la cocina, pero lo superamos enseguida. Hoy nos hemos pasado el día escribiéndonos como si todo estuviera bien. No tengo ni idea de qué ha cambiado.

Chase entra por la puerta unos minutos después y se quita las botas de invierno en la entrada.

—¿Sera ha llegado? Se suponía que iba a escribirme después del chequeo de mi madre, pero no lo ha hecho.

Se me forma un nudo en el estómago. Mierda. A lo mejor algo ha ido mal y por eso está molesta.

—Sí. Acaba de llegar y ha ido directa a su habitación.

—Supongo que eso explica lo del abrigo —murmura, arrodillándose para recogerlo del suelo—. Voy a ver cómo está.

La preocupación hace que me hiervan las entrañas. A falta de otras opciones, termino de guardar el resto de la compra y empiezo a preparar la cena para distraerme. He comprado bastantes filetes como para alimentar a un pequeño reino, lo que significa que es probable que nos los acabemos de una sentada.

Justo cuando estoy poniendo las patatas a hervir, Chase vuelve a la cocina y se dirige al frigorífico. Lo miro con curiosidad por encima de la isla.

—¿Va todo bien?

—No lo sé. —Abre un cartón de EnduraFuel sabor fresa y melocotón con el ceño fruncido—. Me ha dicho que la revisión ha salido bien, pero se comporta de forma extraña. Ni siquiera me habla.

Ahora sí que estoy preocupado. Por lo general, intento no enviarle mensajes cuando Chase está cerca. Ya sabes, por ir a lo seguro. Pero no puedo evitar coger el móvil y escribirle.

**Hades:** ¿Estás bien, Campanilla?

**Campanilla:** Sí, estoy bien.

**Hades:** ¿Seguro? Parecías molesta al llegar a casa.

**Campanilla:** Solo he tenido un mal día. Cosas de la universidad. Nada grave.

—Eh, Carter. —Dallas entra tranquilamente en la habitación y le lanza un pequeño objeto negro a Chase, que lo atrapa antes de que le golpee en el hombro—. Deja de meter tus cosas en mi mochila.

Chase se sube la manga de la sudadera y señala el Apple Watch que lleva en la muñeca izquierda.

—Ese no es mío, tío. —Le devuelve el otro reloj a Dallas, que lo levanta a la luz para examinarlo con el ceño fruncido.

—¿Entonces de quién mierda es? ¿Y cómo ha llegado a mi mochila?

—¿Ahora robas en tiendas, Ward? —pregunto—. Sé que tienes gustos caros, pero quizá deberías buscarte un trabajo a tiempo parcial.

—Ja, ja. —Pone una mueca y me hace una peineta.

Nuestros tres móviles suenan al unísono. Reviso mis mensajes y veo uno nuevo en la conversación grupal del equipo.

«Sucios Falcons».

**Reid Holloway:** ¿Alguien ha visto un Apple Watch? Último modelo, correa negra. Ha desaparecido del vestuario después del entrenamiento.

**Reid Holloway:** Si esto es una novatada, idos a la mierda.

Chase suelta una carcajada, e incluso mi mal humor mejora un poco.

Señalo a Dallas con la espátula.

—¿Ves? Estás tan distraído escribiéndote con Shiv todo el tiempo que ahora le robas a la gente.

—Mierda. No tengo ni idea de cómo ha pasado. —Gruñe mientras busca el móvil—. Avisaré a Holloway, pero no tengo tiempo para quedar con él esta noche. ¿Vas a estar aquí, Ty? Puedo decirle que pase a recogerlo.

—Toda la noche. —Ha sido una semana larga y estoy agotado.

Cocinar me distrae un rato, pero no me lleva mucho tiempo preparar el filete a la plancha y la ensalada César, sobre todo porque Dallas me echa una mano. La cena está lista enseguida y me toca aceptar una compañía que no me apetece mucho.

Todos nos servimos un segundo filete y, en el caso de Chase, un tercero. Aunque he duplicado las raciones, apenas queda para una persona. Puede que sea la cantidad perfecta para Sera, si no estuviera encerrada en su habitación.

Me concentro en la comida mientras los chicos hablan de una película que van a ver con sus chicas. Al parecer, van a un cine nuevo que sirve comida y alcohol directamente en la butaca. A pesar de mis intentos de entablar conversación, no dejo de pensar en Sera. No tengo duda de que algo va mal, y me está carcomiendo por dentro. No sé en qué momento desarrollé empatía, y prefiero no preguntar.

—Hasta luego. —Chase se despide de mí con la mano mientras enjuago una sartén bajo el grifo, y Dallas lo sigue por la puerta.

En un mundo ideal, la persona que ha preparado la cena no sería la que friega los platos, pero intento no enfadarme por ello. No es que tenga otros planes.

Suena el timbre mientras seco el último plato y levanto la vista cuando Seraphina pasa corriendo a abrir. El vestidito negro que lleva es aún más revelador que el del día del cumpleaños de Chase. Tiene una capa de encaje que simula piel desnuda debajo, y el escote de la espalda es muy pronunciado. No hay forma de que lleve sujetador.

La observo desde donde estoy, de pie junto al fregadero de la isla de la cocina, de cara a la entrada. Me resulta imposible apartar la vista de ella. Su pelo color fresa cae en una cascada de ondas sobre su piel suave y cremosa. El maquillaje oscuro le acentúa los ojos color chocolate. Y esos labios rosados…

—Hola. —Se hace a un lado y hace un gesto para que la otra persona entre—. ¿Dónde está Abbs?

La presión arterial se me dispara cuando Rob entra en el vestíbulo, sacudiéndose la nieve del abrigo de lana. Lleva el pelo peinado hacia atrás y la ropa de marca perfectamente planchada. Lucho contra el impulso de lanzarle a la cabeza el plato que sostengo. Con mi puntería, sin duda le infligiría un daño grave. En realidad no puedo hacerlo, pero la imagen mental es increíblemente satisfactoria.

—Ha sufrido una especie de «emergencia con el peinado» en mi casa —dice, gesticulando unas comillas en el aire. Se me tensa todo el cuerpo. Incluso su uso de las comillas es irritante—. Me ha pedido que venga a buscarte en su lugar.

Seraphina se sienta en el banco de madera y se agacha para abrocharse las tiras de los tacones metálicos. Al hacerlo, el muy cabrón clava la vista bajo su vestido sin disimulo, pero ella no se da cuenta. Se levanta y se estira para descolgar su nuevo abrigo de invierno del perchero. Me rechinan las muelas cuando el señor Escoria le coloca el pelo rosa por encima del hombro y la ayuda a

ponerse la parka blanca y mullida. Ver cómo la toca me pone los pelos de punta.

Inhalo hondo, bajo la vista y limpio con fuerza el plato que tengo entre las manos. Necesito relajarme. No me corresponde a mí preocuparme.

—Podría haber ido en coche —responde ella—. De todas formas, compartiré un Uber con Abby para volver a casa.

Cuando levanto la vista, le guiña un ojo.

—O podrías quedarte a dormir.

Todo se vuelve de color rojo, y el plato se me escapa de entre las manos dentro del fregadero. La frágil porcelana golpea el lavabo de acero inoxidable y se rompe en pedazos.

Mierda. Otra cosa con la que tendré que lidiar después.

Aunque sé que estoy siendo irracional, voy al recibidor con paso decidido y me apoyo en la pared antes de dedicarle a Rob una sonrisa no muy amistosa.

—Que esté en casa a las nueve y media, Ron.

—Eh… es Rob, en realidad. —Se ríe, nervioso, como si no estuviera seguro de si estoy bromeando con lo del toque de queda. No lo hago. Aunque es casi tan alto como yo y parece que va al gimnasio a menudo, es imposible que este tipo se haya metido en ninguna pelea jamás. Al menos, no en ninguna que haya ganado. Podría darle una paliza con mucha facilidad, y con muchas ganas.

—Tyler no lo dice en serio. Está bromeando. —Seraphina se gira hacia mí con los ojos muy abiertos y me reprocha con la mirada.

Me cruzo de brazos y se me contraen los bíceps.

—Tiene razón. A las diez está bien.

—Tyler. —Su expresión es entre exasperada y divertida.

Rob abre la puerta, que sostiene entreabierta, como si esperara que eso fuese a acelerar su marcha. El aire frío se cuela dentro, pero supongo que no le importa una mierda la factura de la calefacción, o el hecho de que sea demasiado mayor para invitar a una universitaria de segundo año a dormir en su casa.

Lo ignoro y le sostengo la mirada a ella.

—Llámame si necesitas algo, Ser.

Y entonces se van.



El suelo no puede estar más limpio. Tengo la cabeza hecha un desastre.

Le doy al botón de encendido del aspirador y el zumbido del motor se apaga. Desde que Seraphina se ha ido, estoy demasiado lleno de energía como para quedarme quieto más de un par de segundos. He lavado, secado y doblado toda la ropa que tengo, he cambiado las sábanas y acabo de pasar la aspiradora por toda la planta baja con mucha rabia. A algunos les resulta extraño la limpieza por estrés, pero a mí me sirve para evitar recurrir a otras estrategias menos constructivas.

Recibo dos mensajes en una rápida sucesión, pero son falsas esperanzas seguidas de una decepción inmediata. Ambos son de chicas con las que no he hablado en meses, mucho antes de aquella noche en XS. A saber por qué me están escribiendo ahora.

**Alyssa:** ¿Qué haces? Quedemos.

**Jasmine:** ¿Estás ocupado más tarde?

El centro de control informa que no hay respuesta en el sur. Tengo el pene roto. O quizá el problema sea mi cerebro, porque anoche mi polla funcionaba a la perfección mientras pensaba en Seraphina.

Entonces el móvil me vuelve a vibrar con otro mensaje del grupo del equipo en el que me animan a unirme a ellos. Ahogar mis penas en alcohol suena tentador, pero existe el riesgo de que haga algo después, como llamar a Seraphina borracho. O darle un puñetazo a

la pared al llegar a casa, algo que he estado a punto de hacer después de que se fuera.

Además, no me quito la persistente sensación de que debería haber hecho otra cosa.

Mientras guardo la aspiradora en el armario del pasillo de la planta principal, se oyen unos pasos en el escalón de la entrada. Por un breve e ingenuo segundo, pienso que tal vez es ella, que ha cambiado de opinión y ha llegado temprano a casa. Entonces suena el timbre y la decepción me golpea en la cara.

Abro la puerta y veo a Reid fuera. Claro… Eso es lo otro que debía hacer.

Hace un gesto con la cabeza, con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo azul marino.

—Hola.

—¿Te importa entrar un momento? —pregunto—. Tengo que descubrir dónde ha dejado Carter tu reloj.

Reid se quita la nieve de las botas antes de entrar y cerrar la puerta. Miro a toda prisa por la habitación en busca del reloj, pero no tengo ni idea de dónde lo ha guardado Chase. Había olvidado que Reid iba a venir.

Me froto la mandíbula con la mano.

—¿Quieres una cerveza? A lo mejor tengo que escribirle para preguntarle qué ha hecho con tu reloj.

Diez minutos después, nos hemos bebido la mitad de nuestras botellas de Stella. Según el mensaje de Chase, el reloj estaba todo este rato en la encimera de la cocina, a plena vista. Simplemente no lo he visto, cuatro veces. Si eso no resume mi estado mental, no sé qué lo hará.

—Pareces agobiado —comenta Reid.

—Un poco —murmuro, despegando la etiqueta de mi cerveza.

—¿Saldrás con el equipo más tarde?

—No —digo—. No me apetece demasiado.

—Ojalá pudiera decir lo mismo. Me vendrían bien al menos diez copas después del entrenamiento de hoy.

Arqueo las cejas porque suelo estar bastante concentrado, y no he notado nada en el hielo.

—¿El entrenador Miller te está dando la lata?

—Miller está bien. Es mejor que el maldito Grady. —Gira el cuello en busca de su botella—. Es duro llegar a mitad de temporada así. Algunos de los jugadores de segunda y tercera línea no me han dado la mejor de las bienvenidas. Parece que creen que soy la razón por la que no son titulares.

Claro que sí. Algunos de los miembros del equipo son unos cabrones que se creen con derecho a todo. No aguantarían ni un día con la presión de ser portero.

—No son titulares porque no son lo bastante buenos.

—Tú y yo lo sabemos, pero intenta decírselo a ellos. —Reid sonríe con suficiencia.

Resoplo.

—Lo haré yo si quieres. No tengo ningún problema en traerlos de vuelta a la realidad.

Mi móvil suena con una llamada entrante desde la encimera, donde se está cargando. Miro por encima del hombro, confundido. Nadie me llama, y con razón: nunca contesto.

—Lo siento. Espera.

Echo la silla hacia atrás para responder, esperando que sea alguien que se ha equivocado. Cuando lo cojo, veo el nombre de Campanilla en la pantalla. Nervioso, acepto la llamada.

—¿Ser?

—¿Ty? ¿Estás ahí? —La voz de Seraphina queda casi ahogada por el bajo que retumba de fondo. Me cuesta identificarlo, pero parece que está llorando.

—Campanilla. —Me tapo el otro oído para intentar oír mejor—. No te oigo. ¿Estás bien?

—Lo siento… —Se entrecorta—… fuerte… —La llamada vuelve a interrumpirse—… más tranquilo.

Reid me mira a los ojos y hace un gesto con el pulgar hacia la puerta delantera con una mirada inquisitiva como si me preguntase

si debería marcharse.

Agradecido porque lo haya captado, asiento y vocalizo un «gracias» silencioso.

Voy tras él para echar el cerrojo de la puerta antes de comenzar a andar en círculos por la cocina mientras espero a que Sera continúe. Los segundos pasan tan despacio que me parecen horas. La música se desvanece poco a poco hasta que el volumen es más manejable, y una puerta se cierra al otro lado de la línea. Solo oigo su respiración entrecortada, intercalada con sus sollozos.

—¿Ser? —la insto.

Ella toma otra bocanada de aire temblorosa.

—Le he dado una calada a un porro y ahora me siento rara. La habitación no deja de dar vueltas. He intentado escribirte, pero veo doble y me cuesta mucho teclear.

Un miedo gélido me atenaza el cuerpo y me detengo en seco.

—¿Solo es hierba o…?

—Eh… creo que sí. Eso ha dicho Rob.

Me muerdo el nudillo para contener una sarta de improperios. Claro. Debería haber sabido que ese imbécil tenía algo que ver con esto. Sin mencionar que sus amigos serán tan poco de fiar como él. Podría haber contenido cualquier cosa.

Recorro la habitación atacado de los nervios, tomo mis llaves del mostrador y corro por el pasillo hacia el garaje. Antes de pensarlo dos veces, estoy sentado al volante. Ni siquiera sé a dónde voy.

—¿Dónde estás? Voy a buscarte. —Presiono el botón de la consola superior para abrir la puerta del garaje y veo cómo se mueve con un crujido en el espejo retrovisor.

Seraphina hipa.

—En el ático de Rob en el centro.

Ah, así que proveyó y era el anfitrión. Agarro el volante con más fuerza hasta que creo que se va a desintegrar bajo mis dedos. No porque esté enfadado con ella, sino porque quiero golpear a Rob hasta la semana que viene.

—Envíame tu ubicación. Voy enseguida.

Algo suena al otro lado de la línea.

—¡… mierda! —Se oye un crujido—. Perdón, se me ha caído el móvil. Se me está bateriando la acabada. O sea, se me está acabando la batería, pero lo intento. Dame un segundo.

Me cojo el puente de la nariz con dos dedos y respiro hondo y despacio para calmarme. La buena noticia es que me está hablando y que está a salvo, por ahora. Pero está teniendo un mal viaje y se encuentra en una situación potencialmente peligrosa rodeada de un montón de desconocidos. Tampoco confío en la gente a la que conoce allí.

Unos segundos después, aparece un enlace con su ubicación en nuestro hilo de mensajes.

—Recibido —confirmo mientras pongo la marcha atrás para salir del garaje.

—Tengo miedo, Ty. —Gime, y eso despierta una especie de instinto primario que nunca antes he sentido. Testosterona, adrenalina, es una cascada bioquímica. Lo único que quiero es arreglar lo que la hace sentir así.

—Estarás bien. —Esta afirmación es tanto para mí como para ella —. Quédate al teléfono conmigo hasta que…

De repente, el ruido de fondo al otro lado de la línea desaparece.

Mi Bluetooth emite un pitido y la pantalla muestra «Llamada fallida».

Con el corazón acelerado, la llamo de vuelta. Va directa al buzón de voz y recibo un mensaje automático que me informa que el suyo aún no está configurado. Lo intento de nuevo. Buzón de voz.

No puedo hacer nada hasta que llegue.

Me siento completamente impotente, y es una de las peores sensaciones que he tenido nunca.



# Capítulo 14

## Gravedad

*Tyler*

Recorro un trayecto que debería llevarme veinte minutos en menos de diez y aparco junto a la acera de un elegante bloque de apartamentos, en una zona en la que está prohibido estacionar, sin apagar el motor de mi Audi. No pasará el tiempo suficiente para que la grúa se lo lleve y me importa una mierda si me ponen una multa.

El frío aire invernal me azota las mejillas al salir del todoterreno y el viento me muerde los antebrazos desnudos. A cinco grados bajo cero, debería haber cogido un abrigo, pero no lo he pensado al salir de casa. Una vez en la acera, veo a un portero uniformado de pie frente a las puertas dobles de cristal, y me invade la inquietud. Joder. Pasar junto a él va a ser un problema.

Como me había imaginado, decir que he venido a ver a «mi amigo Rob, que vive en el ático» no convence al portero de mediana edad, que mira de reojo mis tatuajes y se niega a dejarme pasar sin que le dé el apellido de Rob. En mi mente, es Cabronazo, pero este tipo no se lo creerá. Cuando intento discutir, me dice que «llame a Rob» si tengo algún problema. Si tuviera su número, lo haría en un

instante. De hecho, le diría que bajara para que mi puño pudiese hablar con su rostro.

Tras varios intentos fallidos de negociar, recurro a sobornar al portero para que me deje subir, y no me sale barato. Un ascensor privado me lleva al ático en el piso veinticinco. La música rap resuena en el interior mientras las puertas se abren de golpe para revelar la casa de un soltero. Todo es de cromo, y me refiero a todo.

Esquivo a una pareja que se está enrollando en la entrada y busco con la mirada el característico pelo rosado de Seraphina. Un grupo de personas bien vestidas descansa en unos sofás de cuero blanco en la sala de estar. Otro puñado de fiesteros está reunido alrededor de la mesa de centro en el medio de la sala, esnifando rayas sobre el cristal.

Abby me ve entre la multitud y se acerca contoneándose, con una copa de Martini en una mano. Tiene los ojos vidriosos, y su expresión me dice que está bastante borracha. Supongo que Seraphina no es la única.

—Hola, Hades. O sea, Tyler. —Se ríe—. ¿Qué haces aquí? ¿Te ha invitado Sera?

—¿Dónde está? —Miro por encima de su hombro y echo un vistazo al enorme apartamento. Está lleno de gente, pero no veo a Sera.

—Tranquilo. —Abby pone los ojos en blanco y se enrolla un mechón de pelo cobrizo en un dedo—. La he visto hace poco. Está por aquí.

Su actitud indiferente me saca de quicio. Odio saber que Seraphina tiene una amiga tan mala.

—¿Hace cuánto? —pregunto—. Me acaba de llamar con un ataque de nervios.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque va hasta arriba y está asustada. —Echo otro vistazo a la habitación, pero no veo nada. Frustrado, siento cómo mi irritación aumenta y me vuelvo para mirar a Abby—. ¿No tenéis algún tipo de

código de chicas? ¿No se supone que debéis cuidaros las unas a las otras?

Me despide con un gesto de la mano.

—Sera ya es mayorcita. Ha estado en muchas fiestas antes.

—Espero que no fueran como esta.

—No es para tanto…

La dejo con la palabra en la boca cuando me voy y recorro el apartamento mientras abro todas las puertas que encuentro. Tres habitaciones, un armario, varias parejas en distintos estados de desnudez, pero Seraphina no aparece por ninguna parte. Cuanto más busco, más me preocupo, porque tampoco he visto a Rob todavía. Si lo encuentro cerca de ella mientras está en este estado, lo mataré con mis propias manos.

Llego a una puerta cerrada al final del pasillo con una luz que se filtra por debajo. Un ligero rayo de esperanza se enciende en mi interior. «Por favor, que esté aquí, y por favor, que esté sola».

—¿Ser? —Llamo a la puerta y pego la oreja—. ¿Estás ahí? Soy Tyler.

La cerradura traquetea y la puerta se abre hasta que ella aparece al otro lado. Suelto un suspiro de alivio al comprobar que los peores escenarios que he imaginado se desvanecen en el aire.

Antes de que pueda echarle un buen vistazo, se abalanza sobre mí y me rodea la cintura con los brazos. Su perfume me envuelve y su cuerpo irradia calor a través de mi ropa. Hunde la cara en mi pecho, sollozando.

—Gracias.

—No hay por qué darlas. —Le devuelvo el abrazo y le froto la espalda para calmarla.

Algunas personas nos miran desde el otro extremo del pasillo, así que la hago retroceder poco a poco hacia el baño y cierro la puerta tras de mí para tener algo de privacidad.

—Lo siento… —Seraphina respira hondo y siento cómo las lágrimas se filtran por la tela de algodón de mi camiseta—. Me encontraba muy mal y no sabía qué hacer.

—No tienes por qué disculparte.

Uno o dos minutos después, su respiración se vuelve más regular. Poco a poco se relaja en mis brazos, pero no me suelta. Apoyo la mejilla en su coronilla, inhalo el aroma tropical de su champú y espero hasta estar seguro de que se le ha pasado el ataque de pánico.

—Mírame un segundo, Campanilla. —Le inclino la barbilla para que su rostro quede frente al mío y así verla mejor con la luz del baño.

Sus pupilas se le mueven de un lado al otro mientras intenta centrarse en mí.

—Me estás asustando —murmura.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien. —Siento una punzada en el estómago al observar su rostro. Tiene el blanco de los ojos inyectado en sangre y la piel enrojecida y manchada de llorar, con restos de rímel negro cayéndole por las mejillas. Parece aterrorizada.

Y sigue estando preciosa, a pesar de que se le ha estropeado el maquillaje.

He pasado de evaluarla a admirarla. No es el momento ni el lugar, Tyler.

—Espera. No te frotes los ojos maquillados. —Cojo un pañuelo de papel del mueble del baño, lo humedezco bajo el grifo y, con cuidado, le limpio las manchas oscuras de la cara. Cuando termino, bajo la mano a regañadientes—. ¿Cómo te encuentras?

Seraphina saca un pañuelo limpio de la caja y se limpia la nariz.

—Fatal. Quiero irme a casa.

—Vamos —le digo—. Vamos a buscar tu abrigo.

Abro la puerta del baño mientras le pongo una mano en la parte baja de la espalda para guiarla hacia el pasillo. Ella se tambalea sobre los tacones y le rodeo la cintura con el brazo para que no pierda el equilibrio. Rob me mira fijamente al salir, claramente enfadado. Mientras las puertas del ascensor se cierran, le hago una

peineta con la mano libre. Sera estaba demasiado distraída para darse cuenta.



—¿Has mezclado el porro con algo más, Campanilla? —Miro a Seraphina, intentando determinar lo borracha que está. Se ha acurrucado usando como almohada una sudadera con capucha que he encontrado en el asiento trasero, y no ha dicho ni una palabra en los quince minutos que llevamos en el coche. He intentado dejarla descansar, pero también necesito saberlo.

—Eh… como no me encontraba bien, Abby me ha dicho que fuera a ver a Rob y me ha dado un vodka con 7 Up. Sabía fuerte. Quizá era doble.

Aprieto la mandíbula, pero me muerdo la lengua.

—¿Es malo? —pregunta con un hilo de voz.

—No es lo ideal, pero estarás bien. Aunque tendrás que beber mucha agua cuando lleguemos a casa.

El silencio invade el interior del coche. Además de la venganza sanguinaria contra Rob que estoy tramando, me preocupa ella, porque no sé qué la ha llevado a hacer esto en primer lugar. A juzgar por la sucesión de los eventos, parece que estaba completamente fuera de lugar. Es atrevida, incluso un poco salvaje, y eso me gusta de ella. Pero que se haya puesto en esta situación roza la imprudencia.

Hay varias explicaciones posibles para lo que ha ocurrido. Es inexperta y ha fumado demasiado. Había algo más en el porro. O alguien —posiblemente Rob— le ha puesto algo en la bebida. Con el tipo de gente con la que se junta, no se puede saber. Y sin ninguna prueba, permanecerá como un gran interrogante que me perseguirá.

Freno en un semáforo en rojo y la miro de nuevo.

—¿Qué ha pasado hoy, Ser?

No me mira.

—Como he dicho, he tenido un mal día.

No quiero molestarla, así que no insisto.

Se apoya en la ventana y se queda callada unos segundos.

—Pregunta veintiuno: ¿alguna vez has consumido drogas?

—He hecho un montón de cosas —respondo, y paso por alto que ha numerado mal la pregunta, porque vamos por la veintidós—. Pero ya no.

Para mi alivio, la casa está completamente a oscuras cuando llego. Quedarme arriba no es una opción, así que llevo a Seraphina a mi habitación en cuanto entramos. No estoy seguro de cuál es mi plan a largo plazo para esta noche, pero ya me preocuparé de eso más tarde. Ahora mismo, estoy en modo triaje.

La guío por la habitación hasta mi cama, cuelgo su abrigo en la silla del ordenador y enciendo la lámpara del escritorio al pasar. Se sienta en el borde de mi colchón, todavía con los tacones dorados puestos. Me invade la compasión. Algo me dice que no tiene la coordinación necesaria para desabrocharse las pequeñas hebillas.

—Deja que te quite los zapatos, Campanilla.

Asiente sin decir palabra, se reclina y apoya las palmas de las manos detrás de ella en la cama. Me arrodillo en la alfombra frente a ella y, cuando levanto la vista, me observa con mucha atención. Sus dulces ojos marrones me miran fijamente, con los labios carnosos un poco entreabiertos. Incluso teniéndome a su servicio parece vulnerable e indefensa. Con cuidado, le agarro el pie izquierdo y lo apoyo en mi rodilla para mantenerlo firme. Lleva una pedicura perfecta, con las uñas pintadas de rosa claro. Joder, hasta sus pies son bonitos.

Le rozo la piel con los dedos mientras le desabrocho con cuidado el delicado cierre, y ella suelta un suspiro suave cuando se le pone la piel de gallina en las piernas. Es difícil ignorar lo íntimo que es esto, y peor todavía cuando sé que no puedo hacer nada.

—¿Estás seguro de que no vendrá nadie?

—Nunca baja nadie. —Es una regla tácita. La única excepción es cuando celebramos una fiesta y la gente juega al beer pong aquí. Incluso entonces, rara vez lo permito.

Cuando acabo, voy al vestidor a cambiarme. Me quito los vaqueros y la camiseta, que todavía están húmedos por sus lágrimas, y los tiro al cesto de la ropa sucia. Luego saco unos pantalones cortos de chándal negros y me los pongo. Por un momento, dudo de si debería ponerme una camiseta, pero en mi habitación hace un calor horrible y no creo que a Sera le importe.

—En una escala del uno al diez —dice, arrastrando de manera distraída los dedos de los pies descalzos por la alfombra gris—. Diez es lo peor. ¿Cómo de desaliñada estoy?

—Cero.

Se le escapa una risa entrecortada.

—Eres un encanto, pero un mentiroso.

Mira la puerta de mi habitación y arruga la nariz. Se levanta, todavía un poco inestable.

—Necesito lavarme la cara. Estoy pegajosa.

La sujeto del codo y la ayudo a ir al baño. Ambos nos cepillamos los dientes y luego espero fuera mientras termina antes de guiarla de vuelta a mi habitación. Una vez que estoy convencido de que puedo dejarla sola un momento, subo corriendo las escaleras para ir a por agua para mí y a por una bebida isotónica para ella. Por suerte, la casa sigue vacía. A lo mejor Chase y Dallas duermen en casa de las chicas esta noche. Eso me ayudaría mucho a manejar esta situación. Le doy la botella de plástico y me siento a su lado en la cama.

—Bébete esto.

—¿Por qué? —Me mira con el ceño fruncido.

—Porque tanto la maría como el alcohol son diuréticos, lo cual… —Me detengo antes de soltarle una perorata científica que seguro que no le interesa escuchar, y menos ahora mismo—. Bebe un poco por mí, Ser. Me lo agradecerás mañana.

—Vale. —Desenrosca la tapa y da unos sorbos antes de volver a cerrarla. Se le ilumina el móvil, que está cargando en la mesita de noche junto a nosotros, y aparece un mensaje de Abby.

Resoplo.

—Es muy amable de su parte que por fin se haya dignado a llamarte. —Las palabras se me escapan antes de que pueda morderme la lengua. No puedo evitarlo, estoy enfadado con ella y con el imbécil de su hermano.

—Ty.

—No tenía ni idea de dónde estabas, Campanilla —digo en un tono más suave. Lo último que quiero hacer después de todo lo que le ha pasado es discutir con ella—. ¿Y si algún pervertido te hubiera encontrado?

—Tampoco me he quedado inconsciente.

—Abby no lo sabía.

Aprieta los labios y me estudia un instante, como si fuera un rompecabezas que intenta encajar. El enfado en su cara da paso a la diversión.

—Te gusto —dice con voz cantarina.

Es evidente, pero ¿qué puedo hacer al respecto? Una mierda, eso es lo que puedo hacer.

—No quiero que te pase nada.

Su boca se curva en una sonrisa.

—Porque te gusto.

—Sí, Ser. Me gustas.

Una puerta se cierra de golpe en el piso de arriba. Alguien irrumpe en la cocina, pisando fuerte como un maldito elefante. La tele se enciende, con el volumen al máximo, y a continuación se oye una carcajada femenina. Mierda. Dallas y Chase acaban de llegar a casa, y han traído a Shiv y Bailey.

—¡Mierda! —Seraphina se tapa la boca con una mano y escudriña la habitación frenéticamente como si buscara una vía de escape—. ¿Qué demonios se supone que debo hacer? No puedo ver a mi hermano así.

Se oye un fuerte estruendo sobre nosotros, como si se hubiera volcado una silla de la cocina. A juzgar por el ruido que están armando, es posible que estén demasiado borrachos como para darse cuenta de que está más colgada que un jamón, pero entiendo

su preocupación. Si yo estuviera en su lugar, tampoco querría enfrentarme a ellos.

Me devano los sesos, pero solo se me ocurre una solución.

—Puedes dormir aquí abajo. Por la mañana, ponte la bata antes de subir y finge que estabas en la ducha. Si alguien pregunta, di que llegaste a casa cuando todos los demás ya estaban en la cama.

—Sí… —Asiente lentamente—. Eso servirá, ¿verdad?

—Seguro que sí —le digo, y me doy la vuelta para dejar mi botella de agua en la mesita de noche.

Es una mentira para tranquilizarla. Tenemos bastantes papeletas para que esta fiesta de pijamas salga mal. Al menos la puerta del sótano chirría como loca. Me molesta muchísimo, pero es un buen sistema de alarma.

Seraphina se levanta, abanicándose.

—Dios mío, qué calor hace aquí dentro.

Se me seca la boca cuando se baja la cremallera del vestido por un lado y se lo quita por encima de un hombro, claramente sin inmutarse por el hecho de que yo esté justo delante de ella. Odio tener que pararla, pero lo hago.

—Vaya, Campanilla. Déjame echarte…

Suelta la tela y, cuando esta cae al suelo, revela sus pechos perfectos y voluminosos y unas diminutas bragas negras transparentes. Mi polla se excita mientras contengo un gemido y aparto la mirada de inmediato. Incluso con el vistazo fugaz que le echo, la imagen se me queda grabada para siempre en la mente. Unos pezones firmes y rosados, duros y deseosos de que los toquen, la caída de su cintura que da paso a la curva de sus caderas, y el contorno de su sexo, que es visible a través de la fina tela de su ropa interior.

En circunstancias normales, esto sería una tentación demasiado grande como para soportarla. Ahora mismo, roza la tortura.

—¿Cuál es el problema? —Su tono de voz se tiñe de picardía—. No es nada que no hayas visto antes.

No hace falta que me lo recuerde. Solo lo repito en mi cabeza cien veces al día.

—No llevas camiseta —añade—. Con el calor que hace aquí, he supuesto que la ropa era opcional.

—En ese caso —consigo decir con voz tensa—, quizá deberíamos ponernos camisetas.

Abro el armario y encuentro una camiseta negra de concierto desgastada y se la doy. Está un poco descolorida, pero está dada de sí y la tela es más suave que el resto. Puede que haya fantaseado con que la usara, aunque en circunstancias radicalmente diferentes. Entonces saco una camiseta blanca para mí. Supongo que es lo justo.

Sin apresurarse, Seraphina se pone la camiseta con tranquilidad mientras yo conservo todo mi autocontrol para no mirarla. Una vez vestida, sé que tengo serios problemas. Está igual de atractiva con mi camiseta que desnuda.

Mi polla se estremece de nuevo cuando se acerca a la cama con la tela oscura perfectamente pegada a su cuerpo hasta la altura del muslo. Está claro que no ha recibido el aviso de que el sexo está descartado esta noche, y va a llevarse una decepción inmensa.

Retiro las sábanas y me deslizo para hacerle sitio. Se arrastra hasta quedar a mi lado para enroscarse alrededor de mi torso y aferrarse como un koala. Su dependencia es una de las razones por las que me alegro de que no esté cerca de Rob ahora mismo. Nunca me aprovecharía de ella, pero dudo que pueda decir lo mismo de él.

—Hueles bien. —Suspira y apoya la mejilla en mi pecho—. Siempre.

Ella siempre huele como para comérsela, pero no puedo decirlo en voz alta.

De repente, me doy cuenta de que no sé qué hacer con las manos. Incluso acurrucados así, intento ser respetuoso. No tocarla me resulta raro, pero tocarla demasiado me parece oportunista. También podría darle una idea equivocada a mi polla excesivamente

optimista. Me conformo con apoyarle una mano en el hombro y la otra en la cama a mi lado.

—¿Puedes acariciarme? ¿Jugar con mi pelo, tal vez? —pregunta en voz baja.

Incluso borracha, es monísima.

Le aparto unos sedosos mechones de la frente y paso los dedos por sus ondas rosadas. Emite un sonido de felicidad, una mezcla entre un suspiro y un gemido, y se acurruca más contra mí. Sus pechos voluminosos se aprietan contra mi costado y entrelaza las piernas suaves con las mías. Esta posición no me ayuda a combatir mi atracción por ella. A estas alturas, ya es una batalla perdida, como negar la gravedad.

Suspira.

—Me siento mucho mejor que antes.

—Me alegro, Campanilla.

—¿Te duelen las manos de jugar? A mi padre siempre le pasaba. Le dolían muchísimo la mano y la muñeca. —Seraphina me toma la mano que tengo libre y presiona su pulgar contra la palma carnosa para masajearla en pequeños círculos. Se me escapa un gemido gutural de agradecimiento. Debería ser yo quien la cuidara, pero su tacto es increíblemente relajante.

—Siempre me duele todo. Son gajes del oficio.

—Mmm —tararea—. Apuesto a que puedo hacer que te sientas mejor.

Me río entre dientes.

—Seguro que sí.

Permanecemos tumbados en la penumbra de la habitación mientras me habla de su primer año en Arizona y le hago cosquillas en los brazos a petición suya. Luego me hace preguntas al azar sobre cómo es ser portero, como qué me lleva a interponerme en la trayectoria de un disco que va a ciento veinte o ciento cuarenta kilómetros por hora. Esa es un poco difícil de responder, porque ni siquiera yo estoy seguro de ello.

Parece que solo han pasado unos minutos, pero cuando miro el reloj veo que ha pasado más de una hora. Tener a alguien abrazado a mi cuerpo durante tanto tiempo me habría provocado claustrofobia. Mierda, si fuera otra persona, ni siquiera estaría aquí. Me habría asegurado de que no se estaba muriendo y la habría dejado a su suerte. Tal vez le habría dejado una botella de agua al salir.

Pero ella no es otra persona, y ese es el problema.

Su voz se vuelve somnolienta y sus respuestas empiezan a ser cada vez más lentas. Justo cuando empiezo a pensar que se ha quedado dormida, interviene.

—Pregunta veintidós: ¿por qué no sales con nadie, Hades?

Las razones se alinean en mi cabeza. Como era de esperar, todas tienen que ver con el hockey.

Hay innumerables factores que escapan a mi control, como lo bien que juega nuestra defensa y lo fuerte que es el ataque del otro equipo. Lo que sí puedo controlar es cuánto me esfuerzo y me preparo, y no puedo concentrarme en ello como debo si añado otras variables a la ecuación. Mi capacidad de respuesta es limitada.

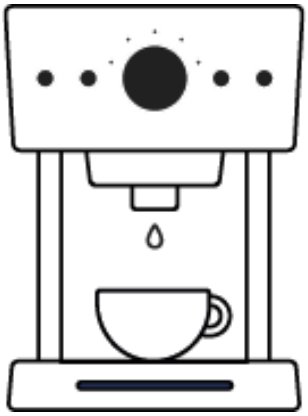
Por no mencionar que una relación pondría mi estabilidad mental en grave riesgo. Jugar de portero es una de las posiciones más exigentes a nivel psicológico de cualquier deporte, y no tengo la capacidad de gestionar más estrés. Si Chase pierde un pase o Dallas falla un tiro, puede que la gente no se dé cuenta, pero todos saben cuándo cometo un error.

Me aclaro la garganta.

—Estoy demasiado ocupado. No tengo tiempo.

—Nunca se sabe. —Bosteza—. A lo mejor la luz de tu taxi aún no se ha encendido.

No tengo ni idea de qué significa eso, pero la escucharía hablar de ello toda la noche.



# Capítulo 15

## Bajo control

*Seraphina*

Tras haber dormido una noche con Tyler sin ningún tipo de alivio, mi cepillo de dientes eléctrico me parece más tentador de lo que debería.

Me deshago de ese pensamiento y me inclino sobre el mueble del baño para examinarme la cara en el espejo. No tengo tan mal aspecto como esperaba. No es genial, pero tampoco tengo la cara de alguien a quien tuvieron que rescatar del baño en una fiesta después de una serie de malas decisiones.

Las consecuencias de lo ocurrido anoche se hacen más evidentes mientras realizo mi rutina de cuidado facial. Mi piel, que está más seca que el Sáhara, absorbe con avidez las capas de sérum y crema hidratante casi al instante. Me aplico un poco de pomada en las zonas más difíciles por si acaso antes de cepillarme los dientes. Cuanto antes me libre del mal aliento matutino, mejor.

A mitad del cepillado, llaman con suavidad a la puerta del baño.

—¿Ser?

Abro la puerta con la mano que tengo libre y encuentro a Tyler despeinado y medio dormido. El corazón me da un vuelco y una oleada de vértigo me recorre el cuerpo. En algún momento de la noche, debía de tener calor y se ha quitado la camiseta. Ahora tiene una actitud sensual y adorable, con todos esos tatuajes y el pelo alborotado.

Baja la cabeza para mirarme.

—¿Cómo te encuentras, Campanilla?

—Bastante bien —mascullo, y le levanto el pulgar con el cepillo de dientes todavía en la boca. A pesar de lo que pasó anoche, me siento relativamente normal esta mañana. Al menos, no estoy peor que cuando tengo una resaca normal.

Sin embargo, estoy muy confusa sobre lo que estamos haciendo.

¿Hice el ridículo delante de él anoche? ¿Habré dejado de parecerle atractiva para siempre? Creo que recuerdo casi todo lo que ocurrió, pero no estoy segura de que no haya algún detalle clave y humillante que haya olvidado de manera muy conveniente. Si lo peor que hice fue quitarme el vestido, puedo vivir con eso. No parece fatal.

—¿Te importa si…? —Señala su cepillo de dientes en el mueble del baño y levanta las cejas. Cuando asiento, pasa junto a mí y su mano se posa en mi espalda baja. Siento mariposas en el estómago, pero, para mi consternación, la retira enseguida.

El cepillo de dientes me vibra en la mano para indicarme que es hora de cambiar de lado mientras él toma el suyo y lo humedece bajo el grifo antes de aplicarle un poco de pasta azul encima. Cepillarnos los dientes juntos me resulta extrañamente familiar. Me gusta más de lo que debería.

Suena el temporizador y vuelvo a poner el mango en su base para que se cargue.

—¿Te he despertado?

—Más o menos. —Las palabras quedan amortiguadas por el cepillo de dientes azul.

—Lo siento. Soy incapaz de dormir hasta tarde.

Me hace un gesto con la mano y se inclina sobre el lavabo para escupir.

—No pasa nada. Es que, de repente, la cama se ha quedado un poco vacía, eso es todo.

Sus palabras tienen un efecto sobre mí que no deberían.

Cuando vuelvo a su habitación, se me encoge el corazón al recordar que debería subir a escondidas mientras aún pueda. Todavía no hay nadie despierto y es la oportunidad perfecta. Aun así, no me atrevo a irme. Tyler y yo hemos estado en esta acogedora burbuja desde que llegamos a casa anoche y me da miedo que, una vez que termine, las cosas nunca vuelvan a ser iguales.

En cambio, pierdo el tiempo recogiendo los zapatos, el vestido y algunas cosas que se me cayeron del bolso sobre su escritorio. Será mejor no dejar rastro. No es que haya pasado nada.

No sé qué lo detiene: si no se atreve a dar un paso por Chase o si hay algo más que se me escapa. Puedo pasar por alto lo de anoche, pero ha tenido otras oportunidades y aun así… nada. Es frustrante. Solo puedo insinuarme hasta cierto punto antes de rendirme.

Tyler regresa un momento después y se sienta en el borde de la cama. Cada centímetro de su cuerpo parece tallado en mármol, desde su torso cincelado hasta los oblicuos curvados que desaparecen bajo la cinturilla de los pantalones cortos de chándal negros.

Dejo mis cosas amontonadas en la silla de su escritorio, respiro hondo y me armo de valor para hacer un último esfuerzo. Al menos así lo sabré con seguridad.

Me detengo frente a él, dolorosamente consciente de lo poco que llevo puesto. No soy tímida, pero ahora mismo me siento desnuda en más de un sentido.

—¿Estás enfadado conmigo? —pregunto en voz baja.

Los ojos grises le brillan con ternura cuando me mira.

—¿Por qué iba a estar enfadado contigo?

«¿Por qué no me besas?».

Me trago las palabras que quiero decir y me decanto por otra cosa.

—Igual te fastidié tus planes de anoche.

Me quedo sin aliento cuando sus manos, cálidas y callosas, me rodean por la parte trasera de los muslos y me agarran justo por debajo de donde termina la camiseta que me prestó.

—No, Ser. Me alegro de que me llamaras. Y cuando quieras contarme qué pasó antes de que salieras anoche, estaré aquí para escucharte.

—Gracias —murmuro, y poso las manos sobre sus anchos hombros—. Por todo.

Una corriente eléctrica vibra entre nosotros y la energía en la habitación cambia.

Se le oscurece la mirada cuando me recorre el cuerpo con ella como una llama ardiente antes de alzar la cabeza para encontrarse con la mía, y sonríe.

—Me gusta que lleves mi camiseta.

La agarra por el dobladillo y me acerca con suavidad hacia él. Es sutil, más como una pregunta que una exigencia, pero no necesito que me aliente demasiado.

De repente estamos cara a cara y estoy a horcajadas sobre él con sus piernas entre las mías desnudas. Lo noto duro bajo mi cuerpo, una figura de músculos firmes y piel tersa. Podría pasarme el día entero trazando cada centímetro, grabando en mi memoria cada relieve y hendidura.

Cuando nuestras miradas se encuentran, vuelvo a sentirme eufórica.

—Supongo que ahora soy yo quien te debe una, ¿eh? —digo de manera entrecortada.

—No tenemos que llevar la cuenta —masculla Tyler, que me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. Me observa el rostro con atención y me inclino hacia su tacto cuando me acaricia la mejilla—. Eres preciosa, joder.

El corazón me da un vuelco.

—¿Incluso a primera hora de la mañana?

—Sobre todo a primera hora de la mañana.

Casi de manera inconsciente, sus dedos se deslizan bajo el dobladillo de mi camiseta y su áspera palma se apodera de mi cadera. Se me acelera el pulso cuando su pulgar se hunde bajo la cinturilla de mis bragas y me acaricia el vientre bajo. Siento un latido persistente entre los muslos que solo él puede satisfacer, y estoy tan mojada que estoy segura de que lo nota a través de la tela que nos separa.

Nuestros labios están a escasos centímetros y siento cómo nuestros alientos cálidos y el aroma de la pasta de dientes de menta se mezclan. No existe nada más en este momento. Si la casa se incendiase a nuestro alrededor, no me importaría.

Su nariz roza la mía y entrecierra los ojos.

—Esto es peligroso, Campanilla.

—¿Por qué? —susurro.

—No sé si voy a poder controlarme.

—Pues no lo hagas.

Desliza una mano hasta mi nuca y su boca captura la mía: suave, firme y perfecta. Unas chispas me recorren la columna y se me escapa un gemido de la parte posterior de la garganta. Me agarra con más fuerza y suelta un gruñido bajo e impaciente mientras su lengua se desliza por las comisuras de mis labios para exigir que la deje entrar. Lo que sea que lo estuviera reteniendo se ha desvanecido; este es el mismo chico fuerte y dominante que me folló hasta dejarme sin sentido en el baño de una discoteca.

Cedo ante él y abro los labios mientras enreda los dedos en mi pelo y me inclina la cara. Cuando su lengua roza la mía, ambos gemimos y nos agarramos el uno al otro con necesidad. Ahora recuerdo cómo terminamos conmigo sobre el mueble del baño y su polla enterrada dentro de mí. Un beso y estoy completamente bajo su embrujo. Ahora mismo le dejaría hacerme lo que quisiera.

Una sensación de calor inunda mi cuerpo mientras me mordisquea el cuello. Le sigue un rastro de besos húmedos y abrasadores antes de que sus dientes se hundan de nuevo en mi piel, con la fuerza suficiente para dejarme una marca. Entre la fricción de nuestros cuerpos y la destreza de sus labios, siento una sobrecarga de placer. Gimo y le araño la espalda. Va a hacer que me corra, y ni siquiera me ha quitado la ropa.

—Ser —dice con voz áspera contra mi garganta—. Llevo meses esperando a que esos sonidos volviesen a salir de tu boca.

Y yo llevo meses esperando a que me vuelva a tocar.

Sus manos fuertes se clavan en mi cintura con una fuerza aplastante. Me froto sobre él de nuevo, hambrienta y muy necesitada, mientras me deleito en cómo se endurece debajo de mí.

Un sonido de admiración retumba en su pecho.

—¿Vas a correrte para mí como una buena chica?

—Ajá —gimo en su boca.

Nuestro beso se vuelve más húmedo, más descuidado a medida que llego al punto de no retorno. Muevo las caderas en un intento de dar con la liberación que anhelo con desesperación. Cuando él me embiste al mismo tiempo, la euforia se apodera de mi centro y se me nubla la vista.

Inclino la cabeza hacia atrás y abro los labios en un jadeo.

—Oh, Dios. Tyler, yo…

De repente, alguien llama al timbre. Nos sobresaltamos y nos separamos de golpe. Cada parte de mi cuerpo protesta por la repentina desaparición de la estimulación. Estoy sin aliento y excitada, literalmente desesperada por correrme.

¿Es posible morir por estar al límite? Ahora mismo me parece una posibilidad válida.

Tyler mira al techo con el ceño fruncido.

—¿Quién demonios puede ser a estas horas?

—Creo que me hago una idea. —Pero sinceramente espero equivocarme.

Me suelta y me bajo de su regazo para abrir la puerta de su habitación y asomar la cabeza para oír qué pasa arriba. La sangre me ruge en los oídos mientras escucho e intento recuperar el aliento. Se oyen unos pasos, seguidos del crujido de las bisagras al abrirse.

—¡Hola! —La voz apagada de Abby resuena por el piso de arriba —. ¿Sera ya se ha despertado?

—Mieeeerda. —Tyler se deja caer en la cama y se cubre los ojos con un brazo. Su postura hace que mi atención se centre en la enorme y furiosa erección que lucha por liberarse de sus bóxers negros. El deseo me late con fuerza entre los muslos. La tentación de terminar lo que hemos empezado es casi insoportable.

—Dímelo tú. Creía que estaba contigo —le responde Chase a Abby con voz seria.

—Ah. Eh, ¿podrías entrar en su habitación, por favor?

Mierda. Va a descubrirme.

Tyler se incorpora y se apoya en un codo.

—Todo irá bien, Ser. Sigue el plan del que hablamos. Sube y haz como si todo fuera normal.

—El plan —repito—. Normal. Claro.

A excepción de que en nuestro plan original no me interrumpían en mitad de un orgasmo ni me dejaban completamente descolocada.

Corro a su mesita de noche y cojo mi móvil para escribirle un mensaje rápido.

**Sera:** Acabo de salir de la ducha. Dame un segundo y subo enseguida.

**Abby:** No te preocupes.

Corro al baño, me quito la camiseta de Tyler y me pongo mi bata blanca de felpa antes de atármela a la cintura. Lo que de verdad necesito es ropa interior limpia, porque la mía está empapada, pero

no puedo ponerme exigente. Ahora mismo, me conformo con que no me pillen.

Luego me recojo el pelo, me echo un poco de agua en la cara para simular que acabo de salir de la ducha y rezo mientras subo las escaleras.

Ambos me esperan en la entrada al subir.

—Lo siento —le digo a Chase—. Estaba saliendo de la ducha cuando he oído el timbre y no he podido secarme bien.

—No te preocupes, Sera. —Su atención se centra en Abby, y la irritación se refleja en su rostro—. La próxima vez, mejor escríbele, Abby. No llames al puñetero timbre. Puede que no te sientas identificada, pero algunos tenemos vidas y responsabilidades reales y necesitamos dormir.

Es un poco duro, pero no puedo culparlo por estar molesto. A veces parece que la forma de pensar de Abby o bien se centra solo en sí misma o bien es completamente inexistente.

—Lo siento —dice, pero suena falso.

Señalo con el pulgar el pasillo que conduce a mi habitación y luego me señalo a mí misma.

—No estoy nada decente. Vamos a mi habitación para que termine de vestirme.

—Te he traído un café de disculpa. —Me ofrece uno de los vasos de la bandeja de cartón. Lo acepto y, en cuanto lo pruebo, sé que no es descafeinado. Mezclarlo con mis medicinas me va a llevar a la luna. Pero supongo que lo que cuenta es la intención.

—Gracias.

Chase levanta las cejas. No solo es curioso, sino que nunca se le escapa nada.

—¿De disculpa por qué?

Intervengo antes de que Abby pueda responder.

—Ah, tuvimos una discusión tonta anoche. Nada grave. Ya sabes, cosas de chicas.

¿Cosas de chicas? Ya no sé ni lo que digo, y espero que esté demasiado cansado para darse cuenta.

—Vale. Si tú lo dices. —Sube las escaleras dando pisotones, murmurando algo en voz baja. No me encanta que se ponga de mal humor conmigo, pero es mejor que la alternativa de que me descubra.

La cabeza me da vueltas mientras llevo a Abby a mi habitación y cierro la puerta. Sigo algo enfadada con ella, pero también estoy intentando procesar todo lo que ha pasado en las últimas veinticuatro horas. Casi no sé lo molesta que debería estar. ¿No debería ser capaz de cuidarme sola?

Abby se deja caer en mi cama y me mira expectante.

—¿Qué pasa, nena?

Por primera vez en su vida, está susurrando.

—Nada —respondo entre dientes.

Rebusco algo que ponerme en los cajones. Todavía no he terminado de abrir todas las cajas y últimamente no encuentro nada. Me ahogo en ropa y estoy esperando algunos paquetes más. Debería dejar de ir de compras. ¿Lo haré? Probablemente no.

—Mentira. Te fuiste con Hades. Algo tuvo que pasar.

—Me fui porque no me encontraba bien, Abbs. Tyler no se aprovecharía de mí en ese estado.

—Si tú lo dices… —Frunce los labios y me observa. Entonces, abre de golpe esos ojos verdes al comprenderlo—. Espera. Ha pasado algo entre vosotros esta mañana.

¿Cómo lo sabe? Dios mío. ¿Lo tengo escrito en la cara? ¿Chase lo sabrá?

—¡Shhh! —La callo. No solo no quiero que mi hermano se entere, sino que hay una pequeña parte de mí que no confía del todo en lo que Abby puede hacer con esa información. No puedo explicarlo; se supone que es una de mis mejores amigas. La conozco desde que éramos pequeñas.

Últimamente, hay una fricción persistente entre nosotras que ella no parece notar. No tengo muy claro si la que ha cambiado es ella o yo. A lo mejor nos estamos distanciando. ¿Pero con quién me deja eso? Apenas conozco a nadie aquí. Siobhan y Bailey son

encantadoras, pero igual se sienten obligadas a pasar el rato conmigo como parte de algún deber de novias.

—¿Habéis follado?

—No. Nos has interrumpido. —Para mi desgracia. Una pequeña parte de mí estaba preocupada por haberme creado demasiadas expectativas con Tyler. Que el tiempo y la imaginación hubieran distorsionado mi recuerdo de nuestra noche juntos y convertido lo que ocurrió en una especie de fantasía imposible. Que la realidad no estuviera a la altura de lo que recordaba.

Estaba equivocada. Es mucho mejor.

Abby pone una mueca.

—Uy.

Me doy la vuelta, me pongo ropa interior limpia y un sujetador rosa a juego. No me gusta tener que vestirme antes de ducharme, pero ni siquiera puedo pensar en volver a bajar y ver a Tyler después de lo que acaba de pasar.

—Y casi me descubres ante Chase —añado mientras me pongo una camiseta de tirantes—. La próxima vez, escríbeme, Abbs.

—¿No vas a echarte novio y a volverte aburrida, no?

¿Disculpa?

Me pongo unos pantalones de yoga y la miro.

—¿Por qué un novio me haría aburrida? —digo en un tono cortante que soy incapaz de disimular.

Levanta un hombro.

—Porque ya no querrás salir a divertirte.

—No es que anoche me lo pasara bien. ¿Dónde estabas tú?

Lo que más me molesta de esta situación es que yo jamás le haría lo mismo. De hecho, he cuidado de Abby incontables veces, tanto en el instituto como cuando volví a casa de visita en la universidad.

—Estuve en el salón todo el tiempo. Te habría ayudado si lo hubiera sabido. Seguro que se te habría pasado enseguida si hubieras esperado.

No estoy muy segura de que la primera parte sea cierta. Abby no es precisamente cariñosa. Puede que me hubiera dado una palmadita en la espalda un minuto, pero ¿de verdad se habría quedado conmigo hasta que me calmara? De todas formas, de ningún modo me habría quedado en la fiesta. Con las luces, la música y la gente, estaba recibiendo demasiados estímulos a la vez.

La vergüenza me revuelve el estómago. ¿Por qué lo hice, de todos modos? Nunca había consumido drogas duras. En ese momento, me sentía abrumada por todo lo que había pasado en el médico. Miedo, pena, tristeza, ansiedad. Era demasiado; solo quería que parara.

En retrospectiva, parece una decisión irresponsable.

¿Tyler me tiene en menos estima ahora? Uf. Siempre lo estropeo todo.

—De todas formas, tengo que salir menos, Abbs. Tengo que elegir una carrera cuanto antes y asegurarme de seguir sacando buenas notas. —Aunque es una preocupación válida, no es la única razón. Estoy más que un poco molesta con ella después de lo de anoche. Y si eso es una noche de fin de semana normal para Abby, no estoy segura de que salgamos mucho.

—Bah. —Le quita importancia con la mano—. ¿A quién le importa eso? Sácate un título de S-R-A.

—¿S-R-A?

—Sí —responde—. Un título de señora, es decir, que te cases con un rico.

Suelto un gruñido.

—Abby…

—¿Qué? Ese es mi plan. —Le da un trago a su café—. Supongo que es diferente cuando ya tienes mucho dinero como tú. Puedes convertirte en una sugar mama y tener una rotación de chicos guapos que te limpien la piscina.

Aunque puede que esa idea le atraiga, a mí me parece muy deprimente. Mi padre me dejó una herencia para asegurarse de que tuviera estabilidad financiera y pudiera perseguir mis sueños, no

para holgazanear y pagar a hombres jóvenes y atractivos por favores sexuales.

Pensar en el futuro me recuerda lo que pasó ayer en la consulta del médico. Se me encoge el estómago. ¿Y si la prueba sale positiva? Estoy segura de que sería una buena forma de romper el hielo en una cita.

«Por cierto, es muy probable que desarrolle cáncer y necesito tener hijos cuanto antes».

Sin presión, ¿verdad?

Odio tener que pensar en esto ahora mismo. Para empezar, odio que mi madre esté enferma.

Todas las emociones de ayer vuelven a aflorar. Respiro hondo y aguanto el aire un instante antes de exhalar poco a poco mientras cuento mentalmente hasta cinco. No ayuda. Mi cuerpo rebosa ansiedad, y esta amenaza con desbordarse.

Me aclaro la garganta y adopto una expresión neutra mientras intento disimular la confusión que siento por dentro.

—Siento tener que echarte, Abbs, pero tengo un montón de tareas que hacer.

Pone una mueca.

—¿Qué? Ni siquiera es mediodía.

—Ya —miento—. Estoy saturada. —La verdad es que ninguna de mis tareas debería llevarme mucho tiempo. Necesito tiempo para mí para procesarlo todo. O al menos intentarlo.

Una vez que acompaño a Abby hasta la puerta, sin que deje de quejarse, vuelvo a mi habitación y me encierro. Un suspiro de alivio se escapa de mis labios. Parecía bastante molesta, pero no me importa.

En lugar de sentirme mejor como esperaba, mis pensamientos se vuelven mil veces más perturbadores en cuanto estoy sola. El médico. Mi madre. El BRCA. Tyler. La universidad. Elegir una carrera. Todo me da vueltas en la cabeza mientras mi mente no para y el pánico aumenta cada vez más. Estoy al borde de una crisis épica. No

sé si será otro ataque de ansiedad, ganas de llorar o algo más. Quizá todo junto.

Cojo los auriculares con cancelación de ruido, me siento en la cama y saco el MacBook. Entonces empiezo a escribir para canalizar mis sentimientos en una página. Al principio, saco todo aquello de lo que estoy intentando esconderme, y me siento mil veces peor, pero a medida que pasa el tiempo y voy escribiendo más, empiezo a sentirme mejor poco a poco. No feliz, pero al menos más ligera.

Mi calendario aparece al final de la página para recordarme que mañana debo entregar mi tarea de escritura creativa. Por lo general, no empezaría con esto hasta dentro de unas horas. Soy toda una profesional de la procrastinación, y trabajo mejor bajo presión. Como necesito distraerme, busco mi libro de texto y leo los dos primeros capítulos que me asignaron. Luego envío un párrafo a modo de respuesta al foro en línea para que lo debatan en clase e incluyo mi «Declaración de propósito del escritor».

En la pantalla aparece una notificación de un mensaje de Tyler.

**Hades:** Te he traído el desayuno. He llamado a la puerta, pero no has respondido. No estaba seguro de si estabas durmiendo.

**Campanilla:** Lo siento, no te he oído llamar.

**Hades:** Estoy en tu puerta.

Casi salgo volando de la cama, pero me detengo cuando comprendo que estoy demasiado emocionada. «Tranquila, Sera. Le has visto hace como una hora».

Cuando abro la puerta, Tyler está de pie con un café con leche en una mano y una bolsa de papel marrón en la otra. Se me forma un nudo en el estómago. Entonces caigo en la cuenta de que todavía no me he duchado, pero ya es demasiado tarde. Lo haré después.

Curva una comisura de los labios.

—Un muffin de fresa. He pensado que tendrías hambre. Y como es descafeinado, he supuesto que nunca se tiene demasiado café.

—Gracias. —La bolsa cruje cuando se la quito antes de tomar el café. La tensión crepita entre nosotros como consecuencia de no haber satisfecho nuestros deseos ni haber respondido a nuestras preguntas.

—¡Ty! —grita Dallas de fondo—. Me voy a ir sin ti si no te subes al maldito coche.

—Tengo que irme. Tenemos entrenamiento en seco. Te escribo más tarde. —Me guiña un ojo y un pequeño escalofrío me recorre el cuerpo.

—Suena bien.

Las últimas veinticuatro horas han sido de las mejores y peores de mi vida.



# Capítulo 16

## Equilibrio entre

## vida laboral y personal

*Tyler*

La primera mitad de la semana transcurre sin incidentes, aunque un poco desenfocada. Resulta que pensar en cómo Seraphina se frotaba contra mi polla es mucho más interesante que escuchar hablar de bioquímica molecular y nucleótidos.

No dejo de pensar en ese beso. Su respiración suave cuando nuestros labios al fin se encontraron y cada pequeño sonido que lo siguió hasta que sonó el maldito timbre. Como era de esperar, haber decidido actuar no ha sido ni remotamente satisfactorio. Estoy tan cachondo que apenas funciono, y me espera un día largo antes de poder hacer algo al respecto.

Tengo demasiado que compartimentar.

Hace un frío glacial cuando atravieso el campus de camino a la pista de hielo por la tarde. Incluso con los guantes, siento los dedos entumecidos al sacar el teléfono para contestar una llamada.

—Hola, papá. —Meto la mano libre en el bolsillo del abrigo forrado para calentarme y exploro el patio en busca de un lugar donde refugiarme.

—Tyler. —Su voz es cálida como siempre, pero hay un matiz que no logro identificar. Duda, o quizá preocupación—. ¿Tienes un minuto?

—Claro. ¿Qué pasa?

Hace una pausa.

—He pensado que deberías saber que hay rumores de que Nueva York está hablando con Caleb Brown.

—¿Qué? —El corazón me da un vuelco y me detengo en medio de la acera. El chico que va detrás de mí casi se choca contra mi espalda. Refunfuña, se mueve hacia la izquierda en el último segundo y yo me trago las ganas de replicarle que mire al frente cuando camina.

Según la plantilla actual del equipo de Nueva York, todo está perfectamente alineado para que yo entre cuando su portero actual se retire en un par de años. O al menos, lo estaba. Este cambio es un gran obstáculo para mi carrera.

—Quería avisarte por si te llegaba algún rumor.

—No había oído nada —murmuro, apretándome el puente de la nariz. Seguro que me habría enterado pronto, y ambos lo sabemos. No tiene sentido que me proteja, sobre todo teniendo en cuenta lo invasivas que son las redes sociales. En la industria, todo el mundo lo sabe todo. No hay secretos.

—Respira hondo, Ty. Recuerda que no es personal. Ya sabes cómo funciona el negocio. No te van a sustituir; están adquiriendo un activo negociable.

—Caleb no es un jugador cualquiera. —Con el pecho apretado, giro bruscamente a la izquierda para meterme en la cantina del campus. Hace demasiado frío para tener una conversación tan seria en la calle—. Es otro portero.

Más concretamente, Caleb es otro portero de tercer año de la Primera División que va dos puestos por debajo de mí en la

clasificación. Sigo liderando la liga, pero está reñido.

Un aire cálido me envuelve cuando entro. Hay más gente de lo habitual, y la cola en la zona de la cafetería casi sale por la puerta. Me arriesgaré. Necesito una dosis de cafeína.

—Has destacado durante toda tu carrera. Él es un chaval que ha hecho un año excepcional. El equipo está cubriendo sus apuestas. Si te mantienes fuerte, a él podrán incluirlo en un acuerdo más adelante para mejorar el equipo.

Y si no, pueden escoger a Caleb y relegarme al equipo filial para el resto de mis días.

Me llega un mensaje de Seraphina.

> **Campanilla:** Pregunta 26: ¿Tu forma preferida de aliviar el estrés?

Parpadeo mirando la pantalla e intento descifrar si es una pregunta sincera o su forma indirecta de iniciar el sexting. Mi cerebro está demasiado quemado para saberlo.

La voz de papá vuelve a sonar por el altavoz y me lo llevo de nuevo al oído.

—En teoría y en la pista, eres más fuerte. Estás en racha desde que volviste después de Navidad.

Exacto. Entonces, ¿por qué Nueva York está interesándose en otro posible portero?

Sé por qué. Esto es un negocio y, al fin y al cabo, yo no dejo de ser un producto.

—Me siento muy presionado —admito.

—Siempre habrá altibajos. Lo único que importa es que seas constante. No dejes que esto te descentre este fin de semana.

Un poco tarde para eso. He entrado en barrena. Con suerte, lo tendré todo bajo control antes del viernes. Todavía faltan unos días.

—Para que quede claro —digo con cuidado—, ¿Nueva York todavía quiere que entrene con ellos en verano?

—Lo último que sé es que pintaba bien. Solo eso ya es una buena señal, y es el motivo por el que no deberías preocuparte. Céntrate en lo que puedes controlar.

Tiene razón. Es todo lo que puedo hacer.

Cuando cuelgo la llamada, me pongo en la fila para pedir un café antes de ir corriendo a la pista. El entrenamiento es un desastre, al menos para mis adentros. Mi rendimiento es bueno, pero mi juego mental es pésimo. Me pongo nervioso después de cada gol que me marcan, aunque son muy pocos.

Cuando más tarde me encuentro con Mark para entrenar fuera de la pista, ya sé que me espera un día duro.

—¿Has practicado tus ejercicios? —Me mira por encima del hombro mientras recoge la pelota amarilla de reacción, que ha rodado fuera de mi alcance. Otra vez. Su trayectoria impredecible es perfecta para entrenar los reflejos y la agilidad. También refleja muy bien cuando no estoy atento.

—A diario, como me pediste.

Gruñe.

—Te he observado en la pista. Has estado distraído todo el día.

¿Quién no lo estaría? Entre que Nueva York está tanteando a otro portero y lo que pasó con Seraphina hace unos días, tengo la cabeza en cualquier parte menos aquí.

Eso no es excusa. De hecho, es bastante floja.

—Lo siento —digo, y tomo la pelota de seis lados de la palma de Mark.

«Concéntrate, joder».

Respiro hondo para centrarme y me coloco antes de soltar la pelota de nuevo. Rebota en el suelo y se desvía con brusquedad hacia la derecha. Esta vez, mi mano sale disparada por el aire al primer intento.

Me cuesta más esfuerzo de lo habitual, pero consigo recomponerme para el resto del entrenamiento táctico. Luego pasamos a la zona de estiramientos para practicar mindfulness, respiraciones y visualización, que son muy necesarios. Requieren

una regulación emocional estelar para rendir bien bajo presión. No puedo ganar partidos, pero sí perderlos. Soy el héroe o el chivo expiatorio, depende de cómo se desarrollen los eventos. Sea como sea, todo el mundo sabe cómo juego yo.

—Hagamos una revisión nutricional rápida. —Mark ordena el montón de papeles en su regazo y me mira—. La última densitometría está bien. Tu masa muscular es estupenda. El porcentaje de grasa corporal está justo donde queremos que esté, aunque tiende un poco a la baja. Asegúrate de comer lo suficiente. No queremos que adelgaces mucho.

—No sé si podría comer más ni aunque lo intentara. —A estas alturas, parece un trabajo a tiempo parcial.

Mi estómago ruge enfadado, como si hablar del tema me hubiera abierto el apetito.

—A propósito —dice—, ¿qué te parece si nos saltamos la dieta fuera del campus? Podemos hablar sobre un par de cosas.

Por experiencia, sé que esta es su forma de usar la comida frita para darme una falsa sensación de seguridad antes de soltarme una charla motivacional con mano dura. Después de lo inestable que he estado al principio del entrenamiento, no puedo decir que me sorprenda.

—Claro. Déjame pasar por mi taquilla a por unas cosas y nos vemos en media hora.



A medio camino del Overtime, adonde me dirijo para encontrarme con Mark, me retraso a causa de un accidente tremendo. Tras estar parado diez minutos, no hay manera de que llegue a tiempo. Se supone que ya debería estar allí.

Cuando le doy al botón del manos libres para llamarlo y avisarle, me indica que no hay ningún móvil conectado. ¿Eh?

Busco el móvil en la consola y la encuentro vacía. Genial. Me lo habré dejado en la taquilla. Al menos, espero que esté ahí; eso, o se

me ha caído del bolsillo de camino al coche. Como lo haya perdido, será la gota que colma el vaso.

Sea como sea, llego tarde (algo que odio) y ni siquiera puedo avisar a Mark. Entonces me doy cuenta de que no he tenido la oportunidad de responderle a Seraphina. Mierda. Espero que no crea que la estoy ignorando.

Mark ya está en el reservado de la esquina cuando atravieso las puertas dobles de madera del Overtime. Me asiente con la cabeza y me quito los guantes mientras serpenteo entre las mesas hasta él.

—Lo siento —digo, quitándome el abrigo de invierno—. Es uno de esos días. He pillado un atasco y me he dejado el móvil. No tengo ni idea de dónde está.

Algo similar a la preocupación se le dibuja en el rostro.

—Tranquilo, Ty.

Me presta su teléfono para que inicie sesión en iCloud desde el navegador. Según el circulito parpadeante del mapa, mi móvil está en el estadio, como pensaba. Por si acaso está fuera y no en mi taquilla, activo el modo perdido hasta que pueda ir a buscarlo.

La camarera nos enumera los especiales del día antes de tomar nota de las bebidas y dejarnos los menús. Mientras observo la lista de platos, me debato entre respetar la dieta y saltármela. He sido muy cuidadoso con mis hábitos alimenticios esta temporada. Mucha menos cerveza y alcohol y muchas más calorías ricas en nutrientes para estar bien alimentado durante los entrenamientos y los partidos. Vale la pena por las mejoras en mi rendimiento en el hielo, pero no puedo negar que envidio ver a Chase y Dallas comer lo que quieren sin pensarlo dos veces. Tienen mucho más margen de maniobra que yo. Los equipos tienen más de veinte jugadores, pero solo un portero titular. Nuestras trayectorias profesionales no son las mismas.

—Lo de la comida trampa lo decía en serio. —Mark me mira fijamente por encima del menú—. Ni se te ocurra pedir algo como pescado a la plancha con arroz.

Eso es todo lo que necesito. Me decanto por una hamburguesa con queso y beicon, patatas fritas y ensalada. Mark pide lo mismo, pero sin patatas fritas, y como entrante compartimos unos nachos.

—Con respecto a tus problemas de concentración de antes, ¿has meditado a diario como hablamos? —Levanta las cejas rubias mientras espera que se lo confirme.

—Sí. —Al principio, intentar quedarme quieto cinco minutos rozaba la agonía. Ahora consigo permanecer más de media hora sentado sin ponerme muy nervioso. Aunque rara vez tengo tanto tiempo.

—Asegúrate de descansar lo suficiente. No solo físicamente, sino mentalmente.

—Duermo bastante.

—No me refiero a eso, Ty. También necesitas descansar cuando estás despierto.

Es una buena idea en teoría. En realidad, mi cerebro nunca se apaga.

Antes de los partidos, me preparo catalogando a los jugadores del otro equipo y sus tendencias de pase y tiro. Una vez que estoy entre los palos, sigo constantemente todo lo que sucede en el hielo, incluso cuando la jugada se produce en la otra zona. Monitorizo mi posición, vigilo al equipo contrario, contacto con mis compañeros, intento predecir hacia dónde irá la siguiente jugada. Y siempre, siempre con la vista puesta en el disco.

Al final, repaso todo lo sucedido. Lo que ha funcionado y lo que no. Victorias y fracasos, lecciones y aprendizajes. Tengo un monólogo interior constante las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Incluso sueño con el hockey.

El único momento en que siento algo de calma es cuando estoy con Seraphina. Entonces es como si todo el ruido desapareciera, aunque solo sea durante el breve instante en que estamos juntos. Su efecto es un arma de doble filo. También significa que tiene el potencial de distraerme en el momento clave.

Eso es culpa mía. Necesito esforzarme más a la hora de separarlo.

Un movimiento al otro lado de la habitación me llama la atención y veo a Seraphina entrando por la puerta con una chica de pelo oscuro. Hablando del diablo. Lleva el pelo rosado recogido en una coleta para variar, y los rizos sueltos atados con un lazo negro.

Bajo la mirada hasta fijarme en la diminuta minifalda a cuadros que asoma por debajo de su voluminoso abrigo. Parece inocente pero traviesa, y es muy sexy. Nada me gustaría más que subírsela y follármela en el baño de un bar por segunda vez.

Sigo observándola, absorto. Está enfrascada en una conversación con su amiga mientras ocupan una mesa vacía al fondo del salón y se sientan. ¿Debería ir a saludarla? No sería raro, ¿verdad? Sería raro si la viera y no dijera nada. Pero no quiero interrumpirlas.

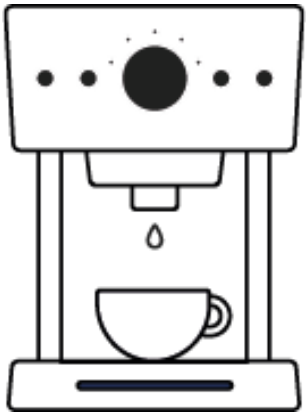
—Que pienses en algo que no sea el hockey de vez en cuando tampoco está mal. —La voz de Mark me devuelve a la realidad.

Lo miro.

—Ah, es… Es mi compañera de piso.

—Ya veo. —Me mira divertido, porque estoy babeando, y ambos lo sabemos—. Solo digo que es importante encontrar un equilibrio entre el trabajo y la vida personal.

No es que no esté de acuerdo con él. Es que no tengo ni idea de cómo hacerlo.



# Capítulo 17

## Exasperantemente perfecto

### *Seraphina*

El Overtime está más lleno de lo normal y las mesas vacías escasean cuando Chloe y yo llegamos en plena hora punta de la cena. Hay algunas sillas desperdigadas al otro lado de la barra, pero vemos a un grupo de chicos de fraternidad con cara de pocos amigos cerca y decidimos evitarlos. Abby me habría arrastrado directamente hacia ahí y habría insistido en que nos sentáramos cerca, o incluso con ellos.

La verdad es que estoy encantada de salir con alguien que no sea Abby. Chloe y yo hemos tenido conversaciones serias sobre cosas importantes más allá de los bares y los chicos: música, actualidad, cosas que hacer en la ciudad. Me sigue gustando pasarlo bien y las cosas frívolas, pero a veces es agradable hablar de temas importantes en lugar de debatir qué discoteca tiene la mejor zona VIP.

Un poco de compañía era justo lo que necesitaba hoy, sobre todo porque Tyler me está ignorando. Bueno, quizá esté siendo un poco dramática. Le he escrito hace unas horas —seis, ¿pero quién lleva la cuenta?— y no me ha respondido. Eso no sería tan preocupante si no fuera porque sé que lo ha visto. Sé que suena a desesperación, quizá roza la locura, pero nunca me ha dejado en visto sin responderme.

¿Se estará cansando de nuestros mensajes? ¿Se ha desvanecido el atractivo de nuestras veintiuna (ahora veintiséis y sumando) preguntas? Sé que le estoy dando demasiadas vueltas, pero es imposible no hacerlo con una mente hiperactiva.

Al final Chloe y yo encontramos un sitio cerca de las mesas de billar del fondo y la ocupamos antes de que nos la quite nadie.

Se quita la chaqueta azul marino frente a mí.

—Tu poema de hoy ha sido increíble, Sera.

Me ruborizo.

—Gracias.

Todo lo que escribo es personal, y el poema al que se refiere trata sobre el cáncer de mi madre y el BRCA. Aunque el verdadero significado está envuelto en una gran cantidad de simbolismo, es lo más descarnado que he escrito.

—Me ha encantado. La parte donde has usado el viento como metáfora me ha provocado escalofríos.

—¿En serio? —Su aprobación alivia un poco la tensión que siento —. Ay, gracias a Dios. Me preocupaba que no tuviera sentido.

—Desde luego que lo tenía. ¿Qué tal ha sido la experiencia de compartir tu trabajo? ¿Estabas asustada?

Me he sorprendido incluso a mí misma cuando he ofrecido de manera voluntaria algunos de mis escritos para un taller de la clase de hoy. Todos tendremos que hacerlo al menos dos veces este semestre, así que he pensado que más vale que me acostumbre. Tras unos segundos horribles, no ha sido tan malo como esperaba. Todos mis compañeros han sido amables y he recibido comentarios muy útiles.

—Estaba hecha un manojo de nervios —confieso—. Pero me alegro mucho de haberlo hecho. Me sorprende lo mucho que me está gustando la asignatura.

—Yo también. Aunque no tengo ganas de que llegue la semana que viene. El programa de estudios dice que estudiaremos poemas de amor en honor al Día de San Valentín. —Chloe pone una mueca —. Sería mejor estudiar cuentos de hadas.

—¿No crees en el amor?

Se mofa.

—Tanto como en el Conejo de Pascua. O sea, es un concepto bonito. Seguro que existe para otros. ¿Para mí? No. He abandonado esa idea. Amor, citas, todo. Además, entre el trabajo y la universidad, no tengo tiempo para quedar con nadie. Para nada.

—Eso último me recuerda a Tyler —reflexiono—. O sea, a mi compañero de piso.

La preocupación vuelve a adueñarse de mi mente. ¿Por qué no me ha contestado? Si me está ignorando, puedo vivir con ello; solo quiero saberlo. En realidad, es mentira. Una gran mentira. Si me ignora, me quedaré destrozada.

La camarera nos toma nota de las bebidas y, en cuanto desaparece, acordamos compartir un montón de aperitivos en lugar de pedir platos principales. Es una de mis cosas favoritas en los restaurantes. Esto me lo enseñó mi hermano, que es un pozo sin fondo. De alguna manera, es como hacer una travesura divertida, como si fueras un niño pequeño que se salta las reglas al no tomar una comida «de verdad».

Enseguida nos decidimos por una salsa de espinacas y alcachofas, alitas de pollo al estilo búfalo, minihamburguesas de cerdo desmenuzado y gambas con chile y ajo, a la vez que prometemos que, si aún nos queda espacio, después compartiremos el brownie de chocolate blanco. Ayuda haberlo planeado con antelación; he podido consultar el menú en internet antes de venir, para evitar la típica sensación de agobio que me invade cuando tengo que tomar una decisión.

Chloe deja su Coca-Cola Light y me mira fijamente.

—Antes de que se me olvide, hay un concurso de escritura para la revista Revolve del que quería hablarte. Hay varias categorías, y creo que el gran premio son cinco mil dólares o algo así. Se realizará una recopilación de los relatos ganadores en su antología anual, un gran logro. Maxine ha aparecido en ella varias veces.

—Todo lo que Maxine ha hecho es un logro, sin duda. ¿Vas a participar?

—No, tonta. Tú eres la que debería participar.

—¿Yo? Es muy amable por tu parte, pero no creo que tenga ninguna posibilidad de ganar algo así. Aunque siempre me ha ido bien en clase, nunca he sido una estudiante ejemplar. No saco sobresalientes, no entro en el cuadro de honor y definitivamente no gano concursos por mi trabajo. Esos elogios son para personas organizadas, preparadas y con las cosas claras. En otras palabras, no son para mí.

Inclina la cabeza y me mira, incrédula.

—¿Por qué no? Has dicho que llevas tiempo escribiendo. No es como si acabaras de empezar.

—Soy nueva escribiendo bien —respondo, y muerdo un trozo de gamba picante.

—En la poesía no hay nada correcto ni incorrecto. ¿Recuerdas lo que ha dicho Maxine en clase? «La buena poesía te hace sentir algo». Y está claro que tu poema me ha provocado algo, y no solo a mí.

Una esperanza cautelosa florece en mi interior. Parece que Chloe cree lo que está diciendo, pero eso no lo hace cierto. Es posible que solo esté siendo comprensiva.

—Gracias, Chloe. Lo pensaré. —No creo que sea capaz de participar en el concurso, pero es un detalle que piense en mí.

Devoramos la comida en un santiamén hasta que llegamos al famoso brownie de chocolate blanco con helado de vainilla, nata montada y salsa de chocolate. Es absurdamente excesivo y decadente, y me como la mitad sin ningún remordimiento.

Cuando el camarero nos trae la cuenta, agarro el infolio de cuero negro y meto la tarjeta de crédito.

—Yo me encargo.

—¿Qué? —protesta—. No, no tienes que hacerlo.

—Me has recogido, así que yo pago. No te preocupes. —Por algunas de nuestras conversaciones, he deducido que anda justa de dinero, motivo por el que trabaja a tiempo completo mientras hace malabarismos con la universidad.

Abre la boca para discutirme, pero la vuelve a cerrar.

—Vale, pero solo si estás segura. Gracias. —Su mirada se pierde en la distancia por encima de mi hombro—. De hecho, necesito ir al baño antes de irnos. Vuelvo enseguida.

Chloe se excusa para ir al servicio antes de irnos. En cuanto la pierdo de vista, vuelvo a desbloquear el móvil para revisar los mensajes. Mis esperanzas se desvanecen al encontrar varios mensajes nuevos de Abby y ninguno de Tyler.

Oigo unos pasos sordos que se acercan a la mesa. Levanto la barbilla con la idea de ver a Chloe, y el corazón me da un vuelco al encontrarme con Hades.

Lleva una camiseta negra ajustada al pecho, con las mangas subidas hasta el codo, de forma que deja al descubierto los antebrazos tatuados. Unos vaqueros desgastados le realzan esos muslos entrenados por el hockey y, de algún modo, el reloj de cuero que lleva lo hace todo diez veces más atractivo.

Está absoluta y exasperantemente perfecto.

—Hola, Ser. —Tyler se mete las manos en los bolsillos y me dedica una sonrisa infantil que me remueve por dentro. Si no lo conociera, pensaría que está nervioso. Aunque no sé por qué, si es él quien me está ignorando.

Esbozo una sonrisa que espero que parezca más sincera de lo que es.

—Hola.

—Siento no haberte contestado antes. Me he dejado el móvil en el estadio después del entrenamiento. —La tensión se extiende por

su rostro, y se despeina el pelo rubio rojizo cuando se pasa la mano por él—. He tenido un mal día.

Me invade una paradoja de emociones: alivio y vértigo junto a un fuerte trasfondo de vergüenza por cómo he reaccionado de manera exagerada. Me siento ridícula, aunque nadie más lo sepa.

—No pasa nada —digo—. ¿Has venido con el equipo?

—Acabo de terminar de entrenar con mi entrenador de porteros. Hemos venido a cenar algo.

Chloe se acerca a toda prisa a la mesa, con la mirada fija en el móvil que lleva en la mano. Está tan agotada que no nota la presencia de Tyler.

—Lo siento, Sera. Hay una emergencia en el trabajo y necesitan que vaya enseguida. Es al otro lado de la ciudad, así que te llevaré a casa en un segundo y luego…

—Yo me encargo —interviene él—. De todas formas, me voy a casa. Puedo llevarla.

Desvía la atención de la pantalla y, cuando se fija en él, forma una pequeña «O» de confusión con la boca. No he mencionado que tengo novio, y es posible que sea lo que acaba de asumir. O cree que estoy a punto de irme con un desconocido.

Hago un gesto entre ellos.

—Chloe, él es Tyler, mi compañero de piso. De ahí la oferta de llevarme a casa. Tyler, ella es Chloe. Vamos juntas a clase.

Relaja los hombros, aliviada.

—¿Te importa? Mi jefe es un imbécil. Me siento fatal. Es probable que sea algo así como un inodoro atascado que él no se atreve a abrir. Otra vez.

—Sin problema —le aseguro. Estoy más emocionada de que Tyler me lleve a casa de lo que debería estar una persona normal. Me va a llevar a casa, no a una cita. Claro que ya hemos tenido un viaje en coche para el recuerdo gracias a mi audiolibro.

En cuanto la camarera me devuelve la tarjeta de crédito, acompañamos a Chloe a su coche, que está cerca del fondo del aparcamiento.

Tyler se gira hacia mí mientras ella se aleja.

—¿Te importa si paramos un momento en el estadio para coger mi teléfono? —Sus palabras son bocanadas de vapor contra el gélido aire nocturno.

—Sin problema. —Como si fuera a rechazar la oportunidad de estar a solas con él más tiempo. En cuanto lleguemos a casa, nos separaremos y haremos como si apenas nos conociéramos, para luego enviarnos un montón de mensajes hasta quedarnos dormidos.

Andamos juntos mientras él nos guía por el campus con destreza y me muestra varios atajos nuevos por el camino. Siento las orejas heladas por el frío y me subo la capucha, pero no ayuda lo suficiente. Entre mi atuendo, que reconozco que es poco práctico, y no haber cogido un gorro ni unas orejeras esta mañana, estoy helada y empiezo a temblar.

—Toma, Campanilla. —Tyler se detiene bajo una farola y saca algo de su mochila. Luego me baja la capucha y me pone con cuidado su gorro negro de los Falcons, como si intentara no despeinarme. La gruesa lana me cubre las orejas y amortigua el viento que me da en la cara. Dejo de tener frío de inmediato.

Me observa un instante, como si inspeccionara su propia obra, y se le curva la comisura del labio hacia arriba.

—Qué mona.

—¿Mona? —Hago pucheros.

—Entre otras cosas. —Me recorre el cuerpo poco a poco con la mirada antes de detenerse. Inclina la cabeza y hace un gesto para que volvamos a caminar. Aceleramos el paso cuando el Northview Arena aparece en la lejanía, tan cerca pero tan lejos del dulce alivio de refugiarnos del frío.

Tyler abre la enorme puerta de cristal y la sujeta mientras me indica que pase primero. El aire cálido me baña la cara al entrar, y él me sigue.

—Recuperando la conversación de antes, mi respuesta es limpiar.

—¿Limpiar? —No recuerdo cuál era mi pregunta.

—Me has preguntado qué hago cuando estoy estresado —añade, girando a la izquierda para llevarme por un pasillo—. Limpio. O cuando tengo más tiempo libre, me tatúo.

Imaginarlo con una fregona en la mano es a la vez extrañamente tierno y sorprendentemente entrañable. Jamás había pensado que era del tipo doméstico.

—¿Eso también incluye algún piercing de vez en cuando? —pregunto.

Casi me caigo al suelo cuando le agarro el pene en el baño de XS y descubro no una, ni dos, sino tres barras de plata en la base. Una auténtica escalera de Jacob. Nunca había estado con un chico con pendientes, y digamos que soy una creyente recién convertida. Dio en el clavo, literalmente.

—Solo una vez. —Sonríe—. No tengo planeado hacerme más. Te toca responder.

—¿La verdad? Probablemente salga con mis amigos y finja que lo que sea que me estresa no existe, pero, como sabes, esa estrategia no me está funcionando demasiado últimamente. Parece que ir de compras va a ser mi mecanismo de defensa de ahora en adelante. Ir de compras es muy terapéutico.

—El carrusel constante de pedidos que llegan a casa me ha dado alguna pista —dice con ironía—. Al igual que el hecho de que has empezado a apoderarte del pasillo.

—Ordenaré mi habitación… algún día. —Necesito terminar de guardarlo todo. A lo mejor puedo pagarle a alguien para que venga a ayudarme. ¿Cuánto cobra un organizador profesional? Puede que valga la pena.

—A poder ser antes de que te marches.

Gimo al recordarlo.

—Ay, Dios. Todo ha ido tan rápido que ni siquiera he empezado a buscar apartamento. —Es una de las mil cosas que me he propuesto y luego no he hecho desde que me mudé. Otras incluyen hacer ejercicio y comer una cantidad adecuada de frutas y verduras. A este

paso, los chicos se cansarán de mí mucho antes de que encuentre un sitio donde vivir.

—No hay prisa por que te vayas, Ser. —Su voz se suaviza y me derrito con ella.

Doblamos un par de esquinas más hasta que llegamos a la puerta del vestuario de los Falcons. Ahora que ya he entrado en calor, me quito el gorro de Tyler y lo guardo en el bolso. Me aliso el pelo suelto mientras me quedo atrás, esperando a que se identifique para acceder. Me abre la puerta pintada de carmesí y, cuando paso junto a él, saboreo su familiar aroma masculino y limpio.

Para mi sorpresa, el vestuario huele a fresco, con un toque de limpiador de cristales y detergente, muy distinto a cómo supongo que huele después de un partido. La puerta se cierra con un clic detrás de nosotros a la vez que él acciona un interruptor en la pared y un logo tridimensional de los Falcons se ilumina en el centro del techo. Está impecable y es elegante y moderno, decorado en tonos de rojo, negro y gris.

Los cubículos para el equipo se extienden a ambos lados, con bancos acolchados de cuero al frente y placas de acero inoxidable que marcan el lugar de cada jugador. En la pared de la derecha, hay una lista de exalumnos que han jugado en la liga profesional tras salir de Boyd. Paso los dedos por las placas metálicas en relieve y leo los nombres; algunos me resultan familiares, pero otros no.

—Pronto estarás aquí también —le digo.

Me guiña un ojo.

—Ese es el plan. —Va hacia el otro extremo de la sala, abre una taquilla roja y saca el móvil. Un momento después, se detiene frente a mí, con una mirada indescifrable—. ¿Necesitas volver ya a casa?

Siento una oleada de emoción bajo la piel.

—No, ¿por?

—Quiero enseñarte algo.

Me toma de la muñeca, salimos por la puerta y volvemos al pasillo. Estoy confundida y decepcionada a partes iguales. Nuestro asalto furtivo al vestuario me ha hecho pensar en algo totalmente

distinto, mucho más sucio, y he creído que iba a «enseñarme» otra cosa.

Un brazo fuerte y musculoso me rodea la cintura mientras me conduce por el pasillo sin decir nada. Me agarra como si estar tan cerca fuera lo más natural del mundo. He deseado con tanta ansia que dé el paso, que estoy a punto de hiperventilar.

Dos tramos de escaleras después, nos encontramos ante otra puerta cerrada. Tyler introduce un código y la abre para revelar una pequeña sala llena de equipo audiovisual. Hay unos amplios paneles de vidrio a lo largo de una pared que dejan ver todo el estadio, y el tenue resplandor azulado del sistema de iluminación de emergencia se filtra por ellos. Cierra la puerta tras nosotros, pero no enciende las luces.

—¿La cabina del locutor? —adivino mientras observo el conjunto de aparatos apagados.

—Mi padre me trajo aquí cuando decidí asistir a Boyd. Me dio un largo discurso inspirador sobre lo orgulloso que estaba de mí. Siempre he admirado a los atletas con los que trabajaba cuando era niño, y ese fue el momento en que sentí que por fin había llegado al siguiente nivel.

—¿Estás muy unido a tu padre, eh? —Se me forma un nudo en la garganta al recordar todo lo que yo no he vivido con el mío. Perderlo en ese accidente de helicóptero cuando tenía nueve años lo cambió todo. Me cambió.

—Sí —responde—. Hablamos todo el tiempo. Creo que nos parecemos mucho.

—¿Cómo es el resto de tu familia?

—Mi hermano menor, Jonah, también juega al hockey. Es bueno, aunque quizá no tanto como él cree. —Sonríe con suficiencia—. Mi madre es médico y mi hermana, Elise, es gimnasta de competición. Somos como un árbol genealógico de superdotados.

Esto no me sorprende, y empiezo a entender por qué se esfuerza tanto.

—¿Tú estabas muy unida a tu padre? —pregunta en voz baja.

Me invade una familiar punzada de nostalgia.

—Era la niña de papá.

Me mira fijamente.

—Lo siento, Ser.

Sé que quiere decir algo más, pero no lo hace. La muerte de un padre incomoda incluso a la gente mejor intencionada. No se lo reprocho a nadie. Si no lo han vivido, nunca sabrán lo que se siente.

—No pasa nada. —Me acerco a la hilera de ventanas y lo observo todo desde nuestra posición elevada. Abajo, las gradas están completamente vacías y la zona de juego está vacía, salvo por las líneas pintadas y el enorme símbolo de los Falcons de la Universidad de Boyd bajo el hielo. Esta perspectiva desde arriba realza el inmenso espacio que es el estadio de diecisiete mil personas. Es más grande que algunos estadios profesionales de hockey.

—Qué vista más bonita —murmuro—. Todo parece muy pequeño desde aquí arriba.

—Parece mucho más grande cuando estás ahí abajo, frente a la portería. —Se coloca a mi lado y siento cómo el calor de su cuerpo calienta el mío. Nuestros dedos se rozan, y el corazón me da un vuelco cuando los entrelaza. No sé cómo es posible que algo tan pequeño tenga un efecto tan grande en mí.

—¿Siempre has querido ser portero?

Asiente, con la mirada fija en el otro lado del cristal.

—Lo supe desde la primera vez que pisé el círculo de la portería.

—Tiene sentido. Los porteros están hechos de otra pasta. Algunos dicen que son algo…

—Cuidado con lo que dices, Campanilla. —Tyler me da un toquecito en las costillas con el dedo y grito mientras intento escapar de él. Pero me domina con facilidad y me atrae hacia sí. Me da la vuelta y me hace retroceder unos pasos hasta que quedo atrapada entre una mesa y su cuerpo ancho y sólido. La piel me vibra a modo de respuesta ante su cercanía y el latido entre mis piernas se intensifica con cada segundo que pasa. Estoy tan tensa que apenas puedo respirar.

Me toma la barbilla con una mano y me levanta la cara para que lo mire.

—¿Te importaría terminar lo que ibas a decir? —Me observa con esos ojos color pizarra, que brillan con una mezcla de deseo y diversión.

—¿Los porteros son increíblemente talentosos?

Chasquea la lengua y trata de no sonreír.

—Eres una cría, ¿lo sabes?

—Lo intento.

Durante unas respiraciones tensas, ninguno de los dos se mueve. Me recorre la mejilla con el pulgar calloso, me acaricia, y su mirada se oscurece cuando se posa en mi boca, hasta convertirse en un ardor que enciende un fuego en lo más profundo de mi vientre. El corazón me da un vuelco cuando acerca sus labios a los míos hasta que casi se tocan. Le rodeo el cuello con los brazos para acercarlo más, y él respira hondo antes de cubrir mi boca con la suya.

Por fin.

La euforia me recorre las venas y dejo escapar un suspiro a la vez que entrelazo los dedos en el suave vello de su nuca. Toma mi labio inferior entre los dientes, lo muerde con suavidad y luego me lame en el mismo punto. Esto es diferente a la última vez; más deliberado y controlado, como si saboreara cada segundo.

Sus manos fuertes me agarran el trasero y me colocan sobre la mesa detrás de nosotros. Me separa las piernas con un empujón y tira de mí hacia el borde, hasta que nuestros cuerpos quedan pegados. Nuestros sexos quedan perfectamente alineados, muevo las caderas hacia las suyas y siento que se endurece contra mí. El dolor hueco que siento entre los muslos es casi insoportable.

Le acaricio el pecho hasta los hombros y le aparto la chaqueta con impaciencia. Sin romper nuestro beso, se la quita y luego hace lo mismo con la mía. La habitación se llena de gemidos entrecortados, el frufrú de la ropa, murmullos y el tintineo de su hebilla. Nos hemos propuesto llevar esto hasta el final, sin perder el

tiempo con preliminares después de habernos quedado con las ganas la última vez.

Con torpeza, le desabrocho los vaqueros mientras él me sube el bajo de la falda. Engancha los dedos en el lateral de mis bragas y me las arranca de un tirón. Me acaricia las piernas desnudas con las palmas ásperas hasta llegar a la cima de mis muslos. Coloca una mano en la zona más cálida, donde más lo deseo, y al acariciarme el clítoris un gruñido salvaje retumba en su pecho.

—Qué coño tan perfecto. —Su dedo se hunde en mi entrada y acaricia las paredes internas mientras curva los dedos para aplicar la presión perfecta.

—Ty. —Gimo y me retuerzo mientras me provoca de nuevo. El placer se despierta en mi centro, hacia dentro y hacia fuera, mientras él me lleva al límite a propósito.

Mi mano se desliza bajo la banda de sus calzoncillos, rozando sus abdominales suaves y tensos hasta agarrarle la polla. Es incluso más grande de lo que recordaba, gruesa y pesada en mi palma. Respira de forma superficial cuando las yemas de mis dedos rozan la base de su pene y trazan los tres piercings en la parte inferior.

Cuando cierro la mano alrededor de su miembro, sus caderas se sacuden y gime en mi cuello.

—Joder, Ser. No puedo controlarme contigo.

—Condón —logro decir, jadeando, desesperada y empapada—. En mi bolso, allí.

En un abrir y cerrar de ojos, se lo pone y se recoloca entre mis piernas. Arqueo la espalda y mis dedos se esfuerzan por acercarlo con avidez. Se agarra el pene y frota la cabeza de arriba abajo a lo largo de mi clítoris hinchado y sensible.

Gimo.

—No me provoques.

Me besa mientras embiste hacia delante y se traga mi grito. Cabe a la perfección, me llena por completo y me deja sin palabras. Me penetra hasta que no puede más y la base de su pelvis roza mi clítoris.

Estoy pletórica y le envuelvo la cintura con las piernas.

—Oh, joder.

—Mierda. —Le tiemblan las caderas y me agarra la cintura con fuerza. Apoya la frente en mi hombro y se queda quieto un momento mientras exhala despacio, como si estuviera haciendo acopio de todo su autocontrol—. Esto es increíble, Campanilla. Estás muy apretada.

Una vez que recupera la compostura un segundo después, una sonrisa maliciosa se dibuja en sus labios. Baja la boca a mi oído y su cálido aliento roza mi piel.

—Voy a follarte bien duro, y te quedarás callada como una buena chica, ¿vale?

—Sí. —Mi voz suena entrecortada y mi cuerpo ansía que empiece a moverse.

Me la saca antes de volver a penetrarme con tanta fuerza que el equipo detrás de nosotros se sacude. Cierro los ojos con fuerza, abrumada por la repentina oleada de placer. Nuestros cuerpos se alinean de una manera tan perfecta que parece hecho a propósito. Es mucho más intenso que cualquier otra cosa que haya experimentado con nadie más.

—¿Sientes lo dura que la tengo por ti? —Se adentra en mí y roza mi punto G.

—Sí. —Jadeo mientras mis paredes se aprietan a su alrededor. Me avergüenza lo cerca que estoy de correrme.

Con el siguiente movimiento de sus caderas, mi bolso se cae de la mesa y se estrella contra el suelo, de forma que todo el contenido se esparce por todas partes.

—Déjalo —le suplico—. No pares.

Su gruñido me indica que no tenía intención de hacerlo. Sin dejar de mover el cuerpo, se mece dentro de mí, profundizando y creando fricción donde más la necesito. Golpea el punto perfecto una y otra vez y me arrastra de manera implacable hasta la cima mientras me aferro a él con todas mis fuerzas.

El placer se acumula en mi interior mientras me tambaleo al límite, completamente a su merced. Una retahíla de súplicas escapa de mis labios, desesperada por liberarme, y entonces me lo concede y me penetra con maestría hasta provocarme un orgasmo devastador.

Cuando termina, quedo reducida a un desastre tembloroso y lánguido, y estoy tan sensible que no soporto ni un segundo más de estimulación.

—Dame un momento. —Suspiro y me dejo caer contra él.

Suelta una risa baja y me besa la coronilla.

—Solo uno.



# Capítulo 18

## Justo así

*Tyler*

No hay nada más excitante que ver a Seraphina desatarse debajo de mí.

No tengo ni idea de cómo he aguantado mientras se corría sobre mi polla, sobre todo cuando hace meses que no follo. Más concretamente, desde que nos acostamos, porque no he estado con nadie más. Quizá todo mi entrenamiento mental para el hockey ha dado sus frutos en otros aspectos.

Apoya la cabeza en mi hombro y su pelo rosado cae como una cortina contra mi camisa oscura. En algún momento, he debido de soltarle el lazo que le sujetaba la coleta. No tengo ni idea de cuándo ni de dónde ha acabado.

El pecho le sube y le baja con un suspiro de satisfacción mientras le froto la espalda a la espera de que se recupere. La siento suave y cálida entre mis brazos. Su coño húmedo me atrapa con tanta fuerza que podría correrme en el acto si me lo permitiera. Se me contrae la polla con impaciencia, pero sé que Ser está sobreestimulada y necesita un respiro.

Un par de segundos después, Seraphina se incorpora y me mira expectante. Tiene los labios rosados hinchados por los besos, las mejillas sonrojadas y los párpados pesados de placer.

Se acerca un poco y acerca sus labios a los míos.

—Sigue. Fóllame.

Me encanta lo descarada que es. Es una de mis cosas favoritas de ella.

—Tengo una idea mejor. —Meto la mano bajo sus muslos desnudos y la levanto de la mesa sin separar nuestros cuerpos. Me agarra mientras retrocedo unos pasos y me siento en una silla cercana, de modo que ella queda a horcajadas sobre mí.

Sus ojos color chocolate brillan al comprenderlo y posa los dedos en mi mandíbula mientras acerca su boca a la mía.

—¿Me va a tocar hacer todo el trabajo, Hades?

—Te he imaginado cabalgándome desde aquella mañana en mi habitación. —Rozo mis labios contra los suyos mientras mis manos suben por su caja torácica desnuda hasta llegar a sus pechos. Llenan mis manos a la perfección, blandos y pesados en mis palmas. Le pellizco los pezones a través del encaje del sujetador y disfruto de cómo se endurecen bajo mi tacto.

—De hecho, llevo pensándolo desde lo que pasó en XS.

Apoya las manos en mis hombros y se pone de rodillas hasta que casi nos separamos. Mi cuerpo protesta y elevo las caderas en un reflejo, impulsado por la necesidad primaria de permanecer dentro de ella. Una sonrisa tímida se dibuja en su rostro cuando hace una pausa y la anticipación hace que pierda la cabeza.

—¿Te refieres a esto? —Se deja caer sobre mí y me toma por completo. El placer es tan intenso que casi me desmayo.

—Joder, sí. —Las palabras son un gemido tortuoso en mis labios —. Justo así.

Esto es como vivir todas mis fantasías. Llevo semanas imaginándola, soñando y masturbándome con ella, y la realidad es aún mejor. Nunca he estado tan excitado en mi vida. Su minifalda eleva el erotismo al siguiente nivel en esta ecuación.

Le levanto la tela a cuadros que le cubre la mitad inferior y bajo la mirada hacia donde nuestros cuerpos se unen. Mi polla se endurece aún más al ver cómo me envuelve por completo, con los pliegues rosados, hinchados y resbaladizos por la excitación.

—Eso es —digo con voz ronca mientras veo cómo su coño brillante se desliza arriba y abajo—. Estás preciosa cuando te la metes hasta el fondo. Cada centímetro.

Eso hace que suelte un gemido entrecortado, porque le gusta que la elogien y lo sé. Acelera, y consigue que le penetre aún más profundo, hasta que hago tope en su interior y gimo su nombre. Por mucho que me gustaría romper nuestro récord de tres orgasmos, no va a ser esta noche.

Seraphina me cabalga de nuevo, moviendo las caderas. Me siento en las nubes, y estoy peligrosamente cerca de perder el control. Solo puedo asegurarme de que ella llegue antes que yo.

La agarro de la cintura y me impulso hacia arriba para rozarla y que la base de mi polla le produzca la estimulación necesaria. Abre la boca y suelta un suave jadeo.

—Es demasiado, Ty. Yo… ah, no puedo.

—Sí que puedes. Ambos sabemos que eres capaz de tener más de uno. —Deslizo una mano entre nuestros cuerpos y le acaricio el clítoris, frotando y haciendo círculos lentos mientras su cuerpo tiembla y su coño palpita alrededor de mi polla. Con unas caricias más de mis dedos, se le corta la respiración.

—Ah. —Grita, más fuerte de lo que deberíamos, pero no me importa—. Ah, joder.

—Buena chica. —El placer crece en la base de mi columna. Es una señal de advertencia para que baje el ritmo, pero está demasiado excitada para que la detenga—. Córrete en mi polla.

Sus paredes se cierran a mi alrededor y me aprietan con tanta fuerza que no puedo contenerme. Un placer ardiente me recorre el cuerpo y me agarro con fuerza a su cintura, aunque sé que le dejaré marcas en la piel.

Presiono la boca contra la suya para ahogar su grito mientras ambos nos derrumbamos. Me corro más fuerte que nunca, mi polla palpita y se retuerce dentro de ella hasta que me vacío en el condón mientras ella me besa con ganas y me clava las uñas en la espalda. Es frenético y necesitado, desesperado y salvaje, como si me hubiera precipitado hacia una especie de olvido.

Jadeando, aguanta cada oleada de placer hasta que ambos estamos demasiado agotados para movernos.

—Guau. —Se acurruca contra mí y el corazón me late con fuerza en el pecho.

La envuelvo en mis brazos y la atraigo más cerca.

—Estoy destrozado, Campanilla. Completamente destrozado.

Una mejor persona sentiría algo de culpa por haberse pasado de la raya, pero yo solo siento una profunda satisfacción por haberla reclamado. Solo quiero repetirlo.

Una vez que recuperamos la cordura, nos desenredamos a regañadientes y nos vestimos. Seraphina baja la mirada y se sube las bragas por debajo de la falda mientras me arrodillo para recoger lo que se le ha caído del bolso: un tubo de brillo de labios, un par de bolígrafos, un subrayador rosa, su llavero, mi gorro negro de los Falcons y su móvil, que, por suerte, está intacto.

Al meter las cosas en su bolso, veo la cinta negra para el pelo debajo de una silla y la agarro. Al menos no dejaremos ninguna prueba… aparte del condón usado en la basura.

Le paso el bolso a Seraphina y bajo los labios hacia los suyos para darle otro beso breve. Y otro. Estar rodeado de gente sin poder hacer esto va a ser un asco. Por otra parte, no estoy seguro de qué demonios es «esto».

Le sostengo el abrigo y la ayudo a ponérselo. Cuando se gira para mirarme, mi primer instinto es besarla de nuevo. Me resulta difícil no hacerlo. Hay algo más que me ronda la cabeza y decido abordarlo.

—¿Qué estamos haciendo, Campanilla? —A lo mejor es injusto ponerla en esta situación, pero es una pregunta válida cuando no lo sé ni yo.

Arruga la frente y se detiene.

—¿Por qué tenemos que ponerle nombre? ¿No podemos simplemente divertirnos y disfrutar de las cosas como están? Podemos ser amigos que se enrollan… y hacen algo más que eso a veces. Que no es asunto de nadie más, que conste.

—¿Sí? —Me invade una oleada de alivio. Últimamente, ella es la calma en la tormenta de mierda que es mi vida. Tenemos algo bueno y no quiero estropearlo.

—Sí. —Me recorre el pecho con las uñas rosa pálido y sus suaves labios encuentran mi mandíbula.

Gimo cuando mi polla se endurece.

—Tranquila, a menos que vayas a por la segunda ronda.

Seraphina suelta una risita.

—¿Ya?

—Soy un atleta de veintiún años, Ser, y eres impresionante.

Me vibra el móvil en el bolsillo, y cuando lo saco para ver el mensaje, veo la hora que es. Llevamos aquí más tiempo del que deberíamos. Es un milagro que no nos hayan pillado.

—Tenemos que irnos antes de que nos metamos en problemas —añado.

En cuanto salimos, Seraphina abre el bolso de cuero y saca mi gorro para ponérselo sobre las ondas rosadas. Al instante, siento que esbozo una de esas sonrisas tontas que solo ella me provoca.

—Espero que sepas que voy a quedarme con esto —dice, alisándose el pelo.

—Esperaba que lo hicieras.



¿Un beneficio imprevisto de terminar con mi celibato? He dormido mejor que en los últimos meses. Incluso en años. Me ha costado levantarme de la cama.

Un aroma sabroso y ahumado flota en el aire mientras subo las escaleras y mi estómago ruge en respuesta. Desde el umbral, veo a

Dallas atendiendo una sartén que está en el fuego. ¡Genial! Lo único mejor que el beicon es el beicon que no has tenido que cocinar tú, sobre todo a las siete de la mañana.

—¿Qué haces despierto tan temprano? —Entro en la cocina y estiro el cuello para evaluar el estado de la comida.

—Tengo cita con el dentista en el centro —aclara Dallas—. El beicon debería estar listo en cinco minutos.

Saco una taza del armario y la lleno en la cafetera mientras Seraphina entra corriendo en la cocina. Dallas me da la espalda, así que aprovecho para mirarla más tiempo del debido, y me fijo en que lleva una sudadera negra corta con capucha, unas mallas deportivas negras ajustadas y unas Nike rosa chillón.

Saber el aspecto que tiene debajo de la ropa es una tortura especial. Pero no puedo permitir que mi mente se pasee por ese recuerdo con estos pantalones de chándal, o la cosa se pondrá muy incómoda entre Dallas y yo.

—Buenos días, Campanilla.

—Hola. —No me mira, sino que se arrodilla para rebuscar en el armario. La explicación más probable es que esté distraída porque llega tarde, como siempre. Aun así, no puedo evitar preguntarme si pasa algo más.

Mierda. Estoy dándole vueltas otra vez. Es difícil no hacerlo, dada la situación. Cada vez que cierro los ojos, veo a Seraphina cabalgando sobre mi polla con esa minifalda, la cabeza echada hacia atrás y la cara contraída de placer. ¿Estamos bien después de lo de anoche?

Las preguntas me rondan la cabeza mientras busco el cartón de leche en la nevera. Pensándolo mejor, lo devuelvo y cierro la puerta con la cadera. A la mierda los cereales. Voy a comer algo del beicon que ha preparado Dallas.

Apoyado en la encimera, vuelvo a mirar a Seraphina de reojo. Se levanta con el ceño fruncido, agarrada a un termo rosa enorme como si fuera su salvación, y va directa a la cafetera para llenarlo. A lo mejor es una ilusión, pero parece más preocupada que molesta.

—¿Es café recién hecho? —Se lo lleva a la boca y da un sorbo, pero frunce el ceño al saborearlo.

—Sí —dice Dallas por encima del hombro—. He tirado el otro. Sabía fatal.

Me río a carcajadas, porque eso es típico de Dallas. Es muy exigente con casi todo, incluido el café. Es casi más exigente que Seraphina, y eso es mucho decir.

A ella no le hace tanta gracia este giro de los acontecimientos. De hecho, parece alicaída, como una niña pequeña a la que se le ha caído el helado al suelo en un caluroso día de verano. Entonces me doy cuenta de por qué.

Descafeinado.

Me siento culpable al instante y me llevo el puño a la boca, intentando fingir que toso. No esperaba que se tomara tan mal que tiraran su café, y no me gusta que esté triste. De hecho, lo odio.

Sus cálidos ojos marrones se posan en el reloj de la pared y luego en la cafetera, pero no dice nada. Se limita a suspirar con disimulo, decepcionada, mientras vierte el contenido de la taza en el fregadero. A juzgar por su ropa y la hora que es, estoy bastante seguro de que debería estar en su sesión de entrenamiento de las siete, es decir, en cinco minutos, y el gimnasio está a quince minutos.

—¿Eh, Ward? —pregunto con delicadeza—. Eso era el café descafeinado de Seraphina, solo para que lo sepas.

—¿Su qué? —Dallas deja las pinzas y se gira hacia nosotros. Abre los ojos como platos al procesar lo que acabo de decir y hace una mueca—. Mierda. Lo siento, Sera. Puedo prepararte más si quieres. Como no sabía, como siempre, he pensado que alguien lo había estropeado. Y con alguien me refiero a Tyler.

—Para que quede claro, hago un café buenísimo. Es demasiado fuerte para ti, nenaza.

—Gracias, pero no pasa nada. —Enjuaga rápidamente la taza y la deja en el fregadero—. Tengo que irme. Me pasaré por el

autoservicio de camino al campus después del gimnasio… —El temblor en su voz me dice que no está nada bien.

Se despide de nosotros con la mano y murmura un adiós. Pasa a nuestro lado al salir de la cocina y evita cualquier tipo de contacto visual. Siento una opresión en el pecho al verla irse. Un conflicto se libra en mi interior, una batalla sangrienta entre mi conciencia y mi mente. Siento la fuerte necesidad de ir tras ella, pero no sé si querrá hablar, y tampoco quiero empeorar las cosas. Más específicamente, no quiero empeorarlo si yo soy uno de los motivos por los que está así.

Dallas me mira arrepentido antes de volver a centrarse en el beicon chisporroteante en la sartén.

—Ahora me siento como un imbécil.

—Ha sido un accidente. Además, no creo que esté así por el café.

—¡Joder! —La voz de Sera llega a la cocina desde el recibidor. La angustia en su voz es como si me clavaran un cuchillo en el estómago.

Impulsado por el instinto, estoy a medio camino de ella antes de darme cuenta.

—¿Qué pasa, Campanilla? —pregunto, acercándome más. Lleva puesto el abrigo de invierno acolchado y el bolso le cuelga del hombro, pero está dando vueltas frenéticas en círculos mientras recoge objetos al azar y mira debajo. Si no quiere hablar, al menos podré decir que lo he intentado.

Aparta unos auriculares con cancelación de ruido que alguien ha dejado en el sofá y levanta las manos.

—¡No encuentro las putas llaves!

Bueno, estamos en plena crisis. Anotado.

—¿Dónde las has visto por última vez? —pregunto—. Puedo ayudarte a buscarlas.

—¡Si supiera dónde las vi por última vez, ahora mismo las tendría! —Al girar sobre los talones, golpea la lámpara de cristal de la mesita de la entrada con el codo acolchado, y esta cae del mueble. Mi mano

sale disparada al instante y la atrapo antes de que toque el suelo. El instinto de portero tiene su utilidad.

Dejo la lámpara antes de ponerme frente a ella.

—Respira, Ser —digo en tono suave mientras le rozo el brazo con suavidad a través del abrigo.

Ella levanta la barbilla y me mira, con el pecho subiendo y bajando con la respiración entrecortada. Permanecemos así durante unos instantes más, en silencio. Hay algo crudo y vulnerable escrito en su rostro. Debo hacer acopio de todo mi autocontrol para no extender la mano y tomarle la barbilla. Con Dallas en la habitación de al lado, no puedo arriesgarme.

—¡No lo entiendes! Si llego más de diez minutos tarde, no me dejarán entrar a la clase, y me cobrarán una tarifa por cancelación tardía y las carreteras están en mal estado y…

—Siendo realistas, no vas a llegar a tiempo. No pasa nada. Tal vez sea la forma en que el universo te está diciendo que necesitas un día de descanso. Todos lo necesitamos de vez en cuando. —La tarifa es de unos diez dólares. Su familia es rica. Esto no tiene nada que ver con el café ni con el dinero. Es una espiral de estrés causada por todo lo que está pasando, entre la mudanza y su madre.

Seraphina parece un poco más calmada, pero eso no dice mucho.

—Se supone que había quedado allí con Abby.

—Seguro que si le escribes y le explicas lo que ha pasado, lo entenderá.

Frunce la boca y lo piensa un momento. Veo cómo se calma poco a poco. El pánico en sus ojos se desvanece y deja tras de sí un cansancio resignado. Parece agotada, como si anoche no hubiera dormido demasiado.

—Se me ha alterado toda la mañana. Iba a ducharme en el gimnasio.

Si algo he notado, es que no lleva bien los cambios, por pequeños que sean. Por desgracia, ha tenido que lidiar con muchos.

—¿Por qué no te duchas mientras te preparo más café? Puedo prepararte el desayuno también, ya que estoy. Después buscaremos

tus llaves. Todo es más fácil con el estómago lleno, y seguro que están por aquí.

Seraphina suspira.

—Vale…

A regañadientes, baja las escaleras mientras yo voy a la cocina. Apuro mi taza y la vuelvo a llenar antes de lavar la cafetera para prepararle un descafeinado. A pesar de lo que le haya hecho creer para no herirla, necesito la cafeína tanto como el aire.

Dallas frunce el ceño y desliza el beicon sobre un plato cubierto con papel absorbente para quitar el exceso de grasa.

—¿Está bien?

—Eso creo. Está lidiando con muchas cosas.

—Sin duda. Siento lo de su madre. —Hace una pausa y me observa. La habitación se vuelve opresivamente silenciosa. Sus ojos azul pálido parecen unos rayos láser apuntando a los míos, en busca de cualquier rastro de una mentira—. ¿Hay algo que quieras decirme?

—¿Qué quieres decir? —Evado el tema, y me hago el sueco.

—Parece que estáis muy unidos.

Me llevo el café a los labios y doy un sorbo para ganar tiempo antes de responder.

—Somos amigos.

—Campanilla, ¿como la de Peter Pan?

¡Mierda! ¿La he llamado Campanilla cuando Dallas estaba en la cocina?

—No.

Me señala con la espátula.

—Es la chica con la que te estabas escribiendo en el hotel el otro día cuando tenías cara de tonto, ¿verdad?

Esto va de mal en peor.

No tengo ni idea de cómo responder, así que mejor me bebo el café.

—Tío.

Echa la cabeza hacia atrás y mira al techo como si le suplicara al cielo, murmurando una retahíla de súplicas y palabrotas. Cuando me vuelve a mirar, su expresión es una mezcla de desesperación y reproche.

—Por el amor del hockey y de todo lo sagrado —su voz apenas es un susurro—, dime que no te estás tirando a la hermana de Carter.

Por un brevísimo segundo, casi desearía poder decirle la verdad. Ojalá pudiera admitirle a alguien, a quien fuera, que estoy metido en un lío. Que no puedo pensar con claridad cuando ella está cerca y que es en todo lo que pienso cuando no está.

—¿Qué quieres que te diga, Ward? —Hay una jerarquía de amistades en casa, y Dallas es más cercano a Chase que a mí. Son amigos desde hace más tiempo. Lo sé. Él lo sabe. Y ambos sabemos cómo se lo tomaría Chase.

Dallas gruñe y se tira del pelo oscuro. Cuando aparta la mano, el pelo se le queda de punta.

—Por el bien de los dos, esta conversación nunca ha ocurrido.

Cuando acaba de desayunar, sale de la cocina con la promesa de no volver a tirar el café y me da su bendición, a regañadientes, para que me coma el beicon que ha sobrado. Corto algo de fruta, preparo huevos revueltos y hago tostadas mientras espero a Seraphina. Prepararía de más para Chase, pero probablemente dormirá unas horas más. Como siempre, se ha pasado la noche en vela haciendo un trabajo en el último minuto.

Seraphina aparece en la puerta vestida con un suéter blanco afelpado, unos vaqueros y el pelo aún húmedo de la ducha. Es de un rosa más oscuro cuando está mojado y contrasta mucho con su piel clara. Está preciosa. Hay algo que me gusta de verla en estos momentos cotidianos. De algún modo, me hace sentir especial. Como si viera una parte de ella a la que la mayoría de la gente no tiene acceso.

—Adivina qué he encontrado —dice. Se quita el llavero de los dedos con una mirada culpable—. Estaban en el mueble del baño de abajo. Me siento tonta.

Siento una punzada en el estómago al oír esas últimas palabras.

—No, Ser. A mí también me ha pasado.

Ignora mi comentario y aparta la mirada. Cuando ve la comida en la encimera, se le ilumina la mirada.

—Gracias por el desayuno. Te devolveré el favor algún día.

—Ten cuidado o podría aceptar tu oferta.

La energía en la habitación cambia de cómoda a casi insoportablemente tensa. Entrecierra los ojos cuando se acerca a mí y queda casi cara a cara conmigo. Noto el dulce aroma del perfume que acaba de echarse mezclado con su champú con aroma tropical, y mi polla se estremece con anticipación.

—Podrías, ¿sabes?

Trato de no sonreír.

—Eso sería una mala idea ahora mismo. —Es un recordatorio tanto para mí como para ella. Si por mí fuera, la tomaría a ella para desayunar.

—A veces esas son las mejores.

Logramos separarnos antes de que suceda algo más inapropiado. Mi polla está bastante cabreada conmigo por no haberle seguido el juego. Tomaré cartas en el asunto en cuanto se vaya a clase y, cuando lo haga, este momento se desarrollará de forma totalmente distinta en mi mente.

Hago acopio del poco autocontrol que me queda, pienso en el hockey y empiezo a repasar mentalmente mis estadísticas de esta temporada. Porcentaje de paradas, promedio de goles en contra, partidos invictos… Espero a que Sera se sirva su comida en el plato antes de hacer lo mismo con el mío y me siento con ella en la mesa.

—No me puedo creer que me haya enfadado tanto por el café. —Frunce la boca y remueve los huevos revueltos con el tenedor—. Qué vergüenza. Es que… ¿sabes cuando tienes muchísimas ganas de algo y luego no lo consigues?

Una parte de mí lo sabe.

—No pasa nada, Ser. Lo entiendo, y no deberías avergonzarte. Todo el mundo tiene una mañana de mierda de vez en cuando.

Rodea la taza con la mano.

—Mi café de la mañana es uno de mis momentos favoritos y, si no sale bien, el resto del día tampoco.

—¿Estás segura de que no se trata de otra cosa? —pregunto con dulzura.

Ella resopla y coge su tostada a la vez que aparta la mirada.

—Probablemente sí. Elige. Cambio de universidad, padre muerto, madre enferma, hermano que lidia con sus propios problemas, carrera sin decidir y vida sin rumbo… —Se le quiebra la voz a medida que se le va apagando y se me forma un nudo en el estómago.

Sin pensarlo, le cubro la mano con la mía.

—Campanilla.

—No pasa nada. Puede que solo sea el síndrome premenstrual. A lo mejor necesito atiborrarme de chocolate y llorar en mi habitación.

No puedo rebatírselo. No sé absolutamente nada de las hormonas femeninas.

—No es que descarte esa hipótesis, pero estás lidiando con demasiadas cosas a la vez. Entiendo lo del estrés, y esos sentimientos son totalmente válidos, pero, por favor, no seas dura contigo misma. Tu vida no va sin rumbo.

Aunque no quiero, aparto la mano de la suya. Todo mi cuerpo protesta ante la pérdida de contacto. En su lugar, tomo mi café para no volver a tocarla y doy un sorbo.

Ella pincha un trozo de piña y me señala con el tenedor.

—¿Cómo que no? No tengo ni idea de qué quiero hacer.

—Hay mucha gente que no lo sabe. Es posible que tu perspectiva esté distorsionada porque creciste rodeada de aficionados al hockey. De media, la gente cambia de trabajo unas siete veces a lo largo de su vida. Está bien no saber qué quieres hacer y, una vez que hayas escogido, no pasa nada si cambias de opinión.

—Supongo —dice en voz baja—. A veces me siento perdida.

—Yo también. —Es la primera vez que lo admito en voz alta.

—¿Qué quieres decir? Ya te han seleccionado. —Seraphina deja el tenedor y ladea la cabeza.

Tenso los músculos de la mandíbula.

—Nueva York está interesado en fichar a otro portero potencial.

—Vaya… Lo siento, Ty. —Frunce el ceño, y esta vez es ella quien me cubre la mano.

—Podría acabar en nada. O podría fastidiar el curso de mi carrera. Sea como sea, sé a dónde quiero ir, pero a veces siento que escapa a mi control. —Las palabras que me he tragado durante la mayor parte de mi carrera universitaria empiezan a salir a borbotones y, una vez que empiezan, no puedo contenerlas—. A veces, en lugar de motivarme, toda la presión externa mata mi amor por el deporte, y me pregunto por qué lo hago. Hay días en los que me quedo delante de la red y me muevo en piloto automático porque mi cabeza está en otra parte. Quiero querer jugar al hockey, no que me obliguen a hacerlo porque es mi deber. ¿Tiene sentido?

Seraphina debe de tener un efecto tremendo en mí, porque estoy admitiendo cosas en voz alta que ni siquiera me había admitido a mí mismo, y mucho menos a nadie más. Cosas que me he negado a admitir desde que tengo memoria.

—Sí —admite en voz baja—. Sí que lo tiene.

Su respuesta es más reconfortante de lo que esperaba. Rara vez hablo de mis sentimientos, lo que significa que tampoco recibo mucha validación. No sabía cuánto la necesitaba.

—¿Alguna vez has deseado hacer otra cosa?

—Esa es la peor parte. Es como si estuviera atrapado en una encrucijada. Aunque a veces me hace sentir horrible, no imagino mi vida sin el hockey. Solo necesito encontrar una forma de volver a disfrutarlo.

Me centro en su boca mientras se muerde el labio pensativa y me trago un sonido agónico que me sube por la garganta. Es imposible mantener la concentración cuando hace cosas así.

—Creo que podrás —determina—. No estás intentando ser otra persona. Simplemente estás intentando reconectar con una parte de ti de la que te has desconectado. Sigue ahí, pero está enterrada bajo otras cosas.

—Entonces está enterrada muy profundo.

—Sé que la presión externa es real, pero ¿has pensado que una parte podría ser la presión a la que tú mismo te estás sometiendo? —En sus labios se dibuja una sonrisa paciente—. No sé si te has dado cuenta, pero te pones un poco intenso en lo que al hockey respecta.

Objetivamente hablando, lo que dice tiene sentido, pero no he llegado a donde estoy por inercia.

—Volvamos a ti un segundo. Eres inteligente, divertida y muy luchadora, Campanilla. Sé que algún día triunfarás en lo que sea que hagas, ya sea una carrera o siete. No pasa nada si aún no lo tienes claro.

Debería aplicarme este consejo. A lo mejor, si voy día a día, aprendo a relajarme. De alguna manera.

Seraphina se acerca con sigilo sin levantarse de la silla, se gira hacia mí y me rodea la cintura para darme un abrazo. Una sensación de calidez me inunda y deslizo las manos hasta su espalda. Suelta un suspiro de satisfacción mientras me da un apretón y hunde la cara en mi pecho.

Pasan los segundos, pero ninguno de los dos se mueve. Es un poco arriesgado con Chase en casa, pero no me importa. Acabo de descubrir que me gustan los abrazos y no quiero que este momento termine nunca. Además, si lo peor que nos pilla haciendo es darnos un abrazo, lo consideraré una victoria.

—Gracias, Hades —dice, con las palabras medio amortiguadas por la tela de mi camiseta.

—Cuando quieras, Campanilla.



# Capítulo 19

## Varias opciones

*Tyler*

Uno pensaría que tener sexo reduciría mi nivel de excitación en lugar de aumentarlo. No es así. Me siento como si volviera a ser un adolescente.

Mientras me quito la camiseta en el vestuario para nuestra sesión de patinaje de la tarde, la pantalla de mi móvil se ilumina en la estantería de mi cubículo. Una descarga me recorre el cuerpo y lo cojo de inmediato.

> **Campanilla:** Pregunta 29: ¿cómo debería masturbarme más tarde? ¿Con los dedos o con un juguete?

Joder. Me quedo paralizado, parpadeando mientras proceso su mensaje. Se me ocurren un par de sugerencias más, empezando por mi boca. O mi pene. Qué cojones, vayamos con las dos, en ese orden. Por ahora, me limitaré a responder a su pregunta.

**Hades:** Dedos, luego juguete. Y déjame verlo.

**Campanilla:** No puedo. *emoticono triste* Esta noche estarán todos en casa.

Mierda, tiene razón. Dallas dijo que tiene que estudiar para un examen y Chase está terminando un trabajo. ¿Por qué no pueden ir a hacer los deberes a la biblioteca como todo el mundo? Quizá pueda convencerlos de que es una buena idea; plantar la semilla de algún modo. Una ilusión.

**Hades:** Entonces hazme una videollamada.

**Campanilla:** Solo si te portas bien.

**Hades:** Seré un santo si eso significa que puedo ver cómo te corres.

—¿Has acabado con la sequía, eh? —comenta Chase detrás de mí.

El corazón me da un vuelco y bloqueo el móvil a la vez que me doy la vuelta para mirarlo.

—¿Qué? —¿Ha visto la pantalla? Está como a dos metros. No está lo bastante cerca para leer una letra tan pequeña, ¿verdad?

—¿Los arañazos en la espalda? —Me hace un gesto como si fuera obvio. Detrás de él, Dallas abre los ojos de par en par y se da la vuelta, fingiendo estar ocupado con su equipo—. Los tienes por todas partes, tío.

¿Arañazos? No tengo ni idea de qué está hablando. Estiro el cuello y me giro para mirar por encima del hombro. En efecto, un puñado de vetas rojas y en relieve me recorren la columna. Estaba

tan absorto en el momento que no noté cómo Sera me clavaba las uñas.

Tampoco me he dado cuenta del tiempo que he pasado de pie mirando el móvil. Aún no me he quitado la ropa de calle, y casi todos los demás llevan el equipo ya.

—Ah, cierto. Lo había olvidado.

Al menos no tiene forma de saber quién me los ha hecho.

Chase se sienta en el banco y busca sus patines.

—Hablando de eso, Sera —casi me desmayo cuando menciona su nombre— se quedará en casa de Abby cuando estemos de viaje, así que tendrás la casa solo para ti. Ya sabes, para ti y para quien sea.

Espera… ¿qué? ¿Se queda en casa de Abby mientras Chase y Dallas están fuera? ¿Por qué?

Está claro que me gustaría tener la oportunidad de follármela sin que hubiera nadie más en casa. Además, odio la idea de que pase un fin de semana entero con esa supuesta amiga suya. Entre que le perdió la pista a Sera en esa fiesta y que nos interrumpió al día siguiente, Abby se ha ganado un lugar permanente en mi lista negra. Sera se merece mucho más que eso, pero por alguna razón, parece que no lo ve.

Paso el pulgar por el botón lateral de la funda del móvil, debatiendo si debería escribirle y preguntarle qué pasa. ¿Es asunto mío? Antes de que me decida, me vibra el teléfono en la mano.

**Campanilla:** Por cierto, le he dicho a mi hermano que me quedo en casa de Abby este fin de semana.

**Hades:** ¿Y es mentira?

**Campanilla:** Pues claro, tonto.

Menos mal. Lo único en mi lista de cosas por hacer este fin de semana es ella.

Con eso resuelto, sacudo de manera simbólica la cabeza y me pongo la equipación a toda prisa para intentar alcanzar al resto de mis compañeros. Cuando yo llego tarde, siempre es más evidente que si lo hace otro jugador. El entrenador Miller no me castigará, pero sí que me echará bronca.

Ezra Jameson se acerca a nosotros y deja escapar un silbido de aprobación.

—Tu hermana está buenísima, Carter.

Me detengo en seco y levanto la vista de los patines. Dallas se abrocha la hombrera y musita en silencio:

—Allá vamos.

No sé si le preocupa más mi reacción o la de Chase.

Chase entorna los ojos oscuros, pero no dice nada. Se limita a mirar a Ezra con el ceño fruncido. Como defensa de último curso, Ezra puede defenderse con facilidad contra un jugador promedio. Pero con sus 1,90 metros y siendo uno de los atletas más intimidantes de la liga, Chase lo aplastaría.

Finjo desinterés y busco el resto de mi equipación en mi cubículo.

—Con respeto. —Ezra levanta la mano y se frota la nuca—. ¿Te importa si la invito a salir?

Ni de puta broma.

La protesta sale de mi cabeza, no de la boca de Chase. Mientras espero a que él exprese lo mismo en voz alta, me abrocho las hebillas de la almohadilla izquierda.

Para mi sorpresa, se encoge de hombros y le da un trago a su botella de agua. Traga y responde:

—Claro que no, tío.

Es como papel de lija contra mi cerebro.

Aprieto los dientes y bajo la mirada antes de patearme mentalmente. Con independencia de lo que pasó entre nosotros anoche, no tengo derecho a reclamar a Seraphina.

—¿De verdad? —Ezra lo observa con recelo.

—Claro —responde Chase, con expresión indescifrable—. Sé cómo esconder un cadáver.

Ezra suelta una risa nerviosa, pero esta desaparece cuando Chase no hace lo mismo.

—Lo tendré en cuenta. —Le lanza un saludo militar y se retira a su rincón del vestuario.

—Carter. —Dallas le da un codazo a Chase y baja la voz—. Sé que quieres proteger a Sera, pero también tienes que dejarla vivir su vida.

—Ezra es el tipo de hombre que preferiría morir antes que comprometerse con alguien, Ward. Lo quiero a más de tres metros de mi hermana. Sera se merece a alguien que la trate como a una princesa, no que la engañe.

Esto no pinta nada bien para mí, pero tampoco creo que todo sea tan blanco o negro como Chase lo pinta. El compromiso puede tener diferentes formas. Incluso aunque no tengamos una relación, no tengo intención de acostarme con nadie más. Todo lo que importa es que Sera y yo estemos de acuerdo sobre lo que estamos haciendo, ¿no?

Por alguna razón, dudo que a él le pareciese bien.



Ha sido un día muy largo. Hemos entrenado fuera de pista, he tenido clase, entrenamiento con el equipo y después en privado. Ha llegado la hora del premio metafórico que he estado esperando: sexo telefónico.

Cuando entro por la puerta después de mi entrenamiento de la tarde, Chase y Dallas están sentados en el comedor jugando a Call of Duty. El volumen está altísimo, lo que supongo que es una ventaja en este caso. Ayudará a amortiguar cualquier sonido que Seraphina haga mientras me da el mejor espectáculo privado de mi vida.

Se oye una gran explosión en la pantalla y Dallas maldice por el micrófono.

—Que te den, Holloway.

Chase me mira de reojo, sin dejar de disparar.

—Hola, tío.

Me invade la culpa. Me cuesta un poco mirarlo a la cara sabiendo que estoy a punto de masturbarme con su hermana.

Mentiría si dijera que todo esto que llevamos en secreto no es excitante. Puede que eso no diga nada bueno de mí.

—¿No se supone que deberíais estar haciendo tareas? —le pregunto.

—Sí, pero ¿qué vas a hacer? —Se inclina hacia delante en el sofá y entrecierra los ojos para concentrarse mientras apunta con un lanzacohetes—. ¿Quieres unirte?

—Gracias, pero estoy bien. Todavía tengo que ducharme. —A veces, cuando la pista de hielo de la universidad está reservada, Mark y yo entrenamos en otro estadio municipal. Es mucho más antiguo que las instalaciones de nuestra universidad y no está tan limpio. El hielo sigue siendo hielo, pero los vestuarios están asquerosos.

Bajo las escaleras de dos en dos y me desnudo en el baño. Como un pervertido, cojo el champú de Sera del estante y lo huelo mientras el agua se calienta. El aroma tropical me invade las fosas nasales y mi polla se agita con impaciencia. Que Dios me ayude, no podré volver a oler el coco sin excitarme nunca más.

Es una de las duchas más rápidas que me he dado, eficiente y al grano. Me lavo el pelo y me enjabono en tiempo récord, luego cierro el grifo. Cuando salgo de la ducha, me seco el pelo con la toalla antes de enrollármela alrededor de la cintura. A través del vapor, mi mirada se posa en mi teléfono, que está sobre el mueble del baño. Hay tres llamadas perdidas de mi padre. Es raro que llame más de una vez. Tengo ganas de ignorarlo, pero me lo pienso mejor y opto por devolverle la llamada.

—Hola, papá. ¿Todo bien?

—Acabo de hablar con Gary. Nueva York ha decidido que entrenes con ellos en la pretemporada. Puedes hacerlo.

—¿En serio? —respondo a esta momentánea distracción de mi fantasía con Sera. Esto es muy fuerte. También es un poco difícil de procesar ahora que no me llega toda la sangre al cerebro. Me hago una idea vaga de que pasaré fuera la mayor parte del verano. Las repercusiones más allá de eso se me escapan. No estoy seguro de que comprenda la importancia de esta noticia.

—La dirección del equipo necesita que trabajes en los rebotes y los movimientos laterales si quieres dar el salto el año que viene… —Claramente emocionado, sigue hablando durante dos minutos sin que yo pueda interrumpirlo. Me aparto el móvil de la oreja y le envío un mensaje rápido a Sera.

**Hades:** Lo siento, Campanilla. Dame dos minutos.

**Campanilla:** image.jpg

Hostia puta.

Es un selfi de ella arrodillada frente a un espejo, vestida únicamente con unos diminutos pantaloncitos cortos blancos. Se cubre los pechos con un brazo, con la espalda arqueada, y su culo redondo asomando, mientras el sedoso pelo rosa le cae sobre los hombros. No hay nada más que quiera hacer ahora mismo que subir corriendo las escaleras, tirarla en la cama y follarla hasta que mañana no pueda andar.

—Escucha, papá —lo interrumpo a media frase mientras entro en mi habitación. Una parte de mí se siente mal porque está muy emocionado, pero otra parte más grande —la de cintura para abajo —, necesita terminar con esto—. Suena genial, pero mañana tengo un examen importante para el que tengo que estudiar. ¿Te importa si te llamo mañana para que podamos hablarlo un poco más?

—Claro —dice—. Estoy orgulloso de ti, hijo.

—Gracias. Hablamos pronto.

Con la toalla aún enrollada alrededor de las caderas, me acuesto en la cama para hacer una videollamada con Seraphina. El corazón me late con fuerza cuando le doy a iniciar, y me digo a mí mismo que es impaciencia en lugar de nervios.

Después de dos tonos, su rostro aparece en la pantalla.

—Hola. —Me dedica una suave sonrisa, apoyada en el cabecero con un montón de almohadas detrás de ella. Se oye música en voz baja de fondo. Diría que es Taylor Swift, pero no estoy seguro.

—Hola. —Recorro su rostro con la mirada y me fijo en sus ojos moteados de dorado y en su boca perfecta y carnosa. Aunque vivimos juntos, es tan impresionante que me deja un poco aturdido cada vez. No sé si algún día me acostumbraré.

En la parte inferior de la imagen, veo un atisbo de una camiseta blanca que me indica que se ha vestido. Mierda.

—Lo siento, Campanilla. Mi padre me ha llamado tres veces seguidas y he tenido que responder. Creía que era una emergencia.

—¿Y lo era? —Frunce el ceño, con expresión seria.

—No. —Bajo la voz—. ¿Me has esperado?

Reprime una sonrisa.

—No.

Toda la sangre de mi cuerpo me baja al pene al imaginarla masturbándose arriba, en su habitación. Con todos los demás en casa, la escalera representa un muro infranqueable. Es una agonía divina saber que está tan cerca y a la vez tan lejos.

—¿Vas a volver a masturbarte para mí?

—Mmm… —Se lleva un dedo a esos labios voluminosos como si se lo estuviera pensando—. Tal vez si me lo pides con amabilidad.

Dejemos algo claro: nunca, ni una sola vez, he usado el término «por favor» en la cama. Pero vendería mi alma por tener un asiento en primera fila para ver un espectáculo con Sera y su juguete sexual. Me arrodillaré y suplicaré si es necesario.

Gimo y me agarro a la toalla.

—Joder, Ser. La tengo muy dura. Por favor, déjame verte jugar con ese coño tuyo tan bonito.

—Ya que has dicho «por favor…». —La mano de Seraphina desaparece fuera de la pantalla. Deja escapar un suspiro entrecortado, parpadea varias veces y arruga la frente. Estoy hipnotizado, embelesado. Nunca he visto nada más sensual en mi vida.

—Eso es —la alabo—. Justo así. —Mantengo la mirada fija en ella y desato la toalla con un tirón. Mi pene se sacude con impaciencia y me envuelvo la base con el puño. Tener su boca o su coño alrededor sería aún mejor, pero esto está muy bien.

Hace pucheros.

—Ojalá me estuvieras tocando.

—No tienes idea de las ganas que tengo de tocarte. —Mi voz es ronca—. Déjame ver tu coño, nena.

En cuanto las palabras salen de mi boca, la pequeña parte de mi cerebro que aún funciona se pregunta si estoy subiendo de tono demasiado rápido. Tras varias horas de preliminares en forma de sexting, estoy tan excitado que no me queda ni una pizca de autocontrol.

Mis preocupaciones se disipan al instante cuando la cámara desciende por delante de las curvas de sus pechos, apretados bajo el fino top blanco, y por su vientre, suave y desnudo. Los shorts blancos le llegan por debajo de las caderas y cubren lo que más quiero ver.

Le gusta provocar y me encanta.

—Quítate los pantalones, Campanilla.

Seraphina vuelve a acercar la cámara a su cara y chasquea la lengua, sonriendo con suficiencia.

—Qué mandón.

Deja el móvil sobre la cama y me ofrece una imagen de su cuerpo al completo. Oigo el frufrú de la ropa de cama cuando se sienta encima y la cámara se sacude mientras levanta las caderas y se baja la cinturilla, moviéndose lo más despacio posible. Se me endurece

aún más el miembro por la anticipación. Veo que la tela se desliza más y más abajo hasta ver la hendidura entre sus muslos cerrados.

—Buena chica. Ahora abre las piernas y enséñame lo mojada que estás.

La observo mientras separa las rodillas y se expone por completo. Su bonito sexo está hinchado y listo, y su entrada está rogando porque la penetre.

Maldigo y me agarro el miembro con más fuerza.

—Tienes un coño perfecto, Ser. Jodidamente perfecto.

Se rodea el clítoris con las yemas de los dedos y los pliegues morados y rosados brillan a causa de la excitación. El gemido que suelta es el sonido más bonito que he escuchado en mi vida. La tensión se acumula en mi centro y estoy peligrosamente cerca de estallar. Me detengo de golpe y me aprieto la base de la polla para contenerme. No pienso correrme antes del gran final.

Seraphina hace un gesto con la cabeza hacia la pantalla.

—¿No puedo ver?

Mierda. Si eso es lo que quiere, no soy tímido. Inclino el teléfono para mostrarle lo que me está haciendo. Tengo la polla hinchada y me gotea en la mano, a punto de explotar.

Ella se muerde el labio inferior y se le dilatan las pupilas.

—Joder —murmura, mirando la pantalla—. Ojalá estuviéramos solos.

Suelto una risa entrecortada y dejo el teléfono como ella para que pueda verme bien.

—Yo también.

Seraphina me mira con timidez, pero veo que solo está fingiendo.

—¿Quieres que coja mi juguete?

—Sabes que sí.

Un consolador rosa intenso entra en escena, con la base entre sus finos dedos. Es de un tamaño generoso —aunque, usando su mano como escala, no es tan grande como la tuya— y realista, con venas falsas que recorren toda la longitud y un par de pelotas. Me muerdo

el labio cuando se lo acerca a la vagina y lo pasa por su entrada resbaladiza, para provocarme sin penetrarse.

—Fóllate con él y finge que soy yo —le digo.

—Siempre finjo que eres tú.

Esas palabras casi me deshacen en el acto.

Un gruñido bajo y tortuoso resuena en mi pecho mientras la silicona rosa se desliza dentro de ella y desaparece poco a poco.

—Estás preciosa con esa polla dentro, nena. Aunque estás mucho mejor cuando es la mía. —Empiezo a acariciarme de nuevo mientras imagino que es mi polla la que está dentro de ella. Recuerdo lo apretada y húmeda que estaba cuando me hundí en su interior y la forma en que sus paredes se tensaron a mi alrededor cuando se corrió.

—Oh, Dios. —Seraphina deja escapar un gemido entrecortado y la forma en que se retuerce me indica que se está acercando—. Me gusta. Sigue hablando, por favor.

—Cuando estemos a solas este fin de semana, te comeré el coño hasta que te tiemblen las piernas y me supliques que te dé un orgasmo, y luego haré que te corras tan fuerte que acabes hecha un desastre húmedo. —Una gota de líquido preseminal gotea de la punta de mi polla y la rozo con el pulgar mientras sigo masturbándome. Acelero el ritmo y ella me sigue, penetrándose más rápido con el juguete—. Y cuando termine, te besaré para que saborees lo dulce que eres.

Respira hondo con las mejillas sonrojadas.

—¿Y luego qué?

—Voy a follarte ese coñito perfecto como si fuera mío.

Abre la boca en un grito silencioso y arquea la espalda sobre la cama, con la cabeza inclinada hacia atrás contra la almohada. Yo voy justo después y, mientras mis caderas se sacuden, una cálida liberación me cubre la mano. Toda la tensión que se ha estado gestando entre nosotros explota en una mezcla de gemidos, respiraciones, quejidos y súplicas.

Es una pasada, una puta pasada, y es justo lo que necesitaba.

Seraphina coge el móvil y yo hago lo mismo para quedar cara a cara a través de la pantalla.

—Hola —me saluda con voz entrecortada y expresión satisfecha. Una sutil capa de sudor le brilla en la frente y tiene los ojos color café vidriosos y aturdidos. No es nada comparado con el aspecto que tendrá cuando termine con ella este fin de semana. Voy a dejarla hecha un desastre, y luego volveré a hacerlo.

—Repetiré este momento en mi cabeza el resto de mi vida, Ser.

Se ríe.

—Más te vale.

La neblina posorgasmo se disipa por completo, y mi proceso de pensamiento vuelve a la normalidad mientras mis constantes vitales se regulan. Me doy cuenta de que no quiero terminar la llamada. Lo que de verdad deseo es tenerla a mi lado, y odio no poder.

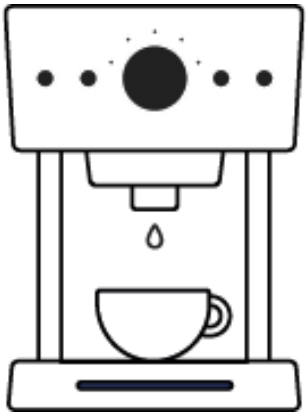
—¿Nos tomamos un descanso? —le pregunto.

—Trato hecho.

Dejo el móvil, me limpio y me visto enseguida mientras ella hace lo mismo. Cuando lo cojo, se sube a la cama, se mete bajo las sábanas y se cubre hasta el pecho. Sus ojos castaño oscuro se clavan en la pantalla con expresión pensativa.

—Bueno… —se queda callada.

—Bueno —digo, reclinándome contra las almohadas—, cuéntame qué tal te ha ido el día, Campanilla.



# Capítulo 20

## Un poco demasiado

*Seraphina*

Google no es mi amigo.

Debería haber esperado a tener los resultados de las pruebas genéticas. En cambio, me he lanzado de cabeza a la parte más aterradora de internet. Ahora estoy sola en casa porque los chicos juegan fuera, y estoy muerta de miedo.

La investigación preliminar que he realizado dice que si soy positiva en la mutación BRCA, mi riesgo de desarrollar cáncer de mama a lo largo de mi vida podría ser de hasta casi un ochenta por ciento. Eso sin incluir la probabilidad de desarrollar cáncer de ovario, que también es significativa.

Me tiro sobre el montón de ropa limpia que cubre el edredón y abrazo una almohada contra mi pecho mientras miro al techo y las palabras del doctor Wilson resuenan en mi cabeza.

Cincuenta y cincuenta. Eso es todo. Un simple cara o cruz.

Llevo cargando con esto desde aquel día en su consulta. He intentado disimularlo todo lo posible. He intentado fingir que no ocurrió. He intentado creer que todo saldrá bien.

Y he fracasado estrepitosamente.

El pánico me invade y busco el móvil. Enseguida abro la conversación con Abby. Empiezo a escribirle un mensaje antes de darme cuenta y, cuando lo hago, presiono la tecla de borrar hasta que elimino todo el mensaje. Las decisiones a vida o muerte no son su fuerte. No es que no lo intente, pero no tiene un marco de referencia para lo que estoy pasando, y no puedo evitar tener la sensación de que no lo entendería del todo.

Me quedo mirando la pantalla unos segundos más, pensando en si debería llamar a una de mis amigas de Arizona. Eso tampoco me parece bien. Nos hemos distanciado en el poco tiempo que llevo aquí, y este es un tema demasiado delicado como para hablarlo con alguien con quien hace tiempo que no tengo contacto.

Chase no es una opción, obviamente. Eso me deja con Tyler. Casi desearía poder decírselo, pero ¿para qué? Todavía no lo sé. Ha dejado muy claro que está sometido a mucha presión, y no creo que quiera añadir más con mis hipotéticos problemas.

Además, algo tan grave parece estar un poco fuera de su alcance. Es mi amigo, no mi novio. Una parte de mí teme asustarlo.

Entonces recuerdo una página web de apoyo que el doctor Wilson le recomendó a mi madre durante su cita. Abro mi MacBook, escribo el nombre y le doy a buscar. Ojeo las publicaciones del foro llamado de manera muy acertada Limbo Land. Todo lo que leo confirma mi instinto de hacerme la prueba. Al fin y al cabo, podría dar negativo, lo que significa que podría seguir adelante con mi vida y centrarme en ayudar a mi madre a superar su propio tratamiento.

O… podría dar positivo, y tendría que decidir si esperar a ver si el cáncer me alcanza o tomar medidas preventivas drásticas.

De cualquier modo, necesito saberlo. La incertidumbre me seguirá rondando hasta que lo sepa.

Cuando estoy a punto de cerrar la página, otro foro titulado Familia y Relaciones me llama la atención. Me detengo con el ratón sobre el enlace, y la curiosidad me impulsa a hacer clic.

Tras un par de minutos revisando las publicaciones, mi ya frágil estado mental se precipita al vacío. Publicación tras publicación de mujeres cuyos novios y maridos las abandonaron tras descubrir que eran portadoras del gen BRCA. Los detalles son diferentes, pero el tema de base es el mismo. No fueron capaces de empatizar con el trauma del diagnóstico. No pudieron afrontar la perspectiva de que su esposa fuera a someterse a una cirugía mayor. No pudieron soportar los cuidados posteriores al procedimiento.

Ojalá pudiera decir que me sorprende, pero la noticia de que tantos hombres carezcan de la capacidad para empatizar no me extraña nada.

Claro, hay excepciones. Al investigar un poco más, encuentro alguna que otra historia de una usuaria cuya pareja estuvo a su lado, la cuidó y fue su apoyo. Un hombre se afeitó la cabeza mientras su mujer se sometía a la quimioterapia como gesto de solidaridad, mientras que otro se tomó una baja laboral hasta que su novia se recuperó por completo de una mastectomía doble.

Sé que existen hombres unicornio como ese porque mi hermano sería así si algo le pasara a Bailey. Pero en un mar de miles de hilos en foros, esos finales felices siguen siendo la excepción, por un amplio margen.

«La tasa de mujeres gravemente enfermas que se divorcian es de más del veinte por ciento, frente al tres por ciento de los hombres». Un momento, ¿qué? No puede ser. Releo la estadística parpadeando. Una probabilidad entre cinco de perder a tu pareja cuando enfermas. Se me forma un nudo en el estómago ante las posibles consecuencias.

¿Les pasará eso a mi madre y a Rick? ¿Va a decidir que las cosas son demasiado difíciles y a irse cuando ella esté en su punto más vulnerable? Aunque nunca me ha gustado demasiado, prefiero pensar que es mejor que eso. No, tiene que ser mejor que eso. Ella

ya perdió a mi padre; no puede volver a pasar por algo así, y menos ahora.

Suelto una profunda exhalación y me recuesto en la silla de mi escritorio. Mi respiración se vuelve temblorosa y la pantalla frente a mí, borrosa.

En mi clase de comunicación del semestre pasado vimos cómo internet tiene un sesgo negativo. La gente es más propensa a compartir vivencias negativas y a quejarse que a publicar noticias positivas. En este caso, eso significa que si alguien ha superado con éxito su diagnóstico de BRCA y ha vivido una vida feliz y plena, es menos probable que lo haya compartido en la red. Estará demasiado ocupada con todo lo que eso implica.

Saber eso no me hace sentir mejor.

Sé que necesito pedir cita para la prueba, y lo haré. Pero no hoy.

El sonido del timbre me saca de mi ensimismamiento y me incorporo. Creo que no espero ninguna entrega. He intentado reducir la frecuencia con la que compro por internet, al menos hasta que me organice mejor.

Cierro el portátil y espero a escuchar algunas pisadas que confirmen que se ha ido. Comprobaré qué es el paquete en cuanto se haya marchado. Entonces vuelve a sonar el timbre. Me resigno a abrir y me levanto. Vale. A lo mejor es una entrega que debo firmar.

Cuando abro la puerta, Abby está en el escalón y yo estoy muy confundida. Va más arreglada que un árbol de Navidad. Lleva un vestido azul de lentejuelas corto, brillante y con un profundo escote en V que desciende por el centro de su cuerpo. Por si fuera poco, lo ha combinado con un maquillaje de ojos ahumado, se ha recogido el pelo cobrizo en unas ondas sueltas y lo ha rematado con un ligero toque de bronceador con brillo.

Me mira de reojo, visiblemente confusa, porque está guapísima y yo parezco la versión del «antes» de un reality de televisión de cambios de imagen. Llevo unos pantalones de chándal grises holgados y una camiseta extragrande de la Universidad de Arizona, estoy sin maquillar y llevo el pelo recogido en un moño despeinado.

Como los chicos se han ido, he entrado en modo pereza. Modo pereza avanzado.

—Hola. —Una ráfaga de aire invernal me congela los pies descalzos—. ¿Qué pasa?

—Teníamos planes. ¿Recuerdas?

Me aparto y le hago un gesto para que entre mientras me devano los sesos frenéticamente. Planes… Al final me acuerdo de a qué se refiere. Esta noche viene un DJ a pinchar en una de las discotecas del centro y hace un tiempo que le dije que iría con ella.

—Claro. —Mi intento de sonar alegre no suena nada creíble—. Pasa, voy con un poco de retraso.

Me siento algo culpable por haberlo olvidado. He estado bastante preocupada estos días, y tal vez no he sido la mejor amiga. Por otra parte, Abby tampoco. ¿Cuándo fue la última vez que me escribió para preguntarme cómo está mi madre? ¿O sobre cualquier otra cosa que no sea salir a emborracharnos?

No sé en qué momento dejamos de ser inseparables para terminar así. ¿Qué fue de la Abby con la que hacía fiestas de pijamas? ¿La que se quedaba despierta conmigo cuando todos se iban a la cama y nos reíamos en la oscuridad hasta que nuestros padres nos gritaban que nos durmiéramos? Hacíamos cosas como jugar con la güija y pintarnos las uñas. O inventábamos bailes tontos e intentábamos hornear galletas sin seguir una receta (un fracaso rotundo, como era de esperar). A veces espiábamos a Chase solo para fastidiarlo.

Obviamente, crecimos, y ya no espero hacer todas esas cosas, y menos aún espiar a mi hermano, pero la dinámica en sí también ha cambiado. Abby fue la primera persona a la que le conté cuando me vino la regla y me trajo un tampón cuando me quedé atrapada en un cubículo del baño del colegio. Ahora ni siquiera puedo confiar en que no me pierda de vista en una fiesta.

Saber que no me cubre las espaldas es inquietante. Yo siempre he cuidado de ella.

—Tenemos mucho tiempo —dice con calma—. Lana y Destiny me dijeron que estuviera en su casa sobre las ocho. DJ Banner ni siquiera sale en el programa hasta las diez, y siempre empieza tarde.

No tengo ni idea de quién es DJ Banner, y no me entusiasma especialmente la idea de salir esta noche, y menos con Destiny y Lana. Aun así, la llevo a mi habitación y, a regañadientes, me preparo mientras ella revolotea por ahí, revisando mi maquillaje y mi ropa.

Abby saca mis Louboutin negros de charol y examina las suelas rojas. Fueron un regalo de cumpleaños de mi madre el año pasado; un capricho que yo jamás me daría. Los reservo solo para las ocasiones más especiales, y agradezco que tenga los pies demasiado pequeños para pedírmelos prestados.

—¿No volverás con las Kappa, verdad? —Tira mis zapatos a un lado y me estremezco—. No sé ni por qué pregunto. Ya es demasiado tarde. El semestre ya ha empezado.

—Para ser sincera, ni siquiera he pensado en lo de la hermandad.

—¿Lo ves? —Las uñas rosas le brillan cuando me hace un gesto —. A esto me refería. Como tienes novio, ya no quieres hacer nada.

—Tyler no es mi novio.

—Un follamigo. Da igual. —Pone los ojos en blanco—. Es lo mismo.

Por definición, no lo son, pero es inútil discutir.

Rebusco en el armario mientras trato de decidir qué ponerme. No me atrae nada. Saco un vestido verde esmeralda con cuello halter, lo sostengo frente a mí y lo guardo al momento. Luego hago lo mismo con tres vestidos más. A lo mejor, por esta vez puedo salirme con la mía e ir en vaqueros.

El timbre vuelve a sonar y nos interrumpe. A menos que Chloe esté en mi puerta, no tengo más amigos que vengan a verme, lo cual es un poco triste, pensándolo bien.

Esta vez sí que es una entrega. La furgoneta se aleja rugiendo a lo lejos mientras llevo la enorme caja marrón de Amazon al interior y

estudio la etiqueta. Es para mí, pero yo no he hecho ningún pedido ahí recientemente, y mucho menos uno tan grande.

Abby se acerca corriendo y se asoma por encima de mi hombro.

—¿Qué es?

—Ni idea.

Me sigue cuando llevo el paquete a la cocina. No pesa mucho, pero algo bastante grande se desliza en el interior. Cojo las tijeras de cocina y las paso por la cinta de embalar para abrir las solapas de cartón. Un fino papel blanco que parece un recibo reposa sobre el papel de embalar marrón que lo cubre, bocabajo. Le doy la vuelta, lo inclino para que Abby no lo vea y leo el mensaje impreso.

«Un regalo para ti de: Hades».

Parpadeo y lo leo de nuevo para asegurarme de que no estoy alucinando. ¿Qué clase de regalo? Ojalá no sea algo sexual, con Abby a mi lado vigilando cada uno de mis movimientos.

Me meto el recibo en el bolsillo y levanto el papel de regalo. Se me dibuja una sonrisa en los labios cuando veo una segunda caja, un poco más pequeña. Una cafetera.

Y es rosa.

Además, hay medio kilo de café orgánico descafeinado y una bolsa enorme de caramelos rosas. Me sorprende que Tyler siquiera recordara esto último. Estoy casi segura de que solo se lo mencioné una vez de pasada.

Se me llena el corazón y una sensación desconocida me invade. Una que no identifico y que jamás había sentido.

—¿Qué es esto? —Abby hurga en la caja y rebusca entre el contenido porque no sabe lo que es la privacidad. Saca el aparato con una sonrisa burlona—. ¿Una cafetera rosa, Sera? Eso es demasiado hasta para ti.

—¿Qué tiene eso de malo? —espeto, y se la quito de las manos. Eso es: estoy recuperando la palabra «demasiado». Todo el mundo lo dice como si fuera algo malo, igual que «básico». La gente usa ambos términos en mi contra, y estoy harta—. Me gusta el rosa. Me

hace feliz. ¿Por qué todo tiene que depender de lo que piensen los demás? Reírse de los gustos de los demás es horrible.

—Joder, tía. Estaba de broma. Me refería a que a lo mejor tu hermano y sus amigos no quieren tener la casa invadida por un montón de cosas rosas.

—Sinceramente, dudo que les importe.

Me doy la vuelta, dejo la caja en la encimera y respiro hondo mientras cuento hasta cinco. Bailey y Siobhan me han invitado a ver el partido de los chicos por la tele en su casa, y su oferta me resulta cada vez más atractiva. También lo es quedarme sola en casa comiendo pizza. O un millón de cosas más que no impliquen estar atrapada en una discoteca sudorosa mientras Abby me arrastra en un intento de que le presten atención.

—¿Sabes qué? —Me doy la vuelta para mirarla—. Me duele la cabeza.

Arquea una ceja y me observa con escepticismo.

—Te duele la cabeza, ¿eh? Parece muy oportuno.

—Debe de ser el síndrome premenstrual. Puede que sea el principio de una migraña. Será mejor que lo pare antes de que vaya a más.

—Sabes, últimamente has estado muy rara.

Mi cuerpo se tensa como una trampa de acero, y me cuesta mucho contenerme para mantener un tono sereno.

—Tú tampoco has sido la mejor amiga. Estoy pasando por mucho ahora mismo y parece que ni siquiera te importa.

—Todos tenemos problemas, Sera.

Claro que sí. ¿Eso hace que los míos sean menos válidos?

Se me llenan los ojos de lágrimas y aprieto los dientes para contenerlas.

—Creo que deberías irte.

Abby sale furiosa y el resultado de nuestra discusión me hace pensar en ello.

Nuestra amistad está en la cuerda floja. ¿Acaso cuenta como amistad a estas alturas? ¿Me importa?

Una vez que se va, saco la cafetera antes de guardar los dulces y el café en la despensa. De pie en la cocina, miro de nuevo el regalo de Tyler, y parte de la confusión que siento se alivia. Siento que mi vida va en diez direcciones completamente diferentes. Algunas van mejor de lo que jamás habría imaginado y otras se están yendo al traste.

Cojo el móvil para enviarle un mensaje, aunque sé que está a punto de salir a jugar.

**Campanilla:** He recibido tu regalo. Gracias. Ha sido todo un detalle.

**Hades:** No hay de qué, Campanilla. Ahora Ward no volverá a estropearte el descafeinado.

**Hades:** Pregunta 30: si tuvieras una máquina del tiempo, ¿volverías al pasado o irías al futuro?

Siento una punzada de dolor en la boca del estómago porque daría cualquier cosa por volver a ver a mi padre.

**Campanilla:** El pasado. ¿Tú?

**Hades:** Ninguno. Me da demasiado miedo el efecto mariposa.

**Campanilla:** Pregunta 31: ¿qué es algo que a todos les encanta, pero que tú consideras que está sobrevalorado?

**Hades:** Esto puede sonar raro, pero seré sincero por la gracia del juego.

**Campanilla:** Bueno, ahora tienes que soltarlo.

**Hades:** Hasta que probé tu Häagen-Dazs, habría dicho el helado. Ahora soy adicto, y esa mierda es cara.

**Campanilla:** Pero vale la pena.

**Campanilla:** Besar está sobrevalorado. Excepto a ti, quiero decir.

Lee mi mensaje al momento, por lo que acaba con la posibilidad de que lo borre. ¿De verdad acabo de escribir eso? ¿Qué estoy haciendo? Aunque es verdad. Muchos otros chicos intentan comerte la cara, y no es agradable. O hay demasiada lengua.

Con Tyler, es otra historia. Quizá porque siento que, cuando me besa, me está besando a mí, y no besando en general. Es una distinción sutil, pero importante. En el primer caso, es una forma tácita de comunicación; un acto de dar y recibir. Sabe cuándo profundizar el beso y cuándo apartarse. Siempre siento que está presente y me responde a medida que se desarrollan las cosas.

El otro caso hace referencia a alguien que trata de meterte la lengua hasta la garganta.

Aún no estoy segura de si debería haberle dicho eso. De vez en cuando, se me escapa algo demasiado importante como esto. Ahora estoy mirando nuestro hilo de mensajes tratando de no sentir vergüenza.

**Campanilla**: Ahora soy yo la que suena rara, pero mantengo lo que dije.

**Hades**: Me alegra ser la única excepción en eso. Estoy contigo. Como concepto, está sobrevalorado. Contigo, con gusto lo haría todo el día.

**Hades**: Te besaría ahora mismo si pudiera. Podemos recuperar el tiempo perdido cuando vuelva.

Creo que mi corazón acaba de estallar.



# Capítulo 21

## Empieza el partido

*Tyler*

Lo único más estresante que un partido es el momento previo.

En el vestuario, mis compañeros bromean y se ríen mientras yo me siento a un lado, sin prestarles atención. Todos saben cómo funciona la cosa. Una vez en el estadio, nadie me habla hasta que estamos en el hielo.

Cierro los ojos y visualizo todo el partido desde que cae el disco hasta que suena la bocina. Todas las jugadas y cada posible escenario. Pases, robos y pérdidas del puck. Cada lanzamiento y cómo pienso detenerlo. Imagino cada detalle: el peso de mi equipo, el hielo bajo los patines, el brillo de las luces LED del estadio y el rugido de la multitud después de cada parada.

¿Seraphina me ha contestado ya?

«Mierda, Tyler. Recomponte».

—¿Cómo te sientes al enfrentarte a tu antiguo equipo? —pregunta Dallas, que está hablando con Reid.

Como ya he desconectado, me permito echar un vistazo para ver su reacción.

—No es lo mejor —refunfuña, arrastrando la punta del patín por el suelo de goma gris—. Me preocupa Grady. Conoce mis movimientos, y su defensa se me va a echar encima.

Steve Grady, entrenador de los Woodbine Rams, era una leyenda del hockey en ciernes hasta que una lesión lo obligó a retirarse demasiado pronto, a los veintiséis años, y se convirtió en uno de los entrenadores más jóvenes a nivel universitario. También era el mentor de Reid, y mi teoría es que Grady tuvo algo que ver con su marcha.

—Si lo hacen, nos darán vía libre a Ward y a mí. De cualquier modo, les daremos una buena paliza, no te preocupes. —Chase echa la cabeza hacia atrás y se echa agua de la botella a la boca.

—Seguro que sí, pero a mí también me gusta meterla —dice Reid en tono seco.

—¡Eso quieren todos! —exclama uno de los chicos. Se oyen carcajadas y la sala se vuelve diez veces más ruidosa, llena de gritos y alaridos, chistes verdes e historias de mamadas excesivamente detalladas.

Me invade la irritación cuando me doy cuenta de que estoy más desconectado que nunca, y reprimo el impulso de decirles a todos que se callen. No solo no me escucharían, sino que romper mi regla de no hablar sentaría un mal precedente.

En un día normal, no podría oír nada de esto. Estaría completamente absorto y ajeno al circo que me rodea. Ahora mismo, soy incapaz de concentrarme. Solo puedo pensar en los mensajes que Seraphina y yo hemos intercambiado durante todo el día. Lo primero que haré cuando salga de la pista es mirar el móvil para ver si hay otro.

Bajo la mirada al suelo e intento concentrarme en contar mis respiraciones, pero no funciona. En cuestión de minutos estaré frente a la red y, por primera vez en mi vida, estoy nervioso por algo que no tiene nada que ver con el hockey.



A mitad del segundo tiempo, estamos empatados. Si necesitaba algo que me obligara a concentrarme en el partido, aquí lo tengo. La ofensiva de Woodbine me ha estado machacando durante veintinueve minutos. Tras haber recibido más de cuarenta tiros a puerta, solo me han marcado dos goles. Ambos han sido malos rebotes, y uno de ellos se me escapó completamente. No estamos teniendo suerte con el puck esta noche, y los rebotes son el punto débil de nuestra defensa.

Un lanzamiento rebota en el larguero con un tintineo y se desliza hacia el área. Mis reflejos entran en acción, me tiro al hielo y lo cubro con el guante para parar la jugada. O al menos, la jugada debería detenerse, pero los árbitros se han tragado sus malditos silbatos.

Burgess, el delantero de Woodbine, mete el palo bajo mi guante y hurga para liberar el disco. En momentos como este, desearía que los porteros pudieran pelear de acuerdo con el código del hockey, porque ahora mismo, quiero levantarme y darle una paliza a este imbécil. Todo el mundo sabe que no hay que molestar al portero después de una parada. No solo es un golpe bajísimo, sino que no tiene sentido. Cualquier gol resultante se anulará al momento.

Cuando levanto la vista para ver qué está pasando con los árbitros, Burgess me da con el stick en la mano, seguido de un corte en la muñeca. La pala aterriza sobre el puño del guante e impacta directamente en el hueso. Bajo la cabeza y aprieto los dientes mientras un dolor abrasador me sube por el antebrazo.

Mala jugada, imbécil. Ya sé que lo notaré durante al menos unos días.

Reid se acerca patinando y aparta a Burgess.

—Apártate.

—¿Qué te pasa, Holloway? —Burgess tira el palo y avanza para enfrentarse a él.

Por fin suena el silbato, pero es demasiado tarde. Tras una segunda parte acalorada, la tensión ha estallado. Me levanto con esfuerzo mientras el resto de los jugadores dicen tonterías y se empujan, hasta que se convierte en una pelea. Incluso nuestro novato más flacucho está discutiendo con uno de los más pequeños. Chase anima a gritos al equipo desde el banquillo, sin duda deseando estar en el hielo para participar. Como me sacarán si me acerco, prefiero mantener las distancias.

—Si vuelves a tocar al portero, saldrás de aquí en camilla — espeta Reid.

—Vete a llorar a una esquina, nenaza. —Con una sonrisa burlona, Burgess se lleva el guante a la barbilla y finge pensar—. ¿Crees que te dejarán cambiar de universidad otra vez cuando también te cagues de miedo aquí?

Incluso yo estoy a punto de darle un puñetazo.

Sin dudarlo un instante, Reid tira los guantes a un lado y agarra a Burgess por la parte de delante de la camiseta para tirar de él con brusquedad hacia delante. El puño de Reid le da en la nariz y se oye un fuerte crujido. No puedo mentir; es muy satisfactorio verlo. Intercambian algunos golpes más, pero quien acierta más veces es Reid antes de que los árbitros consigan separarlos. Lo expulsan de inmediato del partido mientras Burgess va a la zona de castigo.

Como era de esperar, el alboroto en el hielo anima a la multitud y el ambiente en el estadio se parece más al de los playoffs que al de la temporada regular. Es una pelea brutal y física, con penalizaciones a diestro y siniestro para ambos equipos, además de una cantidad absurda de interferencias del portero que me han realizado y que siguen sin pitarse.

El marcador sigue empatado hasta los últimos noventa segundos, cuando Dallas marca un gol entre las piernas del portero, que nos salva por poco de ir a la prórroga. Menos mal.

Para cuando llegamos al vestuario, estamos empapados y agotados. Reid se está poniendo los calcetines de vestir color carbón; se ha duchado y vestido mientras esperaba a que terminase

el partido. También tiene un feo moretón debajo del ojo derecho, pero es poca cosa en comparación con lo que le ha hecho al otro tipo.

—Felicidades, tío. —Chase le da una palmada en la espalda al pasar—. Eres oficialmente un miembro de los Falcons.

Reid suelta una carcajada mientras se abrocha los puños de la camisa azul claro.

—Me alegra haber superado al fin la fase de iniciación.

Choco el puño con su hombro al pasar.

—Gracias por defenderme, Holloway. Eres un auténtico caballero.

—Ojalá. Llevo tres malditos años buscando una excusa para darle una paliza a este tío.

—Siempre es incómodo cuando no soportas a alguien de tu equipo —coincido, y señalo a Chase con el pulgar—. Quiero decir, todos tenemos que aguantar a este. ¡Uf!

Chase deja de desatarse los patines y me hace un gesto obsceno con ambas manos.

Cuando llego a mi cubículo, cuelgo el casco y me quito la camiseta empapada. Mientras que el equipo de hockey promedio pesa entre nueve y diez kilos, el del portero pesa el doble al final de un partido. Estoy sudado, exhausto y necesito tres litros de electrolitos, seguidos de comida para un día entero. Tengo un dolor persistente en la cadera que me indica que necesito conseguir una bolsa de hielo ya… y me muero de ganas de mirar el móvil.

Obviamente, eso es lo que hago incluso antes de terminar de quitarme el equipo.

**Campanilla:** Me alegra saber que también soy la excepción del beso.

**Campanilla:** ¡Un partido increíble, Hades! Esa parada del final ha sido *emoticono de fuego*

¿Lo ha visto? Mierda, me alegro de no haberlo sabido. Por muy tonto que parezca, eso me habría puesto más nervioso que un estadio lleno de dieciocho mil seguidores y una miríada de telespectadores sin rostro.

**Hades:** Gracias, Campanilla.

**Campanilla:** Ojalá pudiera usar tu camiseta para darte buena suerte, pero sería sospechoso.

**Hades:** Siempre puedes llevarla solo para mí.

**Campanilla:** Sin nada debajo, ¿verdad? Solo quiero asegurarme de que lo estoy entendiendo bien.

**Hades:** Joder. Sí, por favor.

**Campanilla:** No querría equivocarme y hacer que tengas que azotarme.

**Hades:** Estoy en el vestuario. Me estás matando.

**Campanilla:** *emoticono de ángel*

Las celebraciones que siguen a la victoria en el hotel continúan hasta que el entrenador Miller nos ordena a todos que regresemos a nuestras respectivas habitaciones. Como está contento con nuestra actuación, deja que sigamos hasta una hora más tarde de lo habitual, y son más de las once cuando todos se van a dormir.

Chase y Dallas se van a su dormitorio, al otro lado del pasillo, y me dejan solo con Reid, que está borracho. No solo está ebrio, sino que se balancea, arrastra las palabras y se choca con objetos. En cambio, yo estoy completamente sobrio, salvo por la adrenalina de haber hecho un buen partido.

Si soy realista, deberíamos irnos a la cama, pero no parece que vayamos a dormir ninguno de los dos. Intento leer mientras Reid trata de desvestirse trastabillando por la habitación.

—El otro día te vi con la hermana de Carter —comenta, y casi pierde el equilibrio al quitarse los pantalones.

Se me hiela la sangre y dejo mi ejemplar de Hábitos atómicos junto a mí, en la cama.

—¿En serio?

—Sí. Salíais del estadio al anochecer. Tiene el pelo rosa y está buenísima. Es ella, ¿verdad? La recuerdo de la fiesta de Chase. —Deja la camisa de vestir con naturalidad sobre la silla del escritorio, aparentemente inconsciente de que tiene entre manos una información que podría destrozarme la vida.

El pánico se apodera de mí y empiezo a pensar. Definitivamente estuve más tocón con Seraphina de lo que debería camino al coche después de nuestro encuentro en la cabina de los comentaristas. Iba pensando con el pene una vez más, incluso después de habernos acostado.

Si Reid nos vio, ¿quién más lo hizo? ¿Se lo habrá mencionado a Chase? ¿O a alguien?

—Oye —empiezo—. Es complicado.

«Tranquilo, idiota». Reid está tan borracho que podría decirle que soy astronauta y probablemente se lo creería. Aun así, he elegido el peor camino posible: admitir la culpa y hacer que parezca aún más grave.

—¿En qué sentido?

Ya que me he metido en esto yo solo, será mejor que siga.

—Carter no lo sabe, y me harías un favor si me ayudas a que siga siendo así.

Se deja caer en su cama junto a la mía y estira las piernas.

—Claro. No diré nada.

—¿Ah, no?

—No. —Reid me mira con una sonrisa—. Tranquilo, tío. Parece que te va a dar un infarto.

—Es solo que no creía que fuéramos a delatarnos a nosotros mismos. Ha sido muy descuidado por mi parte.

Es complicado porque me gusta pasar tiempo con Seraphina y hacer cosas juntos. En realidad, el problema no es que se nos vea en público, sino que necesito mantener las manos quietas estemos donde estemos. Es más fácil decirlo que hacerlo. Es tan dulce y huele tan bien…

—Supongo que Carter no lo aprobaría.

—Chase se pondría hecho una furia. Además, no tiene por qué enterarse. No estamos saliendo, solo…

—¿Folláis? —añade.

Se me forma un nudo en el estómago. Me parece mal catalogarlo así.

—Somos amigos con derechos, básicamente. —Mierda. Eso tampoco suena bien—. Tenemos mucho con lo que lidiar ahora mismo.

Reid toma el último trago de su cerveza y la deja en la mesita de noche, junto al despertador.

—Inteligente. Tienes todas las ventajas sin ningún inconveniente. Hace que sea más fácil si las cosas se tuercen.

—No creo que eso vaya a ocurrir.

Resopla.

—Eso pensé yo, y luego se acostó con Grady.

Giro la cabeza para mirarlo.

—¿Cómo?

Cojo el libro y pongo el marcapáginas metálico en la hoja en la que me he quedado antes de dejarlo en la mesita de noche. De repente, todo cobra sentido. Por eso Reid se trasladó a mitad de temporada. Por eso ha sido tan hermético sobre las circunstancias. Y

por eso no ha mostrado ningún interés en las chicas que se le han echado encima desde que llegó. Su novia le puso los cuernos con el entrenador del equipo. Le jodieron, pero bien.

—Mierda. —Reid se pasa una mano por la cara—. Se supone que no debo hablar de esto.

—Creo que ya lo has hecho, tío. Puedes contármelo si quieres. Recuerda, tú también tienes información sobre mí. Considéralo un pacto de destrucción mutua asegurada.

Mira la colcha estampada, tamborileando los dedos en su muslo, y luego su mirada se posa en la mía.

—Vale. Grady se acostó con mi novia. Por eso pedí el traslado. Un día fui a su oficina después del entrenamiento para preguntarle algo, y tenía a Michelle inclinada sobre su escritorio. Menudo mentor, ¿verdad?

—Hostia puta. ¿Y qué hiciste?

La mera idea de ver a Seraphina con alguien así me revuelve el estómago. Ya me enfadé bastante cuando Rob la recogió e intentó convencerla de que pasara la noche en su casa. He descubierto que tengo una vena celosa cuando se trata de ella. Si la descubriera acostándose con otro, acabaría en la cárcel.

—¿Qué crees que hice? Esperé a que se pusiera los pantalones y luego le di una paliza. Debía de estar oxidado, porque fue bastante unilateral. —Se ríe, pero con amargura—. El equipo estaba más interesado en mantenerlo todo en secreto, así que nadie presentó cargos. Supongo que pensaron que daría mala imagen que se descubriera que el entrenador titular de treinta años se estaba acostando con estudiantes universitarias, en especial con la novia de diecinueve años de su jugador estrella.

—Eso es brutal, Holloway. Lo siento. —Mi capacidad para empatizar deja mucho que desear, pero en este caso lo siento por él. Yo habría hecho lo mismo en su lugar.

—No podía quedarme en el equipo y jugar para él después de lo ocurrido. Ni siquiera podía mirarlo a la cara. Me hicieron firmar un acuerdo de confidencialidad a cambio de ayudarme con el traslado.

Solo tuve que irme en silencio y mantener la boca cerrada, algo que llevaba bien hasta que me he bebido todas esas cervezas y ahora… mierda. He incumplido el contrato al contártelo. —Suspira, y se hunde sobre el cabecero de madera—. Aunque es agradable poder desahogarme. Las únicas personas que lo saben son mis padres y creo que opinan que debería perdonar a Michelle. Llevábamos juntos desde el instituto, tío. ¿Cómo se perdona eso?

—No se perdona. Al menos, no en mi mundo. —Al coger la botella de agua, me doy cuenta de algo desagradable. Seraphina y yo no hemos hablado de otras personas. Ni siquiera de pasada. En el fondo, no creo que vaya a enrollarse con nadie más, pero me inquieta saber que no estaría rompiendo ninguna regla si lo hiciera.

La calefacción se activa y el aire caliente me recorre la parte superior del cuerpo desnudo desde la rejilla de ventilación. Empiezo a estar incómodo por el calor, y no estoy seguro de si es por la climatización o por la perturbadora imagen mental que tengo en la cabeza.

—¿Verdad? —Reid se desploma en su cama y se tumba antes de taparse con las sábanas. Mira al techo mientras continúa—. Llevábamos más de tres años juntos. Tres putos años de mi vida desperdiciados. Incluso vino a Woodbine para estar conmigo. No tenía ni idea de que estuviera pasando algo a mis espaldas. Quién sabe, quizá estaba demasiado centrado en mis propios asuntos.

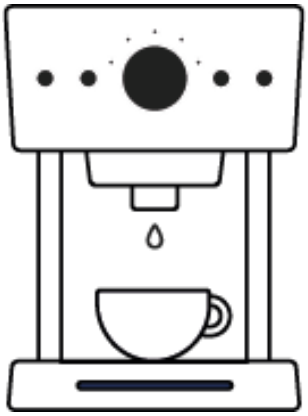
—No puedes culparte por su comportamiento. Incluso aunque fuera así, hay un millón de maneras de abordarlo que no implican poner los cuernos.

—Como sea, soy un idiota. Creía que nos casaríamos. No pienso volver a salir con nadie. —Arrastra las palabras—. No vale la pena, tío.

Cuando apago las luces, Reid se desmaya al instante. Yo no tengo tanta suerte. Mi mente se niega a apagarse. Permanezco tumbado en la oscuridad, mirando el rayo de luna que se filtra por el hueco entre las cortinas y la pared. ¿Tiene razón? ¿Lo mío con Seraphina

saldrá mal? ¿Qué pasará cuando se mude? ¿O cuando me vaya en verano?

Dijo que deberíamos disfrutar y ver cómo se desarrolla todo. Es más fácil decirlo que hacerlo cuando eso no va en mi naturaleza. Nunca he sido de los que no tienen un plan.



# Capítulo 22

## El día de San Valentín

*Seraphina*

Esta semana se me ha pasado volando. No solo he estado ocupada con las clases, sino que también he ido a ver la nueva película de Reese Witherspoon con Chloe, he ido al centro comercial con Siobhan, he llevado a mi madre a dos citas médicas diferentes y he avanzado bastante en la tarea de vaciar cajas y ordenar mis cosas. Es cierto que lo último aún está en proceso, pero ya veo el suelo, así que es un progreso.

Tyler ha estado incluso más ocupado que yo. No hemos tenido tiempo para estar juntos, salvo por unos cuantos besos robados y los maratones de mensajes diarios. Por suerte, nuestra sequía está a punto de terminar. Chase y Dallas se han ido de fin de semana romántico hace una hora, y estoy en casa esperando a que Tyler vuelva de entrenar con el entrenador privado. Hemos dejado de lado las preguntas de hoy para torturarnos con los mensajes más sucios posibles y así prepararnos para más tarde.

**Hades:** No dejo de imaginarte follándote con ese juguete.

**Campanilla:** Qué ganas de que seas tú quien me folle.

Estoy, como algunos dirían, demasiado preparada para esta ocasión. Me he depilado entera de cuello para abajo, me he puesto perfume (incluso detrás de las rodillas), he optado por una máscara de pestañas resistente al agua para que aguante mejor durante el sexo y he elegido el conjunto de sujetador y braguitas más sexy que tengo. No es que espere que ninguno de los dos me dure mucho puesto.

Según el reloj, todavía me quedan casi dos horas de espera. Me acomodo en el sofá con una taza de café y el soporte para el ordenador antes de abrir el portátil. He estado trabajando en secreto en un poema para el concurso de la revista de la que me habló Chloe. Nadie más lo sabe todavía y, dependiendo de cómo se desarrollen las cosas, es posible que nunca lo sepan.

Cuarenta y cinco minutos después, mi taza está vacía y mi cerebro también. Llevo un rato dando vueltas a los mismos tres versos, intentando ordenar las palabras para que tengan el máximo efecto posible sobre el lector. Sin dejar de morderme el labio, releo la estrofa. Algo no encaja, pero no lo localizo.

Reviso mi correo electrónico y veo un mensaje que me avisa de que han subido algunas notas al portal del estudiante. Maxine estuvo enferma la semana pasada, así que corrigió tarde nuestra primera tarea. Desde entonces, hemos entregado la segunda, y estoy tan nerviosa por ambas que me duele.

Contengo la respiración mientras espero a que cargue.

Seraphina Carter, carné de estudiante n.º 29989797
Introducción a la escritura creativa
Tarea 1: 91
Tarea 2: 92

No puede ser. Me llevo la mano a la boca y dejo escapar un pequeño chillido de alegría. Según la escala de calificaciones de la clase, ambas son sobresalientes. Para algunos, esto será habitual. Posiblemente incluso lo que esperaban. Para mí, es una anomalía. Rara vez saco un sobresaliente. Tampoco soy de sacar muchos suficientes. Mis notas suelen oscilar en un rango cómodo y predecible de notables y notables altos.

Aunque solo es una asignatura introductoria. Quizá la profesora sea poco exigente al corregir.

Cierro el navegador, vuelvo al procesador de textos y abro la barra de sinónimos a la derecha con la esperanza de que me ayude a resolver mis problemas de redacción. A veces es tentador usar vocabulario sofisticado, pero también debo tener cuidado de no caer en la trampa de emplear sinónimos que no son estrictamente idénticos en significado.

Leo el texto de nuevo y me detengo en la parte que no funciona. «Su rostro…». No, quizá debería poner «Sus rasgos…». Aunque no es exactamente lo mismo. Ninguna de las dos es la adecuada. ¿De verdad solo existe una palabra para «cara»? Qué limitante.

—Campanilla. —Una voz grave me sobresalta.

Doy un salto en el sofá y cierro el portátil de golpe.

—¡Hola!

Tyler me estudia con una sonrisa en los labios. Acaba de ducharse y se ha puesto su ropa de calle, con sus omnipresentes tonos de negro y gris. Aunque suene irracional, con solo mirarlo, sé que huele de maravilla.

—¿Estabas viendo algo indebido? —Hace un gesto con la cabeza hacia el MacBook dorado que tengo delante—. He dicho tu nombre tres veces y ni siquiera has reaccionado.

—Eh, estaba… —me interrumpo. Cualquier explicación alternativa que se me ocurra me parece incluso peor que la verdad—. En realidad estaba escribiendo. Es un poema en el que estoy trabajando para clase.

Siento que se me calienta la cara y dejo de hablar. ¿Por qué no me he limitado a decir «deberes»? No le he hablado a nadie fuera de clase sobre lo que escribo, y con razón. Es poco probable que salga algo de esto.

Arquea las cejas.

—¿En serio?

—Sí. —Me seco las palmas de las manos en la falda. ¿Por qué me sudan tanto? No es bonito.

—Qué bien, Ser. —Se sienta en el sofá y apoya una mano en mi rodilla. Siento el calor que irradia sobre mi piel—. ¿Puedo preguntar de qué se trata?

La curiosidad en su tono casi me hace querer abrirme. Casi.

—Es un secreto. —Este poema en particular quizá —y solo quizá— contenga elementos inspirados en él, por eso no lo leerá jamás.

—Así que no me he alejado demasiado. Estás escribiendo algo indebido. —Su boca se curva hacia arriba de esa manera deliciosa que me da ganas de agarrarle la cara y besarlo.

—Define indebido —evado la cuestión.

—¿Contiene algo de lo que me dejaste hacerte en la cabina de los comentaristas?

—Este no, pero otros sí. A lo mejor te he estado utilizando para investigar sobre cómo redactar poemas eróticos.

Se ríe entre dientes.

—Sírvete. ¿Escribes a menudo?

—Bastante, la verdad. —«¿Qué cojones, Seraphina?». Nadie lo sabe. Ahora que he abierto la caja de Pandora de los secretos, no puedo cerrarla.

A lo mejor se debe a la mezcla de admiración y deseo que veo en su rostro, combinada con un toque de ternura. Nadie me había mirado así antes.

Me arden las orejas y me suelto el pelo para disimularlo.

—Hasta ahora, solo escribía para mí. Gracias a esta asignatura, es la primera vez que lo comparto con alguien.

—No quiero presionarte, pero siempre estaré dispuesto a leer algo tuyo, si te sientes cómoda.

Eso es más aterrador que compartirlo con mi clase. Quizá algún día.

—A ver cómo de lejos llego. Me está dando algunos problemas.

La expresión de Tyler cambia como si acabara de darse cuenta de que estamos solos. Me quita el portátil cerrado y lo deja sobre la mesa de centro. Luego aparta el soporte para el ordenador y me toma en brazos para que quede sentada sobre él. Huele tan bien como esperaba.

Me roza la nariz con cariño.

—¿Qué tal, Campanilla? Tengo la sensación de que apenas nos hemos visto en toda la semana.

—Ahora estoy mejor.

Un sonido de satisfacción resuena en lo profundo de su garganta y me besa en la mandíbula antes de ir a mi mejilla. Me remuevo un poco para poder girarme del todo hacia él. Una mano serpentea hacia arriba para agarrarme el rostro y darme un beso largo, deliberado y profundo.

Cuando se aparta, estoy en una nube.

En lugar de besarme de nuevo, como yo esperaba, sus ojos grises oscilan entre los míos.

—Nunca podemos estar así sentados. Es bastante agradable.

Apoyo la cabeza en su hombro.

—Sí que lo es.

Siento un alivio repentino, como si se hubiera disipado una tensión con la que no sabía que cargaba. Por mucho que desee que me la meta, es extrañamente reconfortante que esa no sea la única razón por la que estamos hablando ahora. Lo considero un amigo. De hecho, confío más en él que en algunos de mis «amigos». Me gusta pensar que podemos pasar tiempo juntos incluso sin que haya sexo de por medio.

Tyler me pasa la mano por el pelo y casi ronroneo de lo mucho que me gusta. Pedirle que me acariciara esa noche en su habitación

le hizo ver una de mis mayores debilidades; una ventaja injusta que no necesitaba.

—¿Qué color es este, técnicamente? —pregunta—. Sé que es rosa, pero también tiene algo de dorado.

—La mayoría lo llama oro rosa, pero mi peluquera de Arizona lo llamaba champán fresa. Es un poco más brillante y rosado que un oro rosa normal. Hizo la mezcla específicamente para mí.

Una risa baja le retumba en el pecho.

—Claro que tienes un color de pelo personalizado, princesa.

—¿Tienes algún problema con eso? —Me incorporo y finjo que lo fulmino con la mirada.

—No, me encanta tu pelo. —Levanta un mechón y lo estudia a la luz—. Sabes, se ve diferente según la luz y el ángulo.

Si por «diferente» se refiere a «cobrizo», tiene razón. Bajo la lámpara del salón, es principalmente cobre con toques rosados. Los tonos rojizos se desvanecen enseguida, e incluso con champús especiales que preservan el color y productos de peinado con protección solar, pago una cantidad considerable en tintes con regularidad para que tenga el aspecto que quiero. Pero tener el pelo rosa me hace feliz, así que vale la pena.

—Es posible que sea porque el color empieza a desvanecerse. Ya debería habérmelo retocado. Necesito encontrar una peluquería aquí para volver a estar guapa.

—Siempre estás guapa, Campanilla. —Su boca se curva en una sonrisa torcida.

Si los humanos pudieran derretirse, yo sería un charco en el suelo.

—Tengo una idea —añade, sin dejar de pasar los dedos por los mechones.

—¿Cuál?

—Los dos hemos tenido una semana larga. Vamos a comer algo por ahí.

Mi estómago gruñe ante la sugerencia. Son casi las seis y no he comido nada desde el mediodía. Mi mal humor por la falta de

comida acecha, pero hay un pequeño inconveniente en su plan.

—Es San Valentín, Hades. Todos los restaurantes estarán llenos.

Levanta un hombro.

—Sí, pero ¿con qué frecuencia tenemos la oportunidad de hacer algo juntos?

Cierto. Es mucho más difícil coordinar una quedada dentro o fuera de casa entre semana, ya sea por nuestros horarios, la situación en la que vivimos o por todo lo demás que se interpone entre nosotros. Los fines de semana son aún menos viables porque siempre tiene partidos las dos noches. Este fin de semana es uno de los pocos descansos que tiene.

Últimamente, me he estado preguntando si sería más sencillo sacar a la luz nuestra amistad. Existe el riesgo de que la gente deduzca lo demás. No es que piense que estemos haciendo algo malo, es que no creo que mi hermano lo entienda. Aunque tampoco hace falta.

—No creo que podamos conseguir una mesa a menos que vayamos al McDonald's o al Chipotle. Que también me parece bien. Cualquier cosa sirve.

—A ver. Voy a mirar en OpenTable a ver qué hay disponible. —Me cambia de posición con sus manos anchas y nos reacomoda. Toma el móvil e introduce el código para desbloquearlo antes de tocar la pantalla. Desplaza el pulgar con el ceño fruncido.

—No… El bufé libre de sushi parece arriesgado. No… Definitivamente no. ¿Qué narices es Bob's Pancake and Taco Bar? Espera… Ahí. Podemos conseguir una mesa en el Rouge. Hay opción de reservar para dos a las ocho. Alguien ha debido de cancelar a última hora.

—¿El Rouge? —repito—. ¿No es muy elegante? ¿Y caro? —Lo conozco vagamente porque Chase llevó a Bailey hace un tiempo y, aunque dicen que fue increíble, me confesó en Navidad que se había llevado un susto con los precios.

De nuevo, el dinero nunca ha sido un problema para Tyler, y ambos lo sabemos. Su padre es uno de los agentes deportivos más

famosos del país. Chase sabía quién era su padre por las noticias de la industria del hockey mucho antes de conocerlo.

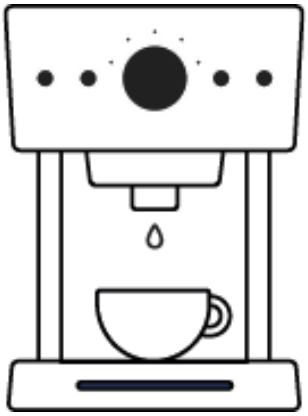
—En mi opinión —empieza a decir—, te has estado esforzando en clase, no has salido mucho últimamente y creo que te mereces pasarlo bien un rato. Y yo me he estado matando con el hockey. Si me preguntas, creo que ambos nos merecemos un descanso.

—Debo admitir que me gusta cómo piensas. —Me encanta darme caprichos. De hecho, lo hago más de lo que debería. ¿Que acabo una página de los deberes? Chocolate. ¿He ido al gimnasio? Batido de celebración al salir. ¿Apruebo un examen final? Hora de ir a Sephora. Lo justifico todo. Y es especialmente difícil rechazar a Tyler.

Aunque se parece muchísimo a una cita. ¿Va contra las reglas? Supongo que lo bueno de nuestro acuerdo es que podemos interpretarlo como queramos.

—A menos que no quieras que te vean en público conmigo —bromea—. En ese caso podemos pedir una pizza con forma de corazón, que debería llegar en unas tres o cinco horas, según internet.

—Mejor cenamos fuera.



# Capítulo 23

Noche de San Valentín

*Seraphina*

Me cambio un total de siete veces antes de decidirme por un vestido para salir a cenar.

¿Demasiado? Por descontado, y lo acepto con entusiasmo.

El color es el mayor obstáculo. Dudo entre el rosa y el negro durante más tiempo del que debería. Al final me decido por el clásico vestidito negro combinado con mis Louboutins negros de charol. Es imposible fallar con ninguno de los dos.

Luego abro la página web del Rouge en mi portátil y miro el menú para evitar la abrumadora situación de tener que decidir en la mesa. El sufrimiento por el vestuario y las opciones del menú no me deja tanto margen como esperaba para el maquillaje, pero ya estoy arreglada de antes. Me aplico a toda prisa una sombra de ojos más oscura y un poco más de rubor, y estoy lista a un minuto de irnos. En mi mundo, eso es todo un récord.

Respiro y me miro por última vez en el espejo. Estoy nerviosa porque no tengo mucha experiencia en citas reales. Los rollos universitarios no son lo mismo. Incluso con la conexión que tenemos Tyler y yo, hay algo en esta situación que parece serio.

Uf. Le estoy dando demasiadas vueltas. Se supone que deberíamos divertirnos juntos, y lo hacemos. No tiene por qué ser nada más.

Cierro la puerta de mi habitación y giro por el pasillo. Tyler está sentado en el salón con los brazos apoyados en los muslos y la mirada fija en un canal de deportes. Es divertido y exasperante a partes iguales. Siempre está en modo «trabajo».

Como yo, también se ha cambiado de ropa. Es como si hubiera identificado cada una de mis debilidades y las hubiera explotado como corresponde. La camisa negra de vestir se extiende sobre sus hombros anchos, con el cuello abierto en la parte de arriba para revelar los bordes de varios tatuajes oscuros, y lleva las mangas arremangadas hasta la mitad para mostrar aún más. Me resulta más difícil ver su tronco inferior, pero sé que lo que lleve puesto se le ceñirá a la perfección a cada centímetro de los músculos que tanto le ha costado ganar.

Los tacones me resbalan por el suelo de madera al acercarme. Se gira para mirarme y se queda de piedra. El mando se le desliza de la mano y cae al sofá. Me cuesta interpretar la expresión de su rostro. Me gusta pensar que es una reacción positiva, pero no puedo estar segura porque ni siquiera parpadea. Creo que tampoco respira. ¿Lo he roto?

—¿Ty? —pregunto tras un par de segundos.

—¿Eh? —Clava la mirada en la mía y añade con la voz ronca—: Pareces… —Le sigue otro silencio atónito. Se pasa una mano por la mandíbula—. Si no hubiera conseguido ya esa reserva, no saldríamos de casa.

Me tranquilizo un poco y la energía que me recorre se transforma en algo más cercano a la emoción. Nota mental: cuando se raya, es bueno.

Se levanta, recoge el mando de la tele y la apaga. Luego ladea la cabeza y baja la mirada a mis pies.

—Nunca me he considerado muy aficionado a los zapatos, pero esos son una pasada.

¿Ves? Mis Round Chick Altas nunca fallan. Estoy convencida de que tienen poderes mágicos.

—¿Nos hacemos una foto? —Jugueteo con el teléfono entre los dedos—. Debes admitir que estamos geniales.

Duda un segundo antes de aceptar. No me sorprende que no sea de los que se hacen selfis. A veces es demasiado serio para su propio bien.

Acabamos haciéndonos algunas: una haciendo el tonto, otra besándonos y la típica foto sonriendo. La primera es mi favorita.

El Audi todoterreno negro de Tyler está aparcado frente a la casa cuando salimos, lo cual es un buen detalle. Con el frío que ha hecho últimamente, sería como subirse a un iglú si no lo hubiera arrancado antes. Es posible que no le importe al chico que se pasa casi la mitad de su tiempo en el hielo, pero agradezco no morir de frío con el vestido puesto.

Me abre la puerta del copiloto y espera a que suba antes de cerrarla para rodear el coche hasta el asiento del conductor. Estoy segura de que hay algo roto en mi cerebro cuando casi se me hace la boca agua al ver cómo agarra con su enorme mano el cambio de marchas de cuero. Es como ese tipo de porno en el que aparece alguien increíblemente competente en algo, cuyo atractivo no puedo explicar del todo. Solo sé que parece que sabe lo que hace, y es excitante.

Lo mismo me pasó cuando lo vi jugar en la tele la otra noche. Con un padre que fue jugador de hockey profesional y un hermano que sigue sus pasos, solía considerarme inmune al misterioso fenómeno que hace que algunas mujeres se enamoren de los jugadores de hockey. Pues no tanto. Resulta que soy muy susceptible, al menos cuando se trata de Tyler. Verlo en el hielo me hizo sentir cosas que no debería.

—¿Has podido echarle un vistazo al menú, Ser? —Su mirada se posa en mí mientras reduce la velocidad hasta detenerse en un semáforo en rojo.

Me llena de alegría que recuerde este pequeño pero neurótico detalle.

—Sí.

Me da un apretón cariñoso en el muslo.

—Bien.

Hay un aparcacoches en la entrada del restaurante cuando llegamos. Tyler le entrega el coche antes de subirse a la acera y rodearme la cintura con un brazo. Me aprieta contra él mientras me guía dentro.

El Rouge es aún más impresionante de lo que esperaba. Está decorado con estilo, en tonos oscuros; es lujoso sin ser pretencioso. El pequeño espacio está salpicado de mesas de diferentes tamaños, con lámparas tenues y velas como únicas fuentes de luz.

La música suena en voz baja de fondo mientras la anfitriona nos conduce por el restaurante. Tyler no aparta la mano de mi espalda durante todo el trayecto. Nos lleva a un pequeño reservado de cuero en un rincón del fondo. Quien haya cancelado la reserva, sin duda, ha renunciado a un sitio privilegiado. Es acogedor y el ambiente es para morirse.

Una mirada pensativa le atraviesa el rostro mientras la camarera desaparece y nos deja solos. Me toma la mano por debajo de la mesa y me roza con el pulgar la fina piel de la parte interna de la muñeca.

—Lo que quería decir antes es que estás guapísima, Campanilla.

No necesito un espejo para saber que me estoy sonrojando.

—Gracias, Hades.

Para ser mi primer San Valentín con un chico y mi primera cita no cita, el listón está increíblemente alto.

Echamos un vistazo a los menús mientras esperamos, y Tyler pide una cerveza para él y una copa de sauvignon blanc para mí, a

petición mía. Me gusta el vino blanco de vez en cuando. Por mucho que lo haya intentado, no he conseguido acostumbrarme al tinto.

—Pregunta cuarenta. —Media copa después, noto que se me sube un poco a la cabeza a causa de la falta de comida—. ¿Cuál es tu peor hábito?

Lo piensa un instante.

—Soy demasiado competitivo.

—¿Tú? —bromeo—. ¿Competitivo?

—Más bien conmigo mismo, pero también lo soy con otros porteros. Es un buen combustible, siempre que no se me vaya de las manos. Aunque a veces ocurre.

Cuando me mira expectante, de repente me doy cuenta de que yo también voy a tener que responder. Hacerle preguntas para conocerlo mejor es un arma de doble filo.

—El mío es el autosabotaje. Sé que lo hago, y no soy capaz de evitarlo. —La procrastinación es la peor forma en que se manifiesta. Otras incluyen la negación y la incapacidad de priorizar de manera adecuada.

—¿Sabes por qué lo haces? —No hay juicio en su tono, solo preocupación.

—No —digo con sinceridad mientras paso los dedos por el pie de cristal de la copa—. Bueno, puede ser. Podría estar relacionado con todo el tema del TDAH. He leído que suelen ir de la mano.

Tyler baja la mirada hacia la mesa como si estuviera pensando qué decir, y tarda tanto en hablar que me preocupo por lo que dirá.

—¿Alguna vez has pensado que salir con alguien como Abby podría ser una forma de eso? ¿Como ponerte en situaciones en las que no te sientes del todo cómoda e intentar compensarlo?

¿De verdad? Nunca lo había visto así. Me lo paso bien en fiestas pequeñas en casas y en el Overtime, pero no estoy segura de sentirme realmente a gusto en las discotecas y fiestas de fraternidades abarrotadas. A mis amigos les gustan, así que siempre he ido por miedo a parecer aburrida o a perder amistades.

Claramente no es la razón correcta para hacer las cosas, y en el fondo lo sé.

—Tal vez… —Se me apaga la voz—. ¿Cómo… cómo lo has sabido? Es algo muy específico. No estoy enfadada y tampoco digo que no esté de acuerdo, pero nunca lo había pensado.

—Yo solía hacer cosas así. No era exactamente lo mismo, pero no lidiaba bien con el estrés al que estaba sometido y lo compensaba de una forma muy destructiva. Lo que nos lleva de vuelta a lo de limpiar cuando me estreso y a los tatuajes, como ya te conté. —Señala la elaborada brújula que lleva tatuada en la otra mano—. Me hice este como recordatorio de que debo concentrarme en adónde quiero ir y no ahogarme en un vaso de agua.

Ese tatuaje es lo primero que me hizo comprender su identidad. Me gusta aún más ahora que sé lo que simboliza.

—Eres la persona más centrada que conozco, Ty.

El camarero nos interrumpe cuando trae los pasteles de cangrejo y la torre de atún de aleta amarilla para empezar. El marisco es muy difícil de preparar bien en casa —o, al menos, no lo domino—, así que siempre lo pido cuando salgo a restaurantes de alta cocina. Y cuando le hincamos el diente, el Rouge no me decepciona.

—¡Dios mío! ¡Qué rico! —Tomo otro bocado de atún y ensalada asiática y suelto un gemido. Es la gloria en el tenedor. El hecho de que esté muerta de hambre hace que todo sepa mucho mejor.

Tyler me mira por encima del borde del vaso.

—No puedes hacer esos ruidos, Ser.

—¿Por qué? ¿Ya tienes malas ideas?

—¿Tener? —Le brillan los ojos con una diversión oscura—. Más bien estoy intentando activamente evitar llevarlas a cabo.

Hablamos sin parar durante toda la cena mientras intercalamos coqueteos e insinuaciones. Aunque Tyler también parece disfrutar de la comida, su atención está fija en mí mientras comemos.

Para cuando pedimos un suflé de chocolate negro para compartir de postre, los dos estamos al límite.

Bajo el mantel, su mano se desliza por el dobladillo de mi vestido y se posa escandalosamente en mi muslo desnudo, alimentando con este gesto la anticipación que se ha estado cociendo a fuego lento en mi interior toda la noche. No está haciendo nada, pero ese es el objetivo.

Si está dispuesto a seguir adelante, más le vale estar preparado para las consecuencias.

Me acerco más a él en el asiento y pego mi muslo al suyo, para asegurarme de que pueda ver todo el escote de mi vestido. Me recorre el rostro con la mirada de manera lenta y pausada hasta llegar a mi objetivo, y se le tensa un músculo de la mandíbula.

—¿Qué pasa? —Pestañeo hacia él.

—Campanilla… —me advierte.

—Pareces tenso. ¿No te ha gustado la comida?

—No tanto como me va a gustar comerte el coño cuando terminemos.

Una descarga de deseo me sacude. Si hay justicia en este mundo, podré experimentar eso al menos una vez en mi vida.

Un hormigueo me recorre la columna cuando me aparta el pelo de la oreja y se inclina.

—¿Recuerdas lo que dije durante la videollamada?

¿Quién lo olvidaría? Tengo esas palabras grabadas para siempre en el cerebro. «Haré que te corras tan fuerte que acabes hecha un desastre húmedo. Y cuando termine, te besaré para que saborees lo dulce que eres».

Aprieto los muslos alrededor de su mano, que todavía está varios centímetros más abajo de donde me gustaría que estuviera. Me retuerzo con impaciencia, más frustrada a cada segundo que pasa. Llevo todo el día esperando que me toque. Si no hace algo pronto, puede que lo haga yo misma.

Una sonrisa burlona se dibuja en su rostro.

—¿Vas a ser una buena chica para mí, verdad?

Asiento.

—Mmmmm.

—Entonces quítate las bragas y dámelas.

—¿Quieres que lo haga aquí? —susurro, mirando a mi alrededor. Nuestra mesa está parcialmente protegida por una de las varias chimeneas que van del suelo al techo, y la parte inferior de nuestros cuerpos está oculta por el mantel. Nadie nos oye—. ¿En medio del restaurante?

—O puedo hacerlo yo, pero te aseguro que seré mucho menos discreto.

Tyler me mira expectante mientras yo finjo timidez. Cree que tiene la sartén por el mango. Lo que no sabe es que me quité la ropa interior en un impulso mientras me vestía. Por lo tanto, no hay bragas que dar.

—No puedo. No llevo nada puesto.

Un deseo oscuro se refleja en su rostro. Me separa las piernas con la mano y cubre mi centro con ella. Arqueo la espalda, con la respiración entrecortada mientras un dedo ancho se desliza por mi entrada empapada y caliente.

Una sensación de calidez me inunda el cuerpo y jadeo en silencio.

—Ty.

Aunque me moría por que me tocara, no estoy segura de si seré capaz de quedarme callada lo suficiente como para dejarlo continuar.

Unas sombras se proyectan en su precioso rostro y veo la determinación en sus ojos.

—Deja de pensar, Ser. Te tengo.

Dos dedos se deslizan en mi interior y la repentina sensación de plenitud me provoca una dosis masiva de placer. Una oleada de euforia me recorre el cuerpo y me agarro al borde de la mesa para evitar mover las caderas.

—Buena chica. —Tararea a modo de aprobación—. Lo estás haciendo muy bien.

Su atención permanece fija en mí. Observa atentamente mi reacción mientras sus dedos entran y salen y la palma de su mano se frota contra mi clítoris. Se me entrecorta la respiración y el resto de la habitación se desvanece.

Con unos cuantos movimientos más de sus hábiles dedos, estoy en la cima de una montaña rusa, observando la caída que se avecina. Lo miro con impotencia mientras me tambaleo al borde del abismo.

—Así, cariño. Enséñame qué le harás a mi polla cuando lleguemos a casa.

Un placer ardiente me invade y me muerdo el labio inferior para no gritar. El orgasmo me recorre en oleadas, aparentemente eterno, antes de desvanecerse. Cuando es demasiado y estoy completamente saciada, le agarro la mano a toda prisa por debajo de la mesa para detenerlo.

—¿Quién lo diría? —Retira los dedos con delicadeza y baja la cabeza para besarme la mejilla—. Te has corrido antes de que llegue el postre.



# Capítulo 24

Tacones sexys

*Tyler*

¿Es posible estar borracho de sexo antes de habernos acostado? Ninguno de los dos hemos tomado más de una copa, pero ambos actuamos como si estuviéramos completamente ebrios. Solo conducir a casa ya me ha supuesto un reto.

Abro la puerta de golpe y la sujeto para que Seraphina entre primero. Se me endurece el miembro al oler su perfume en el aire cuando pasa junto a mí. Lo tengo tan duro que no veo con claridad, y ella apenas me ha tocado.

Me giro para colgar los abrigos y ella tropieza con un zapato perdido en el felpudo.

Estiro el brazo que tengo libre para agarrarla y evitar que se caiga.

—¿Estás bien, Campanilla?

Por una vez, parece realmente avergonzada.

—Estoy demasiado excitada para mantener el equilibrio. Necesito sentarme y quitármelos antes de que me rompa un tobillo. —Señala

sus brillantes tacones negros. Son tacones sexys, y sabía exactamente lo que hacía cuando se los ha puesto esta noche.

Antes de que pueda sentarse en el banco del pasillo, la hago retroceder poco a poco hasta que queda pegada a la pared. La agarro de las muñecas y las coloco sobre su cabeza para inmovilizarla mientras mis labios capturan los suyos. Se le escapa una risa de sorpresa, delicada y entrecortada, antes de inclinar la cabeza y devolverme el beso. Su suave lengua roza la mía, su sabor se mezcla con el chocolate del postre y un gruñido involuntario retumba en mi pecho. Lo que dije sobre besarla era en serio. Es una de mis cosas favoritas.

Inclino la cabeza y le recorro la garganta con la nariz, inhalando su aroma. Mierda. Hay una infinidad de cosas que quiero hacerle, pero sé exactamente por dónde voy a empezar.

—Vamos a quitarte los zapatos.

Seraphina suelta una risita.

—No hace falta.

Le muerdo con cuidado la piel donde el cuello se une con el hombro.

—Quiero hacerlo.

Le recorro los costados con las palmas, que se adaptan a las curvas de su cintura y de sus caderas, y desciendo hasta quedar de rodillas ante ella. Se apoya contra la pared y cambia el peso a un pie para ofrecerme el otro. Es familiar de alguna forma, pero muy diferente en otras.

Le poso la boca en la pantorrilla y deposito un suave beso a lo largo de su piel antes de desabrochar cada hebilla y apartar ambos tacones. Luego levanto la tela del vestido negro para exponer su mitad inferior desnuda. Un gemido resuena en mi garganta cuando su precioso coño queda expuesto para mí.

—Porque la última vez… —Le abro las piernas mientras recorro sus muslos internos con besos y pequeños mordiscos. Su respiración se vuelve agitada y su cuerpo se tensa con anticipación cuando me detengo cerca de donde más me desea—. No pude hacer esto.

Mi boca se cierra sobre su centro y lo lamo en una caricia larga y lánguida. Seraphina grita y hunde los dedos en mi pelo.

—Oh, joder. —Echa la cabeza hacia atrás y se le cae el bolso de la otra mano.

Tiembla mientras le acaricio el clítoris con la lengua y deslizo dos dedos dentro de su calidez, apretada y húmeda. Acaricio las paredes en completa sintonía con la boca hasta que no puede hacer más que suplicar y temblar sobre mí.

A medida que se acerca al orgasmo, está cada vez más húmeda y gotea con una excitación dulce y embriagadora. Tengo el pene tan duro que casi me duele, y me debato entre la necesidad de hundirme dentro de ella o hacer que este momento nunca termine.

Balancea las caderas para frotarse contra mi cara y tira con más fuerza de mi pelo. Interpreto sus señales y sigo el ritmo de cómo se mueve contra mí. Con unas caricias más de mi lengua, emite una mezcla de súplicas entrecortadas y gemidos de necesidad al llegar al clímax.

Poco a poco, la bajo de la nube en la que está y le doy un último lametón antes de levantarme. Seraphina se apoya contra la pared, dócil en mis brazos. La sujeto, acerco mi boca a la suya y encajo una rodilla entre sus piernas. Se le escapa un gemido desesperado cuando mi muslo roza su clítoris sensible e hinchado.

—Ty. —De manera instintiva, inclina la pelvis hacia delante en busca de más—, te voy a manchar los pantalones.

—Vale. —Hago una ligera presión, porque eso sí que es un buen incentivo.

—Vamos a mi habitación —suplica—. Por favor.

Bajo las manos hasta acariciarle el trasero desnudo, la levanto y ella me envuelve con las piernas para llevarla pasillo abajo. Enciendo la lamparita en la mesita de noche y la dejo sobre el colchón. Me mira parpadeando, con los labios en forma de corazón ligeramente entreabiertos. Es una imagen preciosa.

Recorre mi pecho con sus finos dedos y pasa por encima del cinturón hasta que me agarra por encima de los pantalones. Gruño y

los músculos de mi abdomen se tensan. Es increíble el efecto que tiene sobre mí.

—¿Ves lo dura que la tengo? Es cosa tuya.

—¿Qué más debería hacerte? —Me mira por debajo de las largas y oscuras pestañas mientras me desabrocha la camisa poco a poco.

Muevo los hombros para ayudarla a quitármela.

—Arrodíllate y sácamela.

Me pongo de pie mientras Seraphina se desliza fuera de la cama y se arrodilla en la alfombra aún con su vestidito negro. Mi respiración se vuelve superficial mientras me desabrocha el cinturón y los pantalones para bajármelo todo.

Me rodea el miembro con su pequeña mano y me masturba.

—¿Y ahora qué?

—Pon a trabajar esa bonita boca tuya.

Canturrea como si se lo pensara.

—¿Quieres que use la boca? —Sus labios se ciernen sobre la cabeza de mi polla y siento su aliento cálido contra mi piel, pero no me obedece.

—Sí. —Gimo y echo la cabeza hacia atrás mientras me acaricia de arriba abajo para provocarme—. Joder, sí.

—Di por favor.

—Por favor, Ser, cómeme la polla. —No dudo en responder. Ahora mismo, haría lo que fuera por tener esos labios carnosos e hinchados alrededor de mi miembro.

—Así está mejor. —Su lengua rosada sale disparada y se arremolina alrededor de la punta para lamerme despacio, como si fuera un cono de helado. Cada pasada es una dulce tortura. Le aparto el pelo con cuidado, instándola a continuar. Al final, me envuelve el capullo con los labios y me toma entero con su boca cálida y húmeda. Se me escapa un gemido gutural y reprimo las ganas de embestirla. Con los piercings, necesito tomármelo con calma por su bien.

—Cómeme la polla —le digo—. Entera, hasta el fondo. Buena chica.

Me mira con ojos llorosos y lleva al límite hasta el último resquicio de mi autocontrol. Ver a Seraphina de rodillas con mi polla en la boca es suficiente para que pierda la cabeza en el acto. No sé qué tiene, pero me siento como si me hicieran una mamada por primera vez.

Cuando profundiza aún más, llego al fondo de su garganta. Un hormigueo familiar me recorre la base de la columna.

—Campanilla. —La agarro con más fuerza por las raíces del pelo a modo de advertencia—. Me encantaría correrme en tu boca en otra ocasión, pero esta noche necesito tu coño.

En lugar de detenerse, desliza los labios lenta y tortuosamente hasta la cabeza y se queda allí, jugueteando con su lengua. Ah, joder. No duraré mucho más si sigue haciendo eso.

Me suelta con una sonrisa burlona y la ayudo a levantarse.

Trato de no sonreír y la beso.

—Caprichosa.

—¿Ah, sí? —Seraphina se quita el vestido y lo deja caer al suelo, por lo que queda totalmente desnuda ante mí. Todos mis pensamientos abandonan mi mente mientras lo asimilo. Pechos grandes y firmes, caderas sensuales, piel suave y cremosa.

Ya está. Estoy acabado. No puedo esperar más.

La echo sobre la cama y mis labios cubren los suyos mientras entre los dos tiramos de mi ropa de manera frenética. Es un revoltijo de labios y manos, besos y gemidos. El efecto que tiene sobre mí no se compara con nada que haya experimentado antes. Es mejor que cualquier droga.

Una vez que no queda nada entre nosotros, arquea la espalda y frota su coño húmedo contra mi polla. Con cada movimiento de las caderas, la lubricación adicional me acerca un poco más a deslizarme en su interior. Necesito hacer acopio de todo mi autocontrol para no echar las caderas hacia delante.

Ella se mueve debajo de mí de nuevo, y la punta de mi pene empuja su entrada empapada.

—Tranquila —digo con voz áspera mientras lucho por permanecer inmóvil sobre ella. Me arde la piel, tengo los músculos tensos y todo mi cuerpo ruega que me mueva.

Seraphina me besa la mandíbula.

—Fóllame.

Me resulta casi imposible resistirme a la necesidad de hacer exactamente lo que me pide. Sería facilísimo borrar la distancia entre nosotros de una sola embestida y ceder a lo que ambos deseamos con desesperación. Y créeme, lo deseo muchísimo. Antes de hacer algo imprudente, me vuelvo a sentar de rodillas.

—Condón, Campanilla.

Me indica su mesita de noche, y vuelvo a estar entre sus piernas en un tiempo récord. Cuando me hundo en ella, suelta el jadeo más bonito que he oído en mi vida y se aprieta a mi alrededor. Mis caderas se mueven hacia delante y mi cuerpo reclama el suyo por completo.

Tener su boca a mi alrededor ha sido increíble, ¿pero su coño? Es el cielo.

—Joder, Ser. —Empujo de nuevo y me deleito con cómo le rebotan los pechos—. Vas a hacer que me corra muy fuerte.

Me araña los brazos mientras mis caderas se mecen contra ella, rozando el punto que le hace poner los ojos en blanco. Esta noche, me había dicho que me tomaría mi tiempo para follarla. Ahora que por fin estoy dentro de su vagina, caliente y húmeda, estoy borracho de lujuria.

Hago un esfuerzo por controlarme y me obligo a contenerme mientras observo cada reacción suya. Los cambios en su respiración, los suspiros y sonidos, la forma en que cierra los ojos con fuerza cuando toco el punto exacto. Me pierdo en ella por completo y la penetro exactamente como me pide.

Seraphina se retuerce debajo de mí, su piel adquiere un rubor rosado y sé que está al límite. Inclino las caderas y cambio el ángulo ligeramente. Abre la boca y arquea la espalda en la cama.

—Ah, Dios. —Gime y aprieta las piernas alrededor de mi cintura—. Me corro. Córrete conmigo. Por favor. Te necesito.

En cuanto dice eso, se acaba la partida.

Estrello mi boca contra la suya y mis manos vuelan a su cintura para sujetarla contra el colchón. Cuando la embisto de nuevo, se desmorona con un grito. Se me tensan los abdominales y el cuerpo y me corro justo después de que ella, con la polla palpitando con esa ansiada liberación. El placer es tan intenso que estoy bastante seguro de que se me está derritiendo el cerebro.

Bajo la cabeza e intento recuperar el aliento. El corazón me golpea contra las costillas y las réplicas me desgarran el cuerpo. Estoy mucho más cansado de lo que debería estar como atleta, y lo atribuyo a toda la anticipación previa al evento principal.

Cuando vuelvo a levantar la vista, nuestras miradas se encuentran y en su boca se dibuja una sonrisa. Tiene una expresión a medio camino entre satisfecha y engreída, probablemente porque a estas alturas ya sabe el efecto que tiene sobre mí.

—Para que conste —digo, respirando con dificultad—. No me pidas que me corra a menos que quieras que suceda inmediatamente.

Se ríe.

—Sin duda voy a abusar de esa información.

—No serás capaz. —Le pellizco el culo y se ríe aún más fuerte.

Más tarde esa noche, Seraphina se queda dormida primero. Yo yazco en la cama con su cuerpo desnudo abrazado al mío mientras escucho su respiración lenta y regular en la habitación silenciosa.

Entonces lo comprendo: no he pensado en el hockey en toda la noche.



Mi rasgo tóxico es que me gusta saberlo todo, incluso cuando no me hace bien. Es lógico que me guste controlar mis estadísticas, pero

monitorear a la competencia es una forma de destrozar mi salud mental.

Por ejemplo: Caleb Brown ha subido un puesto en la clasificación, lo que nos deja empatados. Sigo siendo el primero, pero la diferencia se está acortando rápidamente. Joder.

Miro los diminutos números en la pantalla hasta que se vuelven borrosos. Mi parte racional sabe que es absurdo que me estrese por la rivalidad entre el primer y el segundo puesto de la liga. A la otra parte de mí le da igual ese argumento, sobre todo cuando mi carrera a largo plazo está potencialmente en peligro.

Seraphina se acerca y me observa con el ceño fruncido.

—¿Estás bien, Hades? Parece que quieres matar a alguien.

No se equivoca. Estoy de mal humor, pero, ahora que la miro, me esfuerzo por superarlo. Ya es sábado por la noche y siento que el fin de semana se me escapa entre los dedos como granos de arena. No quiero perder ni un segundo.

—Sí, solo estaba mirando…

—Hockey —termina, y me quita el móvil con cuidado de las manos—. Me has prometido que veríamos una película.

—Lo sé. —Hasta le he dicho que podía elegir una de chicas. Ha sido de ayuda que me lo haya pedido en medio de la ducha más subida de tono que me he dado. Cada vez que vea el cabezal de ducha desmontable, lo imaginaré entre las piernas de Seraphina.

Se sienta en el sofá a mi lado y me cubre el regazo con las piernas. El pijama rosa y blanco que se acaba de poner me da ganas de hacer cualquier cosa menos dormir. El top corto de canalé le llega por encima del ombligo y deja al descubierto una tentadora franja de piel desnuda, y los pantalones cortos apenas le cubren las nalgas.

Se inclina hacia delante y saca un caramelo rosa de la bolsa que está en la mesita de centro mientras abro la aplicación de la tienda de películas.

—Por cierto —dice—, no me has dicho que se acerca tu cumpleaños.

Hago una pausa con el mando aún apuntando al televisor.

—¿Quién te lo ha dicho?

No es que sea un secreto; es que oír a alguien hablar de mi cumpleaños me hace sospechar de manera automática.

Levanta la cabeza de golpe y pone los ojos como platos.

—Eh… nadie. —Se mete un Starburst en la boca.

Sí. Justo como pensaba. No es difícil adivinar qué está pasando.

—¿Dallas va a hacerme una fiesta sorpresa?

Seraphina mastica el dulce despacio, como si intentara ganar tiempo para pensar.

—No sé si se suponía que era una sorpresa en sí, pero puede que me hayan dicho que no te lo contara. —Pone una mueca—. Se me da fatal guardar secretos. Lo siento.

No me gustan demasiado las sorpresas, y aún menos las fiestas sorpresa. Pero con la información que Dallas tiene sobre mí, no puedo quejarme. Además, tiene buenas intenciones. Como el extrovertido de la casa, a veces olvida que no todos somos como él.

—No pasa nada —le digo—. Prefiero saberlo. Siempre y cuando podamos escabullirnos para tener sexo de cumpleaños.

Su boca se curva en una sonrisa.

—Sin duda podemos escabullirnos para tener sexo de cumpleaños.

Tras un momento de debate —aunque sospecho que en secreto sabía lo que quería desde el principio—, Seraphina elige Una rubia muy legal porque no la he visto y afirma que es el santo grial de las películas. Le doy al botón de reproducir, le tomo el pie izquierdo y le hundo el pulgar en el arco para hacerle un masaje.

—Buah, qué bien. —Se recuesta en los cojines y deja escapar un suspiro que roza lo sexual—. Podría acostumbrarme a esto.

A mitad de la película, se queda dormida sobre mi pecho. La imagen se detiene cuando le doy al botón de pausa para dejarla por donde nos hemos quedado. Los domingos son mi único día libre de todo tipo de entrenamiento, y puede que tengamos tiempo de terminarla mañana antes de que Chase y Dallas vuelvan. Aunque

nunca la habría visto solo, ahora estoy enganchado. Warner es un completo imbécil, y estoy deseando ver cómo cae.

Hay algo más en la película que me resuena. Creo que entiendo por qué Seraphina se identifica con ella, y eso me permite conocerla mejor.

Pongo el canal ESPN en la tele y bajo el volumen hasta que es casi inaudible. Entonces miro a Sera y me debato entre llevarla a la cama o dejarla dormir un poco más antes de intentarlo. Tiene los labios ligeramente entreabiertos y las pestañas oscuras descansan sobre sus pómulos. Una sensación de protección me invade, seguida de una enorme confusión.

¿Qué estoy haciendo?

Caleb me pisa los talones, Nueva York se está fijando en otros porteros y los Falcons están esforzándose por asegurarse un puesto en los playoffs esta temporada. No puedo decepcionar a nadie, y menos a mí mismo, y necesito estar más centrado que nunca. Sin embargo, me he pasado la mayor parte de las últimas veinticuatro horas evadiéndome de la realidad, mientras fingía que ninguna de esas prioridades existía.

Involucrarme así con alguien es lo último que debería hacer. Lo peor es que ni siquiera sé si puedo evitarlo. Soy débil cuando se trata de Seraphina, y no es porque me guste el sexo.

Esta afirmación evoca un aluvión de sentimientos que no quiero afrontar y muchas preguntas a las que no quiero responder. En su lugar, busco el móvil y abro el correo electrónico. Tengo uno nuevo de Mark titulado «Invitación a un fin de semana con EnduraFuel». Leo el correo, con el cuerpo tenso.

> Sé que aún faltan dos semanas, pero solo quería asegurarme de que has visto los correos de confirmación del vuelo. Tu vuelo directo sale de aquí a las 9.15 del viernes y el de regreso sale del aeropuerto de Los Ángeles a las 7.10 del lunes.

EnduraFuel es el socio oficial de bebidas de la liga, y su torneo anual por invitación es una puta pasada. Es exclusivo para jóvenes

promesas de alto nivel que ya han sido seleccionadas o que tienen muchas probabilidades de serlo en breve. El mero hecho de asistir es una demostración de talento. Hay un torneo de habilidades, un minitorneo de tres contra tres y un montón de eventos para los que la gente puede comprar entradas. En esencia, es una gran competición para ver quién la tiene más larga, y la prensa estará allí, lo que significa que necesito estar en mi mejor momento.

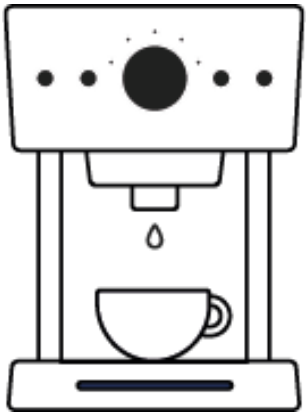
Durante las próximas dos semanas, necesito estar alerta tanto mental como físicamente. Dormir más. Reducir el estrés al mínimo. Entrenamientos tácticos adicionales…

Seraphina se despierta y abre un ojo, somnolienta.

—Hola, Hades.

—Hola, Campanilla. —Bloqueo el móvil y lo dejo a un lado—. ¿Quieres ir a la cama?

No puedo permitirme distracciones, pero ¿y si es demasiado tarde?



# Capítulo 25

## Cariño y consideración

*Seraphina*

En honor a haber superado otra semana, hoy hago dos cosas que me dan miedo: la primera es enviar mi poema al concurso de la revista Revolve. Hasta lo hago antes de tiempo, algo totalmente atípico en mí.

Con solo pulsar unas teclas más, he completado el formulario. Contengo la respiración y rezo mientras hago clic en «Enviar». La página se recarga con la confirmación de que lo han recibido.

He hecho un cambio de última hora y he participado en el concurso con el poema que escribí en el taller de clase. Después de todos los comentarios que recibí, he hecho algunos cambios bastante sustanciales. Chloe me ha ayudado con algunos retoques más y Maxine también me ha dado su opinión. Todavía no sé si es lo que buscan los jueces, pero es sin duda lo más crudo que he escrito. He sangrado por toda la página. Incluso aunque no gane, que es lo más probable, al menos sabré que lo he dado todo.

El segundo punto aterrador en mi agenda —con el que estoy ahora mismo— es pedir cita para la prueba del BRCA. O al menos eso estoy intentando. Llevo más de diez minutos sentada en mi habitación mirando el móvil, intentando darle al botón verde de llamada.

Mi pulgar se cierne sobre la pantalla y el corazón me ruge en los oídos. Trago saliva y le doy, a la espera de que dé tono. Me cuesta no colgar antes de que lo haga.

Una recepcionista responde después del primer tono, mucho antes de que esté preparada para hablar.

—Centro Médico North End. ¿En qué puedo ayudarle?

Siento náuseas y la idea de colgar me viene a la mente, pero me obligo a no hacerlo.

—Eh, hola. —Me aclaro la garganta—. La consulta del doctor Wilson me ha derivado a hacerme unas pruebas genéticas. Debería estar a nombre de Seraphina Carter.

—Espere, por favor. —Un momento después, vuelve a la línea—. Sí, tenemos toda su documentación aquí. Por lo general, reservamos la cita con varias semanas de antelación, pero hemos tenido una cancelación de última hora y hay una plaza disponible esta mañana. ¿Podría venir?

—Claro. —No tengo ningunas ganas de hacer esto hoy, pero algo me dice que si no acepto la cita, lo pospondré para siempre—. ¿A qué hora?

—A las once y media. Sé que es con poca antelación. Puedo mirar la siguiente cita disponible si no le va bien.

El terror me atenaza la garganta y me obligo a responder.

—Me viene bien.

Dos horas después, estoy sentada en el coche frente al centro de pruebas, al borde de un ataque de nervios. Incluso conduciendo tan despacio como me permitían la seguridad y la cortesía, he llegado cinco minutos antes. Una parte latente y autodestructiva de mí deseaba en secreto llegar tarde y perder la cita.

Giro la llave y el motor se apaga. «Sal, Sera. Acaba con esto de una vez. Podría ser negativo. Todo podría estar bien. Recuerda el poder del pensamiento positivo».

Con la mandíbula apretada, agarro la manija de la puerta, pero aparto la mano al momento. Cuanto antes lo sepa, antes podré afrontarlo, sea positivo o negativo. Entonces, ¿por qué soy incapaz de salir del coche?

Debería haber venido con alguien o, como mínimo, debería habérselo contado a alguien. Así, cuando me vaya, podría llamarle para contarle cómo me ha ido.

Nunca me he sentido tan sola, y probablemente sea porque lo estoy.



—Gracias de nuevo por dejarme cambiar la quedada. —Dejo la bandeja de café y aparto una silla roja de plástico para sentarme junto a Chloe en la zona común de Comunicaciones. En vez de un descafeinado, hay un café con leche normal para mí junto al suyo, y eso deja claro que las cosas no van bien. El tipo de cansancio que tengo no lo cura el sueño. Estoy cansada hasta los huesos.

—No hay problema. ¿Va todo bien? —Arquea las cejas oscuras—. No es por ser cotilla, es solo que… parece que has estado llorando.

El corrector solo puede ocultarlo hasta cierto punto, y no puede camuflar el hecho de que me he pasado media hora llorando en el coche al llegar a la universidad. Es maquillaje, no magia.

—Eh, bueno… —Se me quiebra la voz, y con ella algo más. No sé cómo ni por qué sucede, pero de repente, todo lo que he estado conteniendo se libera en un torrente de emociones. Todo el miedo, la incertidumbre, la esperanza, la duda, la tristeza, la pena, la preocupación y la rabia. Ni siquiera he arañado la superficie en lo que respecta a la última, y me aterra descubrir qué hay debajo.

Las lágrimas se desbordan y se derraman por mis mejillas mientras los sollozos me desgarran el pecho. La vergüenza se suma

a la intensidad de todo lo demás que siento, y tengo muchas ganas de salir corriendo, encerrarme en un baño y dejar de asistir a Escritura creativa para no tener que volver a ver a Chloe. ¿Quién tiene una crisis nerviosa en medio del vestíbulo? Estamos rodeadas de gente, y todos nos están mirando fijamente.

—Sera. ¡Dios mío! ¿Hay algo que pueda hacer? —Chloe me da un puñado de pañuelos y acerca su silla para ocultarme parcialmente de la vista de los demás. Tengo la nariz llena de mocos, no puedo respirar y el rímel se me está metiendo en los ojos.

—No, es solo que… —Jadeo—. Médico. Madre. Cáncer.

Me toca el brazo.

—¿Tu madre tiene cáncer?

Asiento y oculto el rostro entre las palmas de las manos. Llevo semanas reprimiéndolo todo y, ahora que he empezado a llorar, no puedo parar. Es como si antes hubiera abierto las compuertas y todo siguiera saliendo a borbotones.

—Venga. —Recoge nuestras cosas y me ayuda a levantarme antes de coger mi bandeja de café—. Vamos a otro lugar donde haya menos gente.

Chloe me guía por un pasillo que desconozco, hacia otro edificio más antiguo que conecta con el que acabamos de dejar. Tras otro giro a la izquierda, nos sentamos en un banco cerca de un montón de aulas vacías. Me trae una botella de agua de la máquina expendedora y se sienta conmigo mientras lloro en silencio. De alguna manera, ayuda. Incluso sin hablar, tener a alguien que me apoye es sorprendentemente reconfortante.

Cuando por fin me tranquilizo lo suficiente para volver a hablar con frases completas, la miro.

—Gracias. Y lo siento mucho, no quería… no sé de dónde ha salido todo esto.

Hay compasión en su rostro mientras me mira por encima del vaso de plástico blanco.

—¿Puedo preguntar qué tipo de cáncer tiene?

—Cáncer de mama. En estadio tres. Está en tratamiento y le va muy bien, pero ha dado positivo en BRCA1.

Esto último pende sobre nosotras a pesar de que no quería mencionarlo. No estoy segura de si Chloe sabe siquiera qué significa BRCA, pero la forma en que su rostro se ensombrece de inmediato me dice que sí. O al menos, debe de saber lo suficiente como para saber que es malo.

—Dios mío, Sera. Lo siento mucho.

Rechino los dientes y trago con dificultad. La validación es reconfortante y molesta a la vez.

—Hoy me he hecho la prueba para ver si soy portadora, y ahora tengo que esperar a los resultados.

En otras palabras, todo mi futuro pende de un hilo y es literalmente como echar una moneda al aire.

—No puedo imaginar por lo que estás pasando. Entiendo que estés tan triste. —El reconocimiento se refleja en su rostro—. Espera. ¿Puedo preguntar si… el poema trataba sobre eso? Perdona, solo he sumado dos y dos y…

Sollozando, me seco la nariz con un pañuelo empapado. Me lo guardo en el bolsillo y saco uno nuevo para limpiarme los ojos.

—Sí. Hablando de eso, quería decirte que lo he presentado al concurso. Así que gracias por toda tu ayuda.

—¿En serio? —Su voz se llena de alegría—. Me alegro mucho. Cruzaré los dedos por ti. Es una pieza muy buena. O eso creo yo.

Nos sentamos y hablamos unos minutos más. Me cuenta que su padre está en remisión de cáncer de próstata, y saber que ella ha pasado por una situación similar me hace sentir más comprendida. Es un cambio de rol extraño cuando es el hijo el que se preocupa por el padre. Es estresante y confuso, y quienes no lo han experimentado no lo entienden.

Cuando Chloe tiene que irse a su siguiente clase, estoy lo bastante tranquila como para conducir de vuelta a casa sin problema. En retrospectiva, no debería haber ido en coche a la

universidad. Aunque no estaba llorando en ese momento, no estaba del todo centrada.

Me abraza antes de separarnos.

—Avísame si hay algo que pueda hacer, ¿vale? Lo que sea, aunque solo sea traerte comida o hablar.

—Gracias, Chloe. De verdad.

Mientras voy hacia el coche solo puedo pensar en el hecho de que Chloe, a la que conozco desde hace menos de dos meses, me ha mostrado más cariño y consideración que una supuesta amiga a la que conozco desde hace más de media vida.



Sufrir una crisis en la universidad ha debido de ser catártico, porque me encuentro mucho mejor poco después.

Al llegar a casa, me dejo caer en la cama y me echo una siesta de dos horas. Duermo como un tronco, y al despertar casi siento que es un nuevo día, lo cual es una suerte, porque me he apuntado a ir a ver jugar a los chicos esta noche en el Northview Arena.

Saco la cabeza por la habitación y veo que la casa está vacía. Había olvidado lo supersticiosos que son los jugadores de hockey. Al parecer, Chase, Dallas y Tyler tienen una elaborada rutina para los días de partido, que empieza en cuanto se despiertan, se extiende hasta la tarde y acaba cuando se hace el primer saque en el partido. Mi mente se tomó unas minivacaciones cuando Chase intentó explicarme los detalles, pero deduzco que incluye una siesta antes del partido, una comida en un restaurante específico y un puñado de otras excentricidades. De ahí que no estén en casa.

En teoría, Tyler es el más supersticioso de todos, como suelen ser los porteros. Eso explica por qué no me ha escrito en todo el día. Su nivel de estrés se nota algunos días más que otros. Tampoco ha estado muy dispuesto a participar en nuestra sesión de «Veintiún preguntas» de hoy, y estoy intentando no tomármelo como algo personal.

Caliento las sobras de espaguetis con albóndigas en el microondas y luego reviso los mensajes que he recibido mientras dormía. Hay uno de Abby que ignoro sin siquiera abrirlo, y otro de Bailey en el que confirma nuestros planes para esta noche.

**Bailey:** ¿Aún quieres venir al partido con nosotras?

**Sera:** Sí. ¿A qué hora?

**Bailey:** Shiv y yo pasaremos a recogerte a las 18.30.

Cuando llegan en el coche de Siobhan, estoy extrañamente nerviosa. Me siento rara al no tener una camiseta como la que ellas llevan. Debería haberle robado algo de la ropa de los Falcons a Chase, pero ya es demasiado tarde. El gorro del equipo que le cogí a Tyler tendrá que bastar. También me ayudará a entrar en calor porque Bailey me ha dicho que en el Northview Arena hace un frío glacial.

El tráfico es horrible a medida que nos acercamos al estadio, y aparcar es aún peor. Una vez dentro, está lleno hasta la bandera. Puede parecer una tontería, pero había olvidado lo importante que es el hockey universitario en algunas universidades. En la Universidad de Arizona no era tan popular, pero en Boyd, los jugadores de hockey son celebridades.

Como un partido de hockey no es un partido de hockey sin aperitivos, compramos palomitas, dulces y bebidas en la cafetería antes de abrirnos paso entre la multitud hasta nuestros asientos. Llegamos lo bastante temprano como para ver el final del calentamiento y me embarga una pequeña oleada de emoción al ver a Tyler de pie frente a la portería mientras los chicos practican tiros contra él. No estoy segura de si está contento de que haya venido o no. Me costó un poco interpretar su reacción cuando le dije que venía.

Como Bailey me advirtió, en el estadio hace muchísimo frío. Puede que incluso haga más frío que fuera. Por suerte, llevo capas extra debajo de la ropa, incluido uno de los suéteres de lana más abrigados que tengo.

—¿Contra quién juegan esta noche? —pregunto y me giro para mirar a las chicas. Bailey está en el medio y Siobhan está sentada al otro lado.

Bailey pone una mueca mientras coge otro puñado de palomitas.

—Contra Callingwood. Mi universidad.

—Ah, mierda. ¿Te resulta incómodo? ¿Porque tu hermano…? —¿A quién animaría si Chase y Tyler estuvieran en bandos opuestos? Difícil decisión. Chase es mi hermano y todo eso, pero puede ser una auténtica molestia.

—Un poco. —Se encoge de hombros—. Ya me he acostumbrado. Es una forma de ganar siempre. O de perder, depende de cómo lo mires.

—Los partidos de Boyd contra Callingwood siempre son una carnicería —interviene Shiv—. Espera muchas penalizaciones, sobre todo de tu hermano.

A Chase ya lo penalizan mucho de por sí, así que eso dice bastante.

Siobhan tiene razón. El partido es un auténtico espectáculo. Muchos goles, muchos minutos de penalización y mucha tensión sobre el hielo. Es evidente que los equipos se odian, como lo demuestran los constantes tiros furtivos y golpes bajos que se lanzan. Hasta veo algunas indirectas dirigidas a Tyler, lo cual se considera juego muy sucio en el código del hockey. Se enfada lo suficiente como para golpear a un jugador, pero los árbitros no parecen darse cuenta.

A medio partido, el marcador está empatado a tres. Incluso a lo lejos, noto el enfado de Tyler. Su lenguaje corporal lo deja claro. No es culpa suya; hay muchos factores en juego. Ambos equipos están jugando de forma descuidada, con una defensa inexistente, y están

dejando solos a los porteros. Tyler es un portero maravilloso y está teniendo una mala noche.

El partido empeora aún más cuando comienza el tercer periodo. Callingwood vuelve a marcar, pero se anula el gol por una interferencia con el portero. Por alguna razón, no creo que eso le sirva de consuelo a Tyler. Conociéndolo, se estará castigando porque se le ha escapado otro tiro.

—Le están machacando —digo, cuando se recoloca entre los postes. Es increíblemente duro de ver. Nunca había visto los partidos desde la perspectiva del portero como ahora. Cada vez que se le escapa un lanzamiento, me pongo enferma.

—¿Crees que sentarán a Ty? —Siobhan abre un paquete de Skittles y nos ofrece algunos.

Bailey niega con la cabeza sin apartar la mirada de la jugada.

—No.

—No creo —respondo al mismo tiempo.

Aunque no estoy segura de qué es peor: que lo sienten o que siga enfadado como ahora. Siobhan frunce el ceño.

—¿En serio? Ha encajado muchos goles. O sea, lo adoro, pero matemáticamente hablando.

—El otro portero también —explica Bailey—. Cuando el marcador está tan igualado, los entrenadores suelen dejarlo pasar.

Entorno los ojos y me inclino hacia delante.

—¿Qué demonios está haciendo Chase?

Mi hermano acaba de fallar el pase más básico imaginable. Ningún jugador del equipo está jugando bien esta noche. Me resulta frustrante, y ni siquiera estoy en la pista. Solo puedo pensar en cómo debe de sentirse Tyler ahora mismo.

Al final del tercer periodo, el marcador está empatado a cinco, y estamos en vilo. Si termina en empate, irán a la prórroga a muerte súbita. Y si eso se alarga lo suficiente, jugarán una tanda de penaltis, que es probable que sea uno de los escenarios de mayor presión imaginables para un portero.

La jugada llega a nuestro lado de la portería, y hay mucho movimiento por delante. Estiro la cabeza e intento ver dónde está el disco.

—¿Lo ves? —pregunto—. Veo a Dallas, pero alguien está bloqueando a Tyler.

—¿Por qué su defensa no despeja la portería? —Bailey hace un gesto con su bebida—. Están dejando que Callingwood entre en su zona a sus anchas.

Lo guay de Bailey es que sabe tanto o más sobre hockey que los chicos. Como está muy involucrada con ambos equipos esta noche, hemos escuchado comentarios detallados todo el tiempo. Es muy entretenido. Para alguien tan tranquila y con una voz tan suave, el hockey la entusiasma muchísimo.

Nuestra atención permanece fija en nuestra portería a la espera de que Boyd despeje el disco. Se produce un gran alboroto delante de nosotras que impide que vea a Tyler, hasta que suena la bocina para anunciar otro gol.

Bailey se levanta, con la vista puesta en el marcador y la pista.

—¿Qué? Ha sido otra interferencia con el portero. ¿Y van a dejarlo pasar?

—No he visto qué ha pasado —admito, con la esperanza de que tenga razón. Quizá es un pequeño consuelo para él, aunque no lo hayan pitado.

Me duele el estómago mientras el equipo de Callingwood se aleja patinando hacia su lado de la pista, chocando los puños y gritando de emoción. El equipo de Boyd rodea la portería para felicitar a Tyler, pero el ambiente es sombrío.

Ahora mismo, lo único que quiero hacer es abrazarlo, y no puedo.



# Capítulo 26

## Todas las piezas pequeñas

*Tyler*

A veces pienso que perder por un gol es peor que una paliza. Si hubiera jugado un poco mejor, hubiera estado más concentrado y hubiese parado ese maldito tiro…

Debo admitir que el resto del equipo también ha jugado fatal esta noche, pero hasta eso parece culpa mía. Haber dejado entrar ese gol inicial tan pronto en el primer periodo nos ha minado la moral y nos hemos pasado el resto del partido intentando recuperarnos. A pesar de todo lo que digo sobre superar las malas derrotas, es mucho más difícil hacerlo cuando una recae directamente sobre mis hombros.

Sentado en la cama, abro la grabación del partido de esta noche en el móvil y estudio todos los goles que he encajado de principio a fin. Es fácil cuando sé en qué momento exacto me han marcado cada uno. Sucede cada vez que se me escapa un disco. Los números del reloj están grabados a fuego en mi cerebro.

Uno o dos de los goles de esta noche podrían atribuirse a la mala suerte, y hay un tercero al que le doy un pase porque ha sido un tiro que a cualquiera le habría costado parar, pero los otros tres son el

resultado de errores evidentes por mi parte. Me he agachado en lugar de mantener la postura, por lo que he creado más espacio para que el otro equipo pudiera marcar. Me he quedado demasiado atrás en el área cuando debería haber recortado el ángulo. En resumen, no he jugado como debería.

La segunda vez que veo los goles, estoy aún más enfadado conmigo mismo. El cuarto gol ha sido tan flojo que no me creo que no haya podido pararlo. El quinto es casi vergonzoso. ¿Qué estaba haciendo ahí fuera?

Lo he hecho genial desde Navidad. Tres marcadores a 0 y varias victorias más. Esta es una sola derrota, y de alguna manera no dejo de darle vueltas.

Un suave golpe me llama la atención, y pongo el vídeo en pausa antes de levantar la vista.

—¿Sí?

—¿Puedo pasar? —Seraphina entreabre la puerta y asoma la cabeza.

No lo dudo.

—Siempre.

Con expresión cautelosa, cierra la puerta con cuidado y cruza la habitación hacia mí. Se ha puesto el pijama y lleva una camiseta de tirantes morada oscura y unos pantalones cortos a juego, y se ha lavado la cara. Odio verla indecisa, como si no estuviera segura de si quiero que esté aquí. La verdad es que siempre quiero, pero no me ha parecido bien buscarla cuando estoy tan deprimido. Sé que no soy la mejor de las compañías ahora mismo.

En cuanto está a mi alcance, la rodeo con los brazos y la siento en mi regazo. Su cuerpo es suave y cálido, y se ajusta a la perfección al mío. Huele de maravilla. Es una mezcla entre el rastro de su perfume y el bálsamo labial con aroma a cereza que ha debido de ponerse después de cepillarse los dientes, junto con algo que es único en ella.

—Todos los demás se han ido arriba, así que he pensado en venir a ver cómo estabas —dice en voz baja.

La tensión me recorre el cuerpo y elijo mis siguientes palabras con cuidado.

—Lo digo con toda la amabilidad posible, pero no quiero hablar del partido, Campanilla.

—No pasa nada. No tenemos que hablar. —Unas manos suaves toman las mías y me quitan el móvil. La pantalla se oscurece cuando lo bloquea y lo deja en mi mesita de noche—. A lo mejor deberías guardar esto durante lo que queda de noche. Es tarde.

Se apoya en mí sin decir nada más. Cuanto más la sostengo, más me relajo. Su presencia calma la tormenta que se ha estado gestando en mi interior desde que me han marcado ese primer gol débil. A medida que el estrés de antes se desvanece, solo queda el agotamiento, en todos los sentidos. Es pesado, como un ancla que me arrastra.

—¿Puedes quedarte? —pregunto. Es una petición egoísta y lo sé. Significa que tendrá que volver arriba a escondidas temprano por la mañana.

—Solo si me dejas una camiseta para dormir.

—Por supuesto. Coge lo que quieras.

Seraphina abre mi armario y rebusca entre las camisetas antes de decidirse por la misma de la noche en que la cuidé. Se gira para mirarme, se quita la camiseta de tirantes, luego los pantalones cortos y se queda con unas braguitas blancas de algodón. Son diferentes de la ropa interior sexy que suele usar, pero no menos atractivas.

En cuanto se pone mi camiseta, vuelve a meterse en la cama conmigo y la atraigo hacia mis brazos. Nos quedamos enredados, casi acurrucados.

—Yo también he tenido un mal día —confiesa en voz baja.

Siento una punzada en el pecho porque no tenía ni idea.

—Lo siento, Campanilla. ¿Quieres hablar de ello?

—Ahora no.

Nos quedamos en silencio unos instantes más. Es un silencio cómodo, y agradezco que me lo conceda. Nunca había tenido a

nadie así, aquí conmigo, después de una derrota. Obviamente, he estado con chicas después de partidos malos, pero era más para olvidar a base de sexo. Que alguien te apoye es diferente. Es más íntimo.

—¿Quieres que te acaricie? —pregunta.

Solo ella podría hacerme reír ahora mismo.

—No diré que no.

Me recorre el brazo con las uñas rosas, hacia arriba y abajo con suavidad. Es menos intenso que las cosquillas, y me gusta.

Un gemido cansado resuena en el fondo de mi garganta.

—Ahora entiendo por qué te gusta esto.

Aunque el sexo era lo último en lo que pensaba cuando la he visto en mi puerta, y aunque no estamos haciendo nada abiertamente sexual, mi cuerpo responde a su proximidad. Ella también lo nota, porque es imposible no hacerlo.

Las sábanas se remueven cuando se pone de lado para mirarme. Me recorre con sus cálidos ojos marrones en un intento de descifrar mi estado de ánimo. Es obvio que siempre estoy de humor para estar con ella.

Deslizo una mano por su nuca y la atraigo hacia mí para besarla. Contiene la respiración antes de soltar un suave suspiro, y se derrite en mis brazos. Todo lo ocurrido antes se desvanece. Ahora mismo, solo existimos nosotros dos, sus suaves curvas bajo mis manos y el calor de su cuerpo calentando el mío.

Hundo los dedos en su pelo, le inclino la cabeza y profundizo el beso. Enrosca la mano alrededor de mi cuello mientras separa los labios con aroma a cereza para darme acceso. Cuando nuestras lenguas se encuentran, una cascada de fuegos artificiales estalla en mi cuerpo de la cabeza a los pies. Siento que la sangre me hierve con deseo y la agarro con más fuerza en respuesta. Cada vez que la beso tengo la sensación de que nunca he besado a una mujer. Estoy hambriento, enloquecido; cada vez que la saboreo me quedo con ganas de más.

Una risita brota de sus labios cuando la empujo sobre la espalda, de forma que ahora soy yo el que está entre sus piernas. Beso esa zona bajo su oreja que la hace gemir, y luego continúo mi misión hacia abajo.

Seraphina canturrea feliz y me pasa los dedos por el pelo.

—Se supone que soy yo quien debe cuidar de ti.

—Nada me pone más que hacerte sentir bien, Ser. —Le subo el dobladillo de la camiseta que lleva puesta hasta dejar sus pechos al descubierto. Recorro con los labios el contorno de sus tetas antes de atrapar con la boca cada uno de sus perfectos pezones, uno a uno, y dibujo círculos con la lengua hasta que se endurecen.

—¿Todas esas pequeñas partes de ti que nadie más ve? —digo, deslizando las palmas por su vientre—. Esas son mis favoritas.

No estoy seguro de si sigo hablando de sexo.

Me apoyo en los codos y le abro más las piernas mientras disfruto de una de mis vistas favoritas. Mi boca aterriza en su centro y la beso a través de las braguitas blancas.

Se le tensan los muslos.

—Ty.

Mi nombre es un gemido en sus labios, y no es silencioso. Últimamente hemos estado corriendo más riesgos de los que deberíamos, pero es difícil preocuparse por eso cuando estoy a punto de hacer que se corra sobre mi cara.

Ella me observa, con las pupilas dilatadas, mientras le quito la ropa interior y la tiro a un lado. Le dejo puesta mi camiseta porque soy un cabrón pervertido y me he masturbado con esta imagen mental al menos una docena de veces: Seraphina con mi camiseta, con su coño perfecto a la vista.

La provoco sin piedad, besándola y lamiéndola por todas partes menos donde más lo desea. Al principio es paciente, pero luego empieza a retorcerse para alentarme. Cuando creo que está lo bastante frustrada, paso la lengua por su clítoris de forma pausada y lenta. Se queda sin aliento y arquea la espalda mientras me pide más en silencio.

—Estás muy mojada, Ser. —Chasqueo la lengua y le paso un dedo por la raja empapada. Tengo el miembro tan duro que me duele, y no puedo esperar a enterrarme en ella—. Te estás portando muy bien. ¿Y qué consiguen las buenas chicas?

—¿Correrse? —suplica.

—Eso es. —Le agarro el muslo con una mano para mantener sus piernas abiertas y deslizo un dedo en su interior, seguido de otro. Cuando los curvo para rozarle el punto G en perfecta sintonía con mi boca, sus piernas se sacuden y se moja aún más.

—Oh. —Se estremece y me clava las uñas en el hombro—. Justo ahí.

Deslizo mi otro brazo debajo de su muslo y lo envuelvo para fijarla contra mí. Extiendo la palma de la mano sobre su bajo vientre, hago presión hacia abajo mientras la acaricio con los dedos y le rozo con la lengua su sensible manojo de nervios. Joder, sabe a gloria. Creo que soy adicto a ella.

Se le acelera la respiración hasta convertirse en pequeñas ráfagas. Cuando le chupo el clítoris, se le tensa todo el cuerpo y otro gemido desesperado escapa de sus labios. Pero este es diferente; es el sonido que emite cuando llega al punto de no retorno, y me vuelve loco.

Jadea, clava los pies en el colchón y levanta las caderas.

—Oh, Dios.

Unos suaves gemidos se mezclan con unos quejidos no muy silenciosos mientras se retuerce debajo de mí, deshaciéndose, y la devoro hasta que es un desastre tembloroso y chorreante. Una vez que se ríe de forma nerviosa por la sobreestimulación, ralentizo los movimientos para ayudarla a calmarse. Le planto un beso en la suave parte interna del muslo, le recorro el cuerpo con las manos y le agarro los pechos mientras noto los latidos desenfrenados de su corazón contra mi palma durante unos segundos. Saber que he sido yo quien le ha hecho esto me afecta de una manera que ni siquiera puedo explicar.

Me cierno sobre ella, apoyado en los antebrazos. Tiene las mejillas sonrojadas, los labios rosados y parece muy feliz.

Bajo la cabeza y acerco mi boca a la suya.

—Hola, Campanilla.

—Hola, Hades. —Me recibe a medio camino y sonríe durante nuestro beso.

Es entonces cuando me doy cuenta de que estoy metido en un lío, porque esto no parece ser solo sexo. No estoy seguro de que alguna vez lo haya sido.



# Capítulo 27

## Problemas

*Tyler*

Me han encomendado una tarea imposible esta noche. Vamos a salir todos juntos para celebrar el cumpleaños de Tyler y tenemos que fingir que no pasa nada entre nosotros. Nada de coqueteos, miradas descaradas y caricias.

Como es natural, decidimos empezar la noche con uno rapidito. Escabullirnos es arriesgado, pero debería ayudar a reducir la tensión entre nosotros durante el resto de la velada. O al menos, esa es mi versión y me mantengo fiel a ella.

Mientras Chase y Dallas están absortos jugando a videojuegos arriba, me cuelo en el sótano para ver a Tyler, como acordamos. Con lo pegados que están a la pantalla, podría explotar una bomba y no se enterarían. El volumen está tan alto que las paredes casi tiemblan con cada explosión en la pantalla. Bailey y Siobhan aún no han llegado, así que no deberíamos tener problemas si nos damos prisa.

—¿Esta falda es demasiado corta? —Doy una vuelta lenta en la habitación de Tyler y me deleito con la forma en que su mirada ávida recorre mi cuerpo y se detiene en mis piernas. Ya estoy lista para

salir, pero tendré que retocarme cuando terminemos. Le gusta tirarme del pelo, y se nota.

Se le dibuja una sonrisa en los labios.

—No. Estás muy sexy.

—¿Estás seguro? —Paso las manos por la tela de raso negra. En parte estoy bromeando, pero por otro lado es una pregunta seria. Es un poco corta incluso para mí, pero no podía saberlo cuando la compré por internet porque no tengo ni idea de medidas. Pero es bonita, así que prefiero quedármela y no devolverla.

Me atrae hacia él y baja la cabeza, de forma que me roza la nariz con la suya.

—Ponte lo que quieras, Campanilla. Sé defenderme.

Unas manos grandes me sujetan la mandíbula y me agarran la cara mientras me besa. Lo hace de verdad, como si llevara todo el día esperándolo. Cuando se aparta, estoy sin aliento y aturdida.

Me recorre el cuello con los labios y me provoca un escalofrío que me recorre el cuerpo de pies a cabeza.

—¿Cómo debería follarte?

—Fóllame como si estuviera en apuros.

Eso me granjea un sonido gutural de apreciación, y su boca vuelve a presionar la mía. Deslizo los dedos por sus brazos, le agarro los bíceps para incitarlo y el calor invade mi centro cuando me recorre la parte posterior de los muslos desnudos y me aprieta el trasero sobre el fino encaje de las braguitas.

Aparta las manos y lo miro, confusa.

El anhelo le brilla en los ojos.

—Inclínate y pon las manos sobre la cama.

Es una orden, no una petición.

Mi mirada se desliza por su cama extragrande, pulcramente hecha con un edredón gris oscuro. Está sobre una estructura de cama moderna y discreta, y esta apenas sobrepasa el grosor del colchón. Si hago lo que me dice, quedaré con el culo en pompa, justo lo que él quiere.

De frente a él, mantengo el contacto visual mientras doy unos pasos hacia la cama.

—¿No quieres que me desnude primero?

Niega con la cabeza.

—Déjate la falda.

Rozo con las pantorrillas el colchón detrás de mí y me detengo. Me encanta cómo me está mirando ahora mismo. Deseo mezclado con un toque de posesión.

—¿Y las bragas?

—Quítatelas.

Me observa, absorto, mientras me meto la mano lentamente bajo los bordes de la falda y me bajo el retal de encaje por las piernas hasta que lo echo a un lado con la punta de los pies. Es la ropa interior sexy que me compré hace poco para él, así que espero que la vea esta noche cuando lleguemos a casa.

Me doy la vuelta, obedezco sus instrucciones y apoyo las palmas de las manos en el colchón firme. Tengo los hombros muy por debajo de la cintura; casi estoy colocada en la postura del perro boca abajo. Estoy completamente expuesta. Hasta yo me siento un poco cohibida, pero supongo que esa es su intención.

El cuerpo se me tensa por la anticipación cuando él se coloca detrás de mí. De alguna manera, la energía de su cuerpo es palpable incluso sin que nos toquemos. Poco a poco, me levanta la falda y la aparta. Estiro el cuello y miro por encima del hombro para ver qué va a hacer a continuación.

Me azota el trasero con un fuerte chasquido y me masajea justo donde acaba de darme.

—Bocabajo, Campanilla.

Entonces, siento que mi centro se tensa.

Hago lo que dice y agarro una almohada para la cabeza mientras él me acaricia las nalgas desnudas. Mi respiración se vuelve irregular mientras espero y me pregunto adónde quiere llegar con esto. Entonces me separa los muslos con las manos para abrirlos más y

desliza un dedo por mi clítoris. Balanceo las caderas a modo de respuesta y agarro las sábanas.

—Tu coño es precioso, nena. —Me acaricia de nuevo—. Rosado y húmedo.

Una palma ancha se posa en mi espalda baja y me sujeta con firmeza en el sitio mientras su otra mano se mueve entre mis piernas y me provoca con habilidad hasta que tiemblo contra él. Me lleva cerca del orgasmo una y otra vez, pero no me deja correrme. Es un patrón cuidadosamente ejecutado de provocación y retirada repentina que me deja más frustrada con cada repetición. Si sigue así, me oirán desde arriba sin importar lo fuerte que esté el videojuego.

Quedo reducida a un desastre tembloroso mientras clavo las uñas en las sábanas y arqueo la espalda, desesperada y necesitada. El aire frío me roza la piel cuando deja de tocarme, que es lo contrario de lo que intento conseguir.

—Ty —gimoteo, retorciéndome sin vergüenza.

—Dime cuánto deseas mi polla.

Sin dudarlo, respondo:

—Quiero tu polla.

Hunde dos dedos en mí, y jadeo ante la repentina sensación de plenitud cuando los empuja más adentro. Tengo los nervios a flor de piel y noto cómo se tensa mi centro. Si pudiera seguir así un poco más…

—Ah. —Chasquea la lengua—. Sí que la deseas.

Cuando se aparta, casi le agarro la mano y lo obligo a que siga. Entonces oigo el sonido metálico de su cinturón, cómo rasga el envoltorio y noto que se coloca detrás de mí. Unos dedos fuertes me rodean la cintura y se me clavan en las caderas antes de tirar de ellas con brusquedad hacia arriba. Me quedo sin aliento cuando me embiste y me empuja contra el colchón con la mano enredada en mi pelo.

Suelto un grito amortiguado por la ropa de cama. Desde este ángulo, me penetra más profundo de lo habitual; lo siento

increíblemente duro y grueso cuando hace que me estire. Con cada estocada siento que me roba el aire de los pulmones, probablemente porque tengo la sensación de que va a llegar hasta ellos.

—Joder, Ser. Ojalá vieras lo sexy que estás ahora mismo.

Encuentra mi clítoris y lo acaricia con destreza mientras me penetra de nuevo. En un instante, me vengo abajo a su alrededor y mis paredes se tensan mientras entierro mis súplicas en la almohada. Me tiemblan las rodillas al tiempo que los últimos retazos de placer se desvanecen, y me hundo contra la cama para mantenerme erguida.

En lugar de dejarme recuperar el aliento, continúa y siento que otro orgasmo comienza a formarse en mi interior casi de inmediato. Me coloca las muñecas detrás de la espalda y se las ofrezco en una muestra de sumisión tácita. Emite un gruñido bajo y primitivo de aprobación y las sujeta con una mano. Me rodea el hombro con la otra para sujetarme contra la cama, y me penetra más rápido y profundo.

El sonido de nuestros cuerpos chocando llena la habitación, intercalado con gruñidos y gemidos, quejidos y suspiros. A diferencia de la noche anterior, que fue delicada y lenta, ahora me está follando con fuerza.

—Buen trabajo —me elogia, hundiéndose más profundamente—. Me encanta cómo aceptas mi polla sin reparos.

El placer se apodera de mi cuerpo, me tiemblan las piernas y me falla la voz. No puedo responder. Lo único que soy capaz de hacer es aferrarme con todas mis fuerzas mientras él me domina a un ritmo implacable y suelta una retahíla de elogios alternados con guarradas que incluso a mí me harían sonrojar en otras circunstancias.

A medida que la deliciosa tensión en mi interior se intensifica más todavía, siento que me acerco al punto de no retorno. Me suelta las manos y me agarra por la cintura para atraerme hacia él. Me agarro a las sábanas con fuerza y me tiemblan las pantorrillas. Es incluso más abrumador que la primera vez. Me gusta, casi demasiado, y no quiero que termine nunca.

—Ty. —El aire me llena los pulmones con un jadeo agudo y mis caderas se sacuden—. Oh, joder. Me corro. Córrete conmigo, por favor.

Eso provoca que me dé otro azote que resuena en el aire. Me ha dado tan fuerte que escuece. Gime mi nombre y me embiste una vez más. Su cuerpo se tambalea hacia delante y su corpulenta figura cubre la mía y me aplasta contra el colchón mientras ambos perdemos el control.

—Joder. —Se desploma sobre mí con la respiración agitada. Suelta una carcajada y hunde la cara en mi cuello—. Lo has hecho a propósito, ¿verdad?

—Puede ser. —A medida que se desvanecen los últimos coletazos de mi orgasmo, me invade un ligero mareo y estallo en una carcajada. Solo puedo suponer que es un efecto secundario peculiar de haber tenido un orgasmo tan intenso que casi me desmayo. Me ha dejado hecha un revoltijo pringoso, sin fuerzas, con las piernas como si fueran gelatina y con una risa tonta que no puedo controlar.

Unos besos suaves aterrizan en mi hombro y me suben por la curva del cuello. Me acaricia la mejilla.

—¿Cómo estás? Háblame, Campanilla.

Se me escapa otra carcajada, parcialmente amortiguada por la almohada debajo de mí. Ni siquiera sé por qué me río. He oído hablar de gente que llora después del sexo —tiene algo que ver con la desinhibición en ciertas partes del cerebro—, pero nunca de gente que se haya reído a carcajadas. Por alguna razón, no puedo parar.

—Lo siento. —Levanto la cabeza con los ojos llenos de lágrimas—. Creo que me has roto el cerebro.

—Joder, que sí lo he hecho.

Nos desenredamos y él me ayuda a limpiarme. De repente, su tacto se vuelve tierno, cuidadoso y dulce. Nunca adivinarías que hace unos momentos me estaba diciendo cosas obscenas, casi indecibles.

Me acerca a él en su cama, me besa la sien y me pasa los dedos por el pelo, desde la raíz a la punta. Me acurruco en su pecho, feliz y

cansada, e ignoro por gusto el mundo exterior.

Después de unos minutos más, susurro:

—Debería volver a subir a escondidas antes de que se den cuenta de que pasa algo.

—Sí. —Pero no me deja irme.

Yo tampoco tengo prisa. Tras unos minutos más, sé que tengo que hacerlo. Le robo otro beso rápido, nos separamos y corro al baño para arreglarme el pelo. O lo intento, porque cuando abro la puerta de Tyler, Siobhan está de pie al final de las escaleras, con una caja de neveras portátiles.

Se queda helada. Yo también. Nos miramos boquiabiertas.

Aun dejando a un lado las circunstancias incriminatorias, estoy segura de que tengo el aspecto de alguien que acaba de tener sexo. Con ganas.

Esto es malo, ¿verdad? En una escala del uno al diez, ¿qué probabilidades hay de que esto le llegue a mi hermano?

Siobhan se recupera primero.

—Eh, lo siento. Dallas me ha dicho que había más White Claws en la nevera del sótano. Sigue jugando al Call of Duty, así que he bajado a cogerlas. No sabía que estabas aquí abajo.

—Tyler y yo solo estábamos… hablando. —Señalo con el pulgar hacia atrás, a su habitación—. Ahí dentro.

Una sonrisa cómplice se dibuja en sus labios.

—Claro. Hablando.

Por supuesto, Tyler ha oído nuestras voces, porque aparece en la puerta con gesto sorprendido.

—Shiv.

—Por favor, no se lo digas a nadie —le pido.

Ella levanta la mano y finge que se cubre los ojos.

—No he visto nada. No sé nada.

—Gracias, Shiv —le decimos los dos.

El Overtime está a rebosar cuando entramos por la puerta poco después de las nueve para reunirnos con el resto del equipo para celebrar el cumpleaños de Tyler. Me está costando mirarlo a los ojos sin sentirme mareada. El hecho de que a veces pueda follarme con tanta dureza y otras veces sea tan adorable y dulce es una paradoja que me confunde de la mejor manera posible. Nunca sé lo que voy a encontrarme.

Sin embargo, incluso cuando se pone en modo guarro, en el fondo sigue siendo dulce.

Nos sentamos en los asientos vacíos de la mesa. A mí me dejan con Shiv y Bailey, mientras los chicos se apiñan. Siobhan ha sido muy amable conmigo toda la noche, probablemente para compensar una de las situaciones más embarazosas en las que me he visto envuelta.

Poso la mirada en la barra y veo a Chloe de pie junto a la caja registradora. Había olvidado que había conseguido un nuevo trabajo como camarera aquí. Lástima que esté ocupada y no pueda unirse a nosotros. No tengo ni idea de dónde saca tiempo para dormir.

Cuando parece que tiene un minuto libre, me acerco a saludarla.

—Hola, ¿qué tal va el nuevo trabajo?

El rostro de Chloe se ilumina.

—Bien. Mucho mejor que el anterior. No me roban las propinas y me pagan cuando toca. No hay violaciones flagrantes de los derechos humanos ni de la salud y la seguridad, y hasta ahora nadie me ha acosado sexualmente. Es una mejora considerable.

—Eso es estupendo —celebro—. ¿Cuándo acabas? ¿Hay alguna posibilidad de que te unas a nosotros después?

A unos metros de distancia, se abre una de las puertas laterales. Reid aparece cubierto con un abrigo de lana oscuro y una bufanda negra. Me ve y me dedica una sonrisa amable mientras se abre paso entre las mesas para reunirse con los chicos. Chloe se queda extrañamente callada. Sus ojos verdes lo siguen hasta que desaparece, y luego vuelve a centrarse en mí.

—Es Reid —le informo—. Uno de los chicos del equipo de mi hermano. Es guapo, ¿verdad?

—¿Eh? —Hace un gesto para quitarle importancia y pone una mueca—. No, no. Solo lo miraba porque es muy… —Su mirada se dirige de nuevo a nuestra mesa, donde Reid está ahora sentado junto a Tyler—. Alto.

Chloe tiene razón: es alto. También resulta ser tan sexy que se te derriten las bragas, y sospecho que ese es el verdadero motivo.

—No pasa nada por mirar, aunque no quieras tocar.

Ella resopla.

—Te aseguro que no quiero.

Creo que se está quejando demasiado, pero no quiero presionarla. Estoy segura de que tiene sus razones para ser reacia a salir con alguien, y lo entiendo. Además, no quiero ser entrometida y controladora como Abby. Es mejor dejar que la gente se abra a su propio ritmo.

Uno de los otros camareros le hace un gesto a Chloe como para indicarle que vuelva al trabajo.

—Lo siento —le digo—. No era mi intención distraerte. Si quieres acompañarnos en el descanso o cuando termines el turno, ven a buscarme, ¿de acuerdo?

Chloe coge su bandeja y se la coloca bajo el brazo a la vez que me dedica una sonrisa.

—Debería tener uno en una hora más o menos. Intentaré venir a buscarte entonces.

Me dirijo a nuestra mesa, pero cambio de opinión a medio camino y me desvío para pedir primero una copa. El bar está abarrotado de gente que ha tenido la misma idea que yo, lo que me obliga a abrirme paso hasta el fondo. Me inclino sobre la barra de madera y trato de llamar la atención del camarero, pero soy invisible en un mar de cuarenta personas más que agitan puñados de billetes.

—Sera. —Una voz masculina que reconozco me llama—. Me ha parecido verte antes.

Me invade la incertidumbre y miro de reojo a Rob, que me dedica una sonrisa amable. Cuando lo observo más detalladamente, veo que está borracho. Tiene los ojos vidriosos y la postura un poco más relajada de lo normal. A primera vista no se nota: lleva una camisa de marca con algunos botones desabrochados en la parte superior y la ropa sigue estando perfectamente planchada.

—Hola… —Abby y yo aún no hemos hablado desde nuestra discusión. Puesto que casi siempre lo veo y hablo con él cuando estoy con ella, ahora me siento bastante incómoda. ¿Ella también está aquí? Espero que no.

Él se mete las manos en los bolsillos del pantalón y se acerca.

—¿Podemos hablar un momento?

El móvil me vibra en el bolso y me recuerda que tengo que volver a nuestra mesa. Pero no quiero ser maleducada, así que seré rápida. De todas formas, lo más probable es que se trate de Abby. Él ya ha hecho de mediador entre nosotras en el pasado cuando hemos discutido. Sin embargo, esta no ha sido una pelea normal. Ningún mediador hará que me sienta menos molesta por cómo me ha estado tratando. Estoy bastante segura de que nuestra amistad está a punto de romperse, si no lo ha hecho ya.

—Claro —le concedo—. Pero solo un momento. Chase se estará preguntando dónde estoy. —Y Tyler.

Rob apoya una cadera en la barra frente a mí.

—Te he echado de menos, Sera.

Se me forma un nudo en el estómago. Espera, ¿qué? No es así como pensaba que iba a ser la conversación.

—¿No tienes novia? —le recuerdo de nuevo. Abby me lo confirmó antes de nuestra discusión. Sus afirmaciones de que no estaba comprometido no superaron mi verificación de los hechos.

La irritación se refleja en su rostro, pero desaparece en un abrir y cerrar de ojos.

—Ya te dije que tenemos un acuerdo.

—Rob… —empiezo a decir, pero luego me interrumpo mentalmente. No puedo contarle lo de Tyler, así que le diré el resto

de la verdad—. Mira, creo que ha habido un malentendido. Yo no te veo de esa manera. Eres mi amigo. Eso es todo.

—Sabes que hay algo entre nosotros. Siempre lo ha habido. —Su mano aterriza en mi muñeca y el corazón me da un vuelco.

Cuando la aparto con brusquedad, él no opone resistencia.

—Para. Te estás pasando de la raya.

Rob se acerca. Una nube de su colonia me envuelve, junto con el olor a whisky o a otro licor fuerte que ha estado bebiendo. Me tiemblan las manos y se me dispara el pulso. Al menos no estamos solos. De hecho, estamos rodeados de gente, y me preocupa que nos vea alguien que no debería.

—Pilla la indirecta, Rob. No me interesa.

Él chasquea la lengua.

—Vamos, Sera. Nadie se viste así a menos que busque llamar la atención.

—Que te den. —Puede que no sea prudente responderle así dadas las circunstancias, pero mi filtro se desvanece antes de que pueda detenerme—. Se supone que somos amigos, ¿y me vienes con eso? ¿Qué te pasa en la cabeza?

En lugar de enfadarse como esperaba, se ríe y se acerca.

—Tranquila. Estaba de broma.

De broma. Claro. También conocido como el método de manipulación psicológica favorito de los misóginos de todo el mundo. Están bromeando… hasta que lo dicen en serio.

—Vamos, Sera. No te enfades.

No sé cómo sucede, ni cómo soy incapaz de reaccionar a tiempo, pero de repente se acerca aún más, me está tocando la cara y sus labios están sobre los míos. Me está besando. O al menos lo intenta, ya que yo no le devuelvo el beso. Estoy paralizada por la conmoción y, aunque quiero moverme, aunque sé que debería moverme, no consigo hacer nada.

—Para. —Aparto la cabeza e intento empujarlo, pero él no se mueve.

Se burla y se inclina de nuevo hacia mí.

—¿Qué, ahora de repente te haces la difícil?

—¿Qué coño pasa? —ruge una voz familiar.

Todo sucede a cámara lenta. Una mano tatuada se posa sobre mi pecho y me aparta con suavidad unos pasos hacia atrás. Levanto la vista a tiempo para ver cómo un puño impacta en la cara de Rob y produce un crujido repugnante. Busco la mirada de Tyler. Sus ojos color pizarra arden de ira y se le marca una vena en la frente. Parece que está considerando seriamente el homicidio como una opción válida.

Nunca lo había visto tan enfadado y me da miedo que se meta en problemas por mi culpa.

—Ty… —empiezo a decir.

Tyler agarra a Rob por la parte delantera de la camisa, me pone la mano libre en el hombro y, sin decir nada, me aparta a un lado con la atención fija en Rob. Atiendo a su advertencia no verbal y me alejo un poco más de ellos.

La gente que nos rodea deja de hablar y algunos se acercan para mirar. Nadie interviene.

—¿Qué coño te pasa, psicópata? —Rob se retuerce entre las manos de Tyler, luchando sin éxito por liberarse.

—¿Cuál es el tuyo? La has oído decir que pararas. —Tyler suelta la tela y le golpea de nuevo, esta vez en la nariz. Rob se tambalea hacia atrás y se agarra la cara. Luego se abalanza sobre Tyler y se enzarzan en una pelea.

—Eh, eh, eh. —Dallas se acerca corriendo y se coloca entre ellos para separarlos—. Donohue, tío. Tranquilízate. ¿Qué mierda está pasando?

—Este cabrón no la dejaba en paz y no aceptaba un no por respuesta. —Tyler intenta volver a esquivar a Dallas, pero él lo para. Por los pelos.

Presa del pánico, miro por encima del hombro, porque es solo cuestión de tiempo que Chase se dé cuenta de lo que está pasando. No hay posibilidad de que esto se resuelva antes de que él llegue.

—Debería presentar cargos —dice Rob, que coge un puñado de servilletas de la barra. Tiene la parte delantera de la camisa salpicada de sangre—. Esto es agresión.

—Adelante —resopla Tyler—. Entonces podremos decirle a la policía que has intentado forzar a una chica que ni siquiera tiene la edad legal para beber. Apuesto a que a tu bufete de abogados también le encantará oírlo.

Rob suelta una risa seca.

—Les dará igual una zorra cualquiera.

Me estremezco. Esta vez, Tyler casi consigue superar a Dallas. Está claro que está empleando todas sus fuerzas para retenerlo, y ninguno de los dos es pequeño.

—Ty. No vale la pena. —Le toco el antebrazo para llamar su atención y le doy un ligero apretón.

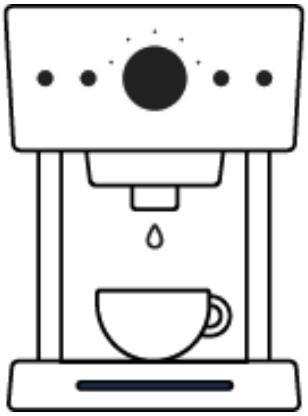
Baja la mirada hacia mí y parte de la ira que hay en su rostro se desvanece y se ve sustituida por preocupación. Su mirada gris como el acero se clava en la mía durante un instante y veo un millón de preguntas en su rostro que no estoy preparada para responder. Luego vuelve a mirar a Rob y la furia se reaviva en sus ojos.

Rob se pellizca la nariz, con la voz tensa.

—Deberías escuchar a tu novia.

—Que alguien me diga qué cojones está pasando aquí —gruñe Chase.

Cuando me doy la vuelta, veo que mi hermano nos mira con la traición reflejada en la cara.



# Capítulo 28

## Lazos cortados

*Seraphina*

Soportamos el viaje de vuelta a casa más incómodo que he vivido nunca. En retrospectiva, habría sido mejor pedir dos Uber. Buscar un apartamento propio en un futuro próximo tampoco me parece mala idea.

Tyler me rodea los hombros con el brazo porque, bueno, ya es un poco tarde para seguir fingiendo. Chase no nos mira a ninguno de los dos. Bailey le habla con dulzura, en un intento de calmarlo. Y Dallas y Siobhan compensan hablando con todos, pero al final acaban hablando entre ellos.

Intercambio algunos mensajes con Chloe, que lo ha visto todo desde lejos y quiere asegurarse de que estoy bien. Es demasiado difícil explicarlo por mensaje, así que quedo con ella mañana, cuando los chicos se vayan a entrenar.

Cuando el Uber se aleja de la acera, Chase pasa como una exhalación entre todos y abre la puerta principal antes de cerrarla de

golpe detrás de él sin esperar a nadie más. Se me forma un nudo en el estómago. No quiero discutir con él.

El resto entramos, colgamos los abrigos y nos quitamos los zapatos. Bailey toma a Chase de la mano y le dice algo inaudible al oído. Él niega con la cabeza y le murmura una respuesta. Ella aprieta los labios y le lanza una mirada de reproche. Él suspira con evidente resentimiento. Bailey le da un codazo. Fuerte.

—Os dejaré un rato a solas —dice Chase con voz monótona—. Pero mañana tendremos una charla.

Suena el timbre, seguido de unos golpes secos e insistentes en la puerta. Todos nos miramos desconcertados. No hace falta decir que hemos salido corriendo del Overtime, y tampoco hemos invitado a venir a ningún miembro más del equipo.

Como soy la que está más cerca de la puerta, abro. Abby está al otro lado, y parece furiosa. Estoy segura de que sé por qué.

—¿Tu novio le ha pegado a mi hermano? ¿En qué pensaba esa escoria? —Se coloca los puños en las caderas, aunque el efecto no es tan intimidante dada su baja estatura. No es que crea que vayamos a enzarzarnos en una pelea física, pero, si lo hiciéramos, no sería una contienda muy igualada.

Siento una oleada de ira. Como no quiero montar un espectáculo, me giro para mirar a los demás en lugar de responder.

—Hablemos en mi habitación.

Para mi alivio, Chase y Bailey se van a la suya y Dallas y Shiv hacen lo mismo. Eso significa que no habrá nadie en el salón que vaya a oír la conversación. O discusión, si soy realista.

Tyler se queda atrás y me toma de la mano antes de bajar la cabeza para mirarme a los ojos.

—¿Estás bien, Ser?

—Estoy bien —le digo y le doy un apretón en la mano—. Iré a verte después.

Abby me sigue hasta mi habitación y yo me aparto para dejarla entrar antes de cerrar la puerta para tener más privacidad. Lo único

que quiero es que esta conversación termine para bajar a ver a Tyler.

—Antes de que te pongas hecha una furia, deberías saber que Rob me ha besado, Abby. Se ha puesto muy agresivo y no aceptaba un no por respuesta. —Sin dejar de mirarla, me desabrocho la falda y la dejo a un lado. Cojo unos pantalones de chándal negros de la cómoda y me los pongo mientras espero a que responda. Me recorre despacio el cuerpo con la mirada y baja los párpados hasta tener una mirada que solo puedo describir como de «chica mala».

—Rob nunca haría eso. Solo lo dices porque estás celosa de que nunca te haya deseado.

El mal genio de los Carter se apodera de mí y siento que mi filtro interno se evapora por segunda vez esta noche. Sé que no debería decirlo, pero las palabras salen solas.

—¿Por eso perdí mi virginidad con él, no?

Abby desaparece de mi campo de visión mientras me pongo una camiseta de tirantes morada. Una vez que estoy vestida, me mira con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—¿De qué estás hablando?

—¿Recuerdas la noche del baile de graduación? Estabas demasiado ocupada haciendo lo que fuera con Joey Marcello como para darte cuenta de que me había ido. Rob y yo nos acostamos esa noche y decidimos no contártelo. Lo convencí para que lo mantuviera en secreto porque no quería hacerte daño.

Las últimas palabras me suenan falsas cuando las digo. Siempre he estado convencida de que mantenerlo en secreto fue idea mía, pero ¿lo fue? ¿O Rob me manipuló para que lo pensara? No era exactamente un terreno de juego nivelado si tenemos en cuenta nuestras edades.

—Mientes —resopla, y me fulmina con la mirada.

—¿Por qué te mentiría sobre eso? Rob lleva coqueteando conmigo desde que cumplí dieciséis años. ¡Sigue haciéndolo ahora que he vuelto, aunque tiene novia, Abby! Sé que es tu hermano, pero es una cerdada, lo mires como lo mires.

Abby parpadea rápidamente, pero se queda callada. ¿Qué puede decir? La infidelidad es indefendible, incluso aunque se trate de tu hermano.

Alentada por haberme quitado este peso de encima, continúo:

—Además de todo eso, últimamente has sido una amiga horrible conmigo. Nunca me preguntas por mi madre ni por cómo estoy, y nunca quieres salir conmigo a menos que sea para emborracharnos e ir a ligar. He estado ahí para ti durante años, Abby. Estuve a tu lado cuando sufriste un trastorno alimenticio, cuando tus padres se divorciaron, cuando empezaste a salir con el idiota de Kent, que no paraba de romperte el corazón. He estado ahí siempre, cogiéndote la mano, escuchándote y apoyándote. ¿Dónde mierda has estado tú ahora que, por una vez, era yo la que te necesitaba?

La rabia se mezcla con la tristeza y me invade una frustrante necesidad de llorar. Quizá lo haga más tarde, pero no pienso permitir que ella lo vea. Reprimo las emociones y aprieto los puños hasta que me clavo las uñas en las palmas de las manos.

—Las amistades no funcionan así —añado—. Esto ni siquiera es una relación de amistad.

Eso sin contar todo lo que no sabe, como la prueba BRCA. No me sorprende no habérselo contado. Es evidente que no le importaría.

—¿Así que ahora tú eres perfecta y yo soy la mala? —Abby sube el tono de voz hasta que estoy segura de que todos en la casa pueden oírla.

Esto parece una discusión de enamorados, y diría que es incluso más frustrante que eso.

Me dejo caer en la cama, agarro una almohada y la aprieto para canalizar mi ira.

—Sé que no soy perfecta, pero al menos me preocupo por mis amigos.

—¿Crees que eres mejor que yo por esta pequeña aventura que estás teniendo? No durará, Sera. Hay una razón por la que Tyler no quiere salir contigo.

Me golpea como una bofetada.

—No sabes de lo que hablas. —Mi voz temblorosa deja a la vista que me ha hecho daño.

Abby pone los ojos en blanco.

—Sigue diciéndote eso. No me llores cuando no salga bien. —Se da la vuelta y sale de mi habitación dando un portazo.

—¡Bien! —le grito—. ¡Me alegro de que estemos de acuerdo!

Querer tener la última palabra me parece inmaduro, y enseguida me arrepiento de haberme molestado en hacerlo.

La puerta principal se cierra de golpe, seguida de un silencio. Cuando el enfado se me pasa, me quedo pensando en las palabras de Abby. Y cuanto más tiempo lo pienso, más empiezo a preguntarme si lo que me acaba de decir sobre Tyler es cierto.



# Capítulo 29

## Objetivo equivocado

*Tyler*

Seraphina está en mi habitación otra vez, pero ahora ya no es ningún secreto.

—Te he traído hielo. —Se acerca a la cama donde estoy sentado en bóxers y me da una bolsa de gel envuelta en un trapo de cocina —. Espero que no te hayas hecho daño en la mano al pegarle.

—Gracias, Ser. —Me coloco la bolsa de hielo en los nudillos con una mueca de dolor y me envuelvo el puño con el trapo para mantenerlo en su lugar. Aunque soy experto en dar buenos puñetazos, mi cerebro reptiliano no estaba muy pendiente de eso hace un rato. Solo pensaba en infligir el máximo daño posible, no en proteger mis manos para el hockey.

Se coloca a horcajadas sobre mí, me levanta la barbilla y me examina la cara. Gracias al espejo del baño, sé que tengo un pequeño moretón, pero es leve comparado con lo que le he hecho a él.

—Uf. ¿Te duele? —Recorre y traza la marca con esos dedos tan suaves.

—No. Deberías haber visto al otro. —Aun así, Rob se ha librado de una buena. Se merece algo mucho peor. ¿Y si hubieran estado en otra parte? ¿Y si hubieran estado solos? Me pongo enfermo con solo pensarlo.

—Agradezco que te preocupes, pero no deberías haberlo hecho —añade—. No me gustaría que te metieras en problemas por mi culpa.

—¿Después de lo que te ha hecho ese cabrón? No podría haberme detenido ni aunque lo hubiera intentado. Aunque probablemente no haya sido la mejor manera de contarle lo nuestro a tu hermano.

—Es un problema para mañana. Soy adulta, y Chase lo superará.

Un montón de preguntas hierven en mi interior hasta que bullen y empiezan a manar sin que pueda contenerlas.

—Por cierto, ¿qué pasa con Rob? ¿Puedes ponerme un poco en contexto?

Duda.

—Nos enrollamos hace mucho tiempo, pero fue algo de una sola vez. Siempre he pensado que era mi amigo, pero está claro que lo malinterpreté e ignoré un montón de señales de alerta.

¿Hace mucho tiempo? ¿Qué significa eso? ¿Dos años? ¿Tres? Solo tiene veinte años. Esto me deja con más preguntas que respuestas.

—¿Qué quieres decir con «hace mucho tiempo»?

—En el baile de graduación.

¿Qué cojones? Me cuesta mantenerme serio. Si lo hubiera sabido antes, no habría dejado que Dallas me frenara.

—¿Se lo contaste a alguien? —pregunto con cuidado—. ¿A Chase?

—Rob sigue vivo, ¿verdad? No quería que Chase se metiera en problemas. Fue hace mucho tiempo y ya he pasado página. Todo está bien ahora. Sin contar con el desastre de esta noche.

—No ha sido culpa tuya, Ser. —Dejo la bolsa de hielo a un lado y le acaricio la mejilla—. ¿Estás segura de que estás bien? —Tengo la impresión de que ha bajado para hacerme sentir mejor, pero no es por mí por quien debe preocuparse.

Frunce la boca.

—Estoy bien. No es para tanto. Rob solo estaba borracho.

Que le esté restando importancia a lo que le ha hecho me hace enfadar muchísimo más, porque sí que es para tanto.

—Borracho o no, ningún imbécil tiene derecho a tocarte sin tu permiso. Sobre todo cuando se supone que es tu «amigo». —Las palabras salen con más dureza de la que quería—. Lo siento. No soporto la idea de que alguien te haga daño.

Seraphina ignora mi comentario y se acerca más a mí sobre mi regazo. Me posa las manos en los hombros y los labios en los míos. Todo mi cuerpo se excita en respuesta y mi polla se estremece, lo que crea una confusa combinación de emociones al mezclarse con la ira primitiva que me recorre las venas. Por mucho que me guste tenerla aquí, estoy furioso. Seguiré enfadado un par de días, si no más.

Y si vuelvo a ver a Rob, deseará que no lo hubiera hecho.

Como si percibiera mi rabia, Sera rompe nuestro beso. Me roza el torso, y luego los abdominales, con los pechos cuando se desliza hacia el suelo y sus rodillas tocan la alfombra.

—No quiero hablar más de él, ¿vale? —Me mira con los ojos color chocolate, casi suplicantes. Surgen más sentimientos paradójicos. Me resulta imposible decirle que no a esa carita. También es la persona a la que más necesito proteger, y por eso estoy tan enfadado.

—Vale, Campanilla. —No voy a discutir con ella por ese capullo.

—¿Quieres ya tu regalo de cumpleaños? —Me sube las manos por los muslos, pasa por mis caderas y luego tira de la cinturilla de mis calzoncillos.

—¿Qué es? —la provoco y le acaricio el pelo.

Ella baja la cabeza y me besa la punta del pene a través de la tela negra de los bóxers.

—Lo que tú quieras.



Lo bueno: anoche Seraphina durmió en mi habitación sin necesidad de escabullirse.

Lo malo: Chase no me ha dirigido la palabra en todo el día.

En lugar de compartir coche con Dallas y conmigo para ir al estadio, que ha sido nuestra rutina desde que tengo memoria, ha salido de casa sin avisarnos y ha ido solo. Ha llegado antes que nosotros, se ha cambiado en silencio y ha salido del vestuario, ignorándonos por completo.

Todo este asunto del silencio es desconcertante. Esperaba una confrontación acalorada, o tal vez una paliza. En cambio, ha estado callado. Demasiado callado para alguien que suele ser ruidoso y franco.

Es como la calma antes de la tormenta, y no tengo ni idea de cuándo estallará el cielo ni de qué magnitud será. Cuanto más se alargue esto, sospecho que peores serán las consecuencias.

—¿Estás bien, Donohue? —Reid me da un toque con el codo protegido. Casi todo el equipo está ya en la pista, salvo nosotros y un puñado de rezagados. No tengo prisa por pisar el hielo, aunque eso signifique que Miller me eche bronca por llegar tarde.

Saco el casco de portero de mi cubículo sin mirarlo.

—Sí.

—Carter está enfadado, ¿eh?

—Eso es quedarse corto. —Bajo el equipo, mi pecho se agita con un suspiro—. Estoy bastante seguro de que está planeando mi asesinato.

Bromas aparte, lo que me preocupa no es tener un altercado físico, sino que he fastidiado nuestra amistad. Y nuestra convivencia en el proceso. Además de que cabe la posibilidad de que también haya destrozado la del equipo de paso.

Lo que es peor aún, he arrastrado a Seraphina conmigo. Puedo vivir con que Chase esté enfadado conmigo, pero que se enfade con Sera le rompería el corazón, y si hay algo que no soporto es que le hagan daño.

—Lo superará —añade Reid, que coge sus guantes—. Solo necesita algo de tiempo.

—¿Conoces a Carter? No es de los que perdonan y olvidan.

—Al final, quiere que su hermana sea feliz. Si te portas bien con ella, no tendrá más remedio que aceptarlo con el tiempo.

Pero ¿lo hará? No estoy seguro de que vaya a estar de acuerdo con nuestro confuso acuerdo de «divertirnos».

—Supongo que depende de tu definición de «con el tiempo». En un par de años, claro. A lo mejor. No creo que vaya a ser pronto.

Me dirijo a la puerta y Reid se coloca delante de mí con destreza para bloquearme el paso. Aunque soy más ancho que él con el equipo puesto, me saca unos centímetros de altura, y está claro que no se moverá hasta que dé por terminada esta conversación.

—¿Te retractarías? —pregunta.

Retrocedo un paso.

—¿Qué?

—Si pudieras volver atrás en el tiempo, ¿cambiarías algo de lo que ha pasado entre tú y Sera? Contárselo a Carter no cuenta. Estoy hablando de vosotros dos.

Todo pasa ante mis ojos en un instante. La primera vez que la vi vestida de Campanilla en XS. El día de la mudanza. Nuestro casi beso en la cocina. Cuando fui a recogerla a casa de Rob la noche que me llamó. La vez que perdió las llaves. Cómo arruga la nariz cuando se ríe. Las noches de películas. Las veintiuna preguntas. Dormirme con ella en brazos. Su champú de coco. Y mucho rosa.

—No. No cambiaría nada.

—Exacto, así que deja de compadecerte. Si quiere enfadarse, que lo haga. Sus sentimientos son problema suyo. Cada uno debe hacerse responsable de sus movidas, tío.

—Parece que has hecho mucha terapia.

Gruñe.

—No sabes ni la mitad.

La primera parte del entrenamiento transcurre con tranquilidad. La segunda, no tanto. El entrenador Miller nos divide en grupos para

hacer ejercicios y nos pone a Chase y a mí juntos en la portería para practicar tiros. Mientras patinamos hacia nuestro lado, Chase se niega a mirarme siquiera.

Sigo el disco con la mirada mientras se acerca y calculo mentalmente su siguiente movimiento. Por cómo juega Chase, o bien se acercará el disco con la punta del stick y lo lanzará hacia la portería o hará una finta y un lanzamiento de revés. Para mi sorpresa, no hace ninguna de las dos cosas y, en cambio, me ataca con un slapshot. Por poco me golpea el cuello, uno de los puntos más vulnerables de un portero.

Estoy acostumbrado a que me lancen discos a más de 145 kilómetros por hora, y la posibilidad de que me golpee siempre me inquieta.

Su segundo lanzamiento me da por encima de la rodilla, justo donde hay un hueco entre las protecciones.

—¡Mierda! —Me doblo con un quejido e intento respirar a pesar del dolor cegador. Recibir un golpe nunca es particularmente placentero, pero hay zonas que duelen más que otras, y esta es una de ellas.

Me recoloco, espero a que Chase se haga con otro disco y se acerque de nuevo a la portería. Es uno de nuestros mejores tiradores, por eso intento darle el beneficio de la duda con respecto a su dudosa puntería. A lo mejor está desconcentrado después de todo lo que pasó anoche.

Con el tercer tiro, que casi me vuela la cabeza, sé que no ha sido un accidente.

—¿Sabes que se supone que debes tirar a la portería, verdad? —grito, y hago un gesto con el palo.

Patina a toda prisa hasta el área de la portería y se detiene de golpe mientras hunde los patines en el hielo para rociarme con él. Si alguien de otro equipo me hubiera cubierto de nieve durante un partido, él habría sido el primero en darle una paliza.

Agarra el palo marca Bauer con ambas manos y me mira con una expresión que indica que desearía tener mi cuello entre las manos.

—Y se supone que no debes acostarte con la hermana de tu amigo, pero eso no te ha detenido.

Allá vamos. Ha tenido toda la mañana para explotar, y decide hacerlo en medio de un entrenamiento.

—Vamos, tío. Eso no tiene nada que ver contigo.

—¿En qué puto planeta Seraphina no tiene nada que ver conmigo?

Dallas se acerca patinando por detrás de Chase y gira para colocarse entre nosotros. Mira por encima del hombro y nos separa con cuidado.

—Ya basta, tíos. Miller está mirando. ¿Queréis hacer que castigue a todo el equipo?

—Francamente, Ward, me importa una mierda —suelta Chase con los dientes apretados.

—Me parece bien, pero a los demás sí que nos importa. Necesitamos dejar algo de gasolina en el tanque para el partido de mañana. —Dallas extiende más los brazos para aumentar la distancia entre Chase y yo hasta que no puede estirarse más—. Es evidente que tenéis mucho de qué hablar, y podemos ocuparnos de eso cuando salgamos de la pista. Hasta entonces, limitaos a preocuparos por perfeccionar tu tiro en tu caso, y en el de Ty, por pararlo.

Chase me fulmina con la mirada.

—Vale.

Deja de intentar decapitarme, pero sigue lanzando el disco demasiado fuerte para tratarse de un entrenamiento. Cuando acabemos, sé que tendré varios moretones en los hombros y las rodillas.

Gracias a la insistencia de Dallas, Chase accede a regañadientes a tomar algo con nosotros después de ducharnos. Insiste en que no promete nada y que solo se quedará a tomar una cerveza. Supongo que va a darme una pequeña oportunidad para arreglar las cosas.

Tengo los nervios a flor de piel cuando Dallas y yo entramos en el aparcamiento del Overtime. Es un milagro que no me hayan vetado

la entrada por haber pegado a Rob, pero uno de los camareros fue testigo de cómo acabó nuestra discusión y comprendió quién tenía la culpa.

Nos sentamos en una mesa y esperamos. Charlamos tratando de evitar hablar de Chase, Seraphina y todo lo relacionado con ellos. Chase llega quince minutos más tarde, probablemente para dejar claro que sigue enfadado. Conociéndolo, se habrá quedado sentado en el aparcamiento para matar el tiempo a propósito.

Se toma su tiempo para cruzar el bar hacia nosotros. Luego, a regañadientes, se deja caer en el asiento frente a mí como si le molestase muchísimo estar aquí. Le quiero, pero a veces se comporta como un niño.

En cuanto el camarero nos trae las bebidas, Dallas toma su cerveza y se levanta. Se queda de pie, en la punta de la mesa, y nos lanza una mirada llena de reproche.

—Ahora que estamos todos aquí, ¿tengo que quedarme y hacer de mediador, o sois capaces de hablarlo como adultos vosotros solitos?

—Adultos —murmuramos Chase y yo al unísono.

—Bien. Entonces estaré allí viendo el partido, disfrutando de mi cerveza bien fría y asegurándome de que no os matéis, idiotas. —Señala una mesa cercana frente a la hilera de televisores de pantalla plana—. Si tengo que intervenir, alguien se llevará un guantazo.

—Me parece bien, Ward —espeta Chase.

Dallas lo mira con lástima.

—Sabes que te quiero, Carter. Pero si eres demasiado terco para ver lo que de verdad está pasando, no hay nada que se pueda hacer.

—¿Qué se supone que significa eso? —Hace un gesto con la cerveza en la mano. Dallas ya nos está dando la espalda y está a medio camino de su asiento.

Yo tampoco estoy seguro de qué ha querido decir.

Chase y yo nos miramos desde el otro lado de la mesa mientras él lanza chispas con la mirada. La culpa me invade porque es uno de

mis mejores amigos y no quería que las cosas salieran así. No estoy seguro de cuál era mi intención.

Un silencio denso llena el aire entre nosotros.

—¿Qué hay entre Sera y tú? Explícamelo. —Chase levanta las cejas oscuras expectante.

—Sera y yo…

—¿En qué demonios estabas pensando? —Apoya los antebrazos en la mesa y su mirada adquiere un tono venenoso—. Sabes que mi hermana ha estado en una situación vulnerable con la mudanza y con nuestra madre enferma.

Rodeo el botellín de cerveza fría con la mano y me armo de toda mi paciencia.

—Déjame empezar por…

—Es que, joder, tío. Creía que podía confiar en ti.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que corren el riesgo de convertirse en polvo. No tengo claro qué se supone que debo hacer cuando es evidente que no tiene ningún interés en escucharme. No me sorprende. Discutir con Chase vale tanto la pena como discutir con una pared, y es algo que ya sabía desde el principio.

—¿Vas a dejarme hablar o prefieres interrogarme? —pregunto—. ¿O a lo mejor prefieres quedarte aquí y echarme mierda hasta quedarte sin aliento? Estoy intentando decidir cómo proceder.

Sus fosas nasales se dilatan.

—Déjame adivinar, ¿este plan ha sido una de tus brillantes ideas?

Esa pregunta me pone en una situación incómoda. No puedo contarle que fue Sera quien lo sugirió tras haber practicado sexo en la cabina de los locutores.

—No sé cómo responder a eso —le digo con sinceridad—. Estoy tratando de encontrar el equilibrio entre ser respetuoso con ella y sincero contigo. —Con énfasis en lo primero. La privacidad de Seraphina y sus sentimientos me importan más que cualquier otra cosa.

—Respetuoso —dice con sarcasmo—. Claro.

—Sí. Lo que sea que estamos haciendo o dejamos de hacer es completamente consensuado. Lo creas o no, me importa. Mucho. Es amiga mía.

—Una amiga con la que te acuestas, porque no crees en las citas.

—Eso no es… —Supongo que técnicamente no es falso, pero no me gusta cómo suena cuando lo dice así.

—En otras palabras, la estás utilizando.

Todo mi cuerpo se estremece.

—Eso no es verdad, joder, Carter. —Mi respuesta es casi un gruñido. Sus suposiciones sobre mis intenciones me están poniendo de los nervios. Adoro a Seraphina y ella lo sabe, y eso es lo único que importa al final.

Resopla.

—¿Ah, no? ¿Os acostáis juntos y tengo que creerme que te importa cuando no quieres comprometerte? Hay algo que no cuadra. Nada me impediría estar con Bailey. Y no me vengas con esa mierda de excusa de que es diferente porque eres portero.

Debo reconocer que a Chase se le da genial dar donde más duele. Es el mejor en eso. Aunque en este caso soy yo quien ha actuado mal y el que está intentando arreglar todo esto, no me está ayudando a mantener la calma.

—Es diferente. La presión a la que tú y yo estamos sometidos es distinta. Es así. Yo estoy intentando conseguir uno de los treinta y dos puestos de la liga.

—¿Y qué? ¿Vas a dejar que eso también domine tu vida fuera de la pista? ¡Uf! Es demasiado estresante, así que voy a agravarlo convirtiendo el hockey en el centro de mi universo y negándome a acercarme a cualquiera.

Es duro, pero no me sorprende. Si hay alguien a quien se le da peor la empatía y el tacto que a mí, es el tío que está sentado justo delante de mí.

—Muy lógico, tío. —Chase resopla y me señala con el cuello de la cerveza medio llena—. Si sigues así, no tendrás a nadie a quien

recurrir en los momentos más duros de tu carrera deportiva. Muy inteligente.

Siento un latido sordo en las sienes.

—¿Se te ha ocurrido pensar que a lo mejor Sera no quiere estar conmigo?

—¿Qué?

—Como he dicho, es adulta. Esto no es un plan malvado que he maquinado solo.

Relaja un poco la mandíbula.

—Mierda.

—¿Eh? —Miro a nuestro alrededor por el bar en busca de lo que ha provocado su repentino cambio de actitud, pero me está mirando. Me está escrutando, de hecho, y sin parpadear.

—Maldito hijo de puta —murmura.

—No entiendo nada —admito.

Me estaba frustrando mientras Chase me atacaba, pero esto es casi más inquietante.

—El autobús del karma te ha atropellado pero bien, ¿a que es verdad?

—Eh… ¿no?

Lo observo con recelo mientras extiende la mano por encima de la mesa. En lugar de golpearme, que era casi lo que esperaba, me da una palmadita en la mano, casi como si fuera una niña pequeña. Es lo más extraño que he experimentado en mi vida.

—¿Sabes qué? —Chase se cruza de brazos y se reclina en la silla con una sonrisa burlona—. Nah. Estamos bien.

Se ríe entre dientes y hace un gesto con la mano para llamar la atención de Dallas e indicarle que se una a nosotros. Todavía estoy tratando de entender cómo hemos pasado de que Chase quisiera arrancarme la cabeza a que esta situación le parezca divertida.

—¿Ya está todo arreglado? —Dallas se sienta en la silla junto a mí y su mirada va y viene de uno a otro.

—Sí. —Chase coge un menú y lo abre—. Vamos a comer algo.

No tengo ni idea de qué acaba de pasar.



# Capítulo 30

## Parada repentina

*Tyler*

Que mi padre se haya «pasado» de camino a casa desde Nueva Jersey hace que salten todas las alarmas en mi cabeza. Llevo nervioso desde que me ha escrito esta mañana para contármelo.

No ayuda haber perdido los últimos cuatro partidos seguidos, empezando por aquel al que vino Seraphina. El torneo de EnduraFuel es este fin de semana y llegar con una racha de derrotas es uno de los peores escenarios posibles.

—¿Cuántos quedan? —gruño, intentando ignorar la fatiga abrasadora que me recorre los abdominales. Estoy tan distraído que ni siquiera soy capaz de contar malditos abdominales.

—Dos más —me insta Mark.

Siento que el corazón me va a estallar en el pecho. Me quedaría corto si dijera que me he pasado tomando café. Pero sin él, desfallecería. He estado intentando dormir más para compensar todo el estrés, y lo irónico es que duermo menos que nunca. He entrado en un círculo vicioso de cafeína y fatiga que no logro romper.

Un golpe en la puerta de la sala de entrenamiento nos interrumpe y oímos el pitido de alguien que está introduciendo el código de acceso. Cuando mi padre entra, hay algo en su rostro que no puedo descifrar, o quizá no quiero, porque entonces tendría que admitir que es grave.

—¿Puedo hablar con Mark un segundo, hijo?

Salen al pasillo y tienen una conversación en voz baja que se alarga más de lo que esperaba. Intento escuchar a escondidas, pero están susurrando y la puerta metálica es gruesa. Me resulta imposible entender lo que dicen.

Respiro de manera entrecortada, busco el móvil y reviso el mensaje que Seraphina me ha enviado antes.

**Campanilla:** Pregunta 40: ¿cuál es tu peor miedo?

Es demasiado evidente para responder ahora. ¿Mi peor miedo? Decepcionar a todo el mundo de una forma épica, malgastar el tiempo y el dinero de mis padres y destrozar mi carrera antes de que empiece. Ah, espera. Eso ya está pasando.

El pánico me envuelve como una cuerda tan apretada que siento que se me van a romper las costillas. Es más sencillo quedarte donde estás que remontar si te caes. Y yo estoy a punto de caer, si no lo he hecho ya.

La puerta se vuelve a abrir y mi padre entra, pero Mark no.

—¿Qué pasa? —Cojo la botella de agua y me acabo lo que queda.

Papá se quita la chaqueta azul marino y la deja sobre el respaldo de una silla cercana antes de sentarse. Su expresión me dice que ahora está en modo padre, lo que solo aumenta mi ansiedad a un nuevo nivel.

—Sabes que nunca te distraería durante un fin de semana como este, pero quiero que te enteres por mí antes de que la noticia se publique.

Tengo la boca más seca que el Sahara.

—¿Qué noticia?

—Nueva York ha fichado a Caleb Brown.

Miro a mi alrededor en la sala de entrenamiento, porque hay un noventa y cinco por ciento de posibilidades de que vomite.

—Estás de broma.

Me esfuerzo por ponerme de pie y empiezo a dar vueltas. El corazón me va a mil y la cabeza me va todavía más rápido.

Está pasando. Está pasando de verdad. Ha ocupado mi lugar en la clasificación.

—Hijo. —Se interpone en mi camino y me detengo—. No es mi intención deprimirte. Pero está en todas las redes sociales. No quería que lo vieras ni que te lo contara un amigo. Podemos hablarlo. Tu carrera irá bien.

—¿Cómo lo sabes? ¿Tienes una bola de cristal? Porque ahora mismo me iría muy bien tener una, joder.

—Tyler. —Mi padre me da una palmadita en el brazo y luego baja la mano. Endereza los hombros y suelta el suspiro más profundo que he oído en mi vida—. Hablemos. Y no solo de hockey.

—¿Qué quieres decir? —A regañadientes, dejo que me guíe hasta que me sienta en la silla verde de plástico junto a la suya antes de que él vuelva a sentarse a mi lado.

—Te he estado presionando demasiado. Te has estado exigiendo mucho. Esto no es sano. Cuando eras más joven, estabas muy entregado y quise animarte a ello, pero te he perjudicado en el proceso.

—Estoy bien —insisto, y cojo la botella de agua. Está vacía. Me inclino y tomo una de EnduraFuel sabor a frutos rojos de una neverita cercana. En unos pocos tragos, me bebo la mitad y la dejo a un lado.

—No lo estás, y es culpa mía. Lo asumo. Pero estoy viendo el rumbo que está tomando esto y me veo en la obligación de intervenir e intentar ayudarte como tu padre. No como tu agente, ni como tu asesor profesional. —Hace una pausa y sus ojos gris oscuro me miran fijamente—. ¿Cómo va tu vida personal?

—Bien —digo de manera automática.

Tengo la vista fija en el premio. Hockey. Entrenar. Universidad.

Me duele el pecho porque sé que todas esas piezas no son suficientes por sí mismas.

—¿Sales con alguien?

Siento una presión que me atenaza el cuello. Mark debe de haberle mencionado algo.

—Sí —digo—. No. No lo sé.

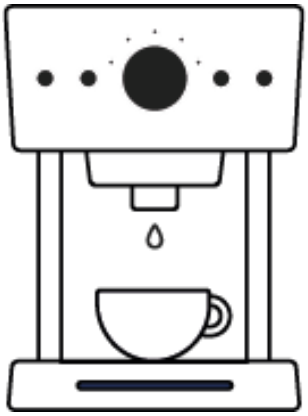
—Tyler…

—Mira, papá. Agradezco tu preocupación y entiendo tu punto de vista. De verdad que lo entiendo. No es que no esté de acuerdo contigo, pero primero necesito sobrevivir a este evento de EnduraFuel. ¿Me dejas hacer eso? Mi energía está al límite. No puedo asumir nada más, aunque vaya a ayudarme a largo plazo. Deja que me centre en la invitación al torneo y te prometo que después resolveremos eso del equilibrio entre la vida laboral y personal y la salud mental.

Mi padre me observa.

—Trato hecho, pero no lo dejaré estar.

—Lo sé. Solo necesito que este fin de semana acabe.



# Capítulo 31

Sin horarios

*Seraphina*

No me convencen estas propuestas para la tarea de narrativa corta de mi clase de Escritura creativa. Pociones de invisibilidad, monstruos marinos que nadan bajo los barcos, un genio en una botella. Una de las cosas que más me gustan de escribir es que puedo elegir la trama. Que me limiten me produce un extraño resentimiento. Todas son de ciencia ficción, aventuras o suspense. ¿No podría al menos darme la libertad para incluir un poco de romance? Supongo que el romance entre monstruos existe. Quizá podría hacer eso…

La puerta de la entrada da un portazo y levanto la vista del portátil con entusiasmo.

Tyler entra un momento después y atraviesa la habitación hacia mí. Va vestido de chándal de pies a cabeza, como ha hecho el resto de la semana, sin siquiera molestarse en ponerse ropa de calle. Solo

ha usado conjuntos de ropa deportiva limpios, como si fuera lo único en lo que pensara.

Se acerca a mí y me da un beso en la cabeza.

—Hola, Ser.

—Hola. —Me dispongo a cerrar el portátil, pero antes de que lo haga, él está a medio camino de la habitación. No sé por qué esperaba otra cosa; me hizo un resumen detallado de su horario de la semana.

No formo parte de ella.

No lo dijo directamente. No hacía falta. No tiene tiempo libre entre los entrenamientos fuera de pista, los de equipo, el estudio y los entrenamientos adicionales que ha añadido para prepararse para el torneo de hockey al que lo han invitado a asistir este fin de semana.

Con el corazón roto, me recuesto en el sofá de cuero y vuelvo a abrir la tarea en la que estaba trabajando. Esta semana ha sido horrible. Una para el recuerdo en el peor de los sentidos. He roto mi amistad con Abby, lo que significa que tengo una amiga menos aquí y, ya para empezar, no tenía muchas. Aunque fuera una amiga horrible, hacía que mi vida pareciera mejor en teoría.

También sigo esperando los resultados de la prueba del BRCA. No hay más que decir.

Entonces Chase me dio un discurso sobre cómo no debería haberle mentido ni ocultado cosas durante tanto tiempo. Fue más un «no estoy enfadado, sino decepcionado», y de algún modo eso me hizo sentir muchísimo peor que si se hubiera enfadado conmigo.

Y, como demuestra lo que ha ocurrido hace dos minutos, Tyler ha estado distante toda la semana. Apenas me ha escrito, no está presente cuando estamos juntos y, en general, es como si hubiera perdido el interés en mí. A lo mejor se debe más a que no quiere distraerse que a la falta de interés, pero han pasado varios días y me cuesta no tomármelo como algo personal a estas alturas.

Cuando intento hablar de ello, dice que es por el hockey. ¿Cómo voy a creerle si no me da más detalles?

Creía que si se descubría lo nuestro, sería más fácil estar con él, no más complicado.

A lo mejor me equivoqué. Para empezar, en teoría no estoy con él.

Poco después, vuelve a salir por la puerta, esta vez junto a Dallas y Chase para entrenar con el equipo. Bailey y Siobhan han venido a ver una película, pero es más que evidente que tengo la cabeza en otra parte. Pausamos la película a la mitad y nos ponemos a hablar.

Sobre todo, soy yo la que habla. Y llora.

Bailey inclina la cabeza con compasión.

—Está pasando por una mala racha, Sera. No creo que sea nada personal.

Sollozo y me limpio la nariz con un pañuelo.

—Pues lo parece. —¿No debería querer que estuviera a su lado cuando las cosas van mal? Se ha abierto mucho conmigo con respecto al hockey, y ahora es como una cámara acorazada. Que me esté alejando me hace sentir que debe de haber algo más.

—Lo siento. —Shiv posa una mano en mi brazo y me acaricia—. Por si sirve de algo, he visto cómo te mira, y déjame decirte que ese hombre está loco por ti.

—Ja. Lo dudo. —Añado otro pañuelo arrugado a la montaña que tengo al lado y alcanzo mi bol de palomitas. Creo que lo mejor es que ahogue mis emociones en comida. Aunque a estas alturas, necesitaría una piscina olímpica de aperitivos para animarme.

—No es por presumir —dice—, pero tengo una capacidad excepcional para leer a la gente. Sabía que pasaba algo entre vosotros mucho antes de pillaros.

Hago una pausa con un puñado de palomitas en la mano, y una cae al bol.

—¿En serio?

—Claro. Hasta en el cumpleaños de Chase, Tyler te estuvo mirando toda la noche. —Siobhan gesticula con su paquete de regaliz para darle énfasis—. Cada vez que venía a la casa, lo notaba. Te mira como si fueras la única persona en la habitación.

No se me escapa que así es exactamente cómo describiría la forma en que mi padre miraba a mi madre.

—Shiv tiene razón —interviene Bailey—. Yo también había empezado a pensar que pasaba algo después de San Valentín. Chase también me lo mencionó un par de veces. Pensaba que Tyler estaba enamorado de ti, pero no se percató de que realmente había algo entre vosotros.

Se me revuelve el estómago porque quiero creerme lo que dicen, pero me da miedo hacerlo. Si lo que dicen es cierto, no me lo está demostrando.

Aunque, ¿por qué debería? No es que me deba nada.

Y lo que es peor, yo fui la que causó todo este desastre al decirle que «solo nos divertiríamos». Mi capacidad para separar el sexo de las emociones se va a pique cuando se trata de él. Ahora estoy metida en una red de sentimientos que no sé si son recíprocos, o si hay siquiera una ligera posibilidad de que lo sean. Ha dejado más que claro que el hockey es su prioridad.

De repente, me llega un correo electrónico al móvil. Convencida de que son las notas de mi última entrega de Escritura creativa, lo abro.

> De: admin@northendtesting.com
> Asunto: Confirmación de cita en el North End Medical Center
> Mensaje: Seraphina Carter
> Cita de asesoramiento genético.
> Martes a las 14.00.

¿Qué? Dios mío. No me han llamado. ¿Significa esto que me han programado la cita sin más? Deben de haber llegado los resultados de mi prueba.

La sangre me ruge en los oídos mientras miro la pantalla. El martes. Lo sabré el martes.

—Dale un poco de tiempo —dice Siobhan, que llama mi atención de nuevo hacia ella—. A veces, a la gente le cuesta un poco darse cuenta de que la luz de su taxi se ha encendido.



# Capítulo 32

## Altitud de crucero

*Tyler*

Este puto torneo de hockey de EnduraFuel es de lo más inoportuno.

El primer día está bien, pero no es estelar. Hay ejercicios y minijuegos, y aparezco en la parte superior de la clasificación, aunque no en el primer puesto, donde debería estar. Cuando terminamos, me encuentro con mi padre y asistimos a la fiesta posterior, donde charlamos con los directivos de la liga, conocemos a los demás y buscamos patrocinadores. Por muy buenos que sean los sueldos profesionales, el dinero real está en las promociones.

El segundo día, todo se viene abajo. Caleb Jones también ha asistido, y juega en el equipo contrario en el partido de tres contra tres. No podría ser más irónico que tengamos que enfrentarnos en un mismo partido. Estoy preocupado, y se nota durante el entrenamiento. Se me escapa un tiro tras otro, la gran mayoría de los cuales debería poder parar.

Me recoloco entre los postes, respiro hondo y lo intento de nuevo. El siguiente ejercicio no es mejor. Las náuseas me revuelven el estómago durante todo el entrenamiento, y cerca del final estoy a

punto de buscar la papelera para vomitar. Este fin de semana es crucial, y me estoy ahogando.

Al terminar, Mark me saca de la pista con un tirón de la camiseta y me da una charla motivacional urgente en la habitación del hotel.

—¿Qué pasa, Tyler? —Camina de un lado a otro delante de mí, todavía vestido con su polo negro de entrenamiento y sus pantalones grises.

—No lo sé. —Me paso la mano por el pelo, todavía húmedo de la ducha. El próximo partido no es hasta más tarde esta noche, y hay unos eventos sociales programados primero. Por eso necesito ponerme las pilas para lograr codearme con la gente y fingir que todo va bien.

—¿Se trata de Brown, verdad?

—¿Sí? —Junto los dedos y estiro los hombros, pero no me ayuda a aliviar la tensión que me recorre el cuerpo—. También tengo problemas personales que resolver. No es el mejor momento para todo esto.

Desde que llegué, me he arrepentido de ignorar a Seraphina toda la semana. No ha sido intencionado, es solo que he estado tan estresado que he sido incapaz de concentrarme en nada más. Me he pasado la semana agotado y lo he empeorado todo de la peor de las maneras habidas y por haber. Es la definición de la autoderrota. Debería poder manejar todo esto, y estoy fracasando de manera estrepitosa.

Mark aprieta los labios hasta formar una línea, con expresión comprensiva pero severa.

—Nunca es el mejor momento. Tendrás que acostumbrarte. El hockey no espera a la vida, y la vida no espera al hockey.

Empieza a dar un discurso que quiere que sea inspirador, pero, por alguna razón, resulta desalentador. Está claro que coincide con mi padre en que necesito conseguir un equilibrio entre el hockey y el resto de mi vida. Creen que, en última instancia, es lo que está pasando ahora mismo.

En otras palabras, esto sigue siendo culpa mía.

Una ansiedad que me resulta familiar se instala en mi cuerpo y la adrenalina me corre por las venas.

—¿Puedo tomarme cinco minutos a solas, Mark?

Asiente.

—Tómate todo el tiempo que necesites.

En cuanto la puerta se cierra tras él, cojo el teléfono y llamo a Seraphina. Contesta al tercer tono con un deje de sorpresa en la voz, probablemente porque no le he escrito demasiado estos días.

—Hola —me saluda—. ¿Qué tal la demostración?

—No va nada bien. —Me contengo. Una parte de mí quiere sincerarme con ella sobre todo lo que está pasando, pero otra teme que me enfade aún más al hablar de ello.

¿Por qué la he llamado? Aunque es egoísta, es porque la quiero cerca. La necesito aquí ahora mismo. Hablar por teléfono no es lo mismo.

Mierda. Me siento dependiente, como si estuviera pidiendo más de lo que puedo darle a cambio.

—Lo siento, Hades. ¿Qué ha pasado?

—He tenido un comienzo un poco difícil, eso es todo. Necesitaba oír tu voz. ¿Cómo estás?

Hace una pausa.

—Estoy bien. De hecho, esperaba que pudiéramos hablar de algo… —Se interrumpe—. Pero si ahora no es un buen momento, lo entiendo. Había pensado en esperar a que llegaras a casa.

—Si soy sincero, ahora mismo no estoy muy bien y Mark me está esperando fuera. ¿Puede esperar? —Le seré más útil cuando llegue a casa. Cuando acabe este fin de semana, dejaré de darle tantas vueltas como ahora. Solo necesito sobrevivir a los próximos dos días.

—Eh, sí. Claro.

Cuando terminamos la llamada, me siento aún peor que al principio.

El resto del fin de semana es un asco. No es un fracaso absoluto como temía, pero tampoco es un éxito rotundo. En el mejor de los casos, está a medio camino. Caleb lo ha bordado.

A petición mía hace varias semanas, Mark reservó una noche más en Los Ángeles para que me quedara con mi familia. Al final ha sido un desperdicio. Estoy demasiado gruñón para recibir visitas, por lo que les he hablado mal a todos durante la cena familiar y me he ido a la cama antes que la mayoría de los niños pequeños. Luego me he quedado despierto varias horas, culpándome por todas las cosas que debería haber hecho de otra manera en la pista.

A la mañana siguiente, mi padre me da otra charla paternal sobre que hay más en la vida que el hockey mientras me deja en el aeropuerto de Los Ángeles. Abatido, veo cómo su Lamborghini se aleja rugiendo. Lo único que quiero es volver a casa, no estar a 4800 kilómetros de Seraphina, quien, por cierto, no me ha escrito ni un solo mensaje desde nuestra llamada.

Recorro el aeropuerto como un sonámbulo. Reviso el equipaje y mis cosas. Paso por el control de seguridad. Voy a Starbucks. Encuentro la puerta de embarque. Reviso el móvil. Eso último es un gran error, porque toda la prensa que ha estado presente este fin de semana habla de lo mediocre que ha sido mi actuación.

Cuando embarco, tengo una fila entera de primera clase para mí, lo único positivo de este día de mierda. Al otro lado del pasillo, la fila está ocupada por una pareja, y están como locos. Los oigo decirle a la azafata que se van a Europa de luna de miel. Verlos juntos me recuerda a Seraphina de nuevo.

Mientras avanzamos por la pista, cierro los ojos y me recuesto en el asiento mientras me sumerjo en la mejor manera de volverme loco: el juego del «¿Y si…?». Es contraproducente en el mejor de los casos, dañino en el peor, y lo hago todo el tiempo.

¿Y si Nueva York elige a Caleb antes que a mí? ¿Y si me escogen a mí antes que a él? ¿Y si me quedo atrapado en las ligas menores para siempre? Voy del mejor al peor de los casos y viceversa. En

cada hipótesis que me planteo, hay siempre un denominador común que me salta a la vista.

Campanilla.

Cuando imagino el resto de mi vida dentro de cinco años, no puedo evitar incluirla. Mi cerebro lo hace de manera automática. Está en todas partes.

¿Y si llego a la liga? Me despierto junto a Seraphina antes de ir al estadio a entrenar. Vuelvo a casa después y, con suerte, la vuelvo a ver. Me voy a dormir después de un partido en casa y allí está ella, o la llamo por videollamada por el camino.

¿Y si termino en un equipo de la liga menor? Casi lo mismo, solo que con mucho menos dinero y fama. Seraphina sigue ahí.

Cuanto más juego a «Y si…», todo se vuelve más dolorosamente evidente: viviré con ello si mi carrera no va como desearía, pero no puedo vivir sin ella.

Es completamente ilógico teniendo en cuenta que no hemos hablado del futuro. Si nos ponemos estrictos con las etiquetas, ni siquiera es mi novia. En algún momento, mi mente ha comprendido que está hecha para mí, y ahora se niega a aceptar lo contrario.

Entonces caigo en la cuenta de que una parte importante de lo que me ha estado estresando no tiene nada que ver con el hockey. He estado proyectando de una manera impresionante. Porque mi peor miedo no tiene nada que ver con lo que creía.

No tiene relación alguna con el hockey.

Es perderla.

Y como un imbécil, la he estado ignorando toda la semana por razones que no solo no son culpa suya, sino que tampoco tienen nada que ver con ella. Mierda. ¿De qué quería hablar conmigo el sábado? Estaba demasiado absorto compadeciéndome de mí mismo, y debería haberle dicho a Mark que esperara. Lo primero que haré al llegar a casa será disculparme.

Por el intercomunicador, la azafata anuncia que hemos alcanzado la altitud de crucero. Esto significa que puedo abrir la bandeja y sacar el portátil para ver el vídeo del partido, como siempre hago.

En cambio, entro en la galería de fotos. Empiezo con la primera selfi que me envió cuando estaba de camino a un partido fuera de casa. Luego paso las demás: Seraphina desnuda en mi cama, con las sábanas ocultando su cuerpo de manera estratégica, una selfi al azar frente al espejo de nosotros dos cepillándonos los dientes por la mañana, otra que ella tomó de nosotros besándonos, una de ella con una taza de café fuera y las mejillas sonrosadas por el frío, otra de ella fingiendo morderme la cara la noche que salimos a cenar al Rouge. Incluso ahora, esa foto me hace reír.

Se nos ve muy felices.

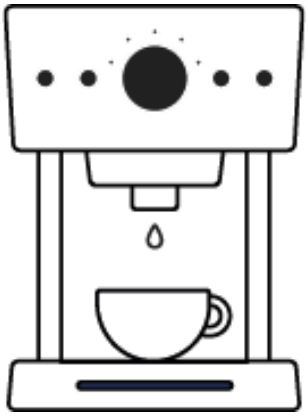
Retrocedo en la galería hasta la primera foto que me envió y la pongo de fondo de pantalla antes de bloquear el móvil. Luego presiono el botón lateral para mantenerla iluminada y trazo cada línea y cada detalle de su rostro. Unos grandes ojos marrones en los que podría perderme. Unos labios carnosos con un arco de Cupido perfecto en la parte superior. Esa nariz preciosa que arruga cuando se ríe. Es tan bonita que duele. Y lo es aún más bajo la superficie. Ingeniosa e inteligente. Bromista y atrevida. Cariñosa y paciente, incluso cuando no lo merezco.

Mientras miro la foto que tengo en la mano, todo encaja. Es como si me hubiera puesto unas gafas y por fin viera con claridad por primera vez.

No es que me esté enamorando de ella, sino que ya lo estoy. Desde hace un tiempo.

La quiero.

Esa última revelación es la que más me afecta y no dejo de pensar en ello durante el resto del vuelo.



# Capítulo 33

## Una de dos

*Seraphina*

Esta mañana de lunes ha tomado un giro extraño.

> De: admin@northendtesting.com
> Asunto: Actualización del portal del paciente del Centro Médico North End
> Mensaje: Hay un nuevo resultado de prueba disponible en su portal del paciente. Para verlo, haga clic aquí o descárguese nuestra aplicación aquí.

Me invaden unas náuseas abrumadoras mientras leo el correo electrónico de nuevo.

Esto tiene que ser algún tipo de error técnico. La enfermera con la que he hablado esta mañana me ha dicho que no suelen dar este tipo de resultados por teléfono, y que por eso recibí una confirmación de cita por correo electrónico durante el fin de semana.

Así que no tiene sentido que hayan subido los resultados a la red para que alguien los vea. A menos que sea una buena señal. Tal vez

significa que es negativo. No habría nada de malo en poner un resultado negativo para que el paciente lo viera antes de su cita, ¿no?

Con las manos temblorosas, navego a la aplicación e ingreso los datos para iniciar sesión. Antes de que la página cargue, me asusto y la cierro.

Debería esperar.

El corazón me retumba en los oídos mientras observo la pantalla. No puedo respirar. No puedo pensar. Sé que no debería mirar, pero no podré avanzar hasta que vea el resultado.

Cincuenta, cincuenta.

Una de dos.

Aguanto la respiración mientras veo cómo la ruedecita arcoíris gira sin parar hasta que la página carga.

«Por favor, que sea negativo. Por favor, que sea negativo. Por favor, que sea negativo».

No lo es.



# Capítulo 34

## Prioridades

*Tyler*

El resto del vuelo me parece cuarenta horas en lugar de cuatro. Le escribo a Seraphina al aterrizar, pero no me contesta. Otra vez. No me ha escrito desde anoche. Estoy preocupadísimo.

Tardo una puta eternidad en salir de la zona de recogida de equipaje. Siento un profundo resentimiento por cada persona cuya maleta aparece antes que la mía. Mi equipo sale finalmente por la cinta transportadora, seguido de mi maleta. La cojo, me doy la vuelta y corro hacia el aparcamiento para subirme al coche. Mientras conduzco a casa, solo puedo pensar en esos últimos treinta segundos en los que el marcador está a cero, cuando la presión es más intensa que nunca; todo se reduce al último segundo en el que o te llevas la victoria o te niegan ese gran momento.

Seraphina todavía no me ha contestado cuando llego. Introduzco el código de acceso y atravieso el garaje para guardar el equipo. Su todoterreno está aparcado dentro. Cada vez estoy más preocupado. Si no está en clase, ¿por qué no me ha respondido a los mensajes? ¿Está enfadada conmigo? ¿Está bien?

La casa está en silencio cuando entro.

—¿Ser? —la llamo.

No hay respuesta.

Con la mochila al hombro, cruzo el pasillo hacia su habitación y veo que está vacía. ¿Habrá salido con alguien? A lo mejor Chloe ha pasado a por ella para ir a clase.

Abro la puerta de abajo y me recibe el sonido del agua corriendo por las tuberías. Me invade un alivio precavido. Si es ella la que está en la ducha, eso explicaría por qué no me ha oído llegar a casa. Pero sigue sin explicar por qué no ha contestado a mis mensajes en todo el día.

Mi instinto me dice que algo va mal, y ya no creo que tenga que ver con que esté enfadada conmigo. No puedo explicarlo. Simplemente lo sé.

Con la adrenalina a flor de piel, bajo las escaleras de dos en dos. Cuando llego abajo, dejo la mochila y corro al baño. La puerta está cerrada cuando llego.

Pego la oreja y llamo con suavidad.

—¿Campanilla?

No responde.

—Ser. —Esta vez llamo más fuerte, pero sigo sin obtener respuesta.

«Dame algo. Lo que sea. Dime que me vaya. Grítame. Enfádate conmigo. Contéstame».

Desesperado, pruebo a girar el picaporte y no encuentro resistencia. No está cerrada con pestillo.

—Voy a entrar un segundo, ¿vale? —digo desde el otro lado de la puerta—. Quiero asegurarme de que estás bien.

Cuando abro la puerta, siento como si me clavasen un puñal en el estómago.

Seraphina está sentada en la bañera junto al grifo, con las rodillas pegadas al pecho. Tiene la mirada fija en el suelo y la mirada perdida. El agua cae sobre los azulejos desde arriba. La cortina de la

ducha está medio cerrada, como si la hubiera movido en el último momento, y hay charcos por todo el suelo.

El pánico me recorre las venas y el agua fría se me cuela por los calcetines mientras corro hacia ella. Cuando me acerco, unas gotas me caen en la cara y los antebrazos. Aunque el selector está en caliente, el agua sale helada. Nuestro calentador solo da para tres o cuatro duchas, a veces alguna más. Eso significa que lleva ahí dentro al menos una hora.

¿Cuánto tiempo llevará bajo el chorro de agua fría?

Arrodillado junto a la bañera, cierro el grifo e intento mirarla a los ojos, pero no lo consigo. Tiene la piel de gallina, los labios pálidos y no deja de temblar. Tengo la certeza de que está en shock, y no tengo ni idea de por qué.

Nunca he estado más asustado en mi vida, pero necesito mantener la calma por ella.

—Ser. —Le toco el hombro para llamar su atención, y noto su piel helada al tacto. Sus ojos se clavan en los míos, pero no reacciona—. Estás congelada, cariño. Voy a secarte y hacer que entres en calor, ¿vale?

Ella asiente en silencio, pero no me mira.

Me doy la vuelta, saco un montón de toallas blancas y esponjosas de debajo del lavabo y me echo una al hombro. Aunque no muestra resistencia mientras la seco, tampoco me ayuda. Me cuesta un poco, pero al final consigo envolverla en dos toallas antes de levantarla en volandas, como unos recién casados. Se hunde contra mi pecho mientras la llevo a mi habitación.

La sostengo con un brazo, acomodo los cojines y los apoyo en el cabecero de la cama antes de recostarla contra ellos.

—Necesito ponerte algo de ropa, Campanilla.

La visto lo más rápido posible, narrando todo lo que hago mientras avanzo, aunque me siento como si hablara solo. Coopera sin decir nada mientras le pongo mi camiseta negra por la cabeza y luego le coloco la toalla de repuesto sobre los hombros para evitar que el agua fría del pelo mojado le gotee sobre los hombros y la

espalda. Luego la ayudo a ponerse la sudadera más abrigada que tengo y un par de calcetines gruesos. Son varias tallas más grandes, pero al menos entrará en calor.

Cojo la toalla y le seco el pelo con suavidad, procurando no darle un tirón.

—Avísame si te hago daño —murmuro, pero sé que no lo hará. Es como un zombi. No tengo ni idea de qué está pasando. Sospecho que nadie lo sabe, porque, de no ser así, Chase estaría aquí.

Una vez que tiene el pelo húmedo, saco otra sudadera de los Falcons que todavía conserva gran parte del forro polar y se la pongo. La piel se le calienta poco a poco y ha dejado de temblar. Parece que está mejor, pero todavía no habla.

Estoy a punto de volverme loco de la preocupación, pero me arrodillo en el suelo frente a ella. Un millón de escenarios me pasan por la cabeza, desde terribles hasta catastróficos. Solo quiero saber que está bien. Necesito saber que está bien.

—¿Qué ha pasado, Ser? —Le tomo las manos, aliviado por lo mucho que ha entrado en calor desde que la he sacado de la ducha.

Los ojos le brillan por las lágrimas contenidas cuando me mira oculta bajo mi ropa. La combinación hace que parezca especialmente vulnerable. Parece muy pequeña y frágil.

—¿Ha pasado algo con tu madre?

Niega con la cabeza.

—No.

Esto descarta la justificación más evidente y me deja más confuso que nunca.

—Entonces, ¿qué es? Háblame —le suplico—. Por favor.

Los segundos pasan y ella sigue sin contestarme. Oculta las manos en las mangas de mi sudadera y se abraza.

—Puedes contarme lo que sea. —Le acaricio la espalda y le doy un apretón para tranquilizarla—. Te prometo que te apoyaré, pero no puedo ayudarte si no sé qué pasa.

—Soy yo —dice al fin—. La prueba ha dado positivo. —Se le quiebra la voz y el corazón se me rompe con ella.

—¿Qué prueba? —Estiro el cuello e intento mirarla a la cara, pero ella aparta la mirada—. ¿Estás embarazada?

Esconde la cara entre las manos y suelta un sollozo que le atraviesa todo el cuerpo. La cabeza me da vueltas mientras proceso las implicaciones de lo que una prueba de embarazo positiva significa para nosotros. Embarazo. Un bebé. Paternidad. Da un poco de miedo, y ha ocurrido mucho antes de lo que he imaginado durante mi juego de «¿Y si…?», pero nos las apañaremos. Haría lo que fuera por ella, hasta cambiar mis planes.

Me acerco a ella para sentarme a su lado en la cama y la abrazo mientras sigue llorando.

—No pasa nada, Campanilla. Lo resolveremos juntos. No me iré a ninguna parte. Un embarazo…

Me mira, afligida.

—No, Ty. La prueba genética. Mi madre tiene una mutación BRCA, y esta mañana he descubierto que yo también.

—¿BRCA? —repito, sin entenderlo, y me odio por ello.

—Es un gen de cáncer —dice, con otro sollozo desgarrador que provoca que todo su cuerpo se estremezca—. Es malo. Muy malo. Significa que es más que probable que desarrolle cáncer en el futuro. Tengo… tengo cita mañana para saber más.

Me siento como si una bomba acabara de estallar en mi cerebro. Seraphina. Gen del cáncer. Los conceptos se me clavan en la mente y se me quedan atascados como si fueran unas ideas abstractas que van más allá de mi comprensión. No consigo asimilarlo. No quiero aceptar que le pueda pasar algo, que pueda enfermar así.

De todas las posibles explicaciones que me preocupaban, esta ni siquiera se me había pasado por la cabeza. Ni siquiera sabía que se había hecho la prueba. ¿Por qué no me lo había dicho?

Entonces lo entiendo: lo intentó.

—Ser. —Ahora es a mí a quien se le quiebra la voz—. Lo siento muchísimo. Debería haber estado aquí para ti. Ojalá lo hubiera sabido. —Me duele tanto el pecho que creo que se me va a romper

la caja torácica. Todo lo que me ha estado estresando últimamente me parece insignificante comparado con esto.

Seraphina aparta la mirada de la mía otra vez.

—Supongo que… no estaba segura de que quisieras saberlo. Estabas muy ocupado con el hockey, tan estresado con tus cosas y…

Eso me destroza de nuevo. Si de verdad piensa eso, he metido la pata hasta el fondo.

—Claro que querría saberlo, Campanilla. Te quiero. —Las palabras salen de mi boca antes de que pueda pensarlo bien. No sé si es el momento adecuado, o si ni siquiera quiere oírlo. Pero es la pura verdad.

—¿Qué? —Se gira para mirarme sorprendida.

—Te quiero —repito, y le coloco un mechón de pelo húmedo detrás de la oreja—. Muchísimo. Y siento mucho haberte hecho sentir que no era así. Todo lo demás no tiene sentido sin ti.

Le tiembla el labio.

—No tienes que decirlo solo porque creas que es lo correcto.

—Lo digo porque es verdad. Sé lo que acordamos cuando empezamos con esto, pero quiero ir más allá, Ser. Te quiero a ti. Todo de ti. La etiqueta, un futuro, lo que pidas.

Las lágrimas le resbalan por las mejillas y esconde la cara en mi pecho antes de echarse a llorar más fuerte. Saber que estaba sufriendo así me mata. La abrazo con fuerza, deseando más que nada en el mundo poder arreglar las cosas. Pero no hay nada que yo pueda hacer, y me maldigo por ello.

—¿A-aún quieres estar conmigo? —Apenas puede pronunciar las palabras entre las bocanadas de aire—. Aunque pueda enfermar o tenga que operarme o…

La última frase me deja helado. No porque no quiera lidiar con eso, sino porque no soporto la idea de pensar que podría pasarle algo. Mierda. ¿Por qué la vida es tan injusta?

—Pase lo que pase. Estoy comprometido, Ser. Haría cualquier cosa por ti. Pídelo y será tuyo.

Se aferra a mí sin dejar de llorar mientras lucho contra el nudo que se me forma en la garganta. ¿Cuánto tiempo lleva lidiando con esto sola?

—¿Tiene esto algo que ver con lo que pasó en casa de Rob? —pregunto en voz baja. Lo explicaría todo.

—Ajá. —Jadea mientras asiente contra mí y se agarra a mi camiseta.

Mierda. Lleva mucho tiempo dándole vueltas a esto.

—Ya no tendrás que pasar por esto sola, ¿vale? Estoy aquí.

Seraphina hipa.

—Vale.

Pasa un rato mientras la sostengo, le froto la espalda e intento calmarla. Verla sufrir tanto y saber que no puedo hacer nada al respecto me atormenta en todos los sentidos. Es un dolor visceral que me llega a los huesos.

La dejo llorar hasta que los sollozos empiezan a disiparse.

—¿Has comido? —pregunto, acariciándole el pelo.

—No —admite—. No he tomado nada desde ayer.

Joder. Debería haberle preguntado esto antes. Es bien entrada la tarde, y eso significa que ya debería haber comido algo.

Me inclino y cojo el móvil de la mesita de noche.

—Voy a pedir algo de comer. También le escribiré a Mark para avisarle.

Seraphina me mira con las pestañas aún húmedas por las lágrimas.

—¿Avisarle?

—Sí. Voy a tomarme la semana libre. Con tanto tiempo, puede que quiera salir de la ciudad o hacer planes.

—¿Qué? —Me suelta y se acurruca de nuevo en la cama—. No, no puedo acapararte toda la semana.

—Campanilla. —Poso un dedo sobre sus labios. Después de esto, entrenar es el menor de mis problemas—. El hockey puede esperar. Ahora mismo eres mi única prioridad. Estoy despejando la agenda. Le diré al entrenador que mañana no iré. Así podré acompañarte a

tu cita, si quieres. O puedo esperarte cuando llegues a casa. De todas formas, estoy aquí y no me voy a ningún lado.

Entre la ducha fría y todas las horas que lleva sin comer, a Seraphina se le ha abierto el apetito. Una vez que llega la comida, come casi tanto como yo, y eso es mucho decir porque estoy famélico.

—Por cierto… —Deja el sándwich de pollo a medio terminar y pone una mueca—. Chase no lo sabe.

—Me lo imaginaba. ¿Hay alguna razón por la que no lo hayas hablado con él? —Están muy unidos, así que me sorprende que no lo haya hecho.

Se muerde el labio y luego lo suelta.

—Los hombres también pueden ser portadores, pero mi madre quería hablar con él sobre el tema cuando llegara el momento.

—Lo entiendo. —Cojo otra patata frita del recipiente que estamos compartiendo, en el centro de la mesa. Ni que decir tiene que voy a ignorar la dieta por completo esta semana. Tampoco tengo planeado ir a clase—. ¿Puedes contarme más sobre qué significa ser positivo en BRCA, Ser?

Obviamente, voy a introducirme en el abismo de la investigación en cuanto pueda, pero por ahora necesito que me resuma a qué nos enfrentamos.

Aprieta la mano con la que sujeta el té helado.

—Es BRCA1, lo que significa que tengo un mayor riesgo de desarrollar cáncer de mama y de ovario.

Se me encoge el corazón al oír esas palabras.

—¿Hay algo que se pueda hacer al respecto? ¿Pruebas adicionales? —Mi pregunta tácita es: ¿podemos tirar la casa por la ventana para ayudarla? El cielo es el límite.

—Eh, bueno… —Seraphina frunce los labios—. Lo más recomendable es que entre los treinta y cinco y los cuarenta años me someta a una cirugía preventiva. En otras palabras, tengo que decidir a qué edad permitiré que me abran para sacarme los ovarios

y quitarme los pechos. ¿Cuál es la mejor edad para eso? —Se le quiebra la voz cada vez más a medida que habla.

No soporto la idea de que deba someterse a una operación tan invasiva, incluso aunque sea necesaria.

—Ser, lo siento. —Dejo la comida y me acerco más a ella en el sofá para abrazarla. Sigue vestida de pies a cabeza con mi ropa. Aunque normalmente me parecería adorable, me entristece saber el motivo.

—Por supuesto, esa decisión tiene trascendencia en muchos otros aspectos. Como tener hijos. La verdad es que no hemos hablado de eso. ¿Quieres tenerlos?

—Sí. —Se me seca la boca al pensar en formar una familia con ella algún día—. Claro que sí.

—En la revisión, le pregunté a mi ginecóloga qué opciones tenía si la prueba era positiva, y me dijo que lo mejor era formar una familia a lo largo de la veintena. Ya sabes, por si tuviera problemas de fertilidad y tardase un poco en quedarme embarazada. Supongo que si esperas hasta los treinta para empezar a intentarlo y no sale bien, no tienes mucho margen para actuar, dado el plazo de la cirugía. —Parece nerviosa mientras me lo cuenta, y no estoy del todo seguro de por qué. Todo parece bastante lógico dadas las circunstancias.

—Tiene sentido.

Seraphina se aparta de mí, toma el último bocado de sándwich y se lo termina antes de responder.

—Ya estoy en la veintena, Ty. Apenas la he comenzado, pero aun así. Es un poco aterrador, ¿verdad? Nada de esto entraba en mis planes hace unos meses. Ahora tengo que planificar toda mi vida. Todo ha ido tan rápido que no he tenido tiempo de asimilarlo.

—Entiendo que estés abrumada, pero no estás sola. Lo resolveremos juntos. —Hay muchas otras cosas que se escapan a mi control. Apoyarla, al menos, es algo que sí soy capaz de hacer.

Entorna los ojos.

—Te estoy hablando de embarazo y de bebés. La mayoría de los hombres saldrían corriendo. ¿Por qué no estás histérico?

Si alguien me hubiera dicho que íbamos a tener esta conversación, quizá también habría esperado esa reacción de mí mismo. Cuando veo las cosas en perspectiva, esa no es la parte que me asusta.

Me limpio las manos con una servilleta antes de alcanzarla y tomarle la cara entre las manos.

—Quiero un futuro contigo. Los detalles son negociables. Lo importante es que estés feliz y sana, Ser. Haremos lo que sea mejor para ti, sea lo que sea.

Se le anegan los ojos en lágrimas.

—Te quiero.

—Te quiero, Campanilla.

Veo que se le cierran los ojos y presiona su frente contra la mía. Casi creo que se va a quedar dormida en el acto.

—Madre mía, estoy agotada. ¿Te importa si me echo una siesta?

—Adelante —contesto y la beso en la frente—. Yo me encargo de recoger.

Una vez que está en su habitación, recojo la basura y ordeno el salón. Luego vacío la maleta y hago la colada. Sigue dormida cuando Chase llega a casa pasadas las cinco.

Levanto la vista del montón de ropa limpia que estoy ordenando.

—Hola.

Incluso después de nuestra charla en el Overtime, nuestra relación sigue siendo algo tensa. Una cordialidad forzada en el mejor de los casos, y sin rastro de la habitual comodidad que hay entre viejos amigos. Básicamente, es incómoda.

—Hola. —Mira a su alrededor, vacilante—. ¿Hay alguien más en casa?

—Sera, pero está durmiendo la siesta. No se encuentra bien. —Al menos, una parte es cierta.

Chase asiente y se mete las manos en los bolsillos de la sudadera roja de los Falcons.

—¿Podemos hablar?

—¿Qué pasa? —Le hago un gesto para que se siente. ¿Va a volver a regañarme?

Cuando se sienta en el sofá frente a mí y apoya los brazos sobre los muslos abiertos, no tiene aspecto de querer discutir.

—Mira, no quiero que haya esta tensión tan rara entre nosotros. Estoy dispuesto a admitir que puede que haya exagerado un poco. —Me dedica una media sonrisa cansada—. Pero me pillaste desprevenido, tío. Cuando hablé contigo esa noche en el Overtime, me dejaste muy claro que te importa Sera y eso es todo lo que quiero. Al principio me asusté un poco porque sé que nunca has tenido pareja. No quiero que sufra.

—Tú tampoco habías tenido novia antes de Bailey —señalo, apartando un par de calcetines.

No sé cuál de los dos habría sido el candidato menos probable para acabar en una relación seria. Habría estado reñido, sin duda. Y aquí estamos: dos cabrones enamorados que disfrutan de cada minuto.

—Por eso quiero darte el beneficio de la duda. Tienes mi bendición. Con condiciones. Porque si le haces daño…

—Me matarás —termino entre risas.

—Y no será rápido, sino largo y doloroso. —Me desconcierta la alegría con la que pronuncia esto último, probablemente porque lo dice en serio.

—Créeme, no tengo intención de hacerle daño nunca. —Meto la mano en la cesta y busco otro par de calcetines. Casi he terminado de doblarlo todo y Sera sigue dormida. Pobre Campanilla. Debería ir a ver cómo está.

—Bien. —Se levanta y se sacude las manos—. Por cierto, estás invitado a la cena familiar de este fin de semana.

Lo miro con curiosidad.

—¿Seraphina lo sabe?

—Lo sabrá.

Supongo que puedo considerarlo su aprobación formal. Me sirve.

Dejo la ropa doblada en el salón y decido ir a ver si Seraphina se ha despertado. La puerta de su habitación chirría cuando la abro y ella se mueve en la cama. Mierda.

Se estira y se da la vuelta para mirarme.

—Hola, Hades.

—No quería despertarte —susurro—. ¿Cómo estás?

—Lo mejor que puedo en estas circunstancias. —Se incorpora y me hace un gesto para que me acerque—. En realidad, tengo algo para ti.

—¿De verdad? —Me siento a su lado y el colchón se hunde bajo mi peso.

—Es un regalo de cumpleaños, y no es otra mamada. —Se ríe—. No tuve la oportunidad de dártelo después de que todo se torciera esa noche. Puede que me asustara porque no estaba segura de si te gustaría.

—Te aseguro que me encantará cualquier cosa que me des.

Seraphina se inclina y enciende la lamparita. Luego abre la mesita de noche y saca algo envuelto en un papel plateado brillante. No es muy grande, quizá sea del tamaño de una lata de refresco. Rompo el envoltorio con cuidado para descubrir una réplica en miniatura del Northview Arena. Es idéntica hasta el último detalle, incluido el logo bajo el hielo. Al mirarla más de cerca, veo un pequeño corazón de pedrería incrustado en la ventana de la cabina del locutor.

—Encontré una empresa que hace réplicas personalizadas —dice con timidez—. Para que siempre recuerdes dónde empezó todo.

—Ser. —La miro mientras trato de dar con las palabras adecuadas. Es tierno, considerado y muy típico de ella. Tiene varios significados, y todos son importantes para mí—. Es increíble. Me encanta.

—¿El corazón también?

Está claro que es lo que más la estresaba del regalo, y es mi detalle favorito.

—Sobre todo el corazón. —Lo dejo a un lado con cuidado, me inclino y le beso la mejilla—. Gracias. Es perfecto.

Mi móvil nos interrumpe cuando me suena en el bolsillo. Lo miro y veo que es otra llamada de mi padre. Ya es la quinta, y es probable que sea para saber por qué le he dado a Mark la semana libre sin decírselo. He estado evitando hablar con él mientras lo asimilo todo. Si no contesto pronto, se preocupará y tomará un avión para venir aquí y averiguar qué está pasando.

—¿Te importa si contesto? Es mi padre.

—Adelante. Yo debería mirar en Internet qué me he perdido hoy en clase.

Saca su portátil mientras yo contesto la llamada a su lado, sin molestarme en salir. No tengo intención de que sea una conversación muy larga.

—Hola, papá. —Estiro la mano libre y le acaricio el pelo a Seraphina. Ella inclina la cabeza agradecida y disfruta de la caricia.

—Tyler. —Suena preocupado y en su voz hay un trasfondo de pánico contenido—. He hablado con Mark. ¿Va todo bien?

—No pasa nada. Solo necesito unos días libres para centrarme en otras cosas. —Aunque mi padre suele ser comprensivo, no estoy seguro de cómo se lo va a tomar, ni de si me insistirá para que le dé más detalles.

—¿Has pensado en lo que te dije?

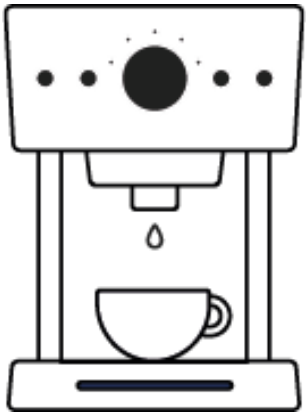
—Sí, y tienes razón.

Oigo un suspiro de alivio al otro lado de la línea.

—Perdóname si me he pasado o te he presionado demasiado, Ty. El hockey no es lo único que importa en la vida, y no quiero que te pierdas el resto por estar demasiado centrado en ello. Me alegro de que le des prioridad a otras cosas. O a una relación, si es el caso. Quiero que seas feliz.

Miro a Seraphina. Está estudiando la pantalla del ordenador, con la boca fruncida en su característico gesto de concentración. Una sensación que ahora me resulta familiar florece en mi pecho, y todos esos «y sí…» vuelven a pasar ante mí. Todos comienzan y terminan con ella.

—Lo soy —le digo—. Estoy deseando que la conozcas.



# Capítulo 35

## Aún somos nosotros

*Seraphina*

—¿Estás lista, Campanilla? —Tyler se inclina sobre la consola de cuero y me toma la mano.

Siento un nudo en el estómago.

—No.

A través del parabrisas de su todoterreno, el centro médico North End se eleva sobre nosotros. Hormigón, cristal y todo lo que no quiero afrontar. Llevamos más de diez minutos aquí sentados hablando y mi cita está cada vez más cerca. Es hora de entrar, pero no estoy segura de poder hacerlo. Si lo hago, todo esto se hará realidad.

En lugar de intentar convencerme, apaga el motor, sale del asiento y cierra la puerta tras de sí. Yo jugueteo con la correa del bolso mientras él rodea el vehículo y abre la puerta del pasajero. No dice nada, solo me abraza y me envuelve en la calidez de su cuerpo. Inhalo su aroma familiar y me acurruco contra él.

—No quiero hacer esto —digo contra su abrigo.

Me abraza con más fuerza.

—Lo sé. Lo siento, Ser. Te quiero y estaré aquí contigo en cada paso del camino.

Unos segundos después, parte de la tensión que siento se disipa. A regañadientes, me desabrocho el cinturón de seguridad, le tomo la mano y salgo por la puerta. Retrasarlo no cambiará nada, por mucho que quiera.

Tyler me rodea los hombros con el brazo mientras atravesamos el aparcamiento y el aire frío me golpea el rostro. A medida que nos acercamos a nuestro destino, se me va acelerando el corazón. Cuando abre la puerta de la consulta, el pulso me retumba en los oídos y me tiemblan las manos. No quiero hacer esto. No quiero enfrentarme a esto. No quiero lidiar con lo que me espera.

En cuanto nos registramos en la recepción, nos llevan a una consulta con asientos de cuero y ventanas con vistas a un montón de árboles cubiertos de nieve. Tyler acerca su silla a la mía y luego se inclina para entrelazar nuestros dedos. Se me forma un nudo en la garganta y le aprieto la mano. Nunca en toda mi vida he estado tan agradecida de tener a alguien a mi lado.

La asesora genética se presenta y, de pronto, todo va demasiado rápido. Me siento abrumada por la avalancha de información. Estadísticas, cirugías y tasas de supervivencia. Números, datos y recomendaciones. Mi futuro pasa ante mis ojos mientras ella habla, y repaso mentalmente las posibilidades y los resultados que podrían derivarse de cada una. Tengo opciones, pero todas me dan miedo.

En cuestión de minutos, me doy cuenta de que Tyler está más preparado que yo. Ayuda que tenga formación en ciencias; ha hecho los deberes y se nota. Escucha, pregunta, toma notas y se asegura de que lo entiendo todo. Encuentra el equilibrio perfecto para apoyarme sin llegar a ser autoritario.

Cuando ella termina, estoy entre la negación y la sorpresa. La mayoría de lo que me ha explicado no es nuevo para mí, pero es mucho que asimilar de golpe, y es diferente escucharlo de primera

mano que leerlo en internet. Aunque aún quede muy lejos, saber que me espera una cirugía que me cambiará la vida es inquietante.

—¿Alguna pregunta? —dice la asesora genética, entrelazando los dedos sobre el escritorio de madera pulida.

Tengo un millón de preguntas, y ella no puede ayudarme con ninguna. Son demasiado personales. ¿Cuándo debería formar una familia? ¿Cuál es la edad ideal para someterme a una cirugía preventiva? ¿Cómo será mi cuerpo después?

—No. —Me aclaro la garganta—. Ahora mismo no.

Me ofrece una sonrisa comprensiva.

—Te daré mi tarjeta y algo de información para que te la lleves a casa. No es raro que te surjan más preguntas cuando hayas tenido tiempo de procesarlo todo.

—Gracias.

Me levanto y acepto el montón de folletos y su tarjeta de visita. Se me resbalan entre los dedos temblorosos, caen al suelo y se esparcen por todas partes. Mierda. Me da vergüenza y me siento frustrada; un repentino aluvión de lágrimas amenaza con desbordarse. Antes de que pueda recogerlo todo, Tyler se arrodilla y se los queda para que no se me vuelvan a caer.

Salgo de la oficina hecha un lío. Al volver a adentrarnos en la fría tarde de invierno, el agotamiento me golpea. Estoy demasiado cansada como para molestarme siquiera en intentar conversar, y él parece notarlo.

Nos detenemos delante de la puerta del copiloto de su todoterreno, pero no abre la puerta.

—¿Estás bien, Campanilla? —Frunce el ceño mientras me observa.

Al no responder, me rodea con los brazos y me acerca más a él. Trago saliva y apoyo la cabeza en su pecho. Tras haber recibido una de las peores noticias de mi vida, ha sido más cariñoso de lo que jamás hubiera imaginado. Su presencia ha sido como una luz de esperanza que ilumina lo más profundo de mis pensamientos.

—Tan bien como lo estaría alguien en mi situación —respondo al fin.

—Eres fuerte y puedes con esto. —Presiona los labios contra mi sien—. Lo superaremos juntos.

Escuchar eso me provoca algo inexplicable.

—Gracias, Hades.



Tyler no se separa de mí durante el resto del día. Me deja elegir todos los programas de televisión. Me frota los pies. Juega al Scrabble conmigo. Prepara la cena. No mira el móvil ni una sola vez. Y nos acurrucamos sin parar.

Estamos abrazados bajo una manta, volviendo a ver Una rubia muy legal, cuando Chase llega a casa y me pregunta si podemos hablar. Tyler me da un beso en la mejilla antes de levantarse y me deja con mi hermano.

Una sensación de aprensión me invade cuando Chase se deja caer en la silla al lado del sofá. Mi madre se lo ha contado todo hace un rato. No estoy segura de si voy a recibir compasión o un sermón por no haberle contado lo de la prueba del BRCA. Conociéndolo, probablemente sea una mezcla de ambas.

Cruza un tobillo por encima de la rodilla y se gira para mirarme.

—¿Qué tal la cita?

—Ha ido bien. —Me encojo de hombros—. No me ha dicho mucho que no supiera ya gracias a internet. No me ha descubierto nada nuevo.

—Siento mucho que estés pasando por esto, Sera. Es injusto de cojones.

Ha sido una de las cosas más difíciles de aceptar. Era cuestión de suerte, y la suerte no estuvo de mi parte.

—Sí. —Aprieto los dientes, trago saliva con fuerza y meto las manos en los puños de la sudadera roja que Tyler me ha prestado al llegar a casa.

—Mamá me ha dicho que te pidió que mantuvieras lo del BRCA en secreto —añade Chase, mirando al suelo. Cuando alza la cabeza, los

ojos oscuros le brillan de tristeza—. Entiendo el motivo, pero no soporto que no me hayas permitido estar ahí para apoyarte. Si me lo hubieras contado, no habrías tenido que lidiar con esto sola.

La sensación de culpa que esto me provoca es casi insoportable. Aparto la mirada, cojo mi taza medio llena de infusión de manzanilla y rodeo la cerámica caliente con las manos.

—Ya no estoy sola.

Niega con la cabeza.

—Nunca lo has estado. Siempre puedes hablar conmigo, y de muchas otras cosas también.

Eso solo agrava lo culpable que me siento por no haberle contado lo de Tyler.

—¿Vas a hacerte la prueba? Lo he pensado mucho desde que mi resultado salió positivo. Más que nada, quiero que sea negativo.

—Sí. Ya tengo cita. —Hace una pausa—. ¿Podemos hablar de ti y de Ty un minuto?

Aunque sabía que esto pasaría, una parte de mí esperaba que no ocurriera jamás. Detesto las confrontaciones, incluso en los mejores momentos, y es imposible discutir con Chase.

—Si me vas a dar un sermón, hoy no es…

—No lo es —me interrumpe con una mano alzada—. Lo prometo.

—De acuerdo. —Tomo otro sorbo de té y espero a que continúe.

Chase se acerca más, y veo que intenta moderar lo que va a decir a continuación. Para alguien que no tiene filtro, le cuesta mucho hablar.

—¿Por qué no me contaste lo vuestro? ¿Por qué lo mantuviste en secreto? —Suena más herido que acusador.

Dejo la taza y pienso en cómo responder.

—Que nos enrolláramos no era asunto tuyo. Además, ¿cómo te lo habrías tomado?

—Tienes razón. —Se ríe—. Es probable que no muy bien. Sé que puedo ser un poco protector, pero es solo porque me preocupo por ti y no quiero que te hagan daño.

—Lo sé. Eres un buen hermano mayor, Chase. —A pesar de todos sus defectos, muchos son bienintencionados.

El silencio nos envuelve durante unos segundos.

Se pasa una mano por la mandíbula.

—Tú y Ty, ¿eh?

—¿Sigues enfadado? —Me recoloco la manta sobre las piernas. Con un poco de suerte, ya ha empezado a superarlo. Si no, el ambiente en la casa va a ser incómodo, incluso para Dallas.

—No. Cuando hablé con él en el Overtime, me di cuenta de que Ty estaba loco por ti. Creo que ya lo sabía antes que él, la verdad. Al ver cómo se comporta contigo he comprendido que estás en buenas manos.

—Ah, desde luego. —Me ha tocado la lotería de los novios cuando menos lo esperaba.

Chase frunce el ceño y se queda pensativo un instante.

—Todavía estoy un poco sorprendido, pero supongo que Bailey también apareció por sorpresa.

Que se enamorara de Bailey nos tomó a todos por sorpresa, pero me alegro de que así fuera. Es más feliz desde entonces.

—Como dicen, la luz del taxi se enciende para la persona adecuada.

—¿Cómo? —Arruga la frente.

—Bah, olvídalo. —Ni siquiera sé cómo explicarle esa teoría.

Se inclina y me abraza.

—Sera, habla conmigo la próxima vez que pase algo así, por favor.

—Lo haré.

Chase sube a ducharse mientras yo bajo a ver qué hace Tyler. Cuando me asomo a su habitación, lo encuentro estudiando en la cama con un montón de cuadernos y libros de texto esparcidos por todas partes. Hay algo en ello que me resulta encantador, y no puedo evitar sonreír. Está tan concentrado que tengo que dar un toque en la puerta para llamar su atención.

Se le ilumina la mirada cuando me ve de pie en la puerta y abandona el estudio mientras me acerco y me siento a su lado.

—¿Cómo ha ido la charla entre hermanos?

—Bien —respondo, y poso una mano en su muslo—. Gracias por lo de hoy. Creo que no te lo he dicho antes, y debería haberlo hecho.

—De nada, Ser. —Me toma la cara entre las manos y me besa. Es tierno y dulce, una pregunta y una respuesta a la vez. Me muevo en la cama para acercarme a él, pero no lo lleva más allá. Está siendo delicado, casi demasiado, como si temiera romperme.

Cuando nos separamos, lo miro.

—Ty —susurro.

—¿Sí? —Unos ojos gris oscuro me miran fijamente y refulgen con una mezcla de afecto y preocupación.

—No me trates diferente. Por favor. —Me siento vulnerable—. Necesito seguir sintiéndome deseada. Sentir que sigo siendo yo, y que seguimos siendo nosotros.

Arquea una ceja.

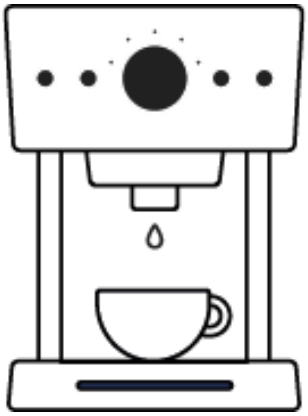
—¿Estás diciendo que quieres que te tire del pelo mientras te digo que te calles y que aceptes mi polla como una buena chica?

Me río.

—Algo así.

De repente, estoy bocarriba y él está entre mis piernas, presionándome contra el colchón con su peso. Sus labios encuentran los míos, acallan mi risa, y todo mi cuerpo cobra vida. Este beso no es delicado, sino exigente y demandante, y me deja la mente en blanco.

Y ahora mismo, sé que seguimos siendo nosotros, y siempre lo seremos.



# Capítulo 36

Pregunta 53

*Seraphina*

Hice una excepción en mi pausa autoimpuesta de compras. Era por una buena causa.

Bailey me hace un gesto con la cabeza con una sonrisa cómplice.

—Seguro que a Tyler le ha encantado la camiseta, Sera.

—Eso espero. —Echo un vistazo a mi camiseta escarlata de los Falcons, que es igual a la que ella lleva, salvo por el nombre de la espalda. Era una sorpresa para Tyler, lo que significa que no la ha visto hasta que nos hemos sentado en las gradas antes del partido. Me ha saludado con la mano y me ha dedicado una gran sonrisa durante el calentamiento, pero aún no lo he visto fuera de la pista.

Giramos a la izquierda por el pasillo, hacia el vestuario del equipo, sorteando a la multitud de aficionados que van en dirección contraria para salir del Northview Arena. Tras haberse tomado varios días libres de los entrenamientos para estar conmigo esta semana, lo ha dado todo. Boyd acaba de derrotar a Woodbine por cuatro a cero,

con un marcador a cero para él, dos goles de Dallas y un gol y una asistencia de mi hermano.

—¿Puedo decir que sois adorables? —Siobhan junta los dedos y deja escapar un pequeño chillido—. A lo mejor es cosa de mi lado romántico, pero me encanta. Ahora podemos hacer citas triples.

—Veamos primero cómo lo lleva Chase antes de emocionarnos demasiado.

Aunque ya no nos escondemos, Tyler y yo hemos reducido al mínimo las muestras de cariño en público y nos hemos limitado a pasar las noches en su habitación. La mía está demasiado cerca del salón, y eso solo haría que las cosas fueran aún más incómodas de lo que ya son.

—Ya empieza a verlo con otros ojos —añade Bailey—. Me alegra informar de que ya ha superado la fase del pánico y está pasando a la de aceptación. Seguiré esforzándome.

Nos apartamos a un lado y esperamos a que salgan los chicos. Chase es el primero, seguido de Dallas. Tyler aparece por la puerta del vestuario un segundo después, con uno de sus trajes para después de los partidos, y el corazón se me acelera. Lleva un elegante traje azul marino combinado con una impecable camisa blanca, y ambos se adaptan a su figura esbelta a la perfección.

Cuando sus ojos se posan en mí, esboza una de las sonrisas más grandes que jamás he visto. Se abre paso entre la gente y se dirige directamente hacia mí para agarrarme de la muñeca y llevarme a un rincón. Una vez que estamos fuera de la vista de los demás, me hace dar una vuelta completa para ver el nombre que llevo en la espalda y luego me empuja contra la pared de hormigón rojo y negro.

Me roza la nariz con la suya.

—Bonita camiseta, Campanilla.

—¿Te gusta? —le pregunto, rodeándole la cintura con los brazos. Huele tan bien como siempre, y el aroma limpio de su colonia se me sube directo a la cabeza.

—Joder, sí. Me gustará aún más cuando no lleves nada debajo.

Inclina la cabeza para besarme. Antes de que nuestros labios se toquen, nos interrumpen unos pasos que resuenan en el suelo de baldosas.

—¡Ty! ¿Dónde mierda estáis, chicos? —grita la voz de mi hermano —. James y yo nos vamos.

Era de esperar. Aunque Chase nos ha dado su bendición, todavía se las ingenia para estropear el momento.

Atravesamos el aparcamiento de la mano hasta llegar al todoterreno de Tyler. La camioneta negra de Chase está parada al lado. Aunque los dos vamos a casa de nuestra madre para una cena familiar, mi hermano ha insistido en venir con su propio coche. No estoy segura de querer saber por qué. Si llegan tarde, la razón será dolorosamente obvia.

—¿Estás nervioso por conocer a mi familia? —le pregunto a Tyler. Ojalá mi madre hubiese venido con nosotras a ver el partido esta noche, pero el tratamiento contra el cáncer la hace susceptible a las infecciones y no puede estar rodeada de mucha gente.

Me abre la puerta del lado del copiloto.

—No. Tengo muchas ganas.

Durante la primera mitad del trayecto, escuchamos un audiolibro picante que empezamos juntos a principios de semana. Se va calentando cada vez más, y nosotros también. Entonces me doy cuenta de que tenemos que relajarnos para poder comportarnos como adultos funcionales delante de otras personas y pasamos a jugar a las veintiuna preguntas, que a estas alturas bien podrían llamarse preguntas infinitas.

—Pregunta cincuenta y uno —digo, subiendo la calefacción de mi asiento al máximo. Cuando hace frío, me gusta calentarme el cuerpo con el cuero porque es la única forma eficaz de entrar en calor—. ¿En qué posición jugarías si no pudieras ser portero?

Tyler se pasa la mano por la mandíbula.

—Esa es difícil. Me gusta la idea de parar goles, pero meterlos sería divertido.

—Aún puedes meterla más tarde esta noche.

Él se ríe de mi chiste malo y niega con la cabeza.

—Joder, te quiero. —Mira por el retrovisor y cambia de carril antes de llegar a la salida—. Pregunta cincuenta y dos: ¿qué hay en tu lista de viajes pendientes?

Esta es fácil. Tengo un tablero en Pinterest lleno de fotos de Santorini. Los acantilados escarpados, el mar azulísimo, las playas de arena volcánica y guijarros y los acantilados con arquitectura encalada. Es el destino secreto de mis sueños para mi luna de miel. Si alguna vez nos casamos, me gustaría ir allí.

—Grecia. Sin duda, Grecia. Santorini tiene unos hoteles cueva increíbles con piscina y parece muy romántico. ¿Cuál es el tuyo?

—Estoy de acuerdo contigo. España también está entre mis favoritos. Quizá Portugal. Acabaremos visitándolos todos, pero podemos empezar por el tuyo.

Una sensación cálida y agradable me invade al oír eso.

Unos momentos después, su coche accede al camino de entrada de la amplia casa blanca de mi madre y aparca. Cuando entramos, le doy a mi madre las flores y el vino que hemos traído. Ella los deja a un lado y luego me abraza durante al menos dos minutos mientras trata de contener las lágrimas.

—Sera.

Intento respirar mientras ella me aprieta con más fuerza.

—Hola, mamá.

No nos hemos visto desde que le conté por teléfono los resultados de mi prueba de BRCA. Me destrozó escuchar la culpa en su voz. Volví a hablar con ella después de mi cita con la genetista, pero no hay mucho más que añadir. En esta etapa no se puede hacer mucho más que planificar lo que pueda ocurrir en el futuro. He hecho lo que he podido en ese sentido y ahora solo me queda aceptarlo. Al menos, ahora que se lo he contado a todo el mundo, cuento con un buen sistema de apoyo.

Cuando por fin me suelta, le presento a Tyler y también le abraza. Es muy cariñosa en el mejor de los casos, y ahora está especialmente sensible por todo lo que está pasando.

—¿Podemos ayudarte con la cena? —le pregunto.

—No, no. —Me hace un gesto con la mano para que me vaya y sorbe por la nariz—. Ve a enseñarle la casa a Tyler y te llamaré cuando esté lista. ¿Dónde está tu hermano?

«Es mejor que no lo sepas».

—De camino. Seguro que llegarán pronto.

Llevo a Tyler por la sinuosa escalera de madera hasta el segundo piso, pasando por la habitación de invitados y la de Chase, hasta llegar a mi antiguo cuarto al final del pasillo. Como era de esperar, está pintado de rosa chillón y cubierto de pósters. Sigue siendo el prototipo de habitación de una adolescente, tal y como la dejé.

Coge una foto mía con un tutú de cuando tenía cinco años.

—Vaya. ¿Bailabas?

—No muy bien —admito—. Chase heredó toda la coordinación y el talento atlético de la familia.

Mientras Tyler examina las otras fotos esparcidas por la cómoda, me llega un correo electrónico al móvil y echo un vistazo a la notificación. El corazón me da un vuelco. Lo leo y lo releo para confirmar que no es una alucinación.

—Dios mío —exclamo con voz chillona.

—¿Qué? —Tyler se acerca a mí en un santiamén—. ¿Va todo bien?

Decir que últimamente se ha vuelto un poco sobreprotector es quedarse corto.

Inclino la pantalla del teléfono para enseñárselo. Frunce el ceño mientras lee el mensaje y su rostro se ilumina con una gran sonrisa.

—Hostia puta. Es increíble. —Me rodea con los brazos y me levanta del suelo—. Estoy muy orgulloso de ti, Ser.

Chase y Bailey aparecen poco después, y nos sentamos a cenar cuando mi padrastro, Rick, llega a casa del trabajo. No era muy fan suyo en el pasado, en especial cuando era una adolescente, pero mi impresión de él ha mejorado mucho desde que mi madre enfermó y me ha acabado cayendo bien. A regañadientes.

Como buena anfitriona que es, mamá ha puesto la mesa con un mantel de lino impecable, velas y la vajilla buena. Nos abalanzamos

sobre el pollo asado y las patatas mientras charlamos y nos ponemos al día. Tyler encaja de maravilla y me sorprende lo fácil que es tenerlo aquí. Lo fácil que es estar con él en general, la verdad. Nunca creí que pudiera ser así con alguien.

Cuando la conversación se calma lo suficiente como para darme una oportunidad, hago acopio de todo mi valor.

—Tengo algo que contar. —Todos me miran y mi ansiedad se dispara—. He ganado un concurso de escritura y uno de mis poemas se publicará en una antología de la revista Revolve.

Tyler me da un apretón cariñoso en la rodilla bajo la mesa.

Bailey se tapa la boca con la mano.

—Dios mío, Sera. Es genial. Revolve es muy importante. Tengo amigos que se han presentado a ese concurso.

—No sabía que seguías escribiendo. —Mamá me dedica una cálida sonrisa—. Es maravilloso, cariño. Estoy orgullosa de ti.

—Es increíble —se suma Chase, pinchando una patata con su tenedor—. ¿No te alegras de que te llevaran a todos mis partidos cuando éramos niños? Ahora está dando sus frutos.

Le saco la lengua.

—Intentas llevarte el mérito.

—Solo bromeaba, Sera. Es una puta maravilla.

Nuestra madre suelta un grito ahogado.

—Esa lengua, Chase. Estamos en la mesa.

Ni siquiera intento disimular una sonrisa. A estas alturas, no sé cómo no ha renunciado a reprenderlo cada vez que dice una palabrota. Es la definición de una causa perdida.

—¿Podemos leer el poema, Sera? —Vuelve a centrar su atención en mí.

Vacilo porque el tema es demasiado reciente y me siento como si tuviera que abrir mi mente de par en par.

—Te lo enviaré más tarde para que lo leas cuando yo no esté. ¿Te parece bien?

Veo la comprensión reflejada en su rostro.

—Por supuesto, cariño.

Alrededor de la mesa, charlamos durante la cena y el postre, que incluye en mi caso dos porciones de la famosa tarta de queso y frambuesa de mi madre. Mamá me abraza unas diez veces más antes de que salga por la puerta, preocupada por mí, y luego me dice lo mucho que le gusta Tyler. Escuchar eso me hace más feliz de lo que esperaba.

Tyler me rodea la cintura con el brazo mientras nuestras botas crujen sobre la nieve de camino a su coche. Es una noche fresca y despejada. Aquí en el campo, las estrellas cubren el cielo y se ven mucho mejor que en la ciudad. Nos detenemos junto al coche arrancado y él me abre la puerta.

—Gracias por venir esta noche, Hades.

—Gracias por invitarme. —Hace una pausa y sonríe—. Bueno, en teoría fue Chase quien me invitó. Pero fingiré que tú querías que viniera.

Me pongo de puntillas y le beso en la mejilla.

—Por supuesto que sí.



—¿Es esto lo que tenías en mente? —le pregunto a Tyler.

Se detiene en la puerta de su dormitorio, con un vaso de agua en cada mano, y me mira fijamente; solo llevo su camiseta roja. No parpadea. No se mueve. No dice ni una palabra.

Creo que vuelve a sufrir un fallo técnico.

Un instante después, se recupera y cierra la puerta tras de sí. Luego cruza la habitación hacia mí con unas largas zancadas y deja el agua en la mesita de noche.

—Es exactamente lo que tenía en mente. Eres perfecta.

Me levanta del suelo con esas manos enormes y me lleva hasta su cama. Me hundo en el colchón cuando me coloca debajo de él, con el pelo sobre la frente. Su cuerpo es ancho y esbelto, con músculos esculpidos gracias a haber pasado horas en el hielo y en el gimnasio.

—Verte ahí fuera esta noche ha sido increíble, Campanilla. —Me recorre el rostro con esa mirada pensativa y reflexiva—. Te quiero.

Juro que el corazón me crece un poco más cada vez que me lo dice.

—Te quiero —le digo.

Entrelaza los dedos entre las raíces de mi pelo, inclina la cabeza y sus labios se estrellan contra los míos, posesivos y exigentes. Deslizo las palmas por sus brazos desnudos y recorro las curvas de sus músculos hasta que me agarro a sus hombros. Envuelvo las piernas alrededor de su cintura y me deleito con cómo nuestros sexos se alinean a la perfección. Cuando me muevo debajo de él, Tyler respira profundamente y se endurece aún más.

Unos tiernos besos aterrizan en mi cuello y siento sus labios calientes contra mi piel mientras desliza las manos bajo la tela de la camiseta. No pasa mucho tiempo hasta que nuestra ropa cubre el suelo y estamos completamente desnudos.

Tyler se sienta sobre las rodillas ante mí y se masajea el miembro con una mirada hambrienta en el rostro.

—Juega con tu coño para mí.

Nos miramos fijamente mientras me paso los dedos por el vientre, bajando hasta que doy con mi clítoris hinchado y dolorido.

—Oh. —El placer me recorre y un gemido entrecortado se escapa de mis labios.

Él deja escapar un sonido grave, casi doloroso.

—Sigue.

Hago lo que me pide, y dibujo pequeños círculos mientras el placer florece en mi interior. Es a la vez una tortura y un alivio. Él está muy cerca y es lo que mi cuerpo realmente desea.

Con la polla en la mano, se acerca hasta que se cierne sobre mí y vuelve a besarme.

—Tomo anticonceptivos —jadeo, y arqueo las caderas por instinto para recibirlo—. No he estado con nadie más.

Tyler gime y baja la mirada antes de rozar mi entrada resbaladiza con la punta.

—Yo tampoco. Ni siquiera he mirado a nadie.

Desliza su miembro a lo largo de mi entrada atento a mi reacción.

—Pídeme que te folle.

Arqueo la espalda, buscando su cuerpo, y gimo.

—Por favor, fóllame.

Él chasquea la lengua.

—Estás muy guapa cuando suplicas.

Ambos soltamos un chillido cuando él se mueve hacia delante y se hunde más profundo, hasta encontrar resistencia. La tensión se acumula en mi centro cuando él empieza a penetrarme, balanceando las caderas con una precisión divina a la vez que roza ese punto que solo él sabe encontrar. De alguna manera, saber que no hay nada de por medio entre nosotros me vuelve aún más loca.

Una dulce felicidad me invade el cuerpo, se me curvan los dedos y un gemido de necesidad escapa de mis labios. La forma en que se mueve es una revelación. Todo en él es la mezcla perfecta entre delicadeza y rudeza, entre dar y recibir. Es sexo lento y lánguido, una exploración pausada de nuestros cuerpos.

Me sujeta las muñecas por encima de la cabeza con una mano y se adentra más en mí.

—Este coñito apretado es mío.

Jadeo cuando otra oleada de placer me sacude.

—¿Y tu polla?

—Es tuya, Ser. Cada centímetro te pertenece.

Se aparta poco a poco hasta que casi nos separamos, y siento un vacío cuando pierdo el contacto con su grosor. Observo cómo se le flexionan los abdominales mientras empuja hacia delante y vuelve a llenarme por completo. El placer me llena por dentro y gimo, apretando las piernas con más fuerza alrededor de él.

Me suelta las muñecas y desliza su ancha mano por mi espalda baja, levantándome hacia él. Cuando me penetra, me arqueo sobre la almohada con un grito mudo. Cierro los ojos ante la nueva sensación y le clavo las uñas en la espalda baja. Una oleada tras

otra me atraviesa hasta que se difuminan en una sola. Me aferro a él mientras todo se vuelve borroso y empiezo a perderme en él.

Tras haberse contenido al principio, ahora lo da todo. Me embiste más fuerte y más rápido hasta que ambos estamos al borde del abismo. Su boca choca con la mía, amortiguando mis gemidos, y nuestro beso se vuelve descuidado y desesperado. Me levanta la pierna y se la envuelve más arriba, alrededor del torso, y su siguiente embestida me llena tanto que lo siento por todas partes.

La euforia me nubla el cerebro.

—Córrete dentro de mí. Por favor.

Cuando vuelve a penetrarme, da justo donde más lo necesito. Me vuelvo ingrávida debajo de él al mismo tiempo que se estremece con un gemido y todo su cuerpo se tensa sobre el mío.

—Joder, Ser. —Siento cómo palpita entre mis piernas con el orgasmo y deja caer su frente sobre la mía, sin aliento. Los segundos pasan y permanecemos enredados, respirando con dificultad.

—Has desbloqueado otro truco. Estoy jodido.

—Prometo usar mis poderes solo para el bien, como cuando ya estoy llegando.

Tyler se ríe y me besa el hombro.

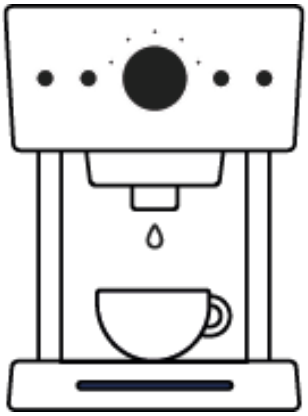
—Trato hecho.

Nos separamos a regañadientes y él me limpia antes de prepararnos para irnos a dormir. Cuando volvemos a meternos bajo las sábanas, ya es tarde. Mi cuerpo está cansado y mi corazón, lleno, y solo puedo pensar en lo afortunada que soy. Tras haberme sentido perdida durante tanto tiempo, ahora sé exactamente hacia dónde voy.

—Pregunta cincuenta y tres. —Me atrae hacia él hasta que mi espalda queda pegada en su pecho, y presiona sus labios contra la base de mi cuello—. ¿Tienes idea de cuánto te quiero?

—¿Tanto como yo te quiero a ti?

—Más. Haría cualquier cosa por ti, Campanilla. Pídeme lo que quieras y será tuyo.



# Epílogo

*Seraphina*

Unos tres años después…

De mis veintitrés años en este mundo, este tiene que ser uno de los momentos más vergonzosos que he vivido.

Tiro con fuerza de los vaqueros, pero no se mueven.

—¡Uf!

—¿Qué pasa, Campanilla? —Tyler aparece por la esquina, secándose el pelo mojado con una toalla. Solo lleva unos calzoncillos negros y, aunque acabamos de ducharnos juntos, su cuerpo esbelto y tonificado me distrae momentáneamente de mi apuro.

Estoy en medio de nuestro vestidor intentando vestirme. Y recalco lo de «intentando». Los vaqueros que he usado durante los últimos dos meses de repente me quedan varias tallas más pequeños. Me he excedido un poco al intentar subírmelos a la fuerza y ahora están atascados a medio camino de mis muslos.

Así es. Estoy atrapada en mis pantalones. Es tan ridículo como parece.

—¿Puedes ayudarme? —Le hago un gesto—. No quiero perder el equilibrio intentando quitármelos.

Es una preocupación válida, teniendo en cuenta lo torpe que he sido durante el embarazo. En los últimos meses, he roto dos teléfonos, me he torcido el dedo gordo del pie y he derramado esmalte de uñas Chanel Rouge Noir por toda la alfombra de color blanco roto. Ayer también rompí un vaso al darme la vuelta y tirarlo de la encimera con la barriga.

Se le dibuja una sonrisa en los labios y deja a un lado la toalla para acercarse a mí. Me levanta sin esfuerzo y me lleva a nuestra cama. Si se percata de mi aumento de peso, no lo demuestra. Ha sido increíble en muchos otros aspectos durante este viaje, incluido sujetarme el pelo durante las náuseas matutinas, tolerar mis extraños antojos y aguantar mis aversiones, incluso cuando tuve que prohibir el café en el apartamento durante un mes porque solo con olerlo me daban arcadas.

—Esto es absurdo —murmuro—. ¿Qué habría hecho si no hubieras estado en casa?

Él se ríe y me baja con suavidad para sentarme en el borde del colchón.

—Compraremos una silla para el vestidor.

—Voy a boicotear el tejido vaquero de manera definitiva.

—También es una solución válida.

Arrodillado frente a mí, me baja los tejanos con cuidado por los muslos y los deja a mi lado en la cama. Me acaricia el vientre con las manos y traza la curva de mi barriga con las palmas.

—Eres preciosa.

Miro cómo sus manos descansan sobre mi vientre desnudo. Antes lo cubrían por completo, pero mi barriga no deja de crecer, y lo hace a una velocidad pasmosa.

Los síntomas del embarazo llegaron pronto y no han remitido. A los seis meses, tengo que orinar constantemente, estoy agotada pero no puedo dormir, el pollo me sabe raro y, ahora que ya he pasado la etapa de las náuseas matutinas, tengo una acidez

estomacal terrible. Según internet, eso significa que nuestro bebé tendrá mucho pelo, pero no me consuela demasiado cuando tengo que dormir sentada.

Quizá también esté un poco irascible. Solo un poco.

—Estoy inmensa.

—Se supone que debes engordar, Ser. —Tyler me acaricia el vientre con los pulgares y me da un beso encima del ombligo—. Me encanta tu barriga. Ahí está mi bebé.

Es difícil seguir enfurruñada cuando me dice cosas así.

Se inclina hacia delante, coge el bote de crema de mango para el vientre de la mesita de noche y desenrosca la tapa. Suspiro mientras me frota un poco de crema en la piel y siento cómo la sequedad y el picor que me han estado molestando últimamente se alivian al instante.

Le paso los dedos por el pelo aún húmedo.

—Gracias.

—Siempre. —Mientras pasa a la otra mitad de mi vientre, recorro con la mirada la serie de tatuajes que le cubren la parte superior del cuerpo, hasta que me fijo en el de Campanilla, que se integra con gracia en el resto de su manga. La diseñaron para que se parezca a mí. Se lo hizo cuando estuvimos separados durante mi cuarto año de universidad, y eligió el lado izquierdo para que estuviera más cerca del corazón.

Es aún más difícil seguir enfadada cuando lo recuerdo.

Bajo la mirada hacia la lista de fechas que tiene grabadas a lo largo de las costillas inferiores del mismo lado: mi cumpleaños, la fecha en que nos conocimos, el día en que nos mudamos juntos después de que me graduara y un espacio en blanco debajo para todos los hitos que están por venir.

—Te quiero. —Se me encoge el pecho y se me llenan los ojos de lágrimas. Soy muy afortunada. No podría haber pedido un compañero de vida mejor. Acabamos de volver de nuestro viaje prebebé en Grecia y estoy más enamorada de él que nunca.

Bienvenida al embarazo. Es un torbellino de emociones.

—Os quiero. A los dos. —Me da otro beso en la parte superior del vientre y luego uno más en la mejilla. Se levanta y me ofrece una mano para ayudarme a levantarme. Aunque no es estrictamente necesario, lo agradezco mucho—. Terminemos de vestirnos y salgamos a dar un paseo, esposa. El aire fresco te sentará bien.

Aunque podríamos estar casados, en teoría aún no estamos comprometidos. Es culpa mía; dije que no quería planear una boda en medio del embarazo y la mudanza. Ahora me arrepiento, porque la búsqueda de casa ha sido un desastre total.

Vuelvo al armario y elijo un vestido premamá negro elástico. Hay menos posibilidades de que me quede atrapada en él más tarde, pero con la suerte que tengo, sigue siendo una posibilidad.

El ascensor nos lleva a la planta baja y salimos a la calle, donde nos recibe el cálido aire primaveral y el ruido de la ciudad de Nueva York. Me encanta este lugar: los coches, el ruido, el caos. Hay algo en él que me hace sentir viva.

Tyler entrelaza sus dedos con los míos y me guía por una ruta a través de nuestro barrio que ahora me resulta familiar. Comenzamos cerca de nuestra tienda de productos gourmet favorita, pasamos por el estudio de yoga al que voy varios días a la semana y nos acercamos a la única tintorería a la que él confía sus trajes a medida. Al otro lado de la manzana está Lily's Ice Cream, adonde he acudido un número vergonzoso de veces desde que nos mudamos a la zona.

Una sensación de tristeza me invade cuando echo un vistazo a la calle.

—Todavía estoy triste por haber perdido esa casa.

Tras meses de búsqueda, hace unas semanas por fin encontramos el lugar perfecto. Una casa amplia de piedra rojiza que es más del doble de grande que nuestro apartamento actual. Cinco dormitorios, cuatro baños, muchísimo espacio habitable. Tengo un tablero completo en Pinterest lleno de imágenes de inspiración para decorarla, incluidos el tono exacto de pintura rosa que quiero para mi oficina y la cocina blanca perfecta que quiero recrear.

Por desgracia, es un mercado de alta demanda. Cuando nuestro agente inmobiliario presentó una oferta, ya estaba reservada. Me quedé desconsolada. Todavía lo estoy. Las hormonas pueden influir en lo mal que me lo estoy tomando. Tyler estaba decepcionado, pero no tan triste como yo. Últimamente tengo la resistencia emocional de un niño pequeño. También necesito siestas y meriendas frecuentes, como ellos.

Me aprieta la mano.

—Encontraremos algo pronto, Campanilla. Te lo prometo.

Supongo que no era perfecto. El interior estaba anticuado. Necesitaba una mano de pintura y algunas reformas. Aun así, saber eso no me consuela cuando las cosas que no se pueden cambiar, como la ubicación y la estructura de la casa, eran muy buenas.

El pánico se apodera de mí.

—¿Qué vamos a hacer con el bebé?

Mi instinto maternal se ha disparado. Elegimos un apartamento pequeño sabiendo que sería temporal y estoy inquieta al saber que no tenemos un hogar permanente.

—Todavía tenemos tiempo. No darás a luz hasta dentro de unos meses.

Cuando nos detenemos en la esquina, me alejo de la calle en cuestión y tiro de Tyler.

—Vamos —dice en tono suave—. Compremos algo en Lily's.

Es tentador, pero para llegar hasta allí tenemos que pasar por delante del edificio de ladrillo rojo.

—Quizá en otra ocasión.

—Pediré triple chocolate y lo compartiré contigo —me ofrece.

Es una trampa. El triple chocolate es mi segundo sabor favorito, lo que significa que puedo pedir tarta de queso y fresa para mí y luego comerme la mitad del suyo. La tentación es casi demasiado fuerte como para ignorarla.

—Vale. —No puedo evitar esta calle para siempre. Por mucho que me guste contribuir a la economía local, es difícil justificar pedir

postre a domicilio varias veces a la semana y dar una propina de veinte dólares al repartidor porque solo está a dos manzanas.

Al pasar por delante de la hilera de edificios de ladrillo rojo entre los que se encuentra el apartamento que perdimos, me esfuerzo por mirar a otro lado. Tyler reduce la velocidad hasta detenerse y me lleva directamente hacia allí.

—Vamos a echar un vistazo.

—¿Qué? —protesto—. No es… no podemos. Ya lo han adquirido otros compradores. El cartel de vendido lleva aquí dos semanas.

Ahora ya no está, así que los nuevos propietarios se mudarán pronto.

Ignora mi objeción y me guía con delicadeza por las escaleras. Una vez que estamos delante de la puerta principal, se saca una llave del bolsillo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto.

En lugar de responder, abre la puerta y me indica que entre primero. Cuando lo hago, se me corta la respiración. Es incluso más bonito que antes. Las paredes se han pintado de blanco cremoso recientemente y los suelos de madera reluciente se han restaurado.

Es todo lo que había imaginado.

Alterno la mirada entre el interior y Tyler.

—Estoy confusa.

—El otro comprador se echó para atrás —me dice—. Es nuestra.

—¿Nuestra? —Se me forma un nudo en la garganta y se me llenan los ojos de lágrimas.

—La venta se cerró hace dos semanas. Luego pedí algunos favores y conseguí un par de obreros para hacer el trabajo para que no tuvieras que preocuparte por nada. Solo tenemos que contratar a una empresa de mudanzas y estaremos listos. Tu madre me dijo que vendría a ayudarnos a instalarnos antes de que nazca el bebé.

—Estás de broma. —Parpadeo para contener las lágrimas que me nublan la vista y amenazan con desbordarse.

—Hablo muy en serio.

—No me creo que no me lo contaras. —Sollozo entre risas y lo abrazo.

Él me abraza con cuidado por la barriga.

—La primera vez te quedaste tan desolada que no quise darte falsas esperanzas hasta estar seguro de que era nuestra. Hubo una pequeña guerra de pujas.

—¿Una guerra de pujas? —No estoy segura de si quiero saber los detalles. Podemos permitírnoslo, pero el precio inicial tenía muchos ceros.

Lloro sin parar mientras él me muestra las habitaciones. Todos los detalles son perfectos, hasta los herrajes de las puertas.

Entramos en la cocina, que parece completamente diferente a la de antes. La última vez que estuve aquí, estaba llena de madera oscura y azulejos de un verde aún más oscuro. Ahora es luminosa y espaciosa, llena de armarios blancos, encimeras de mármol con molduras y un salpicadero de azulejos brillantes como detalle. Es tan bonita que viviría en la cocina si tuviera la oportunidad.

—¿Has cotilleado mi Pinterest? —le pregunto.

Él sonríe.

—Todos los tableros. Ven, vamos a ver tu despacho.

Entrelaza los dedos con los míos, me lleva arriba y entramos en la primera habitación a la izquierda. Es la más pequeña, lo que deja libres los dormitorios restantes para el resto de nuestros futuros hijos, si es que nos quedamos en Nueva York tanto tiempo. Con su profesión, es imposible saberlo.

La oficina es igual de maravillosa. Una nueva capa de rosa palo cálido adorna las paredes y hay una hilera de estanterías blancas empotradas recién instaladas. En cuanto le ponga un escritorio, será exactamente lo que siempre he deseado. Es el lugar perfecto para terminar mi manuscrito antes de que nazca el bebé.

—Gracias. —Me vuelvo hacia Tyler y me pongo de puntillas para alcanzarlo antes de rozar los labios con los suyos—. Esto es increíble. Me encanta. Te quiero.

—Te quiero —murmura—. Mucho.

Me suelta con suavidad y se arrodilla. Al principio creo que se está atando el zapato, pero luego veo que se saca algo del bolsillo.

La mente de embarazada hace que tarde un poco en comprender qué está pasando, y me toma un segundo más para asimilar lo que está sosteniendo. Entre el pulgar y el índice hay un enorme diamante rosa de talla cojín engastado en una fina alianza de oro rosa. Es impresionante, justo lo que yo habría elegido.

—Pregunta mil ciento sesenta y dos —dice—. ¿Quieres casarte conmigo?

—Hades —susurro, y contengo un sollozo—. Claro que sí.

Le tiendo la mano izquierda y me pone el anillo con facilidad. Lo ha ajustado al tamaño de mis dedos hinchados de embarazada. Levanto la mano en el aire y admiro cómo brilla a la luz. ¿Ya he mencionado que es enorme?

Tyler se levanta, me atrae hacia él y me besa con suavidad.

—Te quiero.

—Te quiero. —Se me vuelven a anegar los ojos en lágrimas. Estoy abrumada en el mejor sentido de la palabra—. Gracias. No tenías que hacer todo esto por mí.

—Haría cualquier cosa por ti, Campanilla.



# Capítulo extra 1

## Ganar

*Tyler*

—¿Papá? —La manita de Bauer tira de la mía.

Me arrodillo para mirarle a los ojos. Tiene el pelo rubio alborotado, una mancha de rotulador rojo en una mejilla y lleva una réplica de mi camiseta del equipo de Nueva York. Le queda una talla más grande, así que casi le llega a las rodillas.

Es el niño más mono del mundo, aunque tampoco es que yo sea muy imparcial.

—¿Qué pasa, peque?

Levanta los brazos.

—¿Brazos?

Con dos años, ya es más que mayor para caminar solo. Pero una vez alguien me dijo que un día llevarás a tu hijo en brazos por última vez, y no sabrás que lo es. Soy consciente de ello desde entonces. Además, me resulta imposible decir que no a esos grandes ojos marrones.

Me lo apoyo en la cadera, balanceándolo con un brazo, y lo llevo a la habitación principal, donde Seraphina se está arreglando. De

espaldas, ni te darías cuenta de que está embarazada. Entonces, coge algo del mostrador de mármol y su barriga hace acto de presencia. Se me llena el corazón de alegría al mirarla. La palabra «amor» se queda muy corta para definirlo.

Nos mira a través del espejo mientras se abrocha los pendientes y se le dibuja una sonrisa en la boca.

—Ahí están mis chicos.

—¿A que mamá está guapa? —le pregunto.

—Guapa —repite con aprobación.

—Gracias. —Seraphina se acerca a toda prisa y le acaricia las mejillas mientras le planta una retahíla de besos sonoros en cada una—. Te portarás bien con la abuela esta noche, ¿verdad?

Asiente.

—¡Sí!

Es fácil portarse bien cuando la abuela lo consiente todo lo que puede y más. Esta noche habrá más dulces y televisión de lo que es recomendable para su desarrollo, pero adora a Bauer, así que no me quejo. Cuidar a un niño de dos años durante la noche no es poca cosa, y agradezco que la familia de Seraphina viva cerca para ayudarnos. También es una ventaja que la ceremonia de entrega de premios de la liga de este año se celebre en Nueva York, así que no hemos tenido que viajar.

Miro a Bauer con más atención. Todavía huele a protector solar de cuando hemos ido al parque antes y va bastante desaliñado a causa de nuestras aventuras por la ciudad. Me encantaría saber de dónde sacan los niños tanta energía. Hemos pasado el día fuera de casa para que Seraphina descansara, y creo que no me he sentado en ningún momento.

—¿Ser, tu madre podría darle un baño antes de dormir? Creo que tiene helado de chocolate en el pelo.

Se ríe.

—Seguro que sí.

Nos despedimos rápidamente antes de que recoja nuestras bolsas de viaje y nos subamos al coche que nos espera fuera. Seraphina

está más disgustada que Bauer ante la idea de pasar una noche separados. Trabaja desde casa en sus libros y, aunque lo llevamos a la guardería medio día, ella y Bauer son inseparables la mayor parte del tiempo. Por eso también se siente culpable por que vaya a llegar un nuevo bebé en unos meses.

La limusina se aleja de la acera y me vuelvo hacia ella.

—Estás increíble, Campanilla.

El vestido morado oscuro le sienta de maravilla y contrasta con su piel clara, pero su rostro es lo que más me gusta. Es tan guapa que me dan ganas de pellizcarme a diario.

—Tú también estás bastante bien, Hades. —Ladea la cabeza y juguetea con mi corbata. Levanta la vista para encontrarse con mis ojos inquisitivos—. ¿Estás nervioso?

—Un poco.

Forma una línea con los labios.

—No estás respirando.

Mi pecho se expande con una inhalación con ese recordatorio. Tiene razón; no lo estaba. He estado nervioso desde que supe que me habían nominado a portero del año. Es un reconocimiento a quien se considera el mejor portero de la temporada; en otras palabras, es un logro enorme. Hubo un tiempo en que ganar este premio era un sueño de la infancia.

Los demás nominados son formidables, incluido Caleb Brown. Tras haberle arrebatado el puesto de portero titular de Nueva York, terminó en Tampa, pero estamos casi empatados en cuanto a estadísticas.

Me he preparado mentalmente para perder y lo he aceptado. Estoy haciendo una gran temporada, pero la competencia es dura.

—¿Hace calor aquí? —pregunto, y estiro el cuello en busca del termostato.

Ella mira por encima de mi hombro.

—La calefacción marca dieciocho grados, así que creo que no.

—Estaré bien. ¿Cómo estáis vosotros? —Poso la mano en su pequeño bulto.

—Bastante bien. Por fin ha dejado de usar mi vejiga como saco de boxeo, y lo agradezco mucho. —Frunce los labios—. Pero estoy preocupada por Bauer.

—Está disfrutando como nunca con tu madre, Campanilla. Te lo aseguro.

—Lo sé. —Suspira, apoya la cabeza en mi hombro y me toma la mano—. Esta noche será divertida. No recuerdo la última vez que salí con un grupo de adultos y me puse elegante.

—Exacto. Ha pasado un tiempo desde que no te tengo solo para mí. —Aunque con lo cansada que está últimamente, es muy probable que se desmaye de agotamiento. Con lo mucho que viajo, valoro hasta dormir juntos en la misma cama. Una cama vacía es una de las peores partes de viajar.

—Anoche me acosté muy temprano para tener más energía para mantenerme despierta —añade, como si me leyera la mente—. Quiero celebrarlo, porque creo que vas a ganar.

Miro la alianza de platino que llevo en el anular izquierdo.

—Me iré contigo, así que eso ya es una victoria.

Nos registramos en el hotel antes de ir al lugar del evento, a unos metros de distancia. Tras un paseo rápido por la alfombra roja para que nos tomen algunas fotos, entramos para socializar mientras tomamos unos cócteles. Le llevo a Seraphina uno sin alcohol rosa y pido una cerveza para mí. Luego la encuentro entre la multitud, hablando con Siobhan.

Chase se acerca con Bailey, muy embarazada, y nos sonríen. Me da un golpecito más fuerte de lo necesario en la espalda porque le gusta aprovecharse de que es de la familia y no puedo matarlo.

—¿Listo para llevarte ese premio a casa?

—Será una grata sorpresa si sucede. ¿Listo para hacer de presentador?

—Siempre.

Seraphina lo señala con su vaso.

—Resulta irónico que seas tú quien vaya a entregar el premio a la deportividad y conducta caballerosa.

Sospecho que ese fue el motivo por el que la liga lo escogió: que uno de los mayores antagonistas de la liga entregue un premio es su propia broma interna.

—Será aún más divertido cuando gane Ward —comenta Chase.

—Creo que lo hará —le digo—. Es el favorito por mucho.

Dallas reaparece tras recoger su bebida en la barra y nos sentamos en el auditorio para ver el acto inaugural de este año. Es una banda country, y Seraphina tararea cada canción.

Aunque el presentador es bastante divertido y el acto transcurre con fluidez, mis nervios aumentan a medida que la noche avanza. El premio al que estoy nominado no se entrega hasta la mitad del evento, lo que hace que la espera sea larga.

Al fin, Chase se levanta de su asiento para entregar el premio que va antes que el mío. Mientras que a mí no me encanta ser el centro de atención, él permanece claramente imperturbable al subir al escenario y colocarse frente al micrófono. De hecho, casi parece que nació para estar ahí arriba.

Tras hacer algunas bromas a costa de los nominados, abre el sobre y saca la tarjeta.

—El premio de este año es para… —Hace una pausa y se ríe al leerla—. Dallas Ward.

Lo sabía. Es el jugador más intachable de la liga, y todos lo saben. Dallas nos mira con cara de asombro y a Siobhan se le ilumina el rostro, con los ojos llenos de lágrimas.

—Felicidades, Ward. Te lo mereces —le felicito mientras pasa junto a nosotros por el pasillo.

Da un breve discurso de aceptación, ingenioso y típico, antes de volver a unirse a nosotros. El tiempo se ralentiza cuando el siguiente presentador sube al escenario. Cada palabra que pronuncia va a cámara lenta. Cuando saca la tarjeta y la lee, estoy seguro de que es una alucinación.

¿Acaba de decir mi nombre?

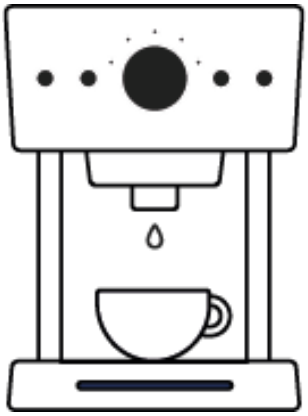
—Ty. —Seraphina me da un codazo.

—¿He ganado? —pregunto, todavía incrédulo.

Ella me besa la mejilla.

—Claro que sí. Ahora sube a por él.

Me pongo de pie mientras un millón de pensamientos me dan vueltas en la cabeza. La mayoría de los jugadores nunca reciben un reconocimiento como este. Es todo por lo que he trabajado, o eso creía. En realidad, lo realmente importante es la mujer que está sentada a mi lado. Todo lo demás es una ventaja.



# Capítulo extra 2

Hecho

*Seraphina*

Me gotean los pechos.

Es bastante habitual en el posparto. Normalmente no es para tanto, pero ahora llevo un vestido de novia caro y estoy a punto de caminar hacia el altar frente a más de doscientos invitados.

—¿Ser? —Tyler abre la puerta y esboza una sonrisa tímida cuando nuestras miradas se cruzan. Se supone que es antes de la boda, pero ahora mismo me da igual. Lo necesito—. Bailey me ha dicho que querías verme. ¿Va todo bien?

—Sí. O sea, no. Estamos genial. No me estoy asustando ni nada. Solo estoy agotada por todo lo que está pasando. —Me señalo nerviosa—. Y ahora me gotean los pechos y tengo miedo de que se manche el vestido y…

Me pone un dedo en los labios para que me calle.

—Tranquila, Campanilla. Iremos paso a paso, ¿vale? ¿Qué podemos hacer con eso?

Lo que más odio: el temido sacaleches. Dar el pecho está bien, pero ese aparato eléctrico de tortura es otra cosa.

—¿Supongo que usar el sacaleches? —digo a regañadientes—. Dame un minuto y vuelvo enseguida.

Como no haré eso delante de mi futuro marido con un vestido blanco de encaje, le pido que espere en la otra habitación de nuestra suite nupcial y luego guardo la leche en la nevera para que mi madre la recoja más tarde. Me alivia un poco la incomodidad, pero sigo estando nerviosa por tener que caminar hacia el altar.

Tyler me espera sentado en la sala de estar con un tobillo cruzado sobre la rodilla. Estaba tan nerviosa que no me he dado cuenta de lo guapo que está con su esmoquin de novio. Hay algo en la combinación entre los tatuajes y el traje que le sienta muy bien. Y a mí. Desde luego, habrá sexo más tarde esta noche.

—Vale. —Cuadro los hombros y me aclaro la garganta delante de la puerta—. ¿Podemos volver a empezar? Repitamos nuestra primera impresión.

Cruza la habitación hacia mí, esbozando una amplia sonrisa, y me recorre los costados con las manos mientras me observa de arriba abajo.

—Estás increíble, Campanilla. Es fascinante lo guapa que estás.

Una sensación cálida me recorre las mejillas. Incluso después de tanto tiempo, todavía hace que me sonroje.

—Gracias —le digo, y le rodeo la cintura con los brazos—. Tú también estás guapísimo.

Me toma la barbilla con la mano para alzarme el rostro hacia el suyo, y su expresión se suaviza.

—¿Estás mejor?

El mero hecho de tenerlo aquí ha hecho que toda la tensión se disipe. Hemos estado separados el último día y medio por las obligaciones de la boda. Hemos pasado tiempo con nuestras respectivas damas de honor y padrinos, recibido a la familia y hecho de todo menos estar juntos. Resulta irónico, dado el propósito de una boda.

—Un poco. Está siendo un día muy intenso, ¿sabes? Mucha gente, muchas cosas por hacer y mucho estrés.

—Lo entiendo. —Asiente—. Cuando salgas, no me pierdas de vista. La ceremonia será rápida y, después, todo será más divertido. Y además, serás mi mujer.

El vértigo me recorre de pies a cabeza al oír esas palabras.

—Me encanta cómo suena eso.

—A mí también. Y te quiero. Muchísimo. —Inclina la cabeza para besarme. En cuanto nuestras bocas se encuentran, todas mis preocupaciones se desvanecen y abro los labios para darle acceso. Ambos respiramos hondo mientras su lengua roza la mía. Es probable que estemos estropeándome el maquillaje, pero no me importa.

Rompe el beso, me roza la mandíbula con los labios y baja más; con ese movimiento empieza a despertar un antojo que no he podido satisfacer en los últimos días.

—¿Cuánto tiempo falta para que salgamos? —le pregunto, arqueando el cuello.

—Poco más de una hora —murmura, mordisqueándome la clavícula.

—Si después me vuelves a poner el vestido, te dejo que me lo quites ahora mismo.

Suelta una carcajada.

—Hecho.



# Capítulo extra 3

## Conseguido

*Seraphina*

—Estoy nerviosa.

Tatiana, mi agente, se afana a mi alrededor y me alisa la ropa.

—No te pongas nerviosa. Estarás genial.

Salgo en la televisión nacional en cuatro minutos para una entrevista sobre mi último libro de poesía. Es el tercero, y decir que tuvo un éxito inesperado sería quedarse corto. Se volvió viral y se coló en varias listas de los más vendidos. Todavía estoy procesándolo. Ha sido maravilloso, pero también ha sido mucho con lo que lidiar. Con la atención ha llegado bastante odio, y a veces me resulta difícil no dejar que me afecte.

—Recuerda lo que hablamos —me dice.

«Céntrate en los temas seguros. Nada de política. No seas polémica. Sonríe. Sé amable».

—Lo haré.

Tras volver a retocarme los labios y alisarme un poco el pelo, me acompañan al plató para la primera gran entrevista de mi carrera con Shannon Summerside. Su programa, The Vibe, es un clásico de

la televisión diurna estadounidense. Básicamente es la próxima Oprah. Haber conseguido esta entrevista es un gran logro para mi carrera.

Me saluda con cariño cuando me siento frente a ella y empezamos con una presentación sobre mí, sobre mi último libro y un poco sobre mi familia. Aunque intento seguirle la corriente como me ha indicado Tatiana, siempre me pongo un poco nerviosa cuando me toca hablar de los niños, porque no me gusta que estén en el punto de mira. Un par de admiradoras de Tyler han cruzado todos los límites hasta volverse intimidantes, y valoro nuestra privacidad y seguridad por encima de todo.

—¿Cómo encuentras el equilibrio entre la maternidad y tu carrera? —Shannon pasa a la siguiente línea de preguntas—. Sobre todo con un marido que viaja tanto como el tuyo.

Esta pregunta siempre me irrita. No es mala en sí misma, pero a los hombres no se les plantea esta cuestión. Se asume que las madres son la figura parental por defecto. La verdad es que no es el caso cuando Tyler está en casa. Está tan involucrado como yo, o incluso más.

—Siempre me hace gracia que nadie le haga a Tyler la misma pregunta. —Casi oigo cómo la cabeza de Tatiana explota desde donde estoy sentada, así que cambio el rumbo de la conversación al momento—. Tenemos una niñera a tiempo parcial y mi madre también nos ayuda. Soy muy afortunada y cuento con mucho apoyo. Quiero ser transparente con este tema, porque no podría hacerlo todo yo sola. Cuando Tyler está en casa, es un marido maravilloso y un padre muy implicado.

Me dedica una sonrisa casi forzada.

—Ya veo. Tienes mucha suerte.

—Mucha —coincido.

—Hablemos un momento de tu TDAH —continúa Shannon, cruzando las piernas—. Parece un diagnóstico muy común hoy en día. ¿No crees que todo el mundo tiene un poco de TDAH?

Creo que va a estallarme la cabeza. Shannon es lo bastante joven como para saber que no debe dejarse llevar por ideas anticuadas y el estigma que rodea al TDAH. Al menos, eso es lo que uno esperaría.

Respiro hondo mientras busco una respuesta diplomática.

—No. No es TDAH hasta que causa cierto nivel de disfunción. Afecta a mi vida de maneras que las personas neurotípicas no experimentan. Por ejemplo, me agobio cuando tengo demasiado que hacer y luego me quedo estancada sin poder hacer nada. También me cuesta terminar las tareas, incluso si algo está completado al ochenta por ciento.

—Mmmmmm. —Asiente—. ¿No crees que eso se debe más a un problema de autodisciplina?

Me muerdo la lengua y canalizo toda mi paciencia. Gracias a Dios tengo dos hijos pequeños que la han fortalecido en los últimos años.

—No. No es lo mismo. Piensa en ello como vivir partes de la vida en modo difícil, incluso con medicación.

La entrevista pasa a mi diagnóstico de BRCA antes de terminar con la promoción de mi firma de libros el mes que viene. Shannon me plantea otras preguntas irritantes en el proceso. Para cuando salgo del plató, estoy molesta y agradecida a la vez de no haber perdido los estribos por completo. No estoy segura de haber sido tan amable como quería, pero no me lo ha puesto fácil.

Tatiana se acerca a mí a toda prisa, con los ojos como platos.

—Sera…

—No digas nada, Tati. No ha sido culpa mía.

Suspira.

—Lo sé. Lo has llevado bien. Redactaré una lista de instrucciones firmes para cualquier entrevista futura.

Relajo los hombros, aliviada.

—Gracias.

Cuando miro detrás de Tatiana, veo a Tyler a un lado y el corazón me da un vuelco. Lleva a Calliope en el portabebés y a Bauer de la mano. Hay algo increíblemente sexy en un chico atractivo y tatuado

que sostiene un bebé y está de pie con un niño pequeño tan mono. Me da ganas de tener más bebés con él. Que probablemente sea el plan para nuestro futuro cercano.

Me acerco a ellos y los saludo con un beso.

—No esperaba veros aquí.

—Querían venir a saludarte —me informa—. He pensado que podríamos llevarte a casa. O tal vez podamos salir a almorzar para celebrarlo.

—Me encantaría ir a comer con vosotros. —Tomo la mano regordeta de Calliope. A sus seis meses, está en esa etapa adorable de bebé. Interactúa, es risueña y muy divertida—. ¿Qué tal vuestro día?

—¡Bien! —responde Bauer con voz alegre—. Papá me ha llevado a desayunar a McDonald's. Luego hemos ido a la juguetería y me ha dejado elegir tres cosas.

Lo último que Bauer necesita son más juguetes. Es el primer nieto de la familia de Tyler, y a mi madre le encanta consentirlo. Tal como están las cosas, su habitación podría servir de sala de exposición para una juguetería. De vez en cuando dono algunos a escondidas y ni se da cuenta.

—¿Ah, sí? —Le doy un codazo a mi marido.

Tyler se encoge de hombros, porque es terrible haciendo de poli malo.

—Calliope necesitaba un chupete Wubbanub nuevo, y a partir de ahí todo se ha descontrolado al llegar a la tienda.

—Deja que me cambie y nos vemos aquí fuera en un rato —le digo.

Tatiana me tranquiliza mientras me pongo la ropa de calle y estoy mucho más calmada cuando los encuentro cerca de la salida. Bauer está jugando con un Transformers que no reconozco, y supongo que es uno de los tres que Tyler le ha comprado antes.

Mi marido me abre la puerta y la sujeta para que pase. Tomo a Bauer de la mano y vamos juntos a la calle. Al salir, me doy cuenta

de cómo ha ido la entrevista en realidad y suelto un quejido. Me giro para mirar a mi marido y le pregunto:

—Del uno al diez, ¿cuánto crees que he metido la pata?

—¿En serio, Campanilla? —Me da un apretón—. La has clavado.

—He dicho cosas que no debía.

Entrelaza sus dedos con los míos mientras caminamos.

—Has dicho lo que pensabas, y por eso te quiero.

Caminamos unas cuantas manzanas más hasta llegar a uno de nuestros restaurantes italianos favoritos, un sitio familiar regentado por una pareja que nos conoce. Adulan a los niños antes de traer colores y una hoja para que Bauer pinte, lo que nos da tiempo para decidir qué pedir. Le quito a Calliope de los brazos a Tyler y le doy de mamar mientras examino el menú con la mano libre.

El móvil se ilumina con una notificación y me dispongo a bloquearlo porque intento no trabajar mucho cuando estoy en familia. Antes de hacerlo, no puedo evitar leer la notificación.

> **Tatiana:** ¡Lo has conseguido! ¡Entre los 10 mejores! Eres el número 4.

¡Dios mío!

Se me cierra la garganta y se me humedecen los ojos. Miro el mensaje, lo leo y lo releo. Era una meta grande, arriesgada y audaz; una que te propones y jamás crees que alcanzarás. Llevaba un par de semanas rondando las listas de los más vendidos, pero nunca tan cerca de la cima. Nunca había entrado en el top 10. No creía que lo lograría. Incluso en mis días más oscuros, cuando me daban ganas de rendirme, Tyler insistía en que pasaría.

—¿Ser? —Me toca el brazo y baja la cabeza para mirarme—. ¿Va todo bien?

Trago saliva y pienso en lo felices que hemos sido estos años.

—Sí. Tati me ha escrito para decirme que soy número cuatro en ventas.

Sonríe.

—Siempre he sabido que lo lograrías.



# Capítulo extra 4

## Lo mejor

*Tyler*

No tenía ni idea de lo caótico que sería el Día de Acción de Gracias con seis niños correteando por casa. O cinco niños, mejor dicho, ya que Hendrix aún no corre.

Bailey chasquea la lengua.

—Tu hijo está presumiendo otra vez, Chase.

—No sé de dónde lo ha sacado. —Seraphina pone los ojos en blanco y se mueve para hacer eructar a Hendrix en su hombro.

Chase sonríe con suficiencia.

—Estás hablando de tu sobrino, y solo está patinando.

—No… —Bailey estira el cuello—. Definitivamente está presumiendo.

Aunque es el menor de los dos, Gabe, el hijo de Chase y Bailey, está patinando en círculos alrededor de Bauer en la pista de hielo de nuestro patio trasero. Es un prodigio del hockey en ciernes, y nos lo recuerda a todos a menudo. Por el lenguaje corporal de Bauer, se ve que está enfadado. Desde donde estamos sentados en la sala, con vista al patio, no oigo lo que dicen, pero intercambian palabras.

—Vamos a tener que trabajar en la actitud de Bauer —le digo a Seraphina—. Le adoro, pero es muy mal perdedor. —Quiere ser portero como yo y, si ese es el caso, nos espera un largo camino por delante.

—¿Tú crees? —Ella niega con la cabeza—. La semana pasada, volcó el tablero del Monopoly Junior cuando perdió. Por cierto, ¿dónde están las chicas? Hace mucho que no sé nada de ellas.

—La última vez que las he visto, Reese, Tatum y Callie estaban jugando a las muñecas tranquilamente en la habitación de Callie. —Bailey señala al final del pasillo, donde se encuentran los dormitorios.

Seraphina suelta una carcajada.

—Están hechas de una pasta totalmente distinta.

Se oyen unos fuertes gritos procedentes del patio trasero y miro a Bauer y Gabe, que están enfrascados en una especie de discusión. Bauer gesticula con rabia y Gabe niega con la cabeza.

—Vamos a hacer de árbitros, Carter. —Me levanto y le doy un golpecito a Chase en la nuca al pasar.

Una vez que salimos, la tensión entre los niños disminuye y jugamos un rato con ellos hasta que oscurece. Tener varias hectáreas de terreno les ha dado suficiente espacio para correr con total libertad y disfrutar del aire libre más que de la ciudad, incluidos la pista de hielo y un patio enorme para las actividades de verano. Aun así, conservamos nuestra otra casa, así que tenemos lo mejor de ambos mundos.

Cuando se encienden los focos, lo interpreto como una señal de que es hora de terminar y los llevamos dentro. Están demasiado cansados para seguir discutiendo, lo cual es una ventaja.

La casa está oscura y en silencio cuando entramos en el salón. Sonrío al ver que hay dos armarios de la cocina abiertos. Seraphina debe de haber venido a beber agua o a prepararse un té antes de acostarse.

Se oyen unas risitas débiles en la habitación de Callie, señal de que las niñas se habrán metido en la cama y charlarán hasta

quedarse dormidas, como siempre. Bauer sigue de mal humor, así que omito su baño habitual y le pongo el pijama antes de que Seraphina le dé las buenas noches. La encontramos en nuestra habitación, profundamente dormida sobre las sábanas. Hendrix también descansa en el moisés junto a ella.

—Lo siento, peque. Tu hermano ha mantenido a tu madre despierta toda la noche. Te verá por la mañana. —Lo llevo a su habitación y le leo algunos cuentos antes de arroparlo y encender su lamparita con forma de tortuga.

Chase entra arrastrando los pies con Gabe un momento después y lo arropa en la litera de abajo de Bauer. Al dejar a los niños en su habitación, los oímos hablar y reír, señal de que han arreglado su discusión. No sé si Bauer y su primo se parecen demasiado o son muy diferentes. Se comportan más como si fueran hermanos que primos, y se pelean mucho.

Seraphina está amamantando a Hendrix cuando vuelvo a nuestra habitación. Lleva la bata de satén abierta, lo que deja a la vista una camiseta negra de tirantes, que se ha deslizado por un hombro. La lamparita está configurada al mínimo.

—Hola —susurra—. Me acaba de despertar. Supongo que me he perdido la hora de meterlo en la cama.

—Sí, pero está con Gabe y creo que se lo están pasando bien juntos. Es más fácil conectar cuando sientes que te estás saltando las reglas al quedarte despierto después de la hora de dormir. —Observo su rostro y veo las ojeras azuladas bajo sus ojos—. Me quedaré despierto con Hendrix esta noche, Campanilla. Necesitas descansar.

—¿Qué? No —protesta, y se lo cambia de lado—. Pronto tienes que irte de viaje y necesitas dormir.

Me acuesto en la cama junto a ella y estiro las piernas, buscando el mando a distancia para encender la chimenea que hay en la pared frente a nosotros.

—Estaré bien. No soy yo quien lleva semanas despierta con un bebé con cólicos. —Es algo que no soporto de estar fuera: sentir que

no puedo cumplir con mi parte en casa, y que todo recae sobre sus hombros.

—Creo que ya veo la luz. Bauer también era así, y mejoró a esta edad.

—En cualquier caso, sacaré un biberón de la nevera y te dejaré dormir. —En cierto modo, no me molestan las tomas nocturnas; probablemente porque no estoy en casa para hacerlas muy a menudo. Hay algo tranquilizador en permanecer despierto con un bebé cuando el resto del mundo duerme y lo acurrucas en silencio. O mientras llora, como ha sido el caso de Hendrix últimamente. Sé que pasará, y que él podría ser el último, así que intento no estresarme demasiado.

Cuando Hendrix termina de mamar, empieza a llorar y a patear.

—Dámelo —digo, haciéndole gestos con las manos. Seraphina me lo pasa y me lo apoyo en el hombro para que me recompense al momento con un eructo tan fuerte que parece de uno de mis compañeros de equipo.

Luego lo acuno entre mis brazos y contemplo sus pequeños rasgos de bebé mientras veo cómo le pesan los párpados por el sueño. El pelo castaño, suave y sedoso, unas pestañas largas y oscuras, una nariz diminuta de bebé, unos labios preciosos que estoy bastante seguro de que son iguales a los de Seraphina y unas mejillas regordetas.

Ahora mismo, tiene los ojos grises, pero con lo pequeño que es aún pueden cambiar. Los de Bauer pasaron a un marrón intenso como los de Sera, mientras que los de Callie se quedaron grises como los míos.

—¿Verdad que es precioso? —murmura Seraphina.

—Sí que lo es. Me pasaría el día mirándolo. —También hay algo en ese olor a bebé recién nacido. Siento unas ganas inexplicables de olfatearle la cabeza todo el tiempo.

Respira hondo, vacilante.

—¿Crees que hemos terminado?

—¿Te refieres a tener hijos? Tenemos unos años más por delante antes de tener que decidir, Campanilla. No hay necesidad de apresurarse. Todo ha ido bien con los niños, y ahora puedes disfrutar del lujo de tener tiempo para pensarlo.

La tristeza me atenaza la garganta. Me produce una sensación de impotencia saber que lo único que puedo hacer después de que la operen algún día es cuidarla. Odio saber que tendrá que pasar por eso. Ojalá pudiera asumir la carga por ella; ojalá pudiera hacer algo, lo que fuera, para cambiar esta terrible certeza que lleva años mirándonos a la cara. Pero sé que es lo mejor. Haría lo que fuera por pasar el resto de mi vida con ella.

—Sí. —Se mueve para deslizarse bajo las sábanas y se acurruca contra mí. Nos quedamos en silencio unos instantes mientras Hendrix dormita plácidamente entre mis brazos. La chimenea danza frente a nosotros y las llamas brillan contra el cristal roto.

Ahora mismo, todo es perfecto.

—Eres un padre increíble —dice Seraphina en voz baja—. Tengo suerte de tenerte.

—Yo soy el afortunado. Mira todo lo que haces por nosotros. Yo estoy fuera la mitad del tiempo, y tú cuidas de los niños de maravilla, te encargas de la casa y tienes una carrera fantástica. A veces siento que eres sobrehumana. —Pienso en eso todo el tiempo. Es muy fuerte y lo maneja todo con mucha gracia.

—Mmm —tararea—. Entonces ambos hemos tenido suerte.

Presiono mis labios contra su frente.

—Estar contigo es lo mejor que he hecho en mi vida, Ser.



# Playlist

Banda sonora: «Moonlight» — Chase Atlantic
«Head Up» - The Score
«Cool Girl» - Tove Lo
«more than friends» - Isabel LaRosa
«My Mind & Me» - Selena Gomez
«Tarantino» - PLVTINUM
«Right Here» - Chase Atlantic
«Fix You» - Coldplay
«For Me» - Lo Nightly
«Eyes On You» - SWIM
«Three Feet Away» - Vanglowe, Quantum
«Chemical» - Post Malone
«Sleepy» - Ashley Kutcher
«chaotic» - Tate McRae
«Demons on the Side of My Bed» - Teflon Sega
«Heartburn» - Wafia
«We Go Down Together» - Dove Cameron, Khalid
«Easy» - Camila Cabello
Epílogo: «One Life» - Dermot Kennedy



# Agradecimientos

A mi marido, por amarme en la salud (mental) y en la enfermedad, por ser mi verificador de datos sobre hockey y por escucharme despotricar y elogiar todo lo relacionado con la publicación independiente. Y a mis dos hijos, que son el motivo por el que lo hago todo.

A todos mis amigos escritores, porque escribir es una tarea solitaria y me mantenéis cuerda. Alywn, sin ti este libro jamás habría visto la luz. No puedo expresar lo agradecida que estoy por todo el tiempo que pasaste conmigo durante el proceso, incluso mientras tratábamos de encontrar el equilibrio entre nuestros husos horarios. Sonali, gracias por convencerme de no caer en el abismo en el último momento y por ser una de mis mayores animadoras.

Gracias a Autumn y Wordsmith Publicity por su apoyo incondicional con este lanzamiento.

Y a todos mis lectores, sin los cuales nada de esto sería posible.

# Sobre la autora



**Avery Keelan** vive en Edmonton con su marido, sus dos hijos y dos gatos que creen que ayudar a escribir es saltar sobre el teclado. Adicta al café y enamorada del chocolate negro, escribe romances divertidos, intensos y con mucho salseo. Cuando no está tecleando historias, la encontrarás con un libro en la mano y una taza de café en la otra.

Sigue a Wonderbooks en www.wonderbooks.es en nuestras redes sociales y suscríbete a nuestra newsletter.

Acerca tu teléfono móvil a los códigos QR y empieza a disfrutar de información anticipada sobre nuestras novedades y contenidos y ofertas exclusivas.










Primera edición: marzo de 2026
Título original: Shutout (Rules of the Game 2)

© Avery Keelan, 2023
© de esta traducción, Gemma Benavent Galbis, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Publicado mediante acuerdo con Tor Publishing Group en colaboración con International Editors & Yáñez Co. Barcelona.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Andra Murarasu
Corrección: Pablo López

Publicado por Wonderbooks
C/ Roger de Flor n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
www.wonderbooks.es

ISBN: 978-84-10425-48-4
THEMA: YFM
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Tabla de contenido


Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo
Capítulo extra 1
Capítulo extra 2
Capítulo extra 3
Capítulo extra 4
Playlist
Agradecimientos
Sobre la autora

